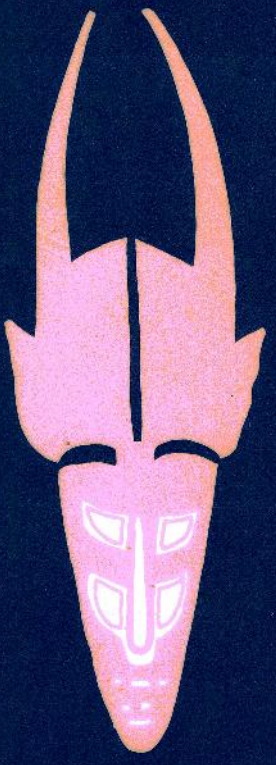
PUBLICACIONES DEL
INSTITUTO DE COOPERACION
PARA
EL DESARROLLO

Carlos Fleitas Alonso

Guinea

Episodios de la vida colonial



AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACION INTERNACIONAL
Madrid, 1989

GUINEA
Episodios de la vida colonial

CARLOS FLEITAS ALONSO

GUINEA

Episodios de la vida colonial

RELATOS

Año 1989

© Carlos Fleitas Alonso

Alegoría y grabados originales del autor

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE COOPERACIÓN PARA EL DESARROLLO
AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL
Avda. Reyes Católicos, 4. 28040 Madrid

NIPO: 028-89-066-8
ISBN: 7232-528-8
Depósito legal: M-13015-1989

Diseño de la cubierta: Alberto Corazón

Imprime IZQUIERDO, S. A.
Electricidad, 41. Pol. Ind. S. José de Valderas - Alcorcón (Madrid)

Indice

Págs.

ACLARACION, DEDICATORIA Y MOTIVO 25

Primera Parte

LA HISTORIA

I. Primer asentamiento español en Guinea, 1778 29
II. Canarias en la colonización de Guinea 34
III. Eri, Formosa, Fernando Poo, Macías Nguema, Bioko 39
IV. Los portugueses 43
V. La ekuela y la peseta 47
VI. Guinea y su relación con América 50
VII. Annobon y el Gobernador Sostoa 52
VIII. Período 1936-1939 56

Segunda Parte

LA VIDA, EL AMOR Y LA MUERTE

I. El nuevo colono 61
II. Un colono ha muerto 65
III. El Mboeti y los brujos 68
IV. El hogar 72
V. La vuelta a casa 76
VI. Dumandui y el jefe Esamangon 80
VII. Guinea y la mano de obra I 85
VIII. Guinea y la mano de obra II 88
IX. La fiesta 91
X. El Cónsul 94
XI. Relevo en Dumandui 98
XII. Soledad en el bosque 103
XIII. Las perlas 107
XIV. El artículo quinto 111
XV. Regresa el Gobernador 115

Págs.

XVI. Los bananeros I 117
XVII. Los bananeros II 120
XVIII. El macho merodeador 123
XIX. El gorila blanco y el cazador negro 126
XX. Los políticos 129
XXI. Ultimo viaje a Dumandui 134

Tercera Parte

EL EXODO Y LA NOSTALGIA

I. Los Kombes 143
II. La fuga de Raimundo Colet 147
III. Integración 154
IV. La información y las comunicaciones 165
V. El petróleo 168
VI. La inhibición histórica 171

EPILOGO

Epílogo 177

CENSO DE PERSONAJES

Censo 181

PALABRAS DE USO CORRIENTE EN GUINEA

Palabras 213
Toponimia 215

FECHAS DE INTERES EN LA COLONIZACION DEL AFRICA OCCIDENTAL Y DE GUINEA

Fechas 221

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía 227

MAPAS DE AREAS Y LUGARES DONDE TIENEN ORIGEN Y SE DESARROLLAN ESTOS EPISODIOS DE LA VIDA COLONIAL ESPAÑOLA EN GUINEA

Mapas 229

COMENTARIO DEL ACADEMICO PERE GIMFERER

Los relatos que contiene este libro recuerdan por la atmósfera, el clima, el mundo evocado, a Joseph Conrad, aunque los estilos literarios sean distintos, porque el de Conrad es muy solemne y hasta enfático. Por su viveza, colorido y soltura narrativa, la de Fleitas es en varios sentidos una obra singular.

Pere Gimferrer
de la Real Academia Española

OPINION DEL DOCTOR ARMANDO LIGERO MOROTE, PRESIDENTE DE LA ASOCIACION ESPAÑOLA DE AFRICANISTAS

Pertenezco a una familia de colonos españoles asentados en la isla de Fernando Poo desde 1906. Al terminar mis estudios en Barcelona, fui a reunirme con mi padre en Santa Isabel. Desde la década de los cuarenta ejercí como médico en el área de San Carlos, donde me dediqué a la medicina tropical y a la administración de las fincas de nuestra familia.

He sido alcalde de la ciudad de San Carlos, Director del Hospital de Bata y Subdirector de Sanidad. Durante mis largas permanencias en Guinea he sido testigo de la obra colonizadora de España y de la evolución política hasta la descolonización, y de la dramática salida de España de aquellos territorios.

Este libro ha traido a mi memoria el recuerdo de los años vividos día a día en la que fuera la más próspera colonia de Africa. Los episodios que se relatan reflejan cómo se desarrolló la vida de los españoles en aquellos territorios, cómo fueron las alegrías y las tristezas y, a veces, la muerte de los hombres y mujeres que teníamos allí nuestro hogar y que convivíamos en paz con la población nativa. Es, pues, este documento una exposición real de nuestra vida sin que aparezca ningún héroe ni ningún misterio. Los que allí vivimos disfrutamos al leer este libro repasando hechos que ocurrieron y que fueron parte de nuestra existencia.

La obra es fiable en su historia, en el curso de la vida, en el abandono del hogar y en la nostalgia.

ARMANDO LIGERO MOROTE
Presidente de la Asociación Española de Africanistas

LETRAS PRELIMINARES

El autor de las amenas e ilustradoras páginas que siguen a estas líneas, no podría lograrnos su vivaz escritura sin una personal y profunda observación del mapa guineano, durante lustros área de acción de D. Carlos Fleitas Alonso, hombre lúcido y afectivo, latiente de plurales nortes su anhelosa existencia. Aquí, pues, el conocimiento no añadiría dolor, como literariamente se dice, sino anchura reflexiva y emociones en pugna. Todo —ya— remembranza para él, reflejada con matizadísima y fácil prosa.

Discreta pluma, ha de advertirnos al inicio de apuntes tales, nacer éstos, en buena medida, marginados de circunstancias históricas, aunque sin olvido de ellas —que imposible fuera—, manifiestos con buen tino. Su propósito, dejar aquí a cargo de la fantasía aconteceres «que pudieran ocurrir y quizás ocurrieron»; su humanidad protagonista, «producto de la imaginación»...

No obstante, un aire sutil y veraz envolverá en seguida al lector de Fleitas —así lo auguramos—, trascendido como viene su texto de un temblor de vívida crónica; sus impresiones directas decantadas hoy, ya, por la lejanía y el tiempo. Y una evocación justa y gentil, de personalidades españolas actores en la Región Ecuatorial, como el brigadier Conde de Argelejo, o el artillero Don Joaquín Primo de Rivera, relevantes y no únicos nombres cuando la primera presencia de España en aquellos confines; y en las postrimerías de esa nuestra gestión, ahí otros próceres también, como el almirante D. Faustino Ruiz González, ya extinto, aunque no malogrado.

(Tratamos a dicho marino, pletórico de vida y simpatías, talentoso, cordial y gran impulsor, según acertadas palabras del propio Fleitas Alonso, del nivel de vida alcanzado por nuestra excolonia africana. Teniendo un eficaz colaborador en el despierto almirante Núñez Rodríguez, citado asimismo aquí. Dentro de cualquier empresa patria, añadamos por propia cuenta, nuestra ínclita Armada, a veces dolorosamente en olvidos, activa y puntual.

Agradezcámosle, pues, a «Guinea. Episodios de la vida colonial» su oportuna memoria de miembros tan distinguidos del brillante Cuerpo, dilecto para el modesto prolo-

guista, falto de cocas y entorchados, pero con un ancla idealmente puesta sobre su ya cansado corazón...)

Las referencias históricas y las deducidas de personal experiencia del autor son —queda dicho— lógico arranque, ambientación y total curso de su propicio texto, fruto de un intenso conocimiento del medio físico y humano, acertando así a situarnos en cercanías a la plural gestión de que fue actora España, si distante en el espacio con aproximaciones reales —su vario empeño— al territorio que acierta a definirnos este libro.

A la ya existente, no abundosa bibliografía sobre el tema, acierta a unirse, ahora y favorablemente, el estudio de Fleitas Alonso, esclarecedor de largos pasajes de ese avatar nacional que vino a ser nuestra presencia y acción en Guinea, haciéndolo con garbo y amenidad.

Substanciosas páginas, pues, trascendidas de perspicaz observación, con el tenue roce sobre ellas, tal cual vez, de oportunas lamentaciones respecto a ese cercano capítulo de la historia patria, quizás no bien conocido, hecho un mucho de zozobra y sacrificios, sin que tampoco falte ahí el planear de algún que otro menos loable vuelo, de mero interés irresponsable. Hoy —todo— yerto anhelo, historia ya.

Milites, burócratas, técnicos y hombres de empresa; tal cual aventurero, también. Forzados o espontáneos alfiles, activos sobre el tablero aquél, que convertiríase en provincia hispana, hasta contar con representación en Cortes, según es bien sabido.

Fleitas, dotado de fácil capacidad descriptiva, hilvana sus impresiones distanciado al hacerlo de la superficialísima glosa viajera de tanto observador de tierra ajena. Nada esencial y definidor escapa a su insomne, abarcadora expectación, que va desde el físico y humano, vario paisaje que le sirve de asiduo telón de fondo, a un adentrarse en el ser íntimo del mundo indígena de su larga vecindad, a veces distinto en quilates al de su propia intimidad, depuradísima.

Dentro del área aquella, a la cual España dedicaría esfuerzos de varia índole, jugarán conseguidos logros y apetencias frustradas; y de cada circunstancia personal o colectiva, la pluma de Carlos Fleitas acertando, con expresivos rasgos, a darnos definición; ambientes y seres aproximados a nuestra curiosidad, en su diferenciado haz.

Así, la patética estampa, entre otras, del fallecimiento de cierto colono, ya en la presente centuria, que pusiera en eficaz explotación decenas de hectáreas, tras afanadísimo esfuerzo, casi de treinta años de su vida. Acabada ésta, sin vejez, un camión acondicionado para la ceremonia del entierro, sitúase en la Plaza de España, frente a la basílica. Su párroco —misionero claretiano—, aparece en el umbral catedralicio, seguido de sus acólitos. Juliano observa, las «bandas laterales y la puerta trasera del camión abatidas y forradas de seda negra, y en el centro, sobre un catafalco, cubierto también de tela negra, descansa el ataud».

Llegada al camposanto la fúnebre teoría, de sólo compatriotas —blancos atuendos y negra corbata—, una pala va de mano en mano, «y la tierra cayendo con ruido de madera hueca sobre la tumba». Ninguna flor, desacostumbrada aquí, ni presentes tampoco los huérfanos, estudiosos en tierra canaria, que deberían reemplazar al muerto progenitor, aunque nadie sepa si seguidores, al fin, de rumbos y afanes del mismo, años y años expatriado...

Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela
de la Real Academia de la Historia.

SEMBLANZA

Esta es la historia de un joven cazador que un día se fue a Dumandui, en el territorio fang de la tribu esamangon, para cazar un leopardo, y lo cazó. Con el correr del tiempo la piel del leopardo perdió su brillo y el joven cazador envejeció.

Akomba Nve, jefe de la tribu esamangon de los ntumu, murió y su cuerpo fue enterrado allí donde las águilas hacen sus nidos en las copas de las ceibas, y el viejo cazador sueña con volver a Dumandui para cazar un leopardo joven de ojos claros y feroces, pero es sólo el sueño de un viejo cazador.

C. F.

ACLARACION, DEDICATORIA Y MOTIVO

ACLARACION, DEDICATORIA Y MOTIVO

ACLARACION

Todos los hechos que se relatan en la segunda parte de este libro pudieron ocurrir, y quizás ocurrieron. Todos los personajes que aparecen en estos episodios son producto de la imaginación, pero quizás tengan algún parecido con otros reales. En este caso sería coincidencia.

Los hechos y personajes históricos son verdaderos, y están recogidos en legajos y en estudios sobre este capítulo de la historia de España que, si fue poco conocido en sus momentos de angustia y sacrificio, hoy se conserva ignorado en los archivos que guardan también documentos sobre la gesta colonizadora de España en el Nuevo Mundo. Allí permanece, sin pena ni gloria, cuando los clarines suenan ya, a las puertas de 1992, para cantar la hazaña de nuestros descubridores y colonizadores. Sin embargo, sería imperdonable que al conmemorar el V Centenario del descubrimiento y de la colonización del continente americano, se pasara por alto la prolongación de esta epopeya al continente africano, porque la presencia española en Africa pasó por América, y fue protagonizada por hombres que partieron de este continente en el siglo XVIII, y la continuaron, a lo largo de los siglos XIX y XX, otros procedentes de todas las regiones, de todos los pueblos de España.

Los protagonistas de la proeza española en América reposan en sus tumbas en cualquier país americano; los de Africa, en los cementerios de la Guinea Ecuatorial o languidecen olvidados, como su historia, en cualquier ciudad o en cualquier pueblo de la Madre Patria.

DEDICATORIA

A estos personajes anónimos simbolizados en dos: don Felipe de Santos Toro, conde de Argelejo, brigadier de los ejércitos de S. M. el Rey católico Carlos III, primer español que pisó la tierra africana de la Guinea española y a María del Mar Fernández González, que vino al mundo a bordo de la motonave «Cuidad de Pamplona» cuando sus padres y sus abuelos huían en un desordenado éxodo ante el precipitado cambio político, se dedica este libro.

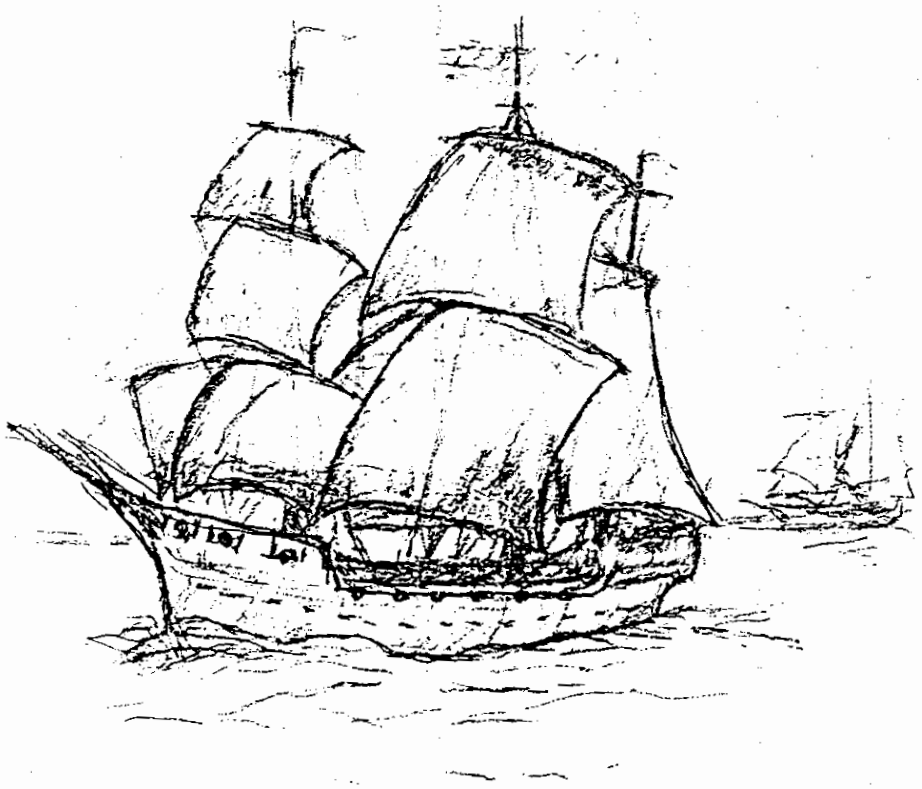
Pero sería injusto olvidar a los que formaron el cuerpo de funcionarios coloniales que cooperaron al desarrollo económico, cultural y, sobre todo, a la mejora sanitaria de aquellos territorios, base fundamental para el asentamiento de los colonos. Ellos hicieron cumplir las leyes que, desde Carlos III a Carrero Blanco, pasando por las dos repúblicas, fueron promulgadas en Madrid para que la población blanca con su esfuerzo, pero dentro del marco de esas leyes, contribuyera al desarrollo que repercutiría indudablemente en favor de la población nativa. En representación de ellos se destaca, entre los gobernadores generales, la figura de don Faustino Ruiz González, almirante de la Armada española y principal impulsor de este esfuerzo para que se lograra el elevado nivel de vida que alcanzó esta colonia africana. A su memoria ofrecemos también estos episodios de lo que fue la vida colonial en el intento de ocupación; durante los ciento veinticinco años que duró la presencia física española en Fernando Poo, y en los sesenta y siete que pasamos en el territorio continental de Río Muni.

MOTIVO

Este libro sale a la luz para explicar de forma llana y sencilla cómo se vivía en la Guinea española, al mismo tiempo que pretende borrar esa falsa imagen que algunos medios informativos, quizás sin intención, ofrecieron a la opinión pública y confundieron la realidad, aproximándola a la desafortunada leyenda negra que en el pasado se creó fuera de España para desprestigiar la obra colosal que fue el Descubrimiento y la Colonización de la América hispana. En Africa quedó la huella de España; si alguien la borra o la deforma, con toda seguridad, no será un historiador documentado. La descolonización, sin embargo, es preferible silenciarla en sus detalles, aunque rocemos superficialmente algunos de sus aspectos en esos episodios dedicados a la colonización.

El autor

Primera Parte
LA HISTORIA



I

PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778

En la explanada del campamento donde está concentrada la tropa, Ceferino Núñez, soldado del regimiento de Galicia que forma parte de la expedición que deberá partir de Montevideo a las órdenes del conde de Argelejo, espera, como todos sus compañeros, la presencia de su jefe. Forma en dos filas una tropa de cientro veinte soldados con sus mandos: dos capitanes, dos tenientes, tres subtenientes y cinco sargentos. Suenan los dos tambores de la expedición y la formación militar, cumpliendo la voz de mando, pasa a la posición de firmes.

Dos hombres se acercan, mientras el capitán más antiguo se adelanta para dar las novedades al comandante de este pequeño ejército. Ceferino Núñez observa, desde su puesto en la fila, a los dos jefes. El primero avanza con paso marcial mirando a la formación. Es don Felipe de Santos Toro, conde de Argelejo, delgado, y alto de estatura, moreno de tez con el tono azulado de una barba no bien rasurada. Viste uniforme de brigadier del ejército de S. M. el Rey Católico Carlos III; fue cadete a los doce años, capitán a los treinta y cinco y tiene a la sazón cincuenta y siete con una hoja de servicios que acredita su participación en hechos de armas en el Medirráneo, en Portugal y ahora deberá intervenir en luchas coloniales en América o en Africa. Le acompaña el teniente coronel de artillería don Joaquín Primo de Rivera, segundo jefe de tierra en esta odisea. Los hombres concentrados en la explanada están llamados a escribir una página dramática de la historia de España. Una misión difícil en islas africanas del Golfo de Guinea les aguarda a miles de millas de distancia, en mares y tierras desconocidos.

Mientras se pasa revista a las fuerzas de tierra, en la bahía de Montevideo, dos fragatas, la «Santa Catalina» y «Nuestra Señora de la Soledad», y un bergantín armado en paquebote, el «Santiago», reciben la carga mientras su tripulación repasa aparejos y arboladuras porque se harán a la mar para una empresa larga en mares ignorados. El comandante de mar de esta expedición es don José Varela Ulloa, gallego de origen y con larga experiencia marinera.

Cajas y fardos pasan sin cesar a las bodegas porque ha de llevarse avituallamiento para subsistir durante quince meses sin ninguna ayuda. Mientras tanto, desde la capital del reino se proveerá

lo necesario para establecer el apoyo logístico que exigirá el asentamiento de esta primera expedición española en Africa.

La tropa irá distribuida en los tres navíos, y los dos jefes, el de mar y el de tierra, viajarán en la fragata «Santa Catalina». El 16 de abril de 1778 el soldado Ceferino Núñez y otros veinticuatro compañeros embarcan en esta fragata con un sargento y dos cabos. El resto de la oficialidad y tropa va distribuido en «La Soledad» y en el paquebote. Al día siguiente la flotilla se da a la mar, y con viento a favor pone proa a su destino. La travesía fue lenta y no falta de incidentes. Enfermedades a bordo y pérdida de algún hombre por golpes de mar causan las primeras bajas, hasta que el 29 de junio de 1778 la fragata «Santa Catalina», a la vista de Santo Antonio en la isla del Príncipe, suelta las insignias y dispara un cañonazo pidiendo práctico.

El padre Couto, cuya actuación tendría posteriormente destacada importancia al sublevarse la guarnición establecida en punta Cañones, contempla, desde la borda del paquebote, la isla del Príncipe con sus múltiples picachos cubiertos de vegetación, y en la fragata «Nuestra Señora de la Soledad», otro personaje que pasaría a la historia por el mismo hecho de rebelión, el sargento Jerónimo Martín, atiende a sus hombres.

Cuatro largos meses de espera y de indecisiones exigen la hospitalidad de las autoridades de Príncipe y de Santo Tomé, porque gran parte de los expedicionarios está aquejada de enfermedades tropicales, hasta que, vencidas las largas negociaciones, el 14 de octubre se hacen a la mar desde la isla del Príncipe las fragatas españolas «Santa Catalina» y «Soledad», y la portuguesa «Nuestra Señora de Gracia». Con vientos flojos, el día 24 de octubre de 1778 la flotilla que ha fondeado en la amplia bahía de San Carlos en Fernando Poo, destaca varias lanchas en las que van el comisario regio español, conde de Argelejo, y el representante de la Reina María I de Portugal, Frey don Luis Cayetano de Castro. Ambos mandatarios ponen pie sobre la tierra de Fernando Poo, se iza el pabellón español y tiene lugar la ceremonia de entrega de los territorios que corresponden a España en vitud del Tratado de El Pardo. Se intercambian los documentos y la isla queda a partir de ese momento bajo la protección del Rey de España.

Los comisarios vuelven a sus naves y al día siguiente la flotilla suelta velas y pone rumbo a la isla de Santo Tomé para repostar y continuar viaje a Annobón donde se efectuará la entrega y recibo de aquella isla en el puerto de Palea.

Ceferino Núñez, desde la borda de la fragata, ha presenciado el movimiento de lanchas hacia la playa que ha sido bautizada con el nombre de San Carlos en honor al Rey de España. Las laderas, cubiertas de espesa vegetación, no parecen muy favorables para un asentamiento porque, además, la zona costera es pantanosa. En las suaves pendientes próximas al mar se destacan algunos claros con casitas primitivas de sus habitantes, que no se aventuran hacia las playas porque tienen noticias de algunas arribadas de buques negreros a otros puntos de la isla.

La navegación hasta Santo Tomé se desarrolla sin incidentes, y, después de repostar y desembarcar algunos enfermos, continúan viaje a Annobón. El día 14 de noviembre, durante la travesía, falleció el conde de Argelejo víctima de una enfermedad que se le manifestó al desembarcar en Fernando Poo.

Ceferino Núñez presenció la ceremonia de su sepultura mientras la fragata se mantenía al pairo, y la tropa y marinería, en posición de firmes, decía el último adios al ilustre militar. En el

diario de a bordo figura una anotación: «Al día siguiente su cadáver fue arrojado al mar con toda la decencia que permitía la estrechez de la embarcación»[1]. La flotilla continuó su ruta llegando a Annobón el día 28 de Noviembre de 1778.

La población de la isla no aceptaba la presencia española, temerosa de ser sometida a la esclavitud o enviada como tal a otras tierras. Primo de Rivera, nuevo jefe de la expedición española, exige la entrega de la isla por parte de los portugueses, respondiendo Frey don Luis Cayetano de Castro que la entrega ya se había efectuado y que corresponde al comisario español tomar las decisiones que estime pertinentes para ocupar la isla; pero Primo de Rivera decide regresar a Santo Tomé y pedir instrucciones a España. Esta decisión del jefe de tierra retrasa el cumplimiento de los acuerdos de El Pardo hasta que pasado un año, y a la vista de los informes técnicos de Varela Ulloa y de Carboner, el 29 de noviembre de 1779, comunica a la capital del reino que con esa fecha se hace a la vela con una flota de cuatro embarcaciones menores cargadas con todo lo necesario para el asentamiento que habrá de establecer en la parte Este de la isla de Fernando Poo, llevando setenta hombres de infantería, catorce artilleros, carpinteros, herreros y cincuenta y tres negros entre los del Rey y particulares[2]. El día 7 de diciembre fondeaban en la bahía de Concepción, y el 9 ponían pie en tierra instalándose en casas de campaña.

Las noticias remitidas a Madrid por Primo de Rivera nunca llegarían a la Corte porque la fragata «Soledad», que llevaba mensajes, y la polacra «Santa Engracia», fueron apresadas por los ingleses durante la travesía a España.

La fuerza de ocupación trabaja sin cesar para levantar un campamento compuesto por barracones para la tropa, almacenes, hospital, capilla y habitaciones para la oficialidad; instalan una batería y se toman todas las precauciones para evitar sorpresas de ataques por parte de la población nativa, aunque los primeros contactos con los pobladores de la isla son amistosos. A las pocas semanas los cincuenta negros adquiridos a un comerciante portugués, presentaron síntomas de viruela por lo que el médico del campamento decidió aislarlos del resto de los expedicionarios. Pero el hospital resultaba insuficiente porque la oficialidad y la tropa eran presa fácil para las enfermedades de estas zonas tropicales.

La llegada del navío canario «Santiago» vino a consolar a aquel grupo de desamparados donde la muerte se cebaba día tras día en los hombres de este ejército abandonado a su suerte en aquellas tierras inhóspitas. El clima, con la llegada de los tornados, la hostilidad de algunos grupos de la población indígena, las enfermedades y los fallecimientos van mermando la moral de la tropa hasta que diezmados, agotados y sin oficialidad por fallecimiento de los capitanes y oficiales, el sargento Jerónimo Martín, instigado por el capellán Agustín Couto, y acompañado de los cabos Borrego, Millán y Cañadas, protagonizó la sublevación de la tropa poniendo preso al teniente coronel Primo de Rivera que fue conducido a bordo del navío «Santiago». Los sublevados alegaron en su defensa en el juicio que se celebró en Montevideo, que tomaron la decisión porque la per-

[1] Cencillo de Pineda «El brigadier conde de Argelejo y su expedición a Fernando Poo 1778.»

[2] Cencillo de Pineda «El brigadier conde de Argelejo y su expedición a Fernando Poo 1778.»

manencia en el campamento era una acción suicida y porque, además, el capitán del navío «Santiago» había manifestado que el barco hacía agua y que precisaba reparación por lo que toda relación entre el grupo destacado en la isla y el puerto de apoyo quedaba suspendida a partir de la salida de este barco. A la vista de esta situación desesperada y de la rígida postura del teniente coronel jefe de la expedición, el sargento Jerónimo Martín, segundo jefe de la tropa por fallecimiento de todos los oficiales y suboficiales, decidió actuar por razones humanitarias. El «Santiago» se hizo a la vela rumbo a Santo Tomé con los supervivientes de la aventura. Allí, en el lugar denominado Punta Cañones, quedaron sepultados todos los oficiales, el médico y dos terceras partes de la tropa, además de un elevado número de tripulantes del navío canario «Santiago» y de la fragata que les transportó.

El teniente coronel Primo de Rivera fue repuesto en el mando al llegar a Santo Tomé y detenidos los sublevados, que fueron juzgados y absueltos un año más tarde en Montevideo, después de un juicio que valoró la desesperada situación en que se encontraba la tropa. El propio teniente coronel Primo de Rivera pidió clemencia para los encartados y se negó a formar parte del tribunal que había de juzgarles.

Esta fue a grandes rasgos la aventura de los primeros españoles que pusieron pie en la isla de Fernando Poo, donde los portugueses, a pesar de sus derechos sobre la isla desde 1472, no habían establecido, ni intentado hacerlo, asentamiento alguno.

Efectivamente, los portugueses ocuparon y colonizaron las islas de Annobon Santo Tomé y Príncipe, pero nunca desembarcaron para establecer bases definitivas en la isla de Fernando Poo. Así, trescientos años después de su descubrimiento, la isla sólo había recibido visitas esporádicas de barcos negreros, que se detenían para hacer aguada o para intentar alguna captura. Portugal, pues, transmitía sus derechos sin haber aportado nada en beneficio de esta isla, donde no existía ni siquiera un simple representante de la nación descubridora por lo que nunca ejerció dominio sobre este territorio.

El balance de pérdidas humanas de la expedición española a las órdenes del conde de Argelejo, desde la salida de Montevideo hasta el abandono del asentamiento, fue el siguiente: destinados a esta operación, 547; fallecidos en Santo Tomé, en la mar y en Punta Cañones, 370; supervivientes 177. De los 177 supervivientes 67 fueron repatriados con anterioridad, siendo solamente 110 los que regresaron después del abandono.

En 1827, Inglaterra ocupó arbitrariamente la isla de Fernando Poo y fundó la ciudad de Clarence City. Durante la ocupación inglesa, en 1830, el capitán Richard Owen llevó a la isla doscientos expedicionarios ingleses, en su mayoría artesanos para iniciar trabajos de construcción y para comenzar la colonización de la isla. A los pocos meses habían fallecido ciento cincuenta, y tuvo que repatriar a los restantes en su mayoría enfermos. Más tarde, el capitán Beawer seleccionó en Inglaterra trescientos hombres robustos en un intento de crear un asentamiento definitivo en Fernando Poo. A los seis meses de la llegada, habían fallecido doscientos setenta y dos, y unos meses más tarde, veintiuno, siendo repatriados cinco enfermos y quedando solamente dos sanos: el capitán y un expedicionario [3]. La isla no ofrecía facilidades para ser habitada por hombres de raza blanca.

■

[3] Tomas L. Pujadas «La iglesia en la Guinea Ecuatorial.»

En 1843, España volvió para asentarse definitivamente en la isla y crear la colonia más próspera de todo el continente africano gracias al esfuerzo y al sacrificio de unos hombres y mujeres que nuestra historia está obligada a llamar *colonos* con el mayor respeto.

Ahora, cuando se aproxima el V centenario del descubrimiento vale la pena recordar la frase del escritor norteamericano Charles Fletcher Lumis en su obra sobre la colonización de América en el siglo XVI: «... el honor de dar América al mundo pertenece a España. Es una historia que fascina, y, sin embargo, nuestros historiadores no le han hecho hasta ahora sino escasa justicia[4]».

A veces tienen que venir de otros países para explicar nuestras virtudes.

[4] Cencillo de Pineda «El brigadier conde de Argelejo y su expedición a Fernando Poo 1778.»

II

CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA

Lo que se relata a continuación corresponde a un episodio histórico que debió publicarse hace muchos años, pero que ha permanecido oculto y dormido en los legajos y en los archivos de nuestra historia. Hoy lo saco a la luz para salvar esta omisión de los responsables de contar sucesos, y porque me comprometí a hacerlo ante uno de los protagonistas del hecho.

Fernando Rodríguez Martín, marinero de profesión, nacido en el Puerto de la Luz, me lo contó una noche clara cuando en la soledad del bosque tropical allá en Bantabaré, contemplaba, desde la terraza de la casa roja del bananar, el brillo mágico de los cuatro puntos de la Cruz del Sur. Arrullado por esa algarabía de aullidos, gritos y graznidos de aves y animales que se me antojaban sobrenaturales, oí una voz que partía de los más profundo del bosque contiguo a la casa. Era una voz cavernosa que lentamente fue relatándome lo que aconteció a bordo del navío del comercio «Santiago», que llegó en 1780 a la bahía de Concepción para servir de apoyo al campamento establecido en el lugar que se señala en los mapas con el nombre de «Punta Cañones», que en los días claros puede verse desde la casa roja del bananar, situada en una colina de la finca de Batabaré, donde empiezo a escribir este relato.

En la dársena del puerto de Santa Cruz de Tenerife se balancea un barco mercante que lleva el nombre de «Santiago», registrado en este puerto y que cuenta con una tripulación de ciento cuatro hombres. Manda el navío el capitán Sicart, francés, y lleva de segundo al mallorquín Francisco Guía. El cirujano-médico de a bordo, Matías del Castillo, y los demás tripulantes son canarios de Tenerife y de Las Palmas. Francisco Rodríguez Martín hace el número ciento cinco, y su misión en este viaje consiste en recoger datos para relatarlos quizá doscientos años más tarde.

Comienza la historia cuando desde dos lanchas se van descargando mercancías sobre la cubierta del «Santiago». La bodega está casi abarrotada de sacos, cajas y fardos, pero el destino de esta embarcación es desconocido. Sólo el capitán sabe la ruta que ha de seguir. A pocos metros del «Santiago» está fondeada la polacra «Santa Engracia» que ha de acompañarles en la aventura.

El 17 de abril de 1778, desde la bahía de Montevideo, se hizo a la mar una flotilla compuesta por dos fragatas, «Nuestra Señora de la Soledad» y «Santa Catalina» y un paquebote armado, el

«Santiago», que nada tiene que ver con el navío canario. Van al mando del capitán Varela Ulloa, llevando como jefe de las fuerzas de tierra al conde de Argelejo, don Felipe de Santos Toro, y como segundo de este al teniente coronel de artillería don Joaquín Primo de Rivera y Ordina, bisabuelo del que más tarde sería marqués de Estella, don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, que tanta influencia tendría en la política de nuestro siglo. Llevan la orden Real de tomar posesión de los territorios que en virtud del Tratado de El Pardo corresponden a España en el Africa ecuatorial. La base de apoyo para la ocupación y asentamiento en Fernando Poo, Annobón y costa africana serán las islas de Santo Tomé y Príncipe, en el Golfo de Guinea.

S. M. el Rey Católico dispuso que para coordinar esta operación se tomara como punto de enlace las islas Canarias «por estar más cerca que la plaza de Cádiz».

Para el suministro de medicamentos y mercancías se hacía necesario fletar un barco mercante que realizara este servicio. Se negocia con el armador del «Santiago» que, considerando la importancia de la operación, lo cede sin más obligación por parte de la Real Hacienda que el seguro de la nave.

Como consecuencia del pacto de familia aceptado por Carlos III, del que tantas opiniones contradictorias han dado los historiadores, la Corona británica declara la guerra a España y comienzan entonces los problemas para la navegación española.

El viaje del mercante «Santiago» a Santo Tomé para servir de apoyo logístico al primer asentamiento español en Fernando Poo debe ser protegido de cualquier ataque de la marina británica, y para esta protección fue destinada la polacra «Santa Engracia» al mando del teniente de navío Juan Nepomuceno Morales.

El día 21 de noviembre de 1779 el navío del comercio «Santiago» suelta velas, rebasa la bocana del puerto de Santa Cruz y pone rumbo sur. Va precedido de la polacra «Santa Engracia» con su velamen desplegado.

La navegación por esta zona del Atlántico podía producir entonces encuentros desagradables porque, además de la flota británica, a partir del Senegal se entraba en la ruta de los negreros que transportaban sus cargamentos a la zona comprendida entre el Golfo de México y Brasil. La piratería campaba por sus respetos en estas aguas del Atlántico.

El «Santiago» y la polacra navegan con buen viento, ponen rumbo SE y se dirigen a la isla del Príncipe. El día 20 de enero de 1780 la «Santa Engracia» se adelanta, enfila la bahía de Santo Antonio, larga insignias y pide práctico. Las autoridades portuguesas reciben a los comandantes de los dos navíos y les ofrecen cuanta ayuda puedan necesitar todo el tiempo que permanezcan en la isla del Príncipe, informándoles que deberán esperar noticias de Santo Tomé para continuar viaje a aquella isla. Cuando se reciben instrucciones, el «Santiago», siempre protegido por la «Santa Engracia», pone rumbo a Santo Tomé. Durante su permanencia en esta isla se llevan a cabo los preparativos necesarios para emprender viaje a Fernando Poo con el fin de iniciar la operación de abastecimiento y apoyo al asentamiento establecido en la isla, a donde llega el día 14 de abril de 1780.

Desde el castillo de popa, el capitán Sicart contempla por primera vez el paisaje de la isla de Fernando Poo cubierta por una capa de vegetación que desde lejos se le antoja impenetrable.

En un saliente de la costa, al norte de la bahía, divisa una pequeña columna de humo, y ajustando su catalejo distingue los barracones de madera del campamento. Allí, en medio de un ambiente hostil, ha puesto los pies un pequeño grupo de españoles que pretende iniciar la colonización de la isla. Las inclemencias del tiempo, el azote de los tornados y el sol tropical, además de las enfermedades van haciendo mella y diezmando el número de los expedicionarios.

Fernando Rodríguez Martín me cuenta que desembarcó muchas veces en este asentamiento para descargar mercancías y para dejar para siempre a compañeros de tripulación que fallecieron en esta aventura. Incidentes ocurridos en el campamento, azotado por las enfermedades y por la hostilidad de los habitantes de la isla, motivaron la sublevación del sargento Jerónimo Martín, siendo inductor de este levantamiento el capellán. Fernando Rodríguez Martín me relató todas las tribulaciones padecidas por estos expedicionarios semiabandonados en un rincón del Africa ecuatorial, pero este relato lo transcribiré otro día. Hoy me limito a la aventura del «Santiago». Lo cierto es que el día 31 de octubre de 1780 a bordo de este barco mercante, regresaron a Santo Tomé los restos de la expedición con su comandante preso, y con el sargento Jerónimo Martín al frente de los supervivientes. Pasarían sesenta y tres años antes de que el capitán de fragata Juan José de Lerena tomara posesión en nombre de la Reina, de la isla que había sido ocupada arbitrariamente por Inglaterra.

Pero no terminaron aquí las desventuras. En la bahía de Santo Tomé tuvo lugar un hecho insólito y casi desconocido: el asalto frustrado al navío canario «Santiago» por marineros de tres fragatas de la flota británica, que estaban fondeadas en la misma bahía que el «Santiago».

Fernando Rodríguez Martín me lo contó así: en la madrugada del 23 al 24 de Septiembre de 1781 se produjo el más cobarde ataque que barcos de guerra de una nación poderosa puedan llevar a cabo contra un barco mercante, anclados todos en el puerto de una nación amiga. El navío canario «Santiago» no dispone de otra defensa que el coraje de sus hombres. En el silencio de la noche oscura, el capellán, que salía de la cámara, después de haber asistido a un marinero que acababa de fallecer víctima de las fiebres, oyó el suave golpe de unos remos que al parecer procedía de botes que se acercaban al «Santiago». Con mucha cautela se asomó a la borda y comprobó que varias lanchas se destacaban de las fragatas inglesas dirigiéndose a su barco con intención de atacarles. Sigilosamente dió la voz de alarma y toda la tripulación, incluidos los enfermos, se aprestaron para la defensa. Hachas, mazos, cuchillos y cualquier objeto contundente, además de la fusilería, eran buenos para la lucha. Sonaron disparos y la marinería pirata inició el asalto. Los canarios, apostados en la proa, rachazan a los que se arriesgan a escalar por la parte más vulnerable de la embarcación. Una barrica de aguardiente arrojada con fuerza sobre un bote lo hizo zozobrar. Disparos de fusil desde la cubierta producían víctimas entre los que atacaban, y, de vez en cuando, en el fragor de la batalla se oía el chapoteo de algún marinero inglés pidiendo ayuda para que lo rescataran.

Un garfio cayó sobre cubierta clavándose en unos maderos de la borda de babor. El capellán observa que la cuerda se tensa y se apresta con rapidez para repeler el ataque del asaltante; el cura lleva en sus manos un garrote descomunal que por la actitud agresiva de su portador hace suponer que el atacante no será bien recibido. Por fin aparece la mano derecha del pirata portando una pistola de dos cañones. El capellán giró el cuerpo con rapidez apoyándose en su pie izquierdo y atizó semejante garrotazo en la rubicunda cabeza del marino que la escachó como si fuera un huevo. En el revoltijo de la falda de su sotana, el crucifijo, que colgaba del cuello adornando su pecho, fue a parar a la espalda del sacerdote pasando sobre el hombro. Fernando Rodríguez

Martín me dijo que para él, el cura se echó el crucifijo a la espalda para que no presenciara con cuánta cotundencia se aplicaba un representante de la fe católica en su lucha contra los herejes. De cualquier forma, el inglés se deslizó con los brazos extendidos mientras la pistola caía sobre cubierta, y el cuerpo al caer de espaldas sobre el agua, producía el ruido de un fardo arrojado al mar. El capellán había venido a Africa con la ilusión de convertir a sus pobladores primitivos a la fe católica, pero, no pudiendo cumplir esta ilusión, regresaba en cierto modo satisfecho de haber contribuido a despanzurrar herejes. Quizás más tarde tendría ocasión de dedicarse con más dulzura al cumplimiento de su ministerio.

Los intentos de asalto fueron repelidos con valor durante las horas que duró este acto de piratería, porque los tripulantes canarios no dieron tregua a los británicos. Donde quiera que intentaran la escalada encontraban hombres que desde lo alto de la borda los enviaban al mar contusionados o muertos.

Los canarios oyen voces y golpes de remo alejándose del «Santiago». En estas latitudes el paso de la noche al día es rápido. Agonizaba la noche y aún en la semiclaridad del amanecer, las estrellas, únicos testigos de la batalla, continuaban brillando en lo alto del firmamento.

Fernando Rodríguez Martín, canario y marinero de profesión, contempla cómo los cuerpos de los marineros británicos se mecen inertes movidos por el suave oleaje de este amanecer tropical.

De pronto sonó un cañonazo en el fuerte portugués que domina la bahía, a la vez que dos lanchas, enarbolando la bandera lusitana, se dirigen con rapidez al navío mercante canario para indagar sobre los hechos y tomar decisiones. Los cuerpos de marinos de guerra ingleses flotando sobre las aguas de la bahía son suficiente prueba para que el Gobernador de la isla ordene a la flota británica que abandone sin dilación las aguas portuguesas.

El reprobable acto de los navíos de guerra ingleses contra un barco mercante en el puerto de una nación amiga, fue calificado por las autoridades portuguesas «como un cobarde acto de piratería».

Unas horas más tarde las tres fragatas británicas con el velamen hinchado por la fresca brisa de la mañana, desfilaban humilladas frente al pequeño navío «Santiago», y, a decir de Fernando Rodríguez Martín, semejaban tres perritos blancos vapuleados por un niño travieso. Los ingleses perdieron en este asalto treinta y tres hombres.

Tres heridos de importancia fueron las bajas entre los tripulantes canarios, falleciendo solamente uno: Francisco Gil, natural de Tenerife, de un tiro en la ingle. José Martín de Sas, también de Tenerife, recibió un tiro en la mano derecha pero fue atendido por el capellán, porque el médico había fallecido meses antes en Fernando Poo. El sacerdote oficiaba también de médico cuando era necesario. Según las noticias José Martín de Sas falleció más tarde en Brasil, pero sin que tuviera relación su muerte con esta herida de guerra.

El navío «Santiago» partió meses después de la isla de Santo Tomé con los restos de las fuerzas de ocupación que hubieron de abandonar Fernando Poo, y arribó al puerto de Bahía de Todos los Santos, en Brasil, tras dos meses de navegación. De la tripulación inicial de ciento cuatro hombres, regresaron solamente cuarenta y ocho, porque en la isla de Santo Tomé, en la mar y en Punta Cañones fueron sepultados los cincuenta y seis que fallecieron.

El hecho heróico de la nave «Santiago» está recogido en el Archivo General de Simancas y fue desempolvado por Cencillo de Pineda en su interesante estudio sobre la expedición del conde de Argelejo a Fernando Poo y a Annobón. En la hoja de servicios del teniente coronel Joaquín Primo de Rivera se anota el hecho de armas descrito.

El capellán del «Santiago» relata lo siguiente:

«... en efecto los canarios, aunque sin fuerzas, cargados de achaques epidémicos, tuvieron el valor de defenderse con honor».

En el informe sobre fallecidos del «Santiago» que emitió el intendente de la expedición, Miguel de Lucas, figuran entre otros los siguientes apellidos que resultan familiares en Canarias:

Matias del Castillo, Esteban Carballo, Juan B. Acosta, Domingo Abreu, Francisco Gil, Antonio Padilla, José Falcón Betancor, José del Pino, Antonio Padrón, José Morales, Vicente Diepa, Antonio Trujillo y tres hermanos de apellido Millares llamados Fernando, Juan y Nicolás. La relación completa de las bajas del navío «Santiago» está anotada en el legajo 7.411, folio 64, en el Archivo General de Simancas [5].

En Bahía de Todos los Santos fue necesario carenar el barco para que continuara viaje de regreso a Cádiz vía Montevideo, llegando al puerto español el día 21 de Septiembre de 1784. Desde allí fue devuelto a su propietario en Santa Cruz de Tenerife donde arribó el día 2 de marzo de 1785, después de cinco largos años que duró la aventura de apoyo logístico al primer asentamiento español en Fernando Poo.

Fernando Rodríguez Martín desembarcó al llegar a Canarias, falleciendo de unas fiebres desconocidas, pero me dijo que el «Santiago» naufragó más tarde frente a las costas de Lanzarote cuando transportaba un cargamento desde Tenerife.

Esta fue la primera aportación humana que ofreció Canarias a la colonización de Guinea, pero a lo largo de la etapa colonizadora más reciente, Canarias representó el principal apoyo para el desarrollo cultural y económico de lo que fuera la Guinea Española, hoy Guinea Ecuatorial.

[5] Cencillo de Pineda «El brigadier conde de Argelejo y su expedición a Fernando Poo 1778.»

III

ERI, FORMOSA, FERNANDO POO, MACIAS NGUEMA, BIOKO...

Sobre un promontorio al pie del monte Camerun los dos jefes de la tribu «boobee» contemplan la silueta de una montaña que surge del mar. Frente a ellos está la isla de Eri con su gran monte «Rimmpo re chiba». Roâ, joven jefe de la tribu, y Roca, su lugarteniente, han establecido su campamento en la desembocadura de un río, y sus gentes talan árboles y allanan el terreno para contruir sus casas. Las mujeres colaboran en los trabajos porque su larga migración ha terminado. No se sabe con certeza cuando empezó y cuando terminó la peregrinación de los «boobees» a través de Africa. Se tienen noticias que partieron del Norte hacia el Suroeste para alcanzar el territorio llamado hoy Camerún. La leyenda cuenta que buscaban una tierra fértil, con altas montañas y separada del continente para establecerse sin temor a los ataques de otras tribus, y, allí, frente a los dos guerreros, estaba su objetivo.

Roâ organiza los trabajos y dispone que un grupo de hombres construya dos embarcaciones capaces para veinte remeros cada una porque tiene la intención de alcanzar su meta, la isla de Eri, explorarla y fijar allí su asentamiento. Sus hombres trabajan sin descanso hasta que las dos embarcaciones son arrojadas al mar y Roâ en una, y Roca en la otra, se hacen a la mar aprovechando la corriente que viene del río de los camarones.

Eri está deshabitada en su costa Este y Roâ envía a su segundo para que organice una expedición que ha de transportar a todos los individuos de su tribu a su nuevo hogar: la isla de Eri.

Así llegaron los «boobees» a Fernando Poo, y se asentaron, extendiéndose a lo largo y a lo ancho de la isla. Quizás, atemorizados en zonas donde el fuego de «Rimmpo re chiba» no podía alcanzarles, vieron arder también las laderas del monte lejano, que fue su punto de partida por mar; y, quizás, las embarcaciones cartaginesas despertaron su curiosidad mientras «el carro de los dioses» iluminaba las noches reflejándose en el mar.

Otras generaciones verían llegar barcos con sus velas desplegadas, que se refugiaban en las costas de la isla, y entonces preparaban sus lanzas de madera dura, estriada, para defenderse de aquellos seres extraños.

La registraron a su nombre los portugueses, la ocuparon los ingleses y la colonizaron los españoles, pero los vaivenes de la política la pusieron en manos de otro grupo africano: los fangs.

La isla de Fernando Poo es azul.

A veces su belleza voluptuosa de hembra africana se cubre tímidamente con una fina gasa de niebla que deja traslucir las formas de su vegetación exhuberante, pero cuando el tornado desata su furia, el velo de niebla se desgarra para permitir el contacto misterioso y salvaje de la belleza primitiva con las fuerzas del viento y de la lluvia en una cópula eterna.

Desde las alturas del pico de Santa Isabel a las laderas de Bonyoma y a las llanuras de Punta Europa todo rezuma amor. El azul de la isla de Fernando Poo se hace más intenso al resaltar sus siluetas los gigantes de la selva impenetrable, dominada solamente por las fuerzas de la naturaleza.

Entonces, contemplada a distancia desde el mar o desde el aire, la isla se despereza desnuda y sin velos; agotada y casi dormida se extiende lánguida y feliz porque el encuentro secular del agua con la tierra fértil producirá su fruto y mantendrá radiante su cálida hermosura.

Durante la ocupación británica algún personaje de la Corona declaró, después de visitarla en el siglo XIX, que cultivadas sus fértiles tierras, la riqueza que podía producir con plantaciones de tabaco y caña de azúcar superaría a la mejor de las Antillas.

En 1829 un capitán inglés, llamado Richard Owen, decidió incluir entre las colonias inglesas a la isla de Fernando Poo. Esta isla ya figuraba en el Anuario Real Británico en el año 1827, y así continuaría algunos años más.

El día de Navidad de 1829, en la explanada que andando el tiempo se denominaría Plaza de España, el marino británico izó la bandera del Imperio ante la que hizo desfilar unas fuerzas de la marina de su país. Para dar mayor realce al acto convocó en el solar, cuidadosamente «chapeado», a un numeroso grupo de negros que procedían de la zona continental africana.

Inglaterra, ante la ausencia española, se apoderaba arbitrariamente de la isla, que más tarde pretendería comprar.

En 1843 enfila la Bahía de Santa Isabel el bergantín español Nervión para poner fin a una situación de todo punto irregular. Nadie acude a recibir a su comandante que trae poderes de S. M. la Reina Isabel II, para tomar posesión de estos territorios españoles.

En lo alto de la ciudad de Santa Isabel, entonces denominada Clarece City, ondea la bandera británica.

El capitán de fragata representante de la Reina desembarcó; hizo arriar la bandera para seguidamente izar la insignia española. Publicó un bando declarando la isla territorio español y, a falta de españoles, nombró primer Gobernador a un comerciante británico llamado John Beecroft. A la ciudad dió el nombre de Santa Isabel en honor a la Reina.

Las dificultades para transformar lo que de hecho era una colonia británica en colonia española son fáciles de imaginar. La población, la moneda, las costumbres y el idioma eran ingleses. Lo

único español a partir de ese momento era la bandera. De regreso a España el bergantín Nervión, empezó a tomarse en serio, pero sin mucha prisa, la colonización de la isla.

En 1858, por fin, España decide enviar un Gobernador español, planificar el aprovechamiento de las tierras y mejorar las condiciones de vida de sus habitantes. Para este cargo fue designado el capitán de fragata Carlos Chacón[6]. La presencia de un Gobernador español hizo cambiar, aunque lentamente, la orientación británica de este territorio.

Con el fin de fomentar la riqueza agrícola, el Gobierno español organizó en 1859 el envío de ciento veintiocho colonos y ciento diez soldados de marina. Los primeros, en su mayoría procedentes de Valencia, iniciaron los trabajos en las tierras inmediatas a Santa Isabel pero, pasados diez meses, de los ciento veintiocho sólo sobrevivían tres. Los ciento veinticinco restantes habían muerto víctimas del anofeles, de la mosca tsé-tsé y de la disentería.

Esta primera experiencia produjo un vacío, pero nuevos colonos apoyados por el Gobierno llegaron a Fernando Poo.

En 1900, cuando se firma el Tratado de París, la colonización de la isla ya está en marcha. Hombres audaces, duros, como los que colonizaron América, se proponen llevar adelante lo que podría llamarse una aventura; por otra parte los misioneros claretianos que desde 1883 ejercen su apostolado en Guinea, van propagando la fe católica e implantando el idioma. Sin ellos la colonización no hubiese sido tan floreciente.

Hasta la década de los treinta todo se desarrollaba con dificultades, pero al término de nuestra guerra civil y de la segunda guerra mundial, comienza una nueva etapa; nuevos medicamentos para combatir las epidemias de esta zona van haciendo desaparecer el paludismo, la enfermedad del sueño, la lepra y otras plagas endémicas.

La necesidad de productos tropicales como el cacao, el café, el abacá, el aceite de palma, el de palmiste, etc., para el abastecimiento nacional, induce a los agricultores a la puesta en explotación de nuevos terrenos.

Inglaterra juega un papel importante en el crecimiento económico de Fernando Poo porque la isla carece de mano de obra y los intentos de adaptación de trabajadores pamues fracasan. La firma del tratado laboral entre España e Inglaterra para el suministro de mano de obra nigeriana ayuda a potenciar la incipiente economía de la isla.

Bien es verdad que Inglaterra no se ha distinguido por favorecernos, pero en este caso apoyó el desarrollo de la isla española. Sin embargo, el tratado era muy exigente en cuanto a remuneraciones, alojamientos apropiados, asistencia sanitaria gratuita para el trabajador y sus familias, alimentación y trato adecuado, así como horario de trabajo reglamentado.

[6] El R. D. de 13 de diciembre de 1858 concede iguales atribuciones a los gobernadores de Fernando Poo que a los virreyes de Indias.

Los inspectores del consulado ejercían una vigilancia constante sobre la situación de estos ciudadanos ingleses de raza negra. Cualquier irregularidad denunciada, y comprobada por la delegación de trabajo española, podía llevar aparejada a la sanción, la aplicación del artículo 5.º (expulsión) al español que la hubiese cometido. Cuando Nigeria alcanza la independencia se subroga de todos los derechos y obligaciones contenidos en el tratado, que continuó vigente hasta mediados los años 70.

En la década de los 50 la isla de Fernando Poo y la zona continental puesta en explotación inician un crecimiento constante; el comercio se desarrolla; se crean pequeñas industrias y el país alcanza un grado de prosperidad superior a cualquiera de las colonias vecinas.

En 1959, el Gobierno español toma la decisión de elevar a rango de provincias españolas a los territorios de Guinea. De esta forma las provincias que componen la región ecuatorial, Fernando Poo y Río Muni, tienen representantes en las Cortes españolas. Estos representantes acuden a las sesiones de Cortes con iguales derechos y responsabilidades que los de las otras provincias españolas. Es decir, igual que los catalanes, gallegos, andaluces, canarios, etc.

La Presidencia del Gobierno viene estimulando desde décadas pasadas a los agricultores para que amplíen sus explotaciones; se sacan a subasta terrenos rústicos y urbanos. Las condiciones se publican en el Boletín Oficial y son motivo de licitación. El agricultor, al que se adjudica una finca rústica, paga sus derechos y se obliga a roturar las tierras y ponerlas en explotación. Una vez cumplidas sus obligaciones solicita la transformación de su concesión en título definitivo.

La finca se inscribe en el Registro de la Propiedad español, que está bajo la dirección de un registrador de este cuerpo de funcionarios españoles.

Pero en 1968, España, a consecuencia de presiones exteriores, se desentiende precipitadamente de sus responsabilidades. Se celebran elecciones en el país, supervisadas por la ONU, y el resultado favorece a la etnia mayoritaria fang, de la zona continental. La población autóctona de la isla, los bubis, queda marginada. En la tarde del 11 de octubre la bandera roja y gualda flamea tímidamente en la Plaza de España a la espera de ser arriada por última vez en la isla. Se ha decidido no celebrar ningún acto público en este momento histórico para evitar reacciones de la población.

Los penachos verdes de las palmeras reales que adornan la Plaza de España apenas se mueven cuando un soldado de la guardia territorial, con su vistoso uniforme heredado de la guardia colonial, hace descender por última vez, desde lo alto del mástil, la insignia española que a lo largo de ciento veinticinco años ha presidido todos los actos de la vida de esta isla.

La bandera de la República de Guinea Ecuatorial es izada con todos los honores el 12 de octubre, día de la hispanidad, en la Plaza de España, en el mismo marco en que un día ondeara, arbitrariamente, la británica y posteriormente, con todos los derechos, la española.

Las consecuencias no se hicieron esperar: aviones de la Compañía Iberia establecen un puente aéreo Santa Isabel-Madrid. Buques transportes de la Armada española y barcos de Transmediterránea trasladan silenciosamente la población española a lugares más seguros de la Madre Patria; viajan también en estos transportes las Fuerzas españolas.

Un nuevo país africano inicia su andadura.

IV
LOS PORTUGUESES

Hablar de la Guinea española es hablar de Portugal, como hablar del desarrollo económico de Guinea, y en particular de Fernando Poo, es hablar, en parte, de los portugueses. Efectivamente, los navegantes portugueses descubrieron en el siglo XV estas islas y estas costas del Africa occidental. En el siglo XVIII cedieron sus derechos a España, pero razones de política internacional, limitaron estos derechos territoriales reduciéndolos a la actual Guinea española. Posteriormente, cuando España inicia la colonización de Guinea, en la segunda mitad del siglo XIX, llegan los primeros colonos portugueses a Fernando Poo para asentarse en la isla. Su participación en la labor colonizadora de España es considerable; pero antes, en 1778, los comisionados portugueses que habían de entregar las islas al conde de Argelejo, y a Primo de Rivera, trajeron de Brasil semillas de cacao para la isla del Príncipe entregando algunos granos a los españoles. Más tarde, en 1822, el coronel Ferreira llevó cantidades importantes para cultivar en Príncipe y de allí el barón de Agua Izé las transportó a la isla de Santo Tomé. En 1854, por orden de la Reina Isabel II, se llevaron semillas a Fernando Poo procedentes de América y de las islas portuguesas del Golfo de Guinea, convirtiéndose después la isla de Fernando Poo en centro distribuidor de este grano hacia la costa africana. Un trabajador nigeriano de Calabar, llamado Squiss Banego, llevó, en 1874, las primeras semillas a Nigeria, y otro trabajador las introdujo en Togo[7]. El cultivo de cacao en Costa de Oro, Costa de Marfil, Dahomey y otras zonas costeras se va extendiendo, mientras un misionero alemán llamado Mohr lo cultiva en el Camerún y desde allí es llevado a los territorios al sur de esta colonia alemana. De esta forma el cultivo del cacao, que tanta importancia tendría para estas colonias de Africa y para los nuevos países independientes, prolifera a lo largo de la última década del siglo XIX y en el XX, hasta convertirse en la primera fuente de riqueza de esas naciones.

Los portugueses han introducido este producto en el Africa occidental, y aportaron su experiencia al iniciarse los cultivos racionales de cacao en Fernando Poo.

■

[7] Jaime Nosti Nava «Cacao, café, té.» Editorial Labor.

No tuvieron dificultades para adaptarse a las condiciones de trabajo de esta isla porque el clima es igual al de las otras del Golfo de Guinea, de donde procedían casi todos estos inmigrantes, aunque algunos llegaron de Angola. Los recién llegados se apoyan en agricultores españoles colaborando en sus explotaciones, pero, poco a poco, con la tenacidad característica del pueblo lusitano, van adquiriendo terrenos y contribuyendo a la explotación de nuevos cultivos. Una vez situados, traen empleados de la metrópoli portuguesa, y va asentándose un nuevo grupo humano en esta colonia española.

En general son acogedores, espléndidos en sus invitaciones, pero tienen su propio círculo social. Algunos ampliaron su negocio agrícola dedicando atención al comercio, pero los portugueses en Fernando Poo fueron primordialmente agricultores. En Rio Muni fue insignificante su presencia.

Entre ellos destacaron personajes dignos de recordar por su personalidad, por sus condiciones humanas y por su contribución al crecimiento económico de Fernando Poo.

Don Eugenio de Pereira llegó a Fernando Poo a principios de siglo procedente de Santo Tomé. Vino acompañado de una mulata distinguida y muy fértil a juzgar por los retoños que le siguieron. Compró un solar de grandes dimensiones en el centro de la ciudad y se asoció con otro portugués, el señor da Silva, para las explotaciones agrícolas. El señor Pereira montó un próspero negocio comercial, y sus hijos colaboraban con él, tanto en el comercio como en la agricultura. Juliano Alba lo conoció al llegar a Santa Isabel porque fueron casi vecinos. Era hombre de carácter abierto, siempre con la sonrisa en los labios, corpulento, de tez muy blanca y con unas gafas de aros metálicos; muy agudo en su conversación y rápido y serio en sus transacciones comerciales. Se decía que mantenía un harén en su casa, y que ni él mismo sabía el número exacto de los hijos que tenía, ni cuál era la madre de cada uno de ellos, pero la fantasía popular siempre exagera la realidad.

Sin embargo, la siguiente anécdota, que relata Juliano, se contaba con frecuencia en Santa Isabel, y, de ser cierta, confirmaría esa opinión sobre la poca memoria del señor Pereira en relación con su numerosa familia.

Regresó nuestro personaje de unas vacaciones coloniales por España y Portugal. El muelle de Santa Isabel está abarrotado de público aquella mañana calurosa del mes de noviembre mientras el «Domine» maniobraba lentamente para acoplar la popa al espigón. Cayeron las estachas, y los marineros negros se apresuraron para sujetarlas a los norays. Una camioneta repleta de muchachos de todas las edades aparcó en las inmediaciones del almacén de aduanas y los chicos saltaron sobre el muelle: eran los hijos del señor Pereira. Había de todos los tamaños y de una amplia gama de colores. Todos limpios, sonrientes y alegres de recibir a papá Pereira.

Se colocó la escala mientras la banda de la guardia colonial no cesaba de tocar sus alegres marchas militares, y, por fin, el señor Pereira descendió saludando a todo el mundo y haciendo chistes improvisados hasta que se dirigió hacia la camioneta donde estaba su familia. Dio una voz, los colocó en línea por orden de estatura, y empezó a llamarlos por sus nombres para que los chicos subieran a la camioneta. Cuando hubo terminado y ya se disponía a subir a la cabina, reparó en un pequeño que le miraba interrogante. se detuvo un momento y dirigiéndose al chico le preguntó:

— Tú, ¿quién eres?

El niño le contestó sonriente:

— Yo también soy hijo tuyo, papá Pereira.

El señor Pereira abrió los brazos y le dijo:

— ¡Sube al camión, hijo mío!

El señor Pereira murió años más tarde y hubo duelo popular porque su personalidad se mantuvo siempre entre los dos pueblos, el colonizador y el colonizado.

Sus hijos estaban integrados en la sociedad española, algunos estudiaron en España, y el señor Pereira dejó sus bienes repartidos entre todos.

* * *

Le llamaban Porfirio Rubirosa, era presuntuoso y procuraba destacar sobre los demás. Hacía años que su mujer se había trasladado a la península y vivía con sus hijos en Valencia. Nunca la mencionaba ni hacía referencia a sus hijos, pero sus íntimos sabían que los atendía con largueza. Era agricultor y tenía una finca en Bakake. Alternaba las negras de Fernando Poo con las blancas, preferentemente empleadas de cafeterías, cuando paraba en Madrid. Sus viajes de vacaciones eran de ostentación: el mejor coche, el mejor hotel, y los mejores cabarets, porque Francisco Amaral, que así se llamaba nuestro hombre, limitaba sus aficiones a darse, lo que para él era, buena vida.

Fue buen amigo de Juliano Alba y alguna vez participaron juntos en algunas correrías metropolitanas.

Amaral había llegado a Fernando Poo para trabajar con otro portugués, pero no tenía condiciones para ser buen empleado ni podía asociarse a otra persona, y empezó a trabajar por cuenta propia. Con esfuerzo arrendó una finca de cacao, que posteriormente compró, y que le permitía vivir sin estrecheces. Poco a poco, fue ampliando sus plantaciones hasta disponer de una renta envidiable. Había pasado doce años seguidos en Fernando Poo, pero a partir de entonces trataría de recuperar el tiempo perdido.

Amaral decía que en las colonias hay dos generaciones: la primera, que es la creadora, la que se sacrifica; y las siguientes, que generalmente son parásitos. Según él, el colono llegaba solo y dispuesto a luchar sin reparar en las condiciones de vida. A los otros les esperaba un coche deportivo en el muelle o en el aeropuerto, y llegaban con la categoría de gerentes aunque no sirvieran para el cargo. Juliano pensaba que en el fondo de su alma quizás se escondía algún resentimiento, pero nunca discutió sobre este tema que solía tocar Amaral cuando tenía oportunidad.

* * *

Cuando España se retiró de Guinea, los portugueses fueron perseguidos con crueldad porque Portugal se mantenía aún en sus provincias de ultramar. Las autoridades del nuevo país ordenarían despojar de sus bienes a los portugueses de igual forma que habían hecho con los españoles. Amaral y los hijos del señor Pereira, como el resto de la colonia portuguesa, se vieron obligados a huir después de haber recibido toda clase de vejaciones, pero en la historia de la colonización

española en Africa no podrá omitirse la contribución de estos hombres que llegaron cargados de ilusiones y dispuestos a luchar.

Allí, junto a los españoles que nunca regresaron, quedó una inmensa representación portuguesa que había elegido Fernando Poo como su propia patria. Los colonos españoles tenían mucho en común con estos otros que participaron en la aventura colonial de lo que fue el Africa hispana.

¿Por qué el señor Pereira resistió a las leyes implantadas en Guinea sobre el comportamiento de los colonos? Pues, sencillamente, porque el señor Pereira llegó muchos años antes que esas leyes y porque el señor Pereira era en sí mismo una costumbre.

V
LA EKUELA Y LA PESETA

Las poderosas tribus fangs partieron de las fuentes del Nilo, y su migración fue lenta hacia el oeste. Las cinco ramas del tronco fang están compuestas de feroces guerreros que mantienen una disciplina rígida en sus tribus.

Los ntumus y okaks avanzan hacia el sur. Los ngues, bulus y fangs penetran por el norte en el territorio de los Camarones, pero las luchas entre los ntumus y los okaks separan a estas dos ramas fang, ocupando los primeros la zona comprendida entre los ríos Campo y Benito, mientras los okaks se extienden al sur de este río para penetrar en el Gabón. La tribu esamangon de los ntumus ha establecido sus poblados en las proximidades de Niefang cerca del río Benito, y su jefe, Mba Ngono, espera que a pocas jornadas de su poblado se encuentre el gran lago de la sal. Los bujebas huyen ante las vanguardias de los ntumus, y algunos pueblos desconocidos se asientan en las márgenes del gran lago. El final de su larga migración está cerca, y las tribus de la etnia ntumu pronto dominarán todo el territorio que tienen delante de sí, pero llegan noticias de que hombres extraños de piel blanca vienen hacia el interior.

Mba Ngono sabe que estos hombres disponen de armas poderosas que matan desde distancias que sus lanzas y sus ballestas no pueden alcanzar. La vida en los poblados discurre tranquila cuando comienzan las lluvias, y Mba Ngono prepara a sus tribus para continuar la marcha cuando vuelva la estación seca. La caza es abundante en los bosques cercanos, y sus guerreros exploran las zonas próximas, donde otros grupos ntumus han construido también sus poblados.

Una tarde de calma suena un disparo, y Mba Ngono y sus hombres corren hacia sus armas. Se oyen voces y en las inmediaciones del poblado aparecen dos hombres blancos seguidos de varios bujebas que transportan bultos sobre sus cabezas. Unos de los hombres blancos apunta su arma hacia la rama de un árbol cercano al poblado, y un ruido estrepitoso hace huir a los niños y gritar a las mujeres. Con asombro ven como una ardilla voladora se desploma quedando inmóvil en el suelo. Mba Ngono ha entendido la amenaza.

Dos bujebas avanzan para decir a los fang que los blancos vienen en son de paz. Sólo quieren dialogar con ellos. Otros hombres iguales ya están penetrando en el territorio, y seguirán avan-

zando hacia el interior. Mba Ngono se siente inferior. Lleva en la mano su lanza de guerra y en la cintura el hacha pamue, pero ha comprendido que de nada le sirven. Otros poblados más avanzados en esta migración han aceptado a los nuevos invasores. Los bujebas advierten que los que se han resistido están muertos. Pocos fueron los actos de fuerza en la ocupación española del territorio fang.

Esto ocurría a comienzos del siglo actual en las proximidades de Niefang. En 1924 los misioneros claretianos penetraron hacia Nkuefulan y hacia otras zonas del interior, donde construirían iglesias y escuelas.

Allá en Santa Isabel, el gobernador general organiza sin descanso exploraciones a los distritos continentales, y más tarde crea el cuerpo de administradores territoriales para sustituir los puestos militares establecidos a principios de siglo. Este cuerpo militar juega, con los misioneros, el papel más importante en la labor colonizadora de España en Guinea. En 1927 el gobernador Núñez de Prado visita el continente, y a continuación se establece el sistema monetario actual, en sustitución del tradicional trueque y del empleo de la ekuelá (signo monetario de los fang). No resultó fácil convencer a estos pueblos de la necesidad de incorporarse a la nueva cultura que inevitablemente habría de absorberles. Los funcionarios coloniales y los administradores determinan su paridad, tomando como base el valor de compra de la mujer. La fabricación del signo monetario primitivo, que tenía la forma de una punta de lanza, se realizaba en una fragua similar a la antigua de los Pirineos Catalanes, según observaciones de Perpiñá Grau en su incomparable estudio sobre la colonización y economía en Guinea[8].

Fijado dentro de la cultura fang, el precio de una mujer en 2.000 bikuelá y valorado el costo de fabricación de la ekuelá en 15 céntimos, quedó establecido el precio de la mujer en 300 pesetas[9].

En 1927 arranca, pues, una nueva etapa y el colono español acude a los mercados del interior donde se inicia una próspera actividad comercial, que va desarrollándose en las poblaciones que florecen en puntos estratégicos de la zona continental.

Controlado por los administradores territoriales, se crea el ciclo mensual de mercados, donde el indígena puede vender sus productos directamente al comerciante español, que ha de estar provisto de una patente de compra autorizada por la administración.

De esta forma el nativo concurre al mercado con su mercancía, y bajo el control personal del administrador, se inicia la operación de compra-venta.

A lo largo del territorio de Río Muni se establecen doce puntos fijos apartados de los centros comerciales, para que los indígenas puedan vender sus productos, con mayor facilidad y menor gasto, unos días determinados de cada mes. Los mercados más importantes eran Mongó, Ngan-

[8] Román Perpiña Grau «De colonización y economía en la Guinea española» Editorial Labor 1945.

[9] Idem.

dun, Nkue, Afangui, Bikdyabiyan, Ayene y Mongomo, pero en total el ciclo de mercados era de doce días. Es decir, un día en cada mercado.

El producto se cobra en pesetas de acuerdo con los precios establecidos, y controlados siempre por los administradores. La moneda en poder del indígena sirve para realizar sus compras en las factorías de los centros comerciales, y para sus transacciones tradicionales.

El afirmado de carreteras va extendiéndose, y el comercio prospera. Cuando se inicia la etapa 1936/39 y, posteriormente, cuando se produce la paralización del comercio internacional con España, Guinea suministra a la metrópoli productos que no puede adquirir en el mercado mundial por culpa del bloqueo y por la falta de divisas.

Mientras tanto, surge la corriente independentista, arrastrada por los acontecimientos de los países vecinos, y así se llega al comienzo de los años 60.

Juliano Alba ha sido testigo de la evolución administrativa de la colonia en los últimos años, y viene observando el amasijo político que se está creando en el país, que no será favorable para nadie.

En sólo cuarenta años este pueblo primitivo pasará de la ekuelá a la peseta; del trueque al comercio de Estado; de la política de tribu a la política de nación; de la lanza a la diplomacia, porque es inevitable que los fangs gobiernen la nueva nación que se está fabricando.

Por otra parte, los grupos fangs no están del todo unidos; los ndowes son minorías; pero para que la confusión sea mayor, trasladan el problema a la isla de Fernando Poo sometiendo su población autóctona, la bubi, y los fernandinos, ya arraigados desde comienzos del siglo XIX, con más de un siglo de contacto con la civilización occidental, al dominio de los fangs, por el simple hecho de ser éstos mayoría numérica en el continente.

Para Juliano todo esto es incomprensible, ¿quién dirige toda esta trama política?, ¿a quién beneficia?, desde luego al pueblo africano no. Ni al colono tampoco.

La historia dirá.

VI
GUINEA Y SU RELACION CON AMERICA

Que la historia de la colonia española de Guinea está estrechamente vinculada a la colonización de la América hispana es un hecho indiscutible, porque en la primera tentativa para crear un asentamiento en las islas del Golfo de Guinea, cedidas a España por Portugal, la expedición parte de América y lleva órdenes de establecerse también en puntos de la costa africana para instalar bases comerciales (compra de esclavos) en el área continental. El fracaso de este intento retrasó la ocupación española de los territorios negociados con Portugal; pero, más tarde, cuando comienza la colonización española, continúa el apoyo de las colonias dependientes del Ministerio de Ultramar. Los primeros presupuestos de Fernando Poo son sufragados por Cuba y Puerto Rico, con participación de Filipinas, y a su cargo continuarían hasta la pérdida de estas colonias. El 12 de noviembre de 1868 se trata de reducir los gastos a cargo de Cuba y en 1893 los presupuestos pasan a depender del nacional hasta la creación del presupuesto colonial.

Pero es Cuba la que aparece más unida a Fernando Poo porque en la iniciación de trabajos para colonizar esta isla en 1845, y a la vista del fracaso de los ensayos ingleses durante el período 1827-1843, y de los españoles a partir de este último año para asentar colonos blancos, se decide el envío de individuos negros y mulatos, descendientes de esclavos, que cumplían prisión en La Habana. Los elegidos son redimidos de sus condenas y enviados a Fernando Poo como braceros. Vienen también algunos deportados de raza blanca. La Real orden de 13 de septiembre de 1845 (Leyes de ultramar) dispone el envío de mano de obra de Cuba a Fernando Poo.

En Octubre de 1866 arribó a esta isla el «Rosa del Turia» con 176 deportados de Cuba. Esta expedición transportaba los últimos confinados procedentes de aquella isla.

Durante esos años se produjo en Andalucía un movimiento de signo republicano avanzado que tenía su centro en el pueblo de Loja. Esto dio lugar a que el Gobierno decretara la deportación de noventa agitadores a la isla de Fernando Poo, que se sumaron a la mano de obra cubana. El 30 de agosto de 1866, a bordo de la urca «María Galante», llegaron a Fernando Poo los deportados procedentes de Andalucía.

En 1869, el gobernador Maymó Roig, cuyo mandato duraría escasamente un mes, ordenó el envío de todos los deportados de raza blanca a la isla de Tenerife porque las enfermedades

y los fallecimientos se sucedían sin interrupción. Un mes después de su nombramiento, Maymó Roig fallecería a consecuencia de la fiebre amarilla.

Todos los estudios sobre la presencia española en el Africa ecuatorial recogen numerosas referencias a la colonización española en América, y es natural que así sea si se tiene en cuenta que la isla de Corisco fue, con los Elobeyes, centro del tráfico de esclavos desde el siglo XVI hasta la abolición, y en esta aventura de la trata participaron portugueses, ingleses, franceses, holandeses y españoles. El malagueño Pedro Blanco Fernández de Trava, aventurero romántico de la época, representó la participación española en el comercio y transporte de esclavos desde las costas del Golfo de Guinea a las Antillas, principalmente a Cuba. Sus factorías negreras se extendieron a lo largo de la costa africana hasta que fueron incendiadas por los ingleses en 1847.

Fernando Poo fue base o puerto de tránsito para los negreros, en especial para los ingleses, que en los últimos años de la trata intentarían trasladar, sin lograrlo, el tribunal de represión de la esclavitud de Sierra Leona a Clarence City (Santa Isabel) para justificar, de este modo, la ocupación ilegal de la isla de Fernando Poo.

Pero lo que podría llamarse la seguna etapa de la colonización fue protagonizada por colonos españoles, y comienza a finales del siglo XIX en la isla y en la primera década del XX en Río Muni. El esfuerzo de estos colonos y una acertada política dirigida por la administración colonial, con leyes adecuadas, permitió el desarrollo económico y social de aquellos territorios.

Ahora, cuando todos los países de la América hispana se preparan para celebrar con España el hecho de mayor relevancia de la historia moderna de la humanidad, que fue el descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo, debería tenerse en cuenta a los colonos que hicieron posible la presencia de España en Africa, porque fueron éstos los que crearon la colonia más próspera de todo el continente africano gracias a su esfuerzo y a unas leyes encaminadas a la protección del aborigen, a la vez que exigían su más estricto cumplimiento al colono establecido en los territorios. Un repaso a la legislación iniciada en 1843 y finalizada en 1968, al conceder la independencia a la nueva república, es fundamental si se quiere ser ecuánime y justo en el momento de opinar sobre la colonización del Africa española.

Las opiniones sobre la historia exigen, por encima de todo, rigor histórico, y sobre esta base se pueden sacar conclusiones, pero nunca tratar un tema tan sensible y tan sentimental con la frivolidad que ha sido tratada en nuestra propia nación la presencia española en Africa.

VII
ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA

Perdida en el Atlántico al sur del ecuador, coronada de picachos cubiertos de exuberante vegetación y recortada por acantilados que de vez en cuando forman pequeñas calas de arena blanca, emerge del mar la pintoresca isla de Annobón.

Fue descubierta por los navegantes portugueses Juan de Santarem y Pedro de Escobar, el día primero de enero de 1471. Su nombre «anno bon» recuerda el día de su descubrimiento. La isla estaba deshabitada y su ocupación ofrecía poco interés; pero, con el correr del tiempo, fue punto de parada para las balandras, las goletas y los bergantines que transportaban esclavos a tierras de América. El primer asentamiento se debe a Luis de Almeida, que la adquirió de su primer propietario Jorge de Mello, para la tala de maderas, a cuyo fin llevó familias de Angola y de Santo Tomé, y estableció el primer campamento en lo que más tarde sería San Antonio de Palea, al norte de la isla.

La ocupación portuguesa no representó el inicio de la colonización porque no había población autóctona y porque su presencia en la isla no tenía otra finalidad que apoyar la parada de barcos dedicados a la trata, que escalaban para hacer aguada o cargar leña. Pero, ya, bajo el reinado de Felipe II, unidas las coronas de España y Portugal, en 1592 se envió a la isla un sacerdote negro desde Santo Tomé, además de un gobernador, que ostentaba el título de «capitán mor», dependiente del gobierno de la otra isla, y un maestro de escuela. A partir de 1640 al deshacerse la unión de España y Portugal, y hasta 1778, que pasó a dominio español en virtud del Tratado de El Pardo, firmado por Carlos III y María I de Portugal, mantiene su interés para el tráfico de barcos negreros. Pero en 1858, abolida la trata y presente en los territorios el gobernador español Carlos Chacón, comienza la colonización española que se limita a la aportación de medios para la culturización de sus habitantes, que procedían del territorio continental y de la isla de Santo Tomé. Más tarde, el gobernador de la isla de Fernando Poo y sus Dependencias, José Montes de Oca, envió una autoridad militar destinando al capitán de goleta Juan de Aguilar para desempeñar el cargo. A partir de entonces estarían destacados en la isla de Annobón un militar y un practicante en medicina, además del religioso, en principio de la Compañía de Jesús y posteriormente de los Misioneros Claretianos. Así transcurren décadas mientras la colonización de Fernando Poo avanza y Annobón es apoyada con un servicio marítimo regular espaciado. Este servicio facilita los medios de transporte para que muchos annoboneses se trasladen a la capital de los territo-

rios, y sus descendientes acudan a los centros de enseñanza permitiendo que los más destacados consigan incluso una formación más elevada en la metrópoli.

Abril de 1931 trajo a España la república y se inicia una larga etapa de turbulencia política que daría lugar a un episodio trágico para la nación española, pero en ese año, el 4 de agosto de 1931, es nombrado gobernador general de los territorios españoles del Golfo de Guinea un diplomático de gran prestigio, Gustavo de Sostoa y Stamer, de brillante carrera, que venía a sustituir al general Miguel Núñez de Prado en el gobierno de los territorios, cargo que éste desempeñaba desde febrero de 1926.

Sostoa supo conducir las normas establecidas para la colonización sin dañar suspicacias que, debido al cambio político, era lógico que estuvieran presentes también en los territorios colonizados por España en el Africa ecuatorial, y su paso por el Gobierno fue discreto, pero el 14 de noviembre de 1932, un trágico suceso pondría fin a su mandato y a su vida, y el escenario fue la playa de San Antonio de Palea en la isla de Annobón.

La mañana del 14 de noviembre amaneció soleada y de vez en cuando unas rachas de brisa cálida agitaban los penachos de las palmeras de aceite que rodeaban la casa del delegado del Gobierno en la isla.

El sargento de la Guardia Civil, agregado a la guardia colonial, Restituto Castilla, estaba destinado como delegado del Gobierno en la isla de Annobón y el gobernador había decidido relevarle en atención al largo tiempo de permanencia en el cargo para que pudiera disfrutar de un período de descanso en compensación a los muchos meses de aislamiento.

El sargento ha tomado su ducha y con la cara cubierta por la espuma del jabón de afeitar suaviza el filo de su navaja en el asentador. Mientras su muñeca va y viene con delicada habilidad deslizando la hoja sobre el cuero, contempla el paisaje a través de la ventana. Los picachos cubiertos de vegetación tropical dan una belleza agreste al paisaje y algunas bandadas de pájaros cruzan sobre el poblado.

Restituto Castilla tenía una hoja de servicios impecable; era de complexión robusta y muy habilidoso. Al parecer el ambiente de la isla y su alejamiento en vez de influir negativamente en su ánimo, le producían relajamiento y placer. Había encontrado el sitio ideal para vivir y para disfrutar de la vida. Se entendía bien con los naturales, y su cargo como delegado del Gobierno halagaba su vanidad.

Era tal su admiración y su entusiasmo por la isla que gobernaba en soledad, que decidió crear un monumento que perpetuara su paso por aquel pequeño territorio. Puso manos a la obra y construyó una escultura de cemento cuya idea y ejecución fueron suyas sin admitir observaciones ni colaboración. La obra, que debería calificarse de surrealista, fue instalada en el picacho que domina la playa y el embarcadero que se conoce en la toponimia de esta isla con el nombre de «El Calvario». El día 13 de abril de 1932, día anterior al primer aniversario de la segunda república, fue inaugurada con toda solemnidad por el propio sargento con la asistencia de toda la población de San Antonio de Palea y la bautizó con el nombre de «Estatua de la Libertad». El sargento estaba orgulloso de su obra, que todos admiraban.

Hoy organizaba el recibimiento a la primera autoridad de los territorios y preparaba su equipaje para regresar a Fernando de Poo y para iniciar su período de vacaciones. Salió al pequeño jardín que rodeaba su casa y echó a andar en dirección a la playa para trasladarse al barco y dar la novedades a la autoridad.

El vapor Legazpi destaca su silueta en la lejanía y los habitantes de la isla se agrupan en la playa preparados para el recibimiento. El humo negro de la chimenea sube casi vertical por la calma del tiempo y por la lentitud de la marcha del buque cuando se acerca al fondeadero. En lo alto del picacho se destaca la obra del sargento Restituto Castilla, y en la playa los diestros pescadores annoboneses arrojan sus cayucos al mar y saltan sobre las frágiles embarcaciones que a golpe de remo se dirigen hacia el barco que acaba de fondear, al tiempo que desde el buque se arrían dos botes para transportar a tierra a las autoridades recién llegadas y la mercancía. Mientras tanto, el delegado del Gobierno en una embarcación indígena se dirige al encuentro del gobernador.

El sargento, sube la escala del Legazpi acompañado del practicante y seguidamente pasan al salón para cumplimentar a la primera autoridad y al capitán del barco.

Después de los saludos de rigor, todos desembarcan para asistir a un acto religioso al que acudirá toda la población, y para saludar a los habitantes de San Antonio de Palea y comentar con ellos los asuntos de interés sobre la vida y las necesidades de este rincón, el más alejado, de la colonia española, mientras se inicia la descarga de la mercancía que transporta el barco y se recoge alguna carga para llevar a Santa Isabel. De acuerdo con el programa trazado por el delegado, al mediodía regresarán a bordo, y al caer la tarde volverán a tierra para asistir a un acto folclórico que ofrecerá la población nativa en honor del gobernador.

El programa se va cumpliendo, y el sargento Castilla ya ha hecho entrega de la delegación del Gobierno en la isla al cabo Sanz de la guardia colonial, que ha sido designado para sustituirle durante un período de tiempo mínimo de seis meses y máximo de un año, que eran los límites fijados para la permanencia de estos militares y funcionarios en la isla, debido al sacrificio que suponía el alejamiento y las privaciones propias de la soledad.

Después de su período de vacaciones reglamentarias el sargento Restituto Castilla sería destinado a otro servicio de la guardia colonial en Fernando Poo o en Río Muni.

Oscurece y todos tienen deseos de terminar la visita y regresar al barco, pero ya está preparado el escenario para el acto folclórico. El sargento, como delegado saliente, ha dispuesto los asientos colocando al gobernador en el centro, flanqueado por el cabo Sanz, nuevo delegado del Gobierno en la isla, a su derecha y el practicante Fernández, a su izquierda.

El sargento Restituto Castilla se ocupa, aparentemente, de la organización del acto; y empezó el baile. Los espectáculos africanos son coloristas y el ritmo de sus instrumentos musicales atrae la atención de quienes los presencian; tienen algo primitivo que entusiasma y despierta la curiosidad de quienes asisten por primera vez a sus fiestas y a sus ritos.

En la oscuridad de la noche el ritmo de la música y la evolución de los bailarines entusiasma a los asistentes, pero algo terrible había planeado el sargento: se acercó por la espalda al gobernador y agarrándole rápidamente por los cabellos con su mano izquierda adelantó la derecha que portaba su navaja barbera y le dio un corte profundo que le seccionó el cuello desde la garganta

hasta la parte posterior derecha. La muerte fue instantánea, pero, ante la sorpresa de los asistentes que no tuvieron tiempo para reaccionar, desenfundó la pistola y vació el cargador en el cuerpo inerte del gobernador.

Ni la población indígena ni los europeos pudieron actuar porque el sargento, armado de un mauser y con abundante munición se perdió en la oscuridad del bosque.

Pasada la confusión normal tras la rapidez con que se llevó a cabo el asesinato, el practicante reconoció el cuerpo de la víctima, cuya cabeza pendía de una parte del cuello y su pecho y espalda presentaban innumerables impactos de los disparos efectuados con la pistola. Inmediatamente se mandó aviso al capitán del Legazpi y acto seguido se organizó un grupo de marineros con armas para perseguir y detener al asesino, pero, al día siguiente, a primeras horas de la mañana, el sargento Restituto Castilla se entregó al nuevo delegado que después de esposarlo lo condujo custodiado al barco y lo entregó al capitán.

Esa tarde el Legazpi se hizo a la mar transportando el cadáver del gobernador y al sargento preso.

El día 17 atracó en el espigón del muelle en el puerto de Santa Isabel procediéndose a continuación al traslado del féretro a la casa-gobierno donde fue instalada la capilla ardiente. El cadáver del gobernador Sostoa Stamer fue embalsamado porque el Gobierno de la nación ordenó que fuera trasladado a Madrid para su entierro en la capital. La ceremonia tuvo lugar el día 12 de diciembre y se le rindieron honores de capitán general con mando en plaza en presencia de un representante del presidente de la república.

El sargento fue desembarcado en Las Palmas para ser juzgado en aquella ciudad, y su causa fue seguida con el máximo interés en los medios militares y políticos de Canarias, pero el tribunal valoró la situación de soledad y aislamiento en que transcurrió la vida del homicida durante los meses anteriores a la ejecución del asesinato, considerando que una situación depresiva pudo influir en su ánimo cuando lo llevó a cabo.

Pero quizás nadie entendió que el sargento actuó movido por un deseo de venganza contra la persona que con todo el poder de su autoridad ponía fin a la etapa más feliz de su vida que, por razones de disciplina militar, no volvería a vivir, y así lo descubre cuando al confesarse culpable, pide al tribunal que le condene a destierro de por vida a la isla de Annobón.

Y allá en la lejana isla de Annobón, sobre el picacho que los misioneros bautizaron con el nombre de «El Calvario», fue deteriorándose por la acción del sol, del viento y de la lluvia la escultura que un sargento realizó, como expresión de sus sentimientos, durante los largos meses de mandato en la tierra que amó como su propia patria, y a la que un día de abril de 1932 dio el nombre de «Estatua de la Libertad».

VIII
PERIODO 1936-1939

Atracado al muelle de Santa Catalina en Las Palmas, el «Ciudad de Mahón» está dispuesto para zarpar con destino a Guinea. El capitán de corbeta Fernando Balén, comandante del buque, observa, desde el puente de mando, la formación de una tropa pintoresca que lleva la misión de incorporar los territorios del Golfo de Guinea a la zona nacional. Esta tropa la compone una compañía de Tiradores del Ifni, voluntarios de Canarias y algunos militares, que en su mayoría forman el cuadro de mandos de este pequeño ejército. Es el 4 de octubre de 1936.

El barco ha sido artillado, por lo que cuenta con los medios necesarios para su defensa, pero las noticias recibidas de Guinea no son tranquilizadoras, ya que el buque de la armada española «Méndez Núñez», con base en Santa Isabel, no se ha sumado al movimiento. Por otra parte, se sabe que la motonave «Fernando Poo», de reciente incorporación a la marina mercante, navega rumbo a la capital de la colonia y se teme que transporte fuerzas militares para ocupar aquellos territorios por orden del gobierno republicano.

Mientras tanto, en Guinea se suceden hechos que si bien no tienen mayor importancia, pueden producir enfrentamientos y agresiones a la llegada de las fuerzas de ocupación. Efectivamente, en Santa Isabel y Bata todo son rumores y sus habitantes están a la expectativa, divididos como es natural, en dos bandos. Sin embargo, no se producen violencias.

El día 19 de julio, el «Méndez Núñez», al recibir la noticia del alzamiento militar, había zarpado rumbo a Lagos para abastecerse de carbón, y de allí continuar viaje a la península vía Dakar, pero ante el temor de encontrarse con unidades de la marina de guerra en aguas de Canarias o de Cádiz, la oficialidad decidió prudentemente regresar a Fernando Poo porque los suboficiales y la marinería habían acordado permanecer a las órdenes del gobierno de Madrid. Al llegar a Santa Isabel la oficialidad fue destituída y obligada a abandonar el buque. El gobernador dispuso que todos los oficiales fueran trasladados a San Carlos. Un agricultor de solera colonial, Teodomiro Avendaño, les dio alojamiento en su finca de Bokoko, al suroeste de la isla, donde permanecieron hasta que el «Méndez Núñez» abandonó la isla.

Entre tanto, la tripulación y algunos exaltados pretendieron iniciar acciones violentas, pero el gobernador, Sánchez Guerra, advirtió que reprimiría con los medios que contaba, cualquier

intento de vandalismo. Siguieron largos días de intranquilidad y tensión antes de que el 18 de septiembre el gobernador anunciara su dimisión; pero aún permanecería en la ciudad hasta el día 25 de ese mes, fecha en que entregó el cargo al jefe de la guardia colonial, Luis Serrano.

Sánchez Guerra, enterado de que el «Fernando Poo» se dirigía a la isla y desconociendo las instrucciones que pudieran traer sus tripulantes o las fuerzas que supuestamente transportaba, decidió embarcar en un bananero con destino a Tiko y desde allí continuar a la península, vía Bruselas. El «Méndez Núñez» se había hecho a la mar sin oficialidad, pero no alcanzó su destino.

La motonave «Fernando Poo» fue avistada desde Santa Isabel donde las fuerzas de guarnición se preparaban para rechazar cualquier intento de ocupación por parte de efectivos del gobierno de Madrid, pero el capitán de la motonave decidió continuar viaje a Bata.

El «Ciudad de Mahón», que había zarpado de Las Palmas, llegaba a Guinea para ocupar la zona continental primero y la isla, después. Fondeada frente a Bata estaba la motonave «Fernando Poo». Era el 14 de octubre de 1936.

Se preparaba el desembarco de la compañía de tiradores de Ifni, cuando el comandante del «Ciudad de Mahón» observó que la motonave iniciaba una maniobra de abordaje, por lo que dio orden de disparar un cañonazo sobre la línea de flotación. El impacto escoró la nave, que fue abandonada por su tripulación. Allí, a pocos metros de la playa de Bata, pueden verse aún los restos de este barco de Transmediterránea, gemelo del «Domine». La ocupación de Bata no requirió el empleo de la fuerza, y el «Ciudad de Mahón» se dirigió a Santa Isabel, donde la tropa desembarcó sin incidentes.

El 1.º de enero de 1937, el capitán de navío Manuel de Mendivil, sustituiría como gobernador general a Luis Serrano, que había desempeñado el cargo con carácter interino por abandono del titular Sánchez Guerra.

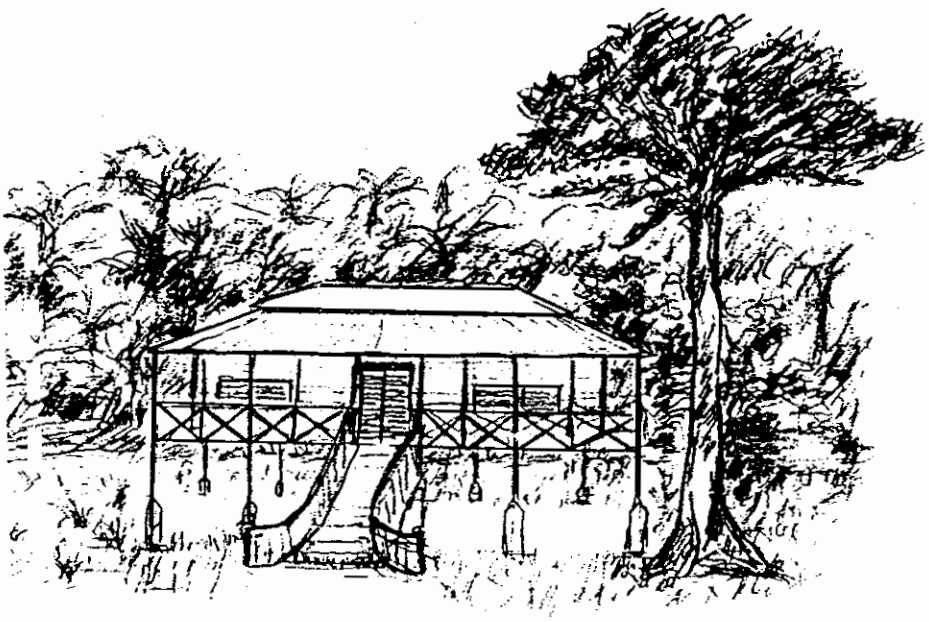
Ni en Santa Isabel ni en Bata se produjeron acontecimientos de importancia durante los años de nuestra guerra civil.

Así fue, a grandes rasgos, la incorporación de la colonia española al gobierno de Burgos, y la obra colonizadora de España continuó su curso.

Entre los apuntes de Juliano Alba no podía faltar una crónica dedicada a esta etapa de la historia de España, pero en su afán de relatar los hechos tal como sucedieron prescinde del matiz político que se encuentra presente en cuantos libros y relatos se han publicado sobre este trágico período de nuestra historia, y sin añadir comentario alguno lo incluímos en la primera parte de este libro.

Segunda Parte

LA VIDA, EL AMOR Y LA MUERTE



I

EL NUEVO COLONO

La fresca mañana de un día de mayo de 1945 iba a cambiar la vida de un joven que con diligencia avanza por la acera de la calle Domingo J. Navarro en Las Palmas. El joven guarda en un bolsillo su licencia definitiva del servicio militar. Han sido ocho largos años, incluyendo tres de guerra, que le han mantenido separado de la vida civil.

Ahora busca empleo, tiene una opción para ir a Venezuela, pero lleva en sus manos un recorte de periódico que ofrece una plaza de contable para una empresa agrícola en Fernando Poo. Venezuela supone marcharse al extranjero; Fernando Poo quedarse en España. No lo duda, aunque el tiempo se encargará de sacarle de su error.

La entrevista deberá celebrarse unos minutos después y de ella depende el futuro de este joven tan duramente tratado, como todos los de su generación, por nuestra guerra civil y por la influencia de la segunda guerra mundial.

Al mediodía la reunión ya se ha celebrado y ha de elegirse entre unos sesenta aspirantes. Dos días más tarde el propietario de la empresa le comunica que ha sido elegido, y que debe prepararse para embarcar lo antes posible.

A través de una gestoría se inician los trámites para obtener el permiso de entrada en Guinea, que habrá de ser autorizado por la Dirección General de Marruecos y Colonias, y que exige los siguientes documentos: partida de nacimiento; certificado de penales; contrato de trabajo por el que la empresa se responsabiliza de su comportamiento en la colonia y de su repatriación, si hubiera lugar a ello; certificado de buena conducta, expedido por el Gobierno Civil, la Guardia Civil o por el párroco si habita en una aldea; certificados de vacuna antivariólica y de fiebre amarilla; certificado de no padecer enfermedad infecciosa; certificado de adhesión al Movimiento y quizás algún documento más. Una mujer blanca soltera no puede entrar en la colonia si no justifica su residencia en el domicilio de alguna familia que se responsabilice de su comportamiento.

En el mes de julio tiene en su poder un salvoconducto y embarca en segunda clase en el «Poeta Arolas». Primera escala, Tenerife. Primer problema, Tenerife. Por la mañana se rumorea entre

el pasaje que se retrasa la salida. El motivo es que el barco deberá llevar un cargamento de gasolina en bidones, y el capitán rechaza la carga por considerarla peligrosa. Llamadas de la compañía de petróleos, respuesta negativa del capitán hasta que el segundo día éste recibe un sobre de la Comandancia de Marina. El contenido es claro: o admite la carga o será sustituido por otro capitán. Se admite el cargamento de gasolina en bidones que es depositado en la proa, y otro cargamento de petróleo en la popa. El «Poeta Arolas» pone sus calderas de carbón en marcha. Le esperan catorce singladuras de inquitud y zozobra.

El capitán ha explicado a los pasajeros el riesgo que se corre con la carga que se ha visto obligado a admitir, y prohibe fumar a bordo del barco.

La vida en el barco no es muy divertida. Juliano Alba, que así se llama el nuevo colono, se relaciona con los pasajeros. Hay de todo: funcionarios con sus familias; agricultores de la isla, agricultores y comerciantes del continente; madereros; militares y hasta una joven casada por poderes.

En la noche del 17 de julio el barco fondea dentro de la bahía de Santa Isabel, pero la maniobra de atraque no se efectuará hasta la mañana siguiente.

Al amanecer chirría la maquinaria del viejo «Poeta Arolas» que lentamente inicia la maniobra para situarse entre boyas y acoplar, marcha atrás, su popa al espigón del antiguo muelle de Santa Isabel. Desde la cubierta el espectáculo es de una belleza incomparable. La ciudad se asienta sobre el borde de lo que en tiempos remotos fuera el cráter de un volcán. Dos salientes avanzan en semicírculo adentrándose en el mar ambos extremos, Punta Fernanda y Punta Cristina.

Las aguas tranquilas de la bahía apenas rozan la base de las altas paredes rocosas que en forma de herradura sirven de asiento a la ciudad.

El borde del acantilado está festoneado de palmeras reales y cocoteros, inclinándose estos últimos sobre la bahía para dar sombra a multitud de plantas silvestres y enredaderas, que se descuelgan desde lo alto hasta tocar la superficie de este mar plomizo del Golfo de Guinea.

La llegada del vapor-correo procedente de la península era en aquellas fechas un acontecimiento. A las nueve de la mañana la banda de música de la guardia colonial se instala bajo la visera del almacén de aduanas, y ameniza la maniobra de atraque con marchas militares y pasodobles. La afluencia de público al muelle es numerosa. Los saludos desde la cubierta del barco son correspondidos por los amigos que esperan la llegada de estos colonos que han terminado sus vacaciones allá en España.

Desde la popa del barco se desliza una pasarela hasta el muelle para que suba seguidamente el personal de los servicios de policía y sanidad. En el comedor de segunda del «Poeta Arolas» quedan instaladas las mesas donde los funcionarios van despachando las documentaciones exigidas, para que los pasajeros puedan desembarcar.

Al cabo de un rato han entrado a bordo muchos impacientes y se producen los saludos de bienvenida y abrazos. Se comentan las novedades ocurridas durante los últimos meses, y poco a poco empiezan a desembarcar los que regresan, acompañados de los que han venido a recibirles.

Al recién llegado le reciben el gerente de la empresa y el contable, a quien ha de relevar.

Bajan los tres por la pasarela mientras los «boys» se hacen cargo de su equipaje, atraviesan el pantalán y deciden subir a pie la Cuesta de las Fiebres. El gerente comenta que en la pared blanca situada al principio del muelle había un letrero que decía: «joderse o no haber venido». Este letrero fue borrado a mediados de 1936. Suben la Cuesta de las Fiebres y contemplan la Plaza de España que, con sus palmeras reales y sus bancos de azulejos, ofrece un aspecto dominguero. Una multitud de blancos y negros y de mujeres con vaporosos vestidos blancos, esperan para asistir a la misa de este día festivo. El nuevo colono observa todo esto con curiosidad. Ya le han advertido que en la colonia hay una gran preocupación por la moral de sus habitantes, que ha de evitarse cualquier devaneo con mujeres blancas y muy especialmente si están casadas. Las relaciones con las jóvenes indígenas han de ser muy discretas para evitar contratiempos. El Gobernador, de quien se dice que ha hecho voto de castidad, mantiene un criterio muy estricto sobre la conducta de los europeos que viven en la colonia. Le explican también que la máxima autoridad colonial tiene facultades para expulsar del territorio a cualquier persona que le resulte «non grata». Insisten en la necesidad de adaptarse a las normas establecidas en el país si no quiere complicaciones, porque la decisión del Gobernador es inapelable.

Para quien llega por primera vez a la colonia, sobre todo los que proceden de tierras no muy fértiles, el impacto del paisaje le quedará grabado para toda la vida. Las hierbas brotan de entre todas las rendijas de las aceras, de cualquier grieta en una pared o de la boca de una alcantarilla. Algunas ramas verdes cuelgan de los techos de cinc. Las semillas dejadas por las aves germinan en cualquier parte.

La conversación de los tres hombres es trivial; además todo lo que se habla es ajeno a la vida del recién llegado.

En la calle de Lepanto se levanta un bloque de cemento que es la sede de la empresa para la que ha de prestar servicios. Está situada en el corazón de la pequeña ciudad. Dispone de un amplio patio donde hay un garage de chapa de cinc (techo y paredes). Al fondo, las viviendas de los «boys», cocina y lavandería; el edificio de dos plantas tiene la parte baja destinada a oficinas y almacenes y en la planta alta cinco dormitorios y todos los servicios para el personal de la empresa. La habitación que habrá de ocupar el nuevo empleado es amplia y está amueblada con lo indispensable.

Al mediodía se reúnen en un grupo en la terraza para tomar un aperitivo antes de la comida y cambiar impresiones sobre la situación en España, y sobre la marcha de los asuntos de la Compañía en Fernando Poo.

Nuestro hombre prefiere retirarse después de la primera comida, para concentrarse sobre la nueva vida que le espera, y no hay nada más favorable para esta preparación que la soledad, porque le ofrecerá ocasión para recordar su vida familiar, su vida sentimental y las reuniones con sus amigos de sociedad y deportes. Necesita sobreponerse y adaptarse a la realidad. La tarde es tranquila, pero a última hora el gerente y el contable le invitan a ir con ellos para presenciar los «baleles» que se exhiben en la Plaza de Jordana.

A la luz de la luna, en un marco cubierto de palmeras reales, los distintos grupos indígenas muestran la originalidad de su folclore. Bubis, pamues, kombes y bengas baten sin cesar sus tantanes, mientras las mujeres con vestidos de vistosos colores, adornadas con plumas y ramos verdes, hacen sonar brazaletes y pulseras de semillas secas con movimientos epilépticos, dando la

impresión de estar poseídas por los espíritus de sus tribus. El sudor de las bailarinas, los olores agrios mezclados con la música africana, producen una sensación extraña a cualquier europeo llegado desde el mundo que consideramos civilizado.

Recorren los chiringuitos de los alrededores de la plaza, y regresan a casa para la cena y para dormir, mientras la música africana, sin mixtificaciones, retumba en la ciudad. Al día siguiente comenzará la vida de trabajo.

Por fin, se retira a su habitación. Comprueba que su mosquitero está bien colocado, se despoja de su ropa y entra bajo la tienda de tela que le protegerá de los insectos durante el sueño. Mira a su alrededor y contempla las dos ventanas abiertas por donde penetra la clara luz de la luna llena. Este será su hogar durante los próximos dos años. Todo lo demás ha quedado lejos. Siente nostalgia, recuerda a su novia que le esperará allá en su ciudad canaria, y, poco a poco, le va venciendo el cansancio hasta que cae en un profundo sueño.

II

UN COLONO HA MUERTO

Han pasado seis meses desde que Juliano llegó a Fernando Poo. Se va adaptando al ambiente y domina su trabajo. Ha hecho amistades y se mueve con soltura en su pequeño círculo social.

Una tarde calurosa, mientras teclea en la máquina de escribir preparando documentos contables para enviar a la dirección de la compañía, las campanas de la catedral rompen el pesado silencio de la ciudad. Las campanas doblan a muerto. En la oficina se paralizan los trabajos y los empleados se miran unos a otros preguntándose quién habrá fallecido.

El gerente se pone de pie y explica que Manolo Morales ingresó ayer en el hospital con un fuerte ataque de paludismo orinando sangre. Lo trajeron por la mañana en estado grave.

Manolo Morales es un hombre popular. Llegó a la colonia a principios de los años 20 y con mucho esfuerzo logró poner en explotación un finca de 99 hectáreas en Batanga. Ha luchado mucho, y hoy, al final de los 40, tiene una posición estable en la isla.

El gerente manda un «boy» a la firma comercial CABASA que es la que se encarga de los asuntos de Manolo Morales en la ciudad, pero, antes de que regrese el «boy», entra en la oficina un ordenanza de CABASA con un pliego de papel de barba en las manos. Trae una circular. El gerente la coge y casi sin leerla estampa su firma y pone el sello de la compañía. Juliano le mira con curiosidad mientras el gerente le alarga el papel que dice:

«La Compañía CABASA tiene el sentimiento de comunicarle que Don Manuel Morales falleció este mediodía en el hospital. El entierro tendrá lugar mañana, partiendo de la catedral a las 11,30 horas. Muchas gracias por su asistencia». Firma el gerente.

Así, de esta forma escueta y fría, se comunicaba a los habitantes de la ciudad de Santa Isabel al final de los años 40 la muerte de un colono, casi siempre en la soledad y en la ausencia del consuelo familiar.

A lo largo de su vida Juliano no pudo olvidar este acontecimiento que le causó profunda impresión aquella tarde, cuando sólo habían pasado seis meses de su llegada a Guinea. Al terminar

su trabajo subió a su habitación y un rato después salió a la calle mientras el gerente se disponía a visitar a la viuda, que se alojaba desde ayer en casa de unos amigos. Juliano atravesó la ciudad, cruzó la Plaza de España y se dirigió solo a Punta Fernanda. El atardecer en Punta Fernanda bordeada de poncianas y buganvillas, con el suave perfume del ilag-ilang y adornada con las majestuosas palmeras reales, ofrece un paisaje lleno de romanticismo. A veces el monte Camerún se destaca a lo lejos, y al oscurecer pueden distinguirse las luces de Victoria, pero Juliano ocupó un banco mirando hacia la bahía de Santa Isabel. Los bancos de Punta Fernanda son de cemento revestidos de artísticos azulejos de Talavera, con motivos de El Quijote. Se puso de pie sobre el más próximo al escarpe y se sentó en el borde del espaldar descansando los pies en el asiento. Las gabarras y los cayucos apenas se mueven en el mar tranquilo de la bahía, y el cañonero «Canalejas» y el vapor intercolonial de Transmediterránea dormitan, sujetos por gruesas estachas al espigón del puerto.

Mientras tanto el sol va cayendo lentamente tras unos nubarrones grises y sus rayos tiñen de color rojo y violeta el cielo y el mar, pero Manolo Morales ha muerto. Está allí, en el depósito de cadáveres del hospital. Su mujer, Julia Arbolaya, está en casa con unos amigos. El hospital se ha quedado solo.

Manolo Morales apenas rondaba los cincuenta años. Cuando llegó a Fernando Poo sólo tenía veinte. Vino como empleado de una empresa comercial, hizo dos campañas seguidas y con sus ahorros se lanzó a la aventura del finquero. El Estado ofrece en subasta condicionada cinco lotes de 99 hectáreas cada una en Batanga; estas concesiones de menos de cien hectáreas podía adjudicarlas el Gobierno General, pero a partir de cien, las subastas se celebran en la Presidencia del Gobierno en Madrid.

Dos hermanos asturianos: los Méndez; Rodríguez García; una empresa de San Carlos y él, Manuel Morales, fueron los beneficiarios de estas concesiones. En sus visitas a las fincas de la compañía, Juliano ha podido comprobar el esfuerzo y el sacrificio humano que representa poner en marcha una explotación agrícola en esta isla maravillosa pero hostil. En un claro del bosque ha de levantarse una casa de madera sobre pilares que los finqueros llaman su palomar, y desde allí, con un grupo de braceros empieza su lucha contra el bosque, y contra las enfermedades tropicales. Son las armas de esta isla contra el colono. Largos años de privaciones, soledad, esfuerzos sobrehumanos y tenacidad, producen resultados. Seis años más tarde se recogen los primeros frutos de la plantación. Mientras tanto, en su enconada lucha ha vencido al bosque que le ha permitido subsistir. Ahora, el producto de la agricultura le ofrece un porvenir seguro para él y para Julia. Sus dos hijos crecen a su lado en la finca, pero habrá que mandarlos a colegios en Canarias o en la península. Hoy, mientras Manolo Morales se ha quedado rígido sobre la mesa del hospital, sus dos hijos reciben un telegrama allá en La Laguna para que vengan en el primer barco. El telegrama lo firma Mamá. A Manolo Morales lo enterraremos mañana.

Casi oscurece cuando Juliano abandona el banco de Punta Fernanda y regresa a casa; cena y se acuesta. El mosquitero tiene un fallo que es necesario coser. Es casi la madrugada cuando se queda dormido.

A la mañana siguiente la vida en Santa Isabel se desarrolla como un día cualquiera, pero un finquero ha muerto.

Todos van de blanco: traje blanco, camisa blanca, zapatos y salacot blancos, y corbata negra. La mañana es calurosa y la indumentaria molesta, pero es obligatoria. Por fin, un camión acondicionado para la ceremonia avanza por la calle Alcázar de Toledo. Rueda lentamente y gira en la Plaza de España para situarse frente a la catedral. Un misionero claretiano, el párroco, aparece en la puerta seguido de los acólitos. Juliano observa la escena: las bandas laterales y la puerta trasera del camión han sido abatidas y forradas de tela negra, y en el centro sobre un catafalco, cubierto también con tela negra, descansa el ataúd.

La Plaza de España está muy concurrida porque toda la población blanca acude a los entierros, y muchos negros se detienen curiosos y siguen su camino.

Cuando, terminado el responso, el camión fúnebre, se pone en marcha, una fila de vehículos le sigue camino de Rebola.

La pala circula de mano en mano y la tierra va cayendo con ruido de madera hueca sobre el ataúd. Todo ha terminado y presurosos todos los acompañantes regresan a sus casas. Juliano ha observado que no había flores, pero Manolo Morales sabía que a los colonos se les entierra sin flores. Para Julia Arbolaya empieza una vida distinta. Su hijo, el mayor, estudia derecho y el segundo, perito agrícola. Uno deberá dejar los estudios para hacerse cargo de la finca, pero esto lo decidirán cuando lleguen dentro de tres semanas, en el primer barco que venga de Canarias.

Ahora CABASA tendrá que ayudarle para que los trabajos de la finca no se retrasen porque el finquero ha muerto. La vida de la finca debe seguir.

III
EL MBOETI Y LOS BRUJOS

En 1946 todo el territorio fang estaba en evolución. Los centros comerciales crecían porque la demanda de productos tropicales para la metrópoli lo admitía todo y no era muy exigente en cuanto a calidades. Yuca, aceite de palma, palmiste, banana seca, cocos, además de cacao, café y maderas, eran motivo de interés comercial, y los colonos se las ingeniaban con los escasos medios de transporte de que disponían, para llevar a Bata la variedad de frutos que adquirían en los mercados y en sus propias factorías en el interior. El suministro de artículos para la población indígena representaba la compensación de este movimiento comercial.

Los puestos sanitarios, establecidos en puntos estratégicos de Río Muni, contribuían a mejorar las condiciones de vida de la población, y ya estaba en marcha una campaña contra las epidemias que azotaban esta zona de Africa, como eran el paludismo, la filaria, la lepra, la disentería, la enfermedad del sueño, etcétera. Sin embargo, a pesar del esfuerzo religioso, las costumbres y los ritos tradicionales de las tribus que pueblan la zona continental siguen presentes en la vida del indígena, y a veces afloran hechos atávicos que, de forma inesperada, producen la alarma entre las poblaciones blanca y nativa. Actos de canibalismo siembran el terror, mientras las autoridades de la colonia no los pueden controlar ni, lo que es peor, comprender para llegar a su origen y tratar de suprimirlos. Cualquier ceremonia ritual es calificada como «mboeti», sin tener en cuenta su localización, pero las sectas de brujos actúan movidas por la influencia de distintas tradiciones, y durante este año se han producido hechos en la zona continental e incluso en la isla de Fernando Poo, protagonizados los de la isla por individuos de tribus continentales. Han llegado noticias de que en los distritos del sur de Nigeria han surgido de pronto muchos casos de antropofagia de los que aparece como responsable una secta denominada «anyotos» cuyos ejecutores actúan siempre cubiertos con una piel de leopardo: son los famosos y temidos hombres leopardos de este territorio nigeriano. Existía entonces la intranquilidad de una posible relación de estos actos con los que se producían en nuestra Guinea, quizás influidos por una determinada situación de los astros. Los ingleses, siempre más prácticos, trataban con cierta tolerancia estos sucesos, por conceptuarlos ceremonias religiosas; pero en nuestra colonia se les prestaba primordial importancia y, cuando se producían, se aplicaba la ley con todo rigor.

Mientras clasificaba los contratos del personal de la empresa para proceder al pago de las

nóminas, casi al término de la jornada de tarde, Juliano vio como tres personas entraban en el patio de la sociedad. Eran tres funcionarios de la policía colonial: un blanco y dos negros. Se acercaron a la oficina para pedir al gerente que les permitiera hacer un reconocimiento rutinario de los almacenes y barracones. El gerente les entregó las llaves y se ofreció para acompañarles, si lo consideraban necesario, pero el policía blanco le indicó que no debía molestarse porque el reconocimiento sería rápido, pero que si llegara a necesitarle tendría en cuenta su ofrecimiento. Juliano conocía al agente blanco de las reuniones en el casino, pero no tomó iniciativa alguna.

Los tres policías reconocieron los almacenes y, posteriormente, las viviendas de los «boys», lavandería y cocina. Cuando acabaron su inspección fueron a reunirse con el gerente y Juliano que habían terminado su jornada y paseaban por el patio. El jefe de los tres agentes se acercó sin comentar el motivo de la inspección, pero miraba con insistencia el barracón de chapas de cinc que servía de garaje para el camión Ford de la Compañía. Llamó a uno de los policías indígenas mientras pedía al representante de la empresa las llaves del garaje que éste le entregó, y el jefe ordenó a sus hombres que registraran el interior y el camión, e incluso, la caja de herramientas.

Juliano estaba intrigado pero no se atrevía a aventurar pregunta alguna.

Es verdad que los alrededores del garaje siempre despedían un olor nauseabundo, pero como el chófer y el motoboy solían guardar allí productos que traían de las fincas, a veces ratas, fritambos o monos asados, además del pescado salado de su racionamiento, no se podía esperar que el garaje oliera a perfumería. Mientras los dos policías negros inspeccionaban el local y el camión, los tres blancos hablaban junto a la entrada del patio, hasta que, por fin, los dos policías se acercaron transportando un pequeño bulto cubierto por una arpillera enrollada. Depostaron el objeto en el suelo y uno de ellos fue desenrrollándolo con cuidado. La visión del contenido no podía ser más horripilante: una cabeza humana cortada a la altura de los hombros, en descomposición, donde algunos gusanos asomaban por las cuencas de los ojos.

—¡Tapa eso! —gritó el policía— nos lo temíamos. ¿Dónde está el chófer? —preguntó dirigiéndose al gerente.

—Seguramente en el Campo Yaunde —contestó el gerente— es fang del Camerún, creo que de la tribu Ngue.

—¿Podría facilitarme un saco —pidió— para envolver un poco mejor este regalo para el juez?

Juliano le entregó el contrato oficial del chófer mientras los dos funcionarios indígenas procuraban empaquetar lo mejor posible el macabro hallazgo. Seguidamente los tres hombres salieron con su tenebroso saco. El gerente tenía una mueca de asco y mascullaba toda clase de insultos contra el chófer. Ordenó al vigilante de patio que mantuviera abierta la puerta del garaje durante toda la noche, y que si el chófer venía por el patio lo llevara a la comisaría.

Ngüe Nkogo había llegado a Santa Isabel procedente del Camerún hacía dos o tres años. Había sido chófer en Douala pero no hablaba francés ni tampoco español. Solamente algo de «pitching» y las lenguas vernáculas de su grupo racial. Era pequeño de estatura, robusto y llevaba el tatuaje de su tribu del que a veces resaltaba sobre la piel negra de su rostro el color azul de las tintas empleadas. Andaba con cierta torpeza, pero cumplía bien con su trabajo y era buen conduc-

tor. Ni el gerente ni Juliano le tenían simpatía, pero como no ocasionaba problemas y no era fácil encontrar un buen conductor, le mantenían en la plantilla.

Desde hacía unas semanas se estaban produciendo crímenes, con mutilaciones, en la zona comprendida entre Sampaka y Basupú. El último hecho fue, precisamente, en las inmediaciones de Sampaka, donde apareció el cadáver de un hombre decapitado y con las falanges cortadas. En otros casos aparecían mutiladas las orejas y la nariz, lo que dio lugar a sospechar la presencia de sectas de brujos caníbales y fetichistas. Como dato curioso se sabría durante las investigaciones que todas las víctimas de los últimos crímenes procedían de la misma tribu, que no tenía relación alguna con la zona continental de Guinea porque eran nigerianos. La policía logró descubrir a la secta y detuvo a los cinco brujos que venían extendiendo sus creencias y practicando ritos en la zona donde habían aparecido los cadáveres, principalmente en el poblado Sácriba Pamue, a las puertas de Santa Isabel.

El juicio se celebró con toda la ceremonia del caso y con la asistencia de los representantes de las costumbres indígenas. Fueron condenados a morir en la horca, y el lugar de la ejecución sería el Campo Yaunde.

Tomás Buendía era abogado asesor temporal de algunas empresas de Fernando Poo en sustitución del titular, que se encontraba en España de vacaciones. Buendía era un profesional poco escrupuloso, que había venido a la colonia para estudiar sobre el terreno las condiciones de vida antes de establecerse definitivamente con su familia, si se adaptaba al clima y al sistema de trabajo. Mientras tanto, cubría todas las igualas del otro letrado ausente y aprovechaba el tiempo sobrante para atender asuntos de indígenas a los que cobraba honorarios abusivos. No tuvo oportunidad de quedarse en la isla porque el gobernador, a la vista de los informes de la policía, le aplicó el artículo quinto y Buendía salió de la colonia expulsado.

Pero antes, Tomás Buendía asistió voluntariamente a la ejecución de los cinco brujos que habían practicado crímenes y canibalismo, entre los que figuraba Ngüe Nkogo. Le gustaba relatar con detalle la ejecución, pero en dos ocasiones que intentó hacerlo ante Juliano éste le paró, advirtiéndole que si quería dar conferencias sobre el tema que lo hiciera en su despacho, pero no allí en su presencia. Juliano le manifestaba sin rodeos la poca simpatía que sentía hacia él.

La ejecución se cumplió dentro de la ley. Y Buendía abandonó la colonia dos meses después expulsado con toda justicia.

Las autoridades militares y los religiosos trabajaron en todo el territorio, a lo largo del período colonial, para lograr que disminuyeran los casos de «mboeti», introducidos por sectas gabonesas, y los de canibalismo, protagonizados por otras sectas de brujos de las tribus que pueblan Río Mini, pero Juliano siempre pensó que no es fácil desterrar del alma de un pueblo sus tradiciones arraigadas desde siglos, quizás antes de iniciar su penosa migración hacia el oeste. Confiaba, sin embargo, que la evolución de estas poblaciones sometidas ahora a una nueva cultura, les induciría a abandonar, en un espacio corto de tiempo, estos ritos que no encajan ya a mitad de este siglo XX, cuando el hombre viaja por el espacio y las costumbres primitivas se van transformando en inofensivas muestras de folclore local.

Pero a pesar de estas esperanzas de Juliano, en 1965, durante la administración del Gobierno Autónomo de Guinea, ocurrió en Fernando Poo un hecho que tuvo como principal protagonista,

pero indirecto, a un personaje popular conocido en Santa Isabel por el nombre de «Timoteo». Efectivamente, a principio de los años cuarenta se estableció en la colonia un pescador alicantino llamado Timoteo que vino a resolver el problema del abastecimiento de pescado fresco para la capital. Su captura era variada y entre las principales especies figuraban el colorado, la merluza y los langostinos, pero lo que más abundaba era un pez que se caracterizaba por sus muchas espinas y por ser de pequeña medida, que, a falta de otros de mejor calidad, era bien aceptado por las poblaciones europea e indígena.

Como esta especie no era conocida ni, al parecer, estaba clasificada, el humor popular la bautizó con el nombre de «timoteo». Así, en las casas y en los restaurantes era conocido por este nombre, que llegó a figurar en algún menú o carta impresa. Los «timoteos» eran populares en Santa Isabel y en Bata.

Pero un día llegó un misionero joven a Santa Isabel para ejercer su apostolado en la colonia, y fue destinado a Banapá. Cuentan que en sus recorridos visitaba los poblados de Sácriba, Sampaka, Basupú y otros próximos a la capital. Poco a poco fue conociendo a sus feligreses, pero un día, en el poblado de Sácriba Pamue, mientras confesaba a algunos de ellos, observó que los fieles se acusaban de haber comido «timoteo». Al principio lo tomó como una ingenuidad, pero como eran muchos los que se culpaban de este pecado, que el cura dejaba sin penitencia, lo comentó al regresar a Banapá con un misionero antiguo, quien le preguntó:

—¿Está seguro, padre, que eran vecinos de Sácriba Pamue?

—Sin duda —respondió el nuevo misionero.

El misionero viejo se rascó la barba, pero no hizo comentario alguno. Al día siguiente se trasladó con otro cura a Sácriba para buscar a un joven subnormal que pertenecía a la etnia fang, como el resto de los habitantes del poblado, sin encontrarlo. Indagó, pero todos evitaban contestar a las preguntas de los dos sacerdotes. Estos insistieron y, por fin, fue hallado un cuerpo humano semisumergido en un riachuelo próximo. El cadáver estaba atado a unos troncos, había perdido la piel, y el cuerpo, por la acción del agua, aparecía de color blancuzco y presentaba mutilaciones en la cara, en el tórax y en las extremidades.

La anécdota es así de simple, pero lo importante es que el cuerpo era, efectivamente, del joven subnormal y que éste se llamaba Timoteo.

En este caso la intervención oficial se limitó a los trámites legales de levantamiento del cadáver, y su traslado al cementerio.

IV
EL HOGAR

En esta zona de Africa hay dos estaciones, y no cuatro como en Europa: la lluviosa, que comienza en el mes de Abril en la isla de Fernando Poo, y la seca, que se inicia en octubre o noviembre, pero los períodos de transición entre ambas estaciones se caracterizan por el azote de los tornados.

Aquella tarde del mes de noviembre, próximas ya las fiestas de Santa Isabel, fue agotadora; el aire húmedo y cálido se hacía casi irrespirable influyendo en el estado de ánimo de los habitantes de la capital de los territorios españoles del Golfo de Guinea.

Cuando terminó la jornada, los empleados se dispersaron para aliviar bajo la ducha los efectos del calor. Al atardecer Juliano y el gerente iniciaron un paseo, encaminándose a Punta Fernanda, donde en estas tardes calurosas se congregaba buena parte de la población europea buscando el frescor de las acacias y de las palmeras, pero ni un soplo de brisa movía las hojas de los árboles que adornan ese preciosos jardín que sirve de expansión a los pobladores de la capital de esta colonia española en Africa.

Había oscurecido cuando regresaron a casa mientras relampagueaba sobre el monte Camerún y algunos cayucos se movían lentamente dentro de la bahía de Santa Isabel. Esta calma pesada precedía siempre al tornado, y no sería extraño que esta noche se desatara su furia sobre la isla.

La tertulia en la terraza, antes de la cena, resultaba aburrida porque el tema de conversación giraba sobre asuntos de la Compañía, problemas en las fincas, simples cotilleos que, invariablemente, terminaban en críticas a la administración colonial, o en comentarios sobre sucesos intrascendentes, pero cada uno guardaba en secreto sus pensamientos que, sin duda, volaban hacia su hogar en España, hacia su ciudad de origen o hacia su pueblo perdido, quizá, en las montañas de Asturias o de Galicia, en el País Vasco o en tierras de Aragón o Cataluña, y pensaba en su familia, en su novia o en sus amigos. Las empresas evitaban empleados casados porque una mujer representaba un estorbo en la tranquilidad de una finca y creaba problemas de convivencia en la ciudad o en los poblados donde desarrollara sus actividades. Los propietarios y los gerentes elegían siem-

pre empleados solteros y les aconsejaban la «mininga» siempre que fueran discretos. El riesgo era menor con una negra que con una blanca.

Juliano había venido a Africa como casi todos los colonos, por necesidad, pero con la ilusión de reunir unos ahorros que le permitieran volver a su pueblo y crear allí su hogar definitivo, y él tenía un compromiso formal con Aurelia; pero, poco a poco, casi sin darse cuenta, le iba atrapando eso que los colonos llaman «el virus de Africa», el síndrome del trópico. Lentamente, en su soledad, inconscientemente, iba planeando su futuro en Guinea. Aquí ya tenía un empleo de superior categoría a cualquier otro que pudieran ofrecerle en Canarias o en la península, devastadas ambas por las consecuencias de las dos guerras y por el bloqueo comercial. Por otra parte, le gustaba su trabajo y, como era ambicioso, se consideraba capaz de lograr una gerencia o de emprender un negocio propio. Ya era conocido en los medios comerciales y agrícolas de la isla y había recibido ofertas atractivas, pero, de momento, sólo pensaba en cumplir su contrato y aprovechar su derecho a las vacaciones coloniales[1].

Después de un ligero aperitivo con el «salto»[2] de todas las noches y de cenar con sus compañeros de trabajo, fueron desfilando cada uno hacia su habitación. Juliano abrió de par en par las puertas de su balcón y las dos hojas de la ventana. Después se metió en la cama y se aseguró que el mosquitero estaba bien colocado; se tendió sobre las sábanas y apagó la lámpara de petróleo para refugiarse en sus pensamientos, y, poco a poco, fue conciliando el sueño.

De madrugada le despertó un golpe brusco de la ventana mientras un relámpago iluminaba la habitación como si fuera de día. Precipitadamente abandonó la cama apresurándose a cerrar las puertas y ventanas. Los relámpagos y los truenos se cernían sobre la ciudad iluminándola y haciéndola vibrar bajo el poder de la tormenta hasta que, de pronto, una tromba de agua se precipitó sobre la tierra y al caer sobre el techo de cinc del edificio producía un ruido casi musical que iba adormeciéndole. Una racha de brisa fresca penetró por los espacios libres de las persianas invadiendo la habitación de aire fluido que producía bienestar. Estas tormentas, muy aparatosas, son de corta duración y, salvo en casos excepcionales, producen daños de escasa consideración: la caída de algunos árboles sobre las plantaciones de cacao o café o sobre las carreteras y caminos de finca interrumpían momentáneamente el tráfico, pero las plantaciones de bananas eran arrasa-

[1] La reglamentación laboral para empleados europeos exigía que la duración máxima del contrado de trabajo para europeos no podía exceder de dos años. Terminado este período el empleado tenía derecho a unas vacaciones de seis meses en la península o Canarias con el mismo sueldo. La empresa debía sufragar los gastos de viaje. Esta disposición laboral se justificaba por razones de salud porque se estimaba que el período de dos años producía desgaste que era necesario reponer en clima europeo. Los funcionarios disfrutaban de seis meses de vacaciones cada diez y ocho de permanencia en la colonia.

[2] El coñac con agua o soda era conocido como «el salto» y su origen, al parecer fue la escasez de whisky hasta su desaparición durante la guerra europea. Todos habían saltado al coñac.

das inevitablemente dos veces cada año; también producían daños irreparables en los cultivos experimentales de tabaco, algodón o maiz, cuya aportación a la economía agrícola de Fernando Poo era insignificante hasta tal punto que a la larga fueron abandonados o sustituidos por los cultivos tradicionales de esta zona africana, que producían mayor rentabilidad y sobre los que se tenía gran experiencia y apoyo del departamente técnico del servicio agronómico, dependiente del gobierno de la colonia.

El domingo amaneció fresco y despejado por el viento y por la lluvia que durante la noche habían barrido esa niebla, propia de la fecha, que, como un velo, oculta la silueta de los montes de la isla; y las laderas del Pico de Santa Isabel hacia Basilé o hacia Bonyoma mostraban columnas de humo de los secaderos de cacao en actividad. La preparación de la cosecha se prolonga a veces hasta febrero.

Desde la terraza contemplaba el paisaje incomparable de esta isla española casi desconocida en nuestra nación. Los charcos van desapareciendo porque la tierra permeable de Fernando Poo absorbe el agua como una esponja.

Juliano reflexiona sobre su entorno: todo es natural; aquí domina la naturaleza en todo su esplendor, y el hombre blanco sólo ha traído su técnica para imponerla a su conveniencia. Se construyen edificios, circulan vehículos y se implanta una nueva cultura, pero la grandiosidad de la naturaleza domina el paisaje, y no será fácil desplazarla. La brisa húmeda de la mañana le reconforta y el panorama le cautiva. En medio del patio crece un árbol extraño: un frondoso níspero. El gerente dice que nadie lo plantó, pero allí está y lo más asombroso es que produce frutos. El gerente dice que las níspolas son demasiado ácidas para su gusto. En el patio alto de la finca de Bantaberé hay un matorral de frambuesas de fruto insípido que se extiende frente a la casa y el encargado quiere cortarlo porque sirve de refugio a culebras y otros reptiles.

A Juliano todo esto se le antoja inverosímil: el níspero, las frambuesas y hasta él mismo son de otra tierra, han sido trasplantados y aquí pretenden cumplir su misión de la mejor forma posible, lejos de su hábitat, de su clima, de la tierra donde sus antepasados arraigaron a lo largo de los siglos, y se pregunta si la naturaleza de este nuevo hogar terminará absorbiéndoles o rechazándoles y expulsándoles hacia su origen. Pero sus pensamientos le hicieron sonreir mientras el «boy» le servía un café con leche. Los demás empleados aún seguían durmiendo.

A las once, misa en la catedral. Nadie falta a la misa del domingo. Toda la sociedad de Santa Isabel acude puntual a la ceremonia y las señoras, con sus vestidos más vistosos, esperan que el padre D'Artagnan ocupe el púlpito y entusiasme a la feligresía con su sermón, pero el padre D'Artagnan permaneció poco tiempo en Guinea. El obispado se adelantó, y el misionero, con su pose de galán cinematográfico y su barbita de mosquetero, fue destinado a otra casa de la congregación lejos del trópico. Esta medida de precaución evitó que el artículo quinto cayera implacable sobre un representante de la iglesia. El padre D'Artagnan no llegó a arraigar en esta zona tropical porque la verdad es que el cura tenía una idea muy peculiar de su ministerio y era un producto de difícil arraigo en cualquier parte.

Los días pasaban con rapidez para Juliano y pronto cumpliría su contrato y podría volver a casa, pero sus ahorros no le alcanzaban para disfrutar los seis meses de vacaciones coloniales. Ya tenía oferta de un empleo de rango superior al actual para cuando regresara, pero su gran ilusión, por ahora, se centraba en la vuelta a casa, aunque sólo fuera por dos o tres meses. Ver

a sus padres, a Aurelia, a su grupo de amigos, bañarse en la playa de Las Canteras y bailar en Las Cuevas.

Y llegó el día. La sirena del Dómine lanzó su primera llamada y el puerto bullía. La banda de la Guardia Colonial con su vistoso uniforme y con los instrumentos musicales brillando bajo la luz del sol, acudía puntualmente para despedir con sus pasodobles y sus alegres marchas militares a los que iban a reponer fuerzas y a disfrutar después de tantas privaciones durante dos años de trabajo en estas tierras de Africa. Dos marineros negros soltaron las amarras de los norays y el barco avanzó lentamente hacia la salida del puerto. Sonó la sirena de despedida y muchos colonos, desde la cubierta del buque, lanzaron sus salacots al mar mientras la música alegraba el ambiente y la motonave se deslizaba rápidamente sobre las aguas tranquilas del Golfo de Guinea.

Desde la popa, Juliano veía empequeñecer las silueta de la isla que había sido su hogar durante los dos últimos años de su vida. La belleza del paisaje tropical le atraía y le producía una extraña sensación de incertidumbre, mientras el barco aumentaba su marcha, porque no sabía bien si iba al encuentro de su hogar o si lo estaba dejando atrás.

Nueve singladuras y las luces de Tenerife. En la oscuridad de la noche Santa Cruz se divisa frente a la proa mostrando una imagen luminosa, brillante, con luces en movimiento como luciérnagas. Coches, alumbrado sin oscilaciones, alegría y vida están ya casi a su alcance. La maniobra de atraque, como todas, fue lenta; el barco redujo su marcha mientras una música alegre llegaba desde el Club Náutico que aparecía engalanado. Desde proa y desde popa se lanzaron las estachas y las maquinillas de a bordo comenzaron a funcionar obligando a avanzar de lado a la mole blanca de la motonave. Voces desde tierra, gritos de órdenes desde el puente de mando y el barco descansó su costado sobre el filo del muelle.

Juliano había presenciado la maniobra desde el bar mientras charlaba con otros pasajeros. La escala sería corta porque el Dómine traía poca carga para Tenerife. Se informó al pasaje que a las tres de la madrugada zarparía para Las Palmas. Un grupo de pasajeros se preparó para desembarcar, pero él no quiso unirse al grupo, prefería hacerlo solo. Esperó que salieran todos y finalmente descendió por la pasarela y en un taxi se dirigió al Atlántico. La terraza del Atlántico recibe de frente la brisa del mar, y esa noche estaba muy concurrida, pero encontró una mesa libre y pidió una cerveza fría. Sentía aún esa sensación de movimiento que conservamos al desembarcar después de una larga travesía. Había turistas de un barco inglés. Los ingleses fueron los pioneros del turismo en Canarias, pero a Juliano le parecen ridículos, sobre todos las inglesas que son viejas, gordas y feas, pero pasan frente a su mesa algunas jóvenes vistosas que no son turistas.

El aire fresco trae olor a salitre que le recuerda su niñez en las playas del archipiélago mientras termina su cerveza fría. Abandonó el Atlántico y dio un paseo por la Plaza de la Candelaria. Observaba a la gente que paseaba con indiferencia, sin valorar la alegría de la luz, y algunos coches circulaban sin prisa por las calles próximas a la plaza. Dejaba correr su imaginación, pero no lograba concentrarse. Mañana estaría en casa. Era como un premio a su sacrificio, a su lucha, al objetivo que se había marcado para superarse, para ser útil. Mañana se enfrentaría a la incógnita. Qué habrá pasado durante su ausencia. Cómo le acogerán. Le embarga un temor, algo que no puede describir, algo extraño porque, sin saberlo, se ha situado entre dos mundos diferentes. Regresó al barco dando un paseo y fue rápidamente a su camarote; se tendió en la litera y siguió pensando. Adormecido sintió el ruido de las máquinas que impulsaban la maniobra de desatraque con movimientos desacompasados, y se durmió.

V
LA VUELTA A CASA

Nada ha cambiado. Todo está igual que aquel día de julio de 1945 cuando a bordo del «Poeta Arolas» soltó sus amarras para ir al encuentro de una nueva vida en un rincón de Africa. Aparentemente todo está igual: el parque de Santa Catalina; el viejo Club Náutico asentado sobre pilares de cemento que se apoyan en el fondo de las sucias aguas del puerto; las jardineras guaguas, con sus asientos laterales, que van y vienen del Puerto a Las Palmas; la playa de las Canteras cercada por la barra donde rompe el mar azul del Atlántico; todo le hace pensar que nada ha cambiado, pero sus padres están más viejos; sus hermanos han organizado su vida y cada uno de sus amigos ha resuelto sus problemas como ha podido. Algunos han emigrado a Venezuela, otros se han casado y todos tienen sus ocupaciones y sus preocupaciones. Cuando se reúne con los que acuden a los bares del parque se siente un extraño; él pensaba que la conversación se reanudaría por donde la dejó el día de su marcha, pero hablan de cosas que no entiende, de su actualidad. A veces, por cortesía, se dirigen a él para hacerle preguntas vulgares sobre el trato con las negras, sobre el clima africano, o sobre las enfermedades del trópico, pero en seguida vuelven a su conversación, a sucesos desconocidos para Juliano que, además, no tienen el mínimo interés para él. Poco a poco va comprendiendo su aislamiento. Quizás si las vacaciones duraran seis meses volvería a intergrarse en su grupo, pero en el espacio de dos meses seguirá desconectado de esta sociedad de su infancia y de su juventud. Efectivamente, se siente un extraño... es un extraño.

En su casa han habilitado una habitación para él, la mejor; su puesto en la mesa es el preferente, pero no es el suyo de toda la vida. En su afán por atenderle, su madre le ofrece todo cuanto pueda agradarle o todo aquello que sabe que le gusta. Indudablemente de nuevo está en su hogar, pero no puede evitar la sensación de sentirse como un invitado.

Su madre le ha llamado aparte para hablar con él, y Juliano intuye que quiere decirle algo que para ella debe ser muy importante, pero no llega al grano. La conversación la lleva ella y él la escucha esperando que se decida. Por fin le dice:

—Hijo, debes saber que lo de Aurelia es grave. No sé si lo sabes todo, pero en este caso debes saberlo y yo tengo la obligación de decírtelo: la enfermedad de Aurelia es tuberculosis. Tengo entendido que está en un estado muy avanzado. Tú sabes cuánto hemos sufrido en esta casa cuando tu hermano Arturo contrajo esa terrible enfermedad y los cuidados que tuvimos para evitar contagios. También sabes que la ciencia hoy nada puede hacer cuando la enfermedad

alcanza un estado tan avanzado. Te pido que te cuides, y lo demás tenemos que confiarlo a Dios.

Juliano la escuchó con serenidad y la tranquilizó, aunque no sabía que la cosa fuera tan grave. Aurelia le había escrito sobre la enfermedad previniéndole que el médico le había aconsejado reposo absoluto. Sabía que hacía meses que no se levantaba de la cama, pero en sus cartas ella le transmitía sus esperanzas de reponerse pronto. Había en las cartas de Aurelia algo de optimismo, de confianza y esto lo percibía Juliano en cada una de las que recibía todos los meses en el vapor-correo de Transmediterránea que mantenía la línea regular entre la metrópoli y Guinea.

Ahora se tenía que enfrentar con la realidad y estaba preparado para el primer encuentro después de más de dos años de separación. De cualquier forma evitaría que ella descubriera en él cualquier impresión sobre su estado. Hoy al mediodía iría a verla.

Aurelia era una belleza clásica. Tenía el cabello muy negro, como los ojos, pero su cutis era muy blanco, sonrosado y sus rasgos finos. Era, además, inteligente y prometía ser una buena esposa. Llevaban varios años de noviazgo y la ilusión de ambos era casarse cuanto antes, pero ahora habría que esperar unos meses hasta que se repusiera. Estas eran sus ilusiones.

Estaba tendida sobre la cama, apoyada en una almohada para levantar un poco el busto. La piel pálida, transparente, delataba la enfermedad. Había perdido toda su fragancia y la respiración agitada se aceleraba aún más con la emoción del encuentro.

Se acercó sonriente y la besó en los labios. Ella le devolvió el beso y acarició los cabellos del novio. Permanecieron un rato junto, después Aurelia rompió a llorar. Sentía toda la tristeza de tenerle cerca y no estar en condiciones de compartir su vida con él, no acompañarle a la playa, no poder siquiera pasear con él.

—El médico es muy riguroso —dijo— no quiere que salga y me exige quietud absoluta mientras dure la convalecencia. Tendrás que aguantarme —dijo intentando sonreir.

Juliano volvió a besarla y se sentó junto a ella en la cama.

Todas las experiencias vividas en Guinea fue relatándolas a lo largo de los días que permaneció a su lado. La acompañaba diariamente desde las diez hasta las doce. Después iba a la playa y volvía a las seis para estar con ella hasta las nueve. Fue, a decir de Juliano, la etapa más dura de su vida porque la veía extinguirse de día en día.

Una semana después de su llegada se dedicidió a visitar al médico. La entrevista resultó descarnada, dura, sin rodeos.

—Aurelia tiene un pulmón deshecho y el otro afectado —dijo el médico—. La medicina nada puede hacer en casos como este, sólo podemos esperar un milagro. Si esto sucediera no podrá tener hijos y, desde luego, nunca podría ir a Guinea porque no resistiría el clima.

Juliano abandonó la consulta impresionado. Las palabras del médico habían borrado todas sus esperanzas. Recorrió un tramo de la acera y entró en un bar. Pidió coñac doble para mantener templados los nervios y, seguidamente, fue a casa de Aurelia. Durante el rato que pasó con ella estaba ausente, no podía concentrarse ni ordenar sus ideas. Al salir de la casa, ya oscureciendo,

se dirigió a la playa, se apoyó en la barandilla del paseo y dejó pasar el tiempo mientras el ruido de las olas rompiendo sobre la arena le devolvía la calma. De pronto una voz conocida le sacó de su aislamiento. Era la voz de Eli, la segunda de tres hermanas amigas de su niñez. Las tres tenían novio, según le habían dicho. Adela se casaría pronto con un ingeniero, Lucía, la más pequeña, mantenía relaciones con el hijo de un comerciante de Las Palmas y Eli era novia de Jaime Tejada, un señorito de familia. Muchas fanegadas de plataneras, infructuosos estudios en Las Palmas, más estudios en Londres, coche descapotable de la época y alardes de superioridad basados en la fortuna de su padre. Juliano sentía el más absoluto desprecio por este personajillo, y el mayor cariño y hasta compasión por Eli.

—Te hemos puesto falta esta mañana en la playa. Todas estábamos esperándote, pero comprendemos que ante la situación de Aurelia estés acompañándola. Te deseo lo mejor, Juliano, pero sé la gravedad del caso porque algunas tardes voy a entretener su soledad.

—Has llegado en el momento que más te necesitaba —le contestó él— porque me encuentro aislado, solo. ¿Se enfadaría Jaime si tomáramos una copa juntos en el Jandilla?

Eli le agarró del brazo y lo llevó hacia el bar. Se sentaron bajo un paraguas del paseo de Las Canteras y hablaron durante largo rato, después se alejaron en dirección a la casa de Eli. El hombro de ella se pegaba insistentemente al de Juliano y al llegar al portal ella le tomó de la mano y le condujo al interior del zaguán.

Eli no era feliz. Jaime la había decepcionado y lo consideraba un tonto con dinero, pero su compromiso con él era un compromiso familiar. Mientras hablaban en el interior del portal mantenían las manos entrelazadas y sin saber cómo se acercaron y se besaron.

Todo era un disparate. Se separaron y Juliano sintió desprecio por sí mismo. Aurelia le adoraba y le necesitaba. Su cariño por Eli no era nuevo. Siempre habían sido buenos amigos, pero esto no era digno en este momento.

La mañana siguiente le trajo noticias: un telegrama de Guinea que cortaba sus vacaciones. Decía:

«Gerente enfermo de gravedad por razones de humanidad deberá salir primer barco con destino metrópoli punto recomiento su incorporación urgente». Firmaba Avila médico.

Un carguero saldría unos días después desde Las Palmas con destino a Santa Isabel. Arregló con el capitán y le admitieron a bordo, pero sin derecho a camarote. Dormiría en el comedor de oficiales.

La travesía fue lenta, dieciocho días, y, por fin, avistó el Pico de Santa Isabel. El color verde-azulado de la isla fue acercándose y el barco quedó sujeto al espigón. Días más tarde saldría el «Isla de Tenerife» con destino a Cádiz y llevaría como pasajero al gerente.

El mismo día de llegada, al caer la tarde, entró en el Casino y todo fueron saludos de bienvenida y alegría. Partida de mus, cotilleos de los últimos acontecimientos locales, felicitaciones por su cargo en la nueva Compañía le hacían sentir la sensación de haber regresado a casa. Aquí todo era natural, familiar. Había comprendido que Europa quedaba lejos, que aquí estaba su verdadero hogar. Intuía que ya no iría a España más de vacaciones porque Guinea le había atrapado.

Unos meses después regresó el gerente. Le habían operado y los médicos desaconsejaron que permaneciera en Guinea porque no toleraría los antipalúdicos y el clima podía producir recaídas. Venía solamente para hacer entrega de la gerencia a Juliano y para instruirle sobre asuntos pendientes. Después de efectuada la entrega regresaría definitivamente a España. Durante los días que permaneciera en Guinea le acompañaría al continente para visitar Dumandui.

Pocos días antes de embarcar de regreso ocurrió un hecho trascendental en la vida de Juliano. El gerente le llamó a su despacho y le dijo:

—Usted ya es un hombre formado por lo que no es necesario andar con rodeos. Este telegrama que acabo de recibir es para usted. Léalo en su habitación.

Juliano desplegó las hojas del telegrama que decía:

«Ruego comunique a Juliano Alba que su prometida señorita Aurelia falleció ayer» firmaba Dirección.

Subió las escaleras llorando con todo el dolor de haber perdido su mayor ilusión, pero en el fondo comprendía que, por fin, Aurelia encontraba su paz y su descanso.

* * *

Años después, frente a un puesto de flores próximo a donde estuvo el viejo puente de palo de Las Palmas, un hombre en plena madurez compraba flores cuando sintió que alguien le tocaba el brazo. Juliano se volvió y se encontró de frente con el rostro soriente de Eli. Una Eli por la que también habían pasado los años, pero que mantenía su espléndida belleza aunque ya iba dejando atrás la juventud. Ambos sonrieron y él la besó en la mejilla.

—¿A quién regalas flores, Juliano? —dijo ella— ¿Son para mí?

—Para tí son todas, Eli; éstas, sólo éstas, las llevo al cementerio.

Se separaron prometiendo verse esa tarde en el Club.

La lápida, manchada por el polvo y por la lluvia, dice solamente: AURELIA. Depositó las flores con mucho cuidado y descendió por la escalera. Contempló la fila de nichos y echó a andar hacia la salida. Quizás fuera este su último encuentro con su ilusión.

El avión para Santa Isabel sale mañana.

IV
DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON

En la década de los 40 el servicio aéreo que unía las ciudades de Santa Isabel y Bata estaba a cargo de la Compañía Iberia, y lo prestaba un Dragón de igual modelo que el utilizado por Franco para su histórico viaje Canarias-Marruecos. En el primer vuelo del mes de Diciembre viajaban, entre los seis pasajeros que admitía la cabina, dos hombres pertenecientes a una de las importantes compañías agrícolas de Guinea, que tenía fincas en la isla y en el continente. El mayor pasaba ya de los sesenta años y era el gerente de la empresa; el segundo, recién incorporado, procedía de otra firma de la isla, y estaba llamado a sustituirle en el cargo. El motivo del viaje era que este último conociera la gran finca de Dumandui. La plantación de café de esta finca se extiende, en las proximidades del Río Benito, a lo largo de la carretera entre Niefang y Micomeseng, y está enclavada cerca del monte Mayala, que es una de las reservas de gorilas más poblada de esta zona de Africa.

El pequeño avión con sus motores a tope corría cuesta abajo por la pista de hierba del viejo aeropuerto de Santa Isabel. Poco a poco fue tomando altura, y girando a la derecha ofrecía por las ventanillas el paisaje de la bahía y de la ciudad de Santa Isabel, limpia e iluminada por el sol de la mañana. Sobrevolaron Punta Fernanda y contemplaron a la derecha del avión una mancha verde clara que correspondía a la plantación de caña de azúcar que dos agricultores canarios habían puesto en cultivo para producir ron. El cráter de un volcán apagado, cubierto de espesa vegetación, se destaca entre las copas de los gigantes de esta selva que el hombre trata de dominar. El viaje duraba aproximadamente ochenta minutos.

A la izquierda se divisa, majestuoso, el monte Camerún cuyas laderas y llanuras verde-azuladas se van extendiendo a lo largo de la costa africana. La proa del avión sigue la ruta perpendicular al continente para recalar en las proximidades de Río Campo. Pasada la desembocadura, una franja de arena blanca delimita la mancha verde del bosque con el mar.

El avión fue descendiendo y al llegar a la altura del río Utonde mantuvo la dirección sur, pasando sobre la ciudad de Bata que se extendía perezosa a lo largo de la playa.

Minutos después, el avión giró sobre el plano izquierdo y los pasajeros pudieron contemplar

la zona desboscada de Ntogo Misogo que servía de aeropuerto. Pasaron a poca altura sobre las ceibas gigantes, y la tierra fue acercándose hasta que el Dragón empezó a dar pequeños saltos sobre la pista de tierra no muy bien nivelada. El avión siguió rodando por la pista hasta situarse frente a un chiringuito de tablas cubierto de nipa, que servía de estación para el pasaje y para albergar el pequeño despacho de la Compañía Iberia.

Nuestros dos hombres fueron recibidos por el encargado de Dumandui, Manolo Alvarez, que les llevaría en el Fargo de la finca, primero a Bata y después a la plantación.

La ciudad de Bata tenía entonces como centro de reunión el chiringuito, situado al borde de la playa, sobre pilares de madera que servían de base a la terraza, y estaba atendido por un santanderino famoso en todo el continente.

El chiringuito era punto de reunión obligada, y parada de todos los colonos que venían del interior; hacía las veces de sala de juego y restaurante. Es en definitiva, el club social de Bata. Todos se conocen, y Juliano es presentado a gentes extrañas que vienen de Ebibeyin, Niefang, Mongomo y de otros poblados de la zona continental.

Terminada la comida, el gerente, acompañado de su segundo y del encargado de la explotación, realizaron las gestiones y las compras necesarias antes de emprender el viaje por la carretera hacia la finca.

Avanzada la tarde los tres hombres salían por Moganda atravesando las plantaciones de café y los poblados situados al borde de la carretera, subían monte Bata y pasaban Machinda, donde a veces se podían comprar, junto al río, unos camarones extraordinarios. Subieron el monte Raices y pasaron Niefang. A la caída de la tarde entraban en el patio de Dumandui.

Después de reponerse del viaje, y ya entrada la noche, los «boys» servían un aperitivo cuando el gerente ordenó que avisaran al jefe del poblado para que viniera a la casa. Miró sonriente a su segundo y le explicó que se trataba de un personaje de gran prestigio de la tribu esamangón de los fang.

El jefe pamue apareció con un séquito de tres personas que le trataban con gran respeto y hasta con temor. La imagen de este jefe de los ntumus era impresionante; su estatura se acercaba a los dos metros y a pesar de sus quizás ochenta años se mantenía delgado y ágil. La piel rugosa de su rostro estaba cruzada por los cortes del tatuaje de su tribu. No conservaba ni un solo diente, y su indumentaria se componía de una camisa color marrón, un pantalón corto cubierto por una piel de leopardo agujereada que sujetaba con una cinta de rafia a su cintura. El rabo de la piel de leopardo colgaba por la parte derecha de su cadera. Iba descalzo, pero adornaba sus piernas con unas polainas negras que alguien le había regalado, en las que destacaban unas hebillas plateadas.

Tanto el gerente como Manolo Alvarez le saludaron con una sonrisa paternalista, pero en respeto a su dignidad le hicieron sentar en uno de los sillones de la sala. Juliano observaba con curiosidad los movimientos del jefe pamue. Este no se dignó a mirar a ninguno de los blancos de la casa porque su orgullo de guerrero no le permitía aceptar que otro le superara en rango. Observándolo, pensó que, efectivamente, quien dominaba la situación era Akomba Nve jefe de los esamangones. El «boy» había servido unas copas de coñac (el whisky entonces era de muy

difícil adquisición en Guinea), y ante Akomba Nve colocó un vaso de agua vacío en el que vertió coñac hasta la mitad. Vió como el jefe negro sin mirar a nadie alargó la mano rugosa, atrapó el vaso y lo bebió de un solo trago. Dejó el vaso sobre la mesa mientras el gerente indicaba al intérprete que le preguntara si le atendían bien en la finca y si necesitaba algo. El jefe contestó con un gruñido que reflejaba su indiferencia, y un momento después se levantó, y con lentitud se dirigió a la puerta para regresar al poblado, que estaba frente a vivienda de la finca. Tanto el gerente como el encargado de la explotación sonrieron con aire paternal, como suelen sonreir, tolerantes, los adultos cuando hablan con sus abuelos vencidos por la edad, pero Juliano pensó que el aire de paternalismo de los dos blancos no encajaba frente a la dignidad y a la prestancia de este jefe de guerreros.

Con curiosidad salió al jardín detrás del grupo y pudo ver, a la luz de la luna llena, como el jefe esamangón, seguido de sus hombres, subía el pequeño desnivel del patio del poblado y se dirigía despacio, altivo y con soltura hacia su casa, que era la vivienda principal de esta tribu. Desde el jardín vió como apartaba la arpillera que servía de cortina a la puerta y se perdía en la oscuridad de la choza.

Mientras el joven Juliano regresaba al salón, Akomba Nve se dejó caer sobre su camastro vencido por el sopor del alcohol; se acomodó sobre el colchón de sacos relleno de hojas secas y se abandonó a su sueño.

La religión fang asegura que el alma es independiente del cuerpo y que en el sueño se traslada a otros lugares para vivir hechos reales.

* * *

El rumor que producía el grupo de guerreros que obedecía fielmente a Akomba Nve se apagó cuando en la puerta de la casa principal apareció la figura erguida del gran jefe de los ntumus. Venía tatuado como sus hombres; llevaba en la mano izquierda un escudo de piel de elefante pintarrajeado y en la derecha su famosa lanza. De la cintura, sobre la piel de un leopardo cazado por él mismo, pendía un hacha de guerra pamue. El grupo de guerreros siguió a su jefe adentrándose en el bosque. Akomba Nve sabía que algunos bujebas permanecían aún en terrenos próximos al territorio ocupado por los ntumus, y se aprestaba a darles caza sin piedad. En fila india avanzaban por senderos del bosque en persecución de los intrusos; iban en silencio procurando no delatar su presencia, atravesaron un pequeño riachuelo y encontraron rastros de sus enemigos.

Con el mayor sigilo, Akomba Nve se adelantó a su hombres y al llegar a un claro del bosque iluminado por la luna, vió al grupo de bujebas que perseguía, sentados o en cuclillas, ante una pequeña fogata; permaneció en silencio contemplando a sus víctimas hasta que, de pronto, lanzando un grito para animar a sus hombres, se plantó de un salto en medio del claro.

Los bujebas asustados se desperdigaron como una manada de fritambos huyendo cada uno por donde podía. El jefe esamangón tendió su poderoso brazo y apuntó sobre el más rezagado. La lanza cruzó el espacio con un silbido y fue a clavarse en la espalda de la víctima elegida, que cayó de bruces. De un salto prodigioso Akomba Nve salvó unos matorrales, y, como una pantera que se abalanza sobre su presa, cayó sobre el bujeba herido. Llevaba en la mano su hacha de gue-

rra que de un golpe certero le destrozó el cráneo; otros dos golpes seguidos sobre su hombro separaron el brazo derecho del cuerpo de su víctima. Akombe Nve se irguió sobre la espalda de su enemigo y de un tirón desprendió la lanza de su cuerpo, brotando por la herida la sangre a borbotones. El rostro excitado del jefe de guerreros se iluminó a la luz de la luna cuando de nuevo lanzó su grito feroz que retumbó en medio de la selva. Era su grito de guerra. Por un momento todo permaneció en silencio hasta que los guerreros que le acompañaban se lanzaron sobre la víctima para descuartizarla en una orgía de sangre. Los golpes de las hachas y los gritos se acallaron cuando desde la oscuridad del bosque llegó el sonido del tan-tan que anunciaba la victoria de los fangs.

El ritmo salvaje del tan-tan sonaba lejano, pero poco a poco iba acercándose hacia donde se encontraba Akomba Nve.

* * *

Por los espacios libres entre la pared y la arpillera distinguió las primeras luces del amanecer, mientras el sonido de la «tumba» del capataz Esono avisaba a los braceros para la «forma».

El jefe ntumu estaba cansado. Los vapores del alcohol se iban disipando y lentamente volvía a la realidad. Se incorporó con dificultad, fijando su mirada en un rincón de la habitación donde descansaban, inútiles, su ballesta, su lanza partida y el hacha pamue sin mango; todas sus armas inservibles yacían en un rincón de la casa del gran jefe de la tribu esamangón.

Akomba Nve se dirigió a la puerta y apartando la arpillera salió al patio del poblado que parecía desierto. Unas gallinas picoteaban entre las hierbas y unos niños jugaban a la puerta de una casa. Akomba Nve siguió por el sendero que desembocaba en la plantación de café de Dumandui y fue a sentarse en un pequeño desnivel sin preocuparse de los rayos del sol de esta mañana calurosa. Tres mujeres con los nkues sujetos a sus espaldas, marchaban en fila, dirigiéndose a sus poblados. El jefe pamue pensó que aún las mujeres viejas conservaban la tradición de su cultura, pero los hombres habían sido doblegados por las costumbres que trajeron los blancos. Todos sus hijos se habían marchado a Bata, a Micomeseng y a Niefang donde trabajaban, quizás, en algunas factorías al servicio de quienes les habían contenido en su avance hacia la costa.

El ruido del camión de la finca cargado de cereza de café le sacó de su meditación, mientras el vehículo conducido por Mba, el chófer, que pertenecía a su tribu y a su poblado, como el motoboy Akoga, cruzaba frente al gran jefe vencido por la edad y por la invasión.

Desde su mirador vio pasar a Juliano acompañado de Alvarez que regresaban de comprobar los trabajos en el cafetal.

Ahora irían al beneficio, donde se trata la cereza hasta transformarla en grano comercial.

En un recodo del río Benito estaba asentada la industria transformadora con su tanque sifón, despulpadores, lavadoras, secaderos y toda la maquinaria que requería este trabajo. El río bajaba caudaloso dejando unas pequeñas islas en medio de la corriente. De vez en cuando algunos cayu-

queros, en sus embarcaciones, buscaban peces o atravesaban su cauce en los desplazamientos a otros poblados de la margen opuesta.

Juliano, asesorado por el gerente y por Alvarez, se iba imponiendo de las labores de la finca, de los proyectos de ampliación de cultivos y de los programas a ejecutar en cosechas venideras. Días más tarde regresaban a Santa Isabel.

VII
GUINEA Y LA MANO DE OBRA (I)

Juliano salió antes del amanecer para comprobar la «forma» y la distribución de trabajos en la finca de Santa María. Cuando llegó al patio los braceros formaban en dos líneas con los capataces al frente. Se estaba pasando lista y distribuyendo los grupos de trabajadores a las distintas labores agrícolas. Los secaderos estaban en actividad, y el mecánico ponía en marcha los motores que accionaban las desfibradoras de abacá. Momentos después, cada uno ocupaba su sitio y la jornada daba comienzo como todos los días. Seguidamente comprobó la calidad del grano de cacao en los secaderos, mientras el ruido de las desfibradores semejaba al de una serrería en marcha. Recorrió el patio inspeccionando los barracones y almacenes, para regresar a la ciudad a media mañana. Ya en la oficina entró en su despacho cuando el auxiliar nigeriano Efiong se le acercó, y en su castellano, le informó, como si fuera una confidencia, de un rumor que se extendía por la ciudad:

—Massa, parece que está «palabra» grande en Gobierno —dijo.

Juliano le miró extrañado, y le preguntó:

—¿Qué «palabra» dices?

—Parece que gobernador tiene «palabra» grande con España —contestó el auxiliar— pregunta en Cámara. Todas gente lo sabe.

En la colonia se sabía que las relaciones del gobernador con destacadas firmas agrícolas y comerciales no eran buenas, y que su autoridad como gobernador no estaba bien valorada en el Gobierno Central. Prueba de su actuación un tanto arbitraria, era la destitución inoportuna de la directiva de la Cámara por una orden suya y el nombramiento de una comisión gestora, de la que el propio Juliano formaba parte, para sustituir a aquélla.

No obstante, no dio mucha importancia al asunto, pero antes del mediodía se encaminó a la Cámara; subió los escalones del porche, atravesó el amplio vestíbulo y continuó por las escaleras que conducen a la planta noble. Allí, en el despacho del presidente, estaban reunidos éste y

varios directivos de la «gestapo», como popularmente se conoce a la comisión gestora nombrada por el gobernador.

Juliano entró, y al comprobar las caras de circunstancias de los reunidos, preguntó en tono jocoso:

—¿Qué clase de funeral estáis celebrando?

El presidente respondió con seriedad:

—El gobernador ha sido destituido y deberá regresar a España en el «Plus Ultra» que saldrá en estos días. La noticia ha sido recibida anoche por un telegrama de la Presidencia. Le sustituirá, con carácter interino, el comandante de marina, pero se sabe que ya ha sido nombrado el sustituto.

—Bueno, eso es asunto de él, no nuestro. En mi opinión, mientras más alejados estemos del problema, mejor —dijo Juliano.

Los reunidos se miraron extrañados mientras el presidente respondía:

—Es problema de todos. ¿Te imaginas un cambio ahora, cuando estamos gestionando la ampliación del contrato laboral con Nigeria? Un nuevo gobernador puede ser un desastre.

—¡No seas pesimista hombre! A lo mejor el que venga será más práctico. ¡Hay que ser optimista! —dijo Juliano—. No todos los cambios son malos.

—Pues estamos pensando presentar la dimisión en cuanto llegue el nuevo —contestó uno de los reunidos.

—Todos menos yo, porque podría interpretarse como obstrucción a su labor. Debéis meditarlo bien, porque quien quiera que venga necesitará colaboración. Lo más prudente será ofrecer el apoyo hasta que él decida. Desde luego, yo no dimito. Me nombraron mediante un oficio del Gobierno, y me iré cuando me lo comuniquen. Esto es una comisión nombrada oficialmente por el Gobierno, no por el gobernador. Es más, le ofreceré personalmente al nuevo gobernador mi intención de colaborar con él cuando me lo requiera. Se inició un cambio de opiniones pero el presidente insistió en la dimisión.

Cuando Juliano abandonó la Cámara iba decepcionado. Se encerró en su despacho y se afirmó en su criterio de mantenerse en su puesto.

La dirección de la compañía, allá en Barcelona, se inhibiría. Además, sólo podría contactarse con los directivos a través de telegramas. Lo mejor sería actuar por su cuenta. Los directivos, si fuera posible contactarlos, responderían de forma ambigua.

El «Plus Ultra» retrasó su salida mientras la ciudad se llenaba de rumores; pero, por fin, se anunció la salida del barco, y se organizó una despedida, que fue moderada. En el muelle, algunas autoridades y representantes de la Cámara, cumplieron con su deber de cortesía despidiendo al gobernador destituido, y al secretario general.

La espera del nuevo gobernador se prolongó unas semanas. Cuando se tuvo noticias del sustituto y de la fecha de llegada, todo fue nerviosismo; jefes de servicio, funcionarios, administradores, agricultores y, en definitiva, toda la población estaba preocupada. Pero llegó el nuevo gobernador con un grupo de asesores de trato fácil, y la vida de la colonia continuó su andadura normal. Cambiaron algunas directrices anteriores, pero el trato con el Gobierno fue más sencillo. La nueva etapa fue próspera, y el nuevo gobernador impulsó el crecimiento económico de los territorios. Estudió a fondo el problema fundamental del Guinea y, sobre todo, de la isla: la mano de obra. Consultas con la Cámara para estudiar una propuesta de la Dirección General de Marruecos y Colonias encaminada a negociar un tratado laboral con Haití, para suplir mano de obra agrícola a la colonia. La propuesta, o, mejor dicho, la decisión no tenía muchas posibilidades de éxito, pero el gobernador llamó a Juliano para consultarle y nombrarle miembro de una comisión que formarían tres personas: un representante de la Cámara, que sería él, Juliano; un representante de la Dirección de Marruecos y Colonias y un representante de la población nativa.

Se reunió la Cámara para instruir a Juliano, y en largos debates todos coincidían en lo disparatado de esta gestión aunque consideraban que era necesario analizar a fondo la cuestión, buscando posiciones positivas o, por lo menos, no pronunciándose de forma negativa, porque era necesario afrontar el problema.

La población bubi dedica su actividad a la agricultura, pero trabaja sus propias tierras. Son buenos agricultores; sin embargo, no puede pensarse en ellos como jornaleros. El bubi tiene un nivel más elevado.

Se ha intentado adaptar braceros de Río Muni, pero existen serias dificultades para lograr éxito en este intento. El fang no es agricultor. En su cultura, el trabajo agrícola está a cargo de la mujer. Su carácter nómada le ha asignado otras obligaciones más rudas como son los desbosques, la construcción de poblados, la caza, la guerra, pero la agricultura no está a su cargo. Juliano sabe que el fang es habilidoso, buen capataz, conductor, mecánico o factor. Con este planteamiento se llegaba a la conclusión de que el desarrollo agrícola de la colonia estaba supeditado a la importanción de mano de obra extranjera, y el tratado con Nigeria venía a ser la única solución viable por el momento. El crecimiento de la superficie de cultivos exigía cada vez mayor número de braceros, y las autoridades inglesas de Nigeria no ponían obstáculos. Se aliviaba el problema de su colonia, y ellos tenían la llave en cuanto a condiciones y a exigencias.

Cada renovación del trabajo laboral entre España e Inglaterra, incluía mejoras salariales y condiciones más favorables para los trabajadores y sus familias.

Los planes agrícolas de Fernando Poo se estaban desarrollando de acuerdo con las previsiones, pero ¿qué pasaría si Inglaterra, en cualquier momento decidiera retirar sus ciudadanos negros? La respuesta era clara: la colonia española estaba a merced de Inglaterra, y esto preocupaba a todos: a la Dirección de Marruecos y Colonias, al Gobierno General y, sobre todo, a los agricultores.

El debate en la Cámara giraba sobre este tema: si alguna vez la isla de Fernando Poo se queda sin mano de obra nigeriana, la prosperidad actual se convertirá en pobreza, a menos que la riqueza del subsuelo sustituya a la actual. Mientras tanto, es necesario dedicar todo el esfuerzo a buscar mano de obra, ya sea en Africa o en América.

Y Juliano se fue a Haití.

VIII
GUINEA Y LA MANO DE OBRA (II)

La entrada en el aeropuerto de Puerto Príncipe es de una belleza inolvidable. En la amplia bahía flota la isla de la Gonave como si hubiera sido arrojada desde el cielo. Poco después de sobrevolarla, el DC4 de la Pan American se deslizaba sobre la pista para situarse frente al terminal.

Los dos pasajeros, Juliano Alba y Vicente Castro, delegado ofical de la presidencia este último, se colocaron en la fila para pasar los servicios de inmigración, en una cola variopinta, salpicada de personalidades, hombres de negocios y turistas. Se percibe una cierta discriminación a la inversa, pero nuestros protagonistas no tienen problemas porque viajan amparados en salvoconductos diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores español.

Para los que viven en Africa, este pequeño país del Caribe viene a ser una prolongación de aquel continente. El paisaje, el colorido, las gentes, las costumbres, son un reflejo del Africa actual.

El representante de la población nativa de Guinea renunció a su nombramiento porque a su entender no era oportuno ni conveniente la inmigracióin de otro grupo racial en la colonia española, sobrada ya de etnias enfrentadas. Los comisionados han recibido instrucciones para que mantengan la más absoluta reserva sobre el motivo de su viaje. Hay razones para suponer que si la prensa sensacionalista tiene conocimiento de la gestión que les trae a Haití, pueden darle un giro negativo, presentándola a la opinión pública como un intento de España de volver a los tiempos del tráfico de negros. La gestión diplomática de acercamiento al Gobierno haitinao sería responsabilidad del encargado de negocios, pero las consecuencias de un resultado desfavorable o de una mala interpretación, recaería sobre los comisionados. Así, pues, deberían presentarse siempre como una misión privada que viene a Haití para gestionar intercambios comerciales.

Durante los días que duró el tanteo oficial, Juliano tuvo ocasión de estudiar algunos pasajes de la historia de Haití y las biografías de sus héroes.

Tousaint L'Ouverture, Dessalines y Christophe, fueron las tres piezas clave de la independencia de Haití a comienzos del siglo XIX. Contemplando la calma de sus habitantes, el pintoresco movimiento de su mercado central en la ciudad y las lujosas residencias de los políticos y los diplo-

máticos en las laderas que conducen a Petionville o a Kenskoff, Juliano dejaba correr su imaginación. Durante los siglos XVII y XVIII las goletas y los bergantines franceses, con sus bodegas cargadas de esclavos, arribaban a Cap Haitian y a Puerto Príncipe para vender su mercancía a los colonos franceses, que iniciaban o ampliaban sus plantaciones de caña de azúcar. En el siglo XVIII la prosperidad de Haití había atraído nuevos colonos para la agricultura y para el comercio. Las principales ciudades crecían, y todo parecía fácil para Francia, pero los esclavos huidos a las montañas eran sustituidos por otros esclavos comprados a los capitanes de la trata. Resultaba más económico comprar nuevas piezas que perseguir a los que habían huido, y en las montañas fue creándose un ejército.

La prudencia de Tousaint, el deseo de venganza de Dessalines y la astucia de Christophe, prendieron la mecha que haría explotar la rebelión. Un ejército desordenado cayó sobre las fincas desde las montañas, incendiando las plantaciones de caña de azúcar, arrasando las instalaciones y pasando a machete a todos los blancos y a sus criados, sin respetar sexo ni edad.

Napoleón envió una flota al mando del general Leclerc, que moriría en Haití, víctima de las fiebres; vino acompañado de Paulina y de su corte de apuestos oficiales, para someter a ese grupo de esclavos sublevados; pero el clima, las enfermedades y las condiciones del terreno favorecieron al ejército negro, armado por los ingleses y por los americanos. Los generales haitianos obtienen victoria tras victoria cuando, a la luz de un claro amanecer, el caudillo Juan Jacobo Dessalines se encaramó sobre una roca que dominaba la explanada, donde su ejército se recomponía para dar el ataque definitivo al desmantelado ejército del Emperador francés. Su figura se recorta sobre el cielo iluminado por las primeras luces de la mañana; su casaca azul con charreteras doradas brilla sobre su camisa blanca desgarrada, y sus altas botas militares cubren su ceñido pantalón blanco. Ofrece la imagen del guerrero vencedor. Lleva, sujeto a su cintura, un sable que se arrastra sobre la roca, y en las manos un rollo de tela que despliega ante sus hombres: es la bandera de Francia. Con sus poderosos dedos desgarra la insignia francesa en tres jirones; arroja al suelo la franja blanca, y une la azul y la roja cuando grita a sus hombres: —¡Viva Haití libre!—. El nuevo país ya tiene su bandera y su caudillo.

Allí, en el suelo, bajo la bota del guerrero negro, asoma desgarrada, como un símbolo, la franja blanca de la bandera francesa y surge la frase que se atribuye al Emperador haitiano:

«La historia de la revolución de Haití ha de escribirse sobre la piel de un blanco, usando como tinta la sangre de un blanco, como tintero el cráneo de un blanco y como pluma una bayoneta».

Caía la noche y Juliano permanecía aún en el hotel. En su habitación, tendido sobre la cama, reflexionaba sobre lo absurdo de su gestión. A este mar azul de las Antillas llegaron grandes veleros con esclavos procedentes del Golfo de Guinea. Eran ashantis, yorubas, dahomeyanos, ibos, ibios y ¿por qué no? quizás, fangs. Y ahora él, —Juliano Alba—, y otro cualquiera intentaban llevar a los descendientes de aquellos esclavos a trabajar tierras extrañas en Africa. Tres siglos después pretendían devolverlos en avión a su origen.

Juliano salió rápidamente de su habitación. Había oído la voz de Joel. Bajó las escaleras hacia el jardín, y allí la encontró; salieron juntos en el Studebaker asignado a la comisión, y se dirigieron a las colinas próximas a Puerto Príncipe. Situó su coche frente al mirador de la ciudad que ofrecía un paisaje exótico y luminoso. Se abrazaron, y dejaron pasar el tiempo en la soledad de aquella noche cálida del trópico.

Cuando regresaron, su compañero de expedición le esperaba en el vestíbulo del hotel. Al verle entrar con Joel mostró su inquietud. Cuando quedaron solos le preguntó:

—¿Sabe usted quién es el acompañante de esa joven?

—No, ni creo que me interese mucho —contestó Juliano.

Pues nada más y nada menos que el capitán ayudante del general Macgloire. Le aconsejo que se aleje de la chica porque puede acarrearle problemas serios.

Juliano sonrió y no dió mayor importancia a la cosa, pero al día siguiente le llamó el encargado de negocios de España a la Legación. La conversación fue breve y terminante.

—En Puerto Príncipe hay cinco españoles —dijo el encargado de negocios— tres están en la cárcel y me ocasionan muchos problemas. Procure evitarme que tenga que atender a cuatro.

Juliano abandonó la Legación de mal humor. Volvió la mirada hacia el escudo de España que campeaba en la puerta del edificio, y pensó: «¡Si éste supiera que en Santa Isabel me llaman el caimán...!».

Pero no volvió a ver a Joel durante los tres días que aún se prolongó su estancia en Haití.

Mientras llegaba la respuesta negativa del Gobierno haitiano, siguió estudiando historia.

Dessalines, embriagado por la derrota de los franceses, se coronó Emperador con el nombre de Jacobo I. Lo justificó así:

—«Napoleón y yo somos dos hombres del pueblo. El derrotó a todos los ejércitos de Europa y se coronó Emperador. Yo derroté a las fuerzas de Napoleón. Soy más poderoso que él y me declaro Emperador de Haití».

Poco después murió asesinado por otros generales de su ejército.

Le sucedió Enrique Chistophe: Enrique I, Rey de los haitianos. Pretendió elevar a su pueblo haciéndole trabajar y administrando directamente la hacienda del país. Llevaba un bastón con el que castigaba a sus nobles, a sus ministros y a sus generales. Murió solitario, perseguido y acorralado por su propio ejército.

Veinte años más tarde, Juliano comprobaría que la historia se repite y que nada nuevo hay bajo el sol. Macías, con su bastón de ébano, se encargará de demostrárselo.

Juliano, con Vicente Castro, abandonó Haití, y ya en el avión, sobrevolando este mar Caribe de intenso color azul, con historias de negreros, de piratas y de bucaneros, pensó que Fernando Poo necesitaba mano de obra para continuar su prosperidad, pero que habría que buscarla en Liberia, Alto Volta, Angola o, mejor, seguir junto a Nigeria. Lo demás era una entelequia.

Las balandras, las goletas y los bergantines con sus maderas carcomidas reposan como piezas de museo sobre las aguas grasientas de cualquier puerto del Atlántico o del Mediterráneo.

Corría el año 1949.

IX
LA FIESTA

Armando Douglas es un abogado fernandino educado en Barcelona; procede de una familia llegada a Fernando Poo durante la ocupación británica, cuando los ingleses trajeron artesanos de la Sierra Leona y de Nigeria para la colonización de la isla, a principios del siglo XIX. Pertenece, pues, a la élite aristocrática de Santa Isabel. Tiene buen porte, ademanes europeos y se mueve en los círculos sociales de esta ciudad sin limitaciones de ninguna clase. Este africano elegante tiene una corte de admiradores que va complaciendo a su elección. Las indígenas más destacadas forman parte de esta corte, y las fiestas que celebra en su casa señorial son a veces motivo de la fantasía popular, pero Armando es un buen anfitrión, y Juliano tuvo ocasión de comprobarlo.

Acababa de regresar de una finca cuando entró Armando en su oficina para invitarle personalmente a una fiesta que se celebraía esa noche en el patio de su casa de estilo colonial, situada en el centro de la ciudad. Armando le pidió que mantuviera reserva sobre la fiesta a la que asistirían cinco amigos: una autoridad de marina, el segundo de éste, el médico del cañonero, un abogado valenciano y él, Juliano. Le recomendó también que llevara algunos billetes de cinco pesetas. Para amenizar la fiesta, aparte de las más destacadas bellezas nativas, contaba con el «balele» Yaundé de la étnia fang, descendientes de Ngue Afiri, que venía a representar algo así como el cuerpo de baile oficial.

Por esas fechas, la cuestión moral acaparaba la atención del secretario general en funciones de Gobernador por ausencia del titular, pero la presencia de una autoridad de marina garantizaba la imposibilidad de cualquier medida gubernativa contra los asistentes, y esto tranquilizó a Juliano.

Hacía ya muchos años que el Gobierno había prohibido a las mujeres de la población nativa que circularan por la ciudad con los pechos descubiertos, incluso en los «baleles» debían ir tapadas pero en las fiestas de Armando la cosa era distinta.

Juliano estaba entusiasmado porque seguramente irían Josefina, Magdalena, Lolita, Mercedes y el resto de las bellezas que rondaban a Armando. La prespectiva era buena.

Ya oscurecido se dirigió en el Hudson de la compañía a la casa de Armando. Un «boy» lo llevó a través del pasillo principal de la mansión al amplio patio que estaba separado de la calle

General Franco por un muro de más de dos metros de alto, con un portalón central que siempre estaba cerrado.

Todos los invitados habían llegado, y Juliano revisó la distribución de mesas y sillones que Armando había dispuesto en el patio. Para cada invitado había un sillón de estilo colonial muy cómodo y una mesita individual.

Estaban sirviendo whiskys y aperitivos, mientras la conversación discurría por cauces de buen humor y alegría. El servicio de la casa funcionaba acorde con el prestigio de Armando. Un consomé en taza, pollo en salsa de cacahuete, postre de cocina y vinos de calidad, para terminar con champagne francés. De pronto Armando hizo una señal porque, a lo lejos, en el campo yaundé sonaba el tan-tan. El sonido del tan-tan se acercaba cuando Armando ordenó a los «boys» que abrieran el portalón, y momentos después, una avalancha arrolladora irrumpía desordenadamente en el patio, pero enseguida el jefe del «balele» fue organizando los grupos. Situó las «tumbas» y tan-tanes en un rincón del recinto donde se depositaron varios garrafones de vino. Las bailarinas se situaron en la proximidad de los músicos y empezó la fiesta. Los «boys» cerraron el portalón. Las bailarinas formaron una línea y se despojaron de la ropa, quedándose con una pequeña faldita como único vestido.

Instintivamente, al compás de la música, iban moviendo las piernas y las caderas mientras los senos se agitaban desnudos. Una bailarina dando un salto felino se situó frente a Armando cuando el ritmo de la música se aceleraba, para iniciar un movimiento diabólico marcando el compás de esta música salvaje sin ninguna influencia de otra cultura. La bailarina se acercaba al anfitrión moviendo los senos al compás de la música hasta que Armando alargó su mano y le entregó un billete de cinco pesetas. Seguidamente, con la misma agilidad que saltó al salir del grupo, volvió a hacerlo hacia atrás, para dar lugar a que otra bailarina repitiera el juego ante otro invitado.

Mientras tanto, el jefe del «balele» repartía vino entre los músicos y las bailarinas, y los «boys» se preocupaban de que los vasos de whisky o las copas de champán de los invitados no quedaran vacíos. La fiesta tomaba los cauces de una orgía, pero Juliano se sentía feliz. Armando le hizo una seña para que le acompañara, siguiendo un pasillo que daba al cuarto de baño principal y, Armando siempre sonriente, le mostró la bañera donde tres «titis» enjabonadas reían con timidez como si hubiesen sido sorprendidas. Armando había seleccionado estas tres para él y para algunos invitados y, volviéndose hacia Juliano le dijo: «Cortesía fernandina».

Regresaron al patio riendo mientras el baile aumentaba la presión y despertaba los instintos. Grupos de personas que regresaban del cine, trataban de mirar por encima del portalón mientras la música, cada vez más fuerte, retumbaba en la claridad de la noche, y la luna oscurecía el deficiente alumbrado de Santa Isabel. Algunos curiosos asomaban de vez en cuando la cabeza por encima del portalón, pero rápidamente desaparecía porque el mirador era demasiado alto y carecía de apoyo.

Josefina se había apartado del grupo y presenciaba el baile cuando Juliano decidió que ya había elegido su pareja. Las bellezas de la corte de Armando se iban acercando a los invitados mientras las bailarinas saltaban una detrás de otra ante aquéllos, recogiendo los billetes que cada uno entregaba como premio al baile que le había dedicado.

Josefina, kombe de Punta Mbonda, tenía el cuerpo felino. Su línea estilizada, recordaba a las modelos de las casas de modas, tenía modales delicados y mostraba su gran preocupación por gustar. Hacía rato que miraba insistentemente a Juliano.

El vino había hecho efecto en los músicos y en las bailarinas, pero la fiesta continuaba con estrépito, cuando ya de madrugada los invitados empezaban a buscar la salida. Juliano pidió a un «boy» que abriera el portalón y agarrando a Josefina en brazos salió mientras todos aplaudían. El Hudson se puso en marcha, y un rato después, el amor triunfaba en el chalet de la carretera de San Carlos.

X
EL CONSUL

El grupo consular acreditado en Santa Isabel no era numeroso: Portugal, Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania y quizás alguna otra nación europea, contaban con una representación oficial en la colonia, pero cuando se decía: el cónsul, todo el mundo sabía que se trataba del representante de Inglaterra. Los demás necesitaban que se añadiera el nombre de la nación. El cónsul era pieza clave en el desarrollo de la economía de Guinea y, muy especialmente, de Fernando Poo, porque la población laboral nigeriana llegó a superar en la isla los cuarenta mil trabajadores, además de los comerciantes ibos y hausas, mientras que la población autóctona no alcanzaba los treinta mil.

Los cónsules ingleses eran funcionarios procedentes del Ministerio de Colonias británico, hablaban español y tenían buena preparación intelectual y social. La Cámara Agrícola, y el mismo Gobierno General, procuraban siempre mantener buenas relaciones con este representante extranjero, porque su intervención en los contratos laborales entre España e Inglaterra era decisiva. En general, eran rígidos y exigentes en cuanto a salarios y trato a los ciudadanos británicos de Nigeria, pero, aparte de esta posición oficial, Juliano había escuchado muchas anécdotas de fondo humorístico relacionadas con estos funcionarios que desfilaron por Santa Isabel a lo largo del período colonial británico y español en Africa, y le gustaba relatar algunas que reflejaban la agudeza y sorna del pueblo inglés.

El servicio marítimo intercolonial estaba atendido, durante la segunda guerra mundial, por un barco de la Compañía Transmediterránea, pero necesitaba para cada viaje un certificado de navegación autorizando la salida del puerto, firmando por el cónsul inglés. Sin este documento no se podía navegar en estas aguas. En uno de los barcos figuraba como oficial un español alegre de carácter y muy dado a francachelas, tanto en Santa Isabel como en las visitas que hacía a Lagos o Calabar, en Nigeria. Se llamaba este oficial Emilio Guerra Alemán y en alguna ocasión había protagonizado altercados en Lagos, lo que dió lugar a que el cónsul comunicara a la consiganataria que aconsejara al oficial en cuestión la convivencia de no desembarcar en los puertos de Nigeria durante la permanencia de los barcos en ellos. Nuestro hombre no hizo caso de la advertencia, y en un viaje a Calabar, se produjo otro incidente en el que Guerra tuvo principal intervención. Cuando el consulado inglés tuvo conocimiento del hecho comunicó a la representación del barco

que a partir de esa fecha se negaría el certificado de navegación si este oficial figuraba en la lista de tripulantes. Esto represenaba la pérdida de empleo para este joven que, por otra parte, era persona sencilla, bien relacionada y buen profesional.

El delegado de la consignataría y un buen amigo del cónsul, decidieron intervenir a favor del marino y, sin pérdida de tiempo, fueron a visitarle en el consulado.

El delegado hizo ver al cónsul el alcance de su decisión rogándole que disculpara a Emilio Guerra a la vez que hacía elogios de este muchacho que, a pesar de sus impulsos juveniles, tenía muy buenas cualidades y, sobre todo, que era una buena persona.

El inglés se dejó caer sobre el respaldo de su butaca, miró fijamente a sus interlocutores y retirando con lentitud su pipa de la boca, dijo con sorna:

— Un señor que se llama Guerra y Alemán no puede ser buena persona.

Los dos españoles soltaron la carcajada y el cónsul dejó sin efecto la amenaza. Emilio siguió navegando, pero evitó bajar a tierra en puertos ingleses de la costa africana.

Otro representante inglés que vivió dos años en Santa Isabel fue Dick Cooper. Este inglés difería de la norma general británica. Era de carácter abierto, alegre y muy inclinado a las juergas con chicas, ya fueran blancas o negras.

De vez en cuando, recibía visitas de Lagos, de Calabar o de Victoria. Siempre eran jóvenes enfermeras o funcionarias inglesas que trabajaban en servicios oficiales en las colonias. Decía Dick que para evitar problemas las traía por parejas y elegía un amigo español para que acompañara a la sobrante, porque, de esta forma, podía dedicarle todo su cariño a su preferida.

Una noche, durante un baile de etiqueta en el casino, estaba Juliano en una mesa ocupada por un grupo de matrimonios, mientras la banda de música de la guardia colonia tocaba pasodobles y marchas de su repertorio, cuando, de pronto, apareció en la puerta el cónsul con dos inglesas jóvenes pero no muy agraciadas, una de cada brazo. Por un momento acaparó la atención de todos los asistentes, pero cuando Cooper con sus amigas ocupó una mesa cerca del bar, una de las señoras del grupo de Juliano dijo:

— ¡Fijate! las chicas llevan los mismos vestidos de noche que las últimas invitadas del cónsul.

— Pues es verdad —comentaron los demás.

— No hay más que verlas. A la de rojo le sobra media falda.

Y el grupo rió la observación, pero Dick se lo pasaba como quería, y para evitar problemas de protocolo, o de reuniones sociales, tenía en su ropero varios vestidos de noche de distintas tallas para sus invitadas, por si alguna no disponía de ropa adecuada o se había olvidado parte de su vestuario.

Dick Cooper fue un cónsul popular en Santa Isabel y su actuación profesional fue distinguida por el Gobierno de la colonia.

Thomas Brown, fue quizás el de más edad de cuántos conoció Juliano en Santa Isabel. Era muy rígido en protocolo y en su comportamiento profesional, pero tenía también el sello flemático de los ingleses. Solía ser irónico y destacaba, siempre que tenía ocasión, la superioridad de los ingleses sobre los demás pueblos, pero en su trato social era afable y espléndido.

Juliano me contó la siguiente anécdota, que refleja toda la ironía y el humor británico.

Thomas Brown tenía un jefe de «boys» que se encargaba de dirigir todo lo concerniente a su residencia, y del abastecimiento de su despens y de su bar. El «boy» cumplía a su entera satisfacción, pero Thomas tenía la sospecha de que el «boy» le estaba falseando las cuentas. Intentó toda clase de controles, pero el «boy» siempre podía justificar el movimiento de los fondos que el cónsul le daba para las compras, pero Thomas no estaba convencido.

Un día, al finalizar el mes, Thomas llamó a su «boy» y le preguntó:

—¿Cúanto cobra Vd. cada mes?

—Quinientas veinticinco pesetas, señor.

El cónsul sacó su cartera, extrajo cinco billetes de cien pesetas y uno de veinticinco, que depositó sobre la mesa. Los contó y los entregó al «boy».

—Cuéntelos —le ordenó.

El «boy» los contó y dió su conformidad, pero el cónsul le dijo:

—Entrégueme doscientas pesetas, por favor.

El «boy», sin entender el juego, le entregó dos billetes y preguntó:

—¿Qué es eso, señor?

El inglés guardó el dinero en su cartera y respondió:

—Robos probables.

En honor a la verdad hay que reconocer que la representación consular británica en Santa Isabel durante la etapa colonial se destacó por su buena disposición hacia España y por su calidad social. Sin embargo, el consulado británico jugó sus cartas en nuestra Guinea durante la Segunda Guerra Mundial.

A Santa Isabel llegó un personaje español muy sociable, que venía contratado por una firma española. Se captó la simpatía de toda la sociedad de Santa Isabel, y mantenía estrecha amistad con el cónsul residente en aquellas fechas en la isla. El mercante italiano «Duquesa de Aosta» se había refugiado en la bahía de Santa Isabel, y allí permanecía desde el comienzo de la conflagración. Su tripulación desembarca de vez en cuando para estirar las piernas y matar el aburrimiento. Zorrilla, que así se llamaba el protagonista español de esta historia, hizo amistad con la tripulación italiana, visitaba el barco y atendía en tierra a la oficialidad inactiva.

Un destructor inglés visitó Santa Isabel y fondeó a poca distancia del buque italiano. Zorilla organizó una cena en el casino para agasajar a los amigos italianos, mientras la población asistía a una fiesta que se celebraba esa noche en aquella sociedad. Recibió a toda la oficialidad, y dispuso la mesa y el alumbrado en un espacio que no tenía vista sobre la bahía y les ofreció una opípara comida. A los postres, cuando iba a servirse el champán, Zorilla se levantó, pidió disculpas para ausentarse un momento del comedor y salió por una puerta lateral; pero Zorrilla no volvió. Los oficiales siguieron libando y cuando, pasado un tiempo más prudencial intentaron averiguar, sin éxito, dónde había ido a parar su anfitrión, decidieron regresar a bordo de su barco; pero el «Duquesa de Aosta» había desaparecido. En la oscuridad de la noche podía verse la sombra de un navío que se alejaba ya rebasadas las boyas. No había duda, el barco había sido secuestrado y era remolcado hacia las aguas internacionales del Golfo. De Zorrilla nadie supo nada más, excepto, naturalmente, el cónsul.

XI
RELEVO EN DUMANDUI

La fisonomía de la ciudad de Bata ha cambiado en los últimos años. El asfaltado de sus calles, las mejoras de la red de carreteras y el nuevo aeropuerto que insistentemente llaman «aeropuerto internacional de Bata», son muestras de la prosperidad que se nota en toda la colonia. Los puntos de reunión de la ciudad se ven frecuentados, y proliferan bares y restaurantes que reúnen diariamente a los colonos.

Al mediodía unos grupos de gentes de Bata, o venidos del interior, se encuentran en el Central dispuestos a agotar las provisiones de whisky. Algunos regresan después de terminadas las operaciones del ciclo de mercados; otros han venido a Bata para efectuar gestiones, y las compras para su finca o explotación forestal, y otros han terminado la jornada de la mañana en su oficina o almacén. Antonio Contreras es conocido en todo el continente. Su negocio comercial tiene sucursales en Niefang, en Evinayong y ahora está montando una factoría en Mongomo. Es hombre activo, de carácter abierto y optimista; generalmente lleva la voz cantante en estas reuniones.

Juliano ha llegado esta mañana de Santa Isabel para continuar, como siempre, a la caída de la tarde, su viaje a Dumandui. Está preocupado porque las cosas no marchan del todo bien en la finca. Ha tenido noticias de que el sustituto de Alvarez, durante los seis meses de vacaciones de éste en España, ha cambiado las normas de trabajo y, lo que es peor, ha querido implantar una disciplina militar como si la finca a su cargo fuera un campamento de la legión. Acababa de recibir una carta anónima que decía más o menos lo siguiente: «Massa, tiene que venir a finca pronto porque si no viene vamos a arrastrar por los caminos a massa Ramírez, como hicieron otros en finca de Río Benito. Todos, pamues y calabares, queremos que esta massa se vaya. Firmaban con dos cruces».

Sabía que esta amenaza se cumpliría, y tenía que evitarlo, pero procurando no mermar la disciplina que exigía una plantación con trescientos braceros en nómina.

Ramón Sánchez era gerente de la compañía suministradora de carburantes. Tenía una idea fija: las negras. Era conocido por el sobrenombre de Ramoncito «el pichas». Hacía varios meses que se había casado y al parecer había sentado la cabeza, pero el apodo le quedó para el resto

de su vida. Cuando Mercedes, su mujer, se enteró de este apodo parece que hubo bronca. Mercedes era una mujer de rompe y rasga, pero no consiguió cambiar del todo a Ramoncito «el pichas».

José María Iturbe, vasco, vivía en Kogo y tenía a su cargo una explotación forestal. Como buen vasco, presumía de comer y beber más que nadie, y su conversación giraba siempre en torno a las bromas pesadas que solía dar a los amigos que aparecían por Kogo. En Bata le llamaban «Aguirre, el azote de Kogo».

Manolito Lucas era aparejador de una firma constructora, conocía el continente de punta a rabo. Tenía buen carácter, y siempre un chiste malo dispuesto. Se bebía lo que le pusieran delante.

Antonio, dirigiéndse a Juliano, le dijo:

—Parece que tienes un general en Dumandui. Cada vez que aparece por aquí nos suelta el rollo de sus antepasados extremeños en la conquista de América. ¿Por qué no te lo llevas a la Isla? Aquí tiene mal futuro. —Los demás rieron la broma, pero Juliano entendía que las cosas debían ir muy mal y que tendría que aplicar soluciones rápidas.

A la sombra de los egombe-gombes que bordean la acera frente al Central, están las mesas de este comedor al aire libre. Muchas veces los reunidos se juegan el importe de la comida a la caída de las almendras de esto árboles en forma de paraguas, porque durante las comidas caen repetidamente sobre los comensales. El juego es simple: al primero que le caiga el fruto paga la factura. Pagó Ramoncito «el pichas».

La conversación durante la comida giró sobre la última visita del gobernador y sobre el proyecto de la carretera Ebibeyin-Mongomo. También sobre el puente que se construiría en Sendye para unir Bata y Río Benito por carretera, pero Juliano estaba preocupado con su problema.

Se comentaba también la llegada de la hija de Pepe Robles en el último avión. A decir de todos era una muchacha alegre y vistosa, con una pechuga muy desarrollada. Nada más bajar del avión la bautizaron con el nombre de «miss Tetuán», y con este apodo quedó para siempre.

Después de la comida la reunión se dispersó bajo la influencia de lo que se había bebido, y cada uno se largó por su sitio. Juliano fue a CEISA, que era la representación de su compañía en Bata. El edificio de la CEISA estaba situado frente al mar, en la playa que bordea la ciudad. La planta principal era vivienda del gerente, y la baja almacenes y oficinas, pero se había destinado una parte de esta planta a vivienda de consejeros e invitados, que pomposamente llamaban la suite. Se componía de un pequeño salón y una habitación amplia con cuarto de baño y aire acondicionado. Juliano descansó, y a media tarde llegó Mba con el camión para recogerle y emprender el viaje a Dumandui.

El paisaje de la carretera se lo sabía de memoria: fincas de café, poblados con su «casa de la palabra»; algunas iglesias de la Misión y cabras, muchas cabras, que en las proximidades de los poblados se cruzaban ante los vehículos.

Ya oscurecido entraron en el patio de Dumandui. Ramírez y su mujer salieron a saludarle. Rosa Martínez estaba embarazada, y, a juzgar por su volumen, el parto estaba próximo. Ramírez era un tipo extraño, de estatura mediana, delgado y ágil. Era el único encargado capaz de seguir

e incluso de adelantar a Juliano en sus recorridos a pie por las fincas o por el bosque; conocía su trabajo, pero carecía de tacto y, sobre todo, no sabía entenderse con sus inferiores ni con los braceros. En la isla, cerca de la central, no había ocasionado problemas, pero al estar solo como jefe de Dumandui, el cargo se le había subido a la cabeza.

Al anochecer, como era habitual en Dumandui, se sentaron en el jardín y mientras comentaban el desarrollo de los trabajos y los programas de ampliación de cultivos, Rosa tejía alguna ropa para el niño que esperaba, y los dos hombres bebían whisky.

Juliano notó alguna intranquilidad o nerviosismo entre los «boys». Una lámpara petromax, colgada junto a la buganvilla que cubría la entrada, desde la carretera a la puerta principal de la casa, iluminaba la reunión. De pronto, se oyó un ruido metálico que procedía del recodo de la carretera inmediata a la casa, y un instante después aparecieron luces de lámparas de petróleo. Una multitud, en silencio, se acercaba a la vivienda. No había duda de la gravedad del momento, por lo que, sin perder tiempo, ordenó a Ramírez:

—Vayan despacio a su habitación, coja la escopeta, y no haga nada mientras no se lo diga. Cierre la puerta con llave y espere.

Rosa estaba pálida, y no sería extraño que el susto precipitara el parto. Mientras tanto, los braceros de la finca, en silencio, habían rodeado la casa. Las lámparas de petróleo que cada uno llevaba en sus manos ponían una nota dramática a la situación.

Un «boy» calabar, junto a la puerta, observaba temeroso la escena cuando Juliano le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Massa, pamues y calabares tienen «palabra» fuerte —contestó el «boy».

—Pregunta qué quieren.

El «boy» se acercó a la valla de madera de poca altura que rodeaba la casa, y al cabo de unos minutos volvió para decir:

—Pamues y calabares quieren hablar contigo.

Comprendió que era necesario ganar tiempo para resolver la cuestión, y ordenó al «boy»:

—Diles que cuando termine de tomar el whisky hablaremos.

Juliano Alba comentaría después que nunca había bebido nada tan amargo en su vida, mientras las gotas de sudor frío le corrían por el pecho y por la espalda hasta la cintura.

Mientras tanto un silencio pesado cargaba aún más el ambiente.

Por fin, tomó el último trago y dejó el vaso sobre la mesita para decirle al «boy» que hiciera entrar a dos, uno en representación de los pamues y otro, de los calabares, pero que no abriera la puerta del jardín; que pasaran sobre la valla. Creía que así parecería más fuerte su postura.

Más tarde diría que jamás había visto dos negros tan gigantescos. La luz de la lámpara petromax destacaba las figuras de los dos braceros, pero antes de que llegaran a donde estaba sentado, les preguntó en voz alta, con energía, en su lenguaje:

—¿Quién es el gran jefe aquí?

Los dos respondieron:

—Na yu mi massa (tú, massa).

La respuesta le tranquilizó, y pensó que lo principal estaba ganado.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Massa Ramírez tiene que marchar ahora —dijo el pamue.

—No —respondió Juliano—, señora tiene niño y no puede marchar ahora. Mañana, después de la forma, marchará a Bata porque massa Ramírez ya no está en la compañía. Bigbelé, del beneficio, será el nuevo jefe hasta que llegue el massa Manolo, y yo mismo haré la forma mañana; pero tú —dijo señalando al pamue— y tú —dirigiéndose al calabar— me respondéis que ha terminado la «palabra», y que cada uno va ahora a su casa.

Seguidamente ordenó al «boy» que abriera la puerta del jardín para que los dos braceros salieran. Y así terminó el incidente que pudo acabar de forma dramática.

Juliano estaba indignado con Ramírez. Dijo al «boy» que cenaría solo, y que sirviera la cena en la habitación a Ramírez y a su mujer. Le dijo también que le comunicara que por la mañana no saliera de su habitación hasta después de la forma. Al día siguiente Ramírez y su mujer emprenderían el viaje a Bata para continuar el mismo día con dirección a Santa Isabel. Llevaría la carta de despido en el bolsillo para su liquidación en la central.

Entre los planes de la compañía figuraba la posible creación de una plantación de palmeras de aceite en el Sur de Río Muni, donde algunos consejeros de CAISER eran accionistas y directivos de una explotación forestal, cuyo anagrama es ASOBLA, S. A. De la superficie concedida para aprovechamiento forestal, podía destinarse un veinticinco por ciento para convertirla en plantación agrícola.

La extensión de ASOBLA, S. A. es de diez mil hectáreas para extracción de madera. El programa a desarrollar, previo informe de Juliano Alba, sería de dos mil quinientas hectáreas, y Juliano decidió aplazar su regreso a Santa Isabel, permaneciendo unos días en Dumandui, hasta comprobar la normalización de los trabajos, después del relevo de Ramírez. Seguidamente, de acuerdo con el jefe de la explotación de ASOBLA, S. A. en Kogo, organizaría la exploración de la zona. Envió una nota a Bata para que el gerente de CEISA contratara la lancha de la Misión para remontar el río Congüe cualquier día de la semana siguiente; mientras tanto, él continuaría en Dumandui esperando la respuesta.

Romero era un mecánico nato, pero además conocía perfectamente las labores agrícolas de un cafetal, por lo que podía sustituir a Alvarez sin problemas hasta que éste regresara de la penín-

sula en un plazo aproximado de dos meses. La recolección se había paralizado en estos días para no dañar la gran floración que ya había brotado, como todos los años, en diciembre. Las cuadrillas se dedicaban a la limpieza de hierbas, reparaciones de caminos y puentes, y a clasificar y envasar el café comercial en elaboración.

Juliano y Romero, a quien los calabares habían bautizado con el apodo de Bigbelé (barriga grande), recorren las zonas próximas al bosque en la parte alta de la finca. Desde una colina contemplan la plantación en flor. Las flores blancas del cafetal recuerdan la floración del naranjo, y su penetrante aroma es igual que el de la flor de azahar. La extensión verde de los cafetales parece nevada en contraste con este clima tórrido de los meses que dura la estación seca.

De regreso a la casa le sorprendió el estado de ruina del poblado esamangón de Dumandui. Las casas estaban derruidas y las hierbas las invadían por todas partes. Fijó su vista en la choza de Akomba Nve, cuyas paredes sin techo se estaban desmoronando, y preguntó a Romero qué había pasado.

—Akomba Nve murió hace unos meses, y la tribu se ha trasladado a las proximidades de Mbomandama. El chófer y el motoby se han alojado en barracones de la finca —contestó Romero—. Akomba Nve fue enterrado junto al poblado, aproximadamente donde crece esa pequeña ceiba.

Sintió tristeza por aquel jefe de guerreros que, en su día, dirigió el avance de esta tribu pamue. Con él desaparecía un personaje de la cultura fang, que había sido desplazada por las costumbres del invasor blanco. De todas formas, su imagen y su influencia permanecerían presentes en la mente de los ntumus de las siguientes generaciones. Allí, en el bosque, estaba su tumba cubierta de enredaderas silvestres e invadida por el bikoro. Akomba Nve, como los demás jefes de los fangs, no consiguió el objetivo de su lucha: el gran lago de la sal.

Juliano pensó que quizás ellos, los blancos, tampoco lograrían su objetivo: dominar este indomable y misterioso continente que es Africa, mosaico de razas, de culturas, de ritos y de tradiciones que el europeo jamás logrará entender.

Días más tarde, Juliano Alba salía de Dumandui al amanecer en dirección a Bata, para continuar dos días después a ASOBLA. La lancha le recogería en Akalayon.

XII
SOLEDAD EN EL BOSQUE

Al llegar de Dumandui Juliano Alba fue directamente a las oficinas de CEISA para que le entregaran las llaves de la suite de invitados y consejeros. Dejó su maleta, y al cabo de un rato volvió a las oficinas para que le confirmaran que la lancha estaría en Akalayon el día y la hora convenidos. Quería saber también si Damián Arroyo tenía conocimiento de su llegada a ASOBLA. Damián era el gerente de la empresa, y de momento vivía en la concesión hasta que tuvieran en marcha la tala y la saca de madera, entonces vería la conveniencia de instalarse en Kogo. Juliano había conocido a Damián en Santa Isabel, y se habían visto en varias ocasiones en Bata. También conocía a Delia, su mujer, que desde el comienzo de los trabajos en la explotación vivía en el campamento. Tenía entendido que era una mujer de carácter y una buena compañera para Damián.

En la oficina de CEISA preguntó por Antonio y por Ramoncito «el Pichas». Antonio y Lucas irían al mediodía al Central, pero Ramoncito «el Pichas» estaba, precisamente, en Kogo. El gerente de CEISA pertenecía al grupo del Central y le conocían popularmente en Bata por Javier Sonrisa. Era buen jugador de mus, y nunca conseguían enfadarlo, aunque perdiera toda la tarde. En su casa jamás se tapaba la botella de whisky que se destapara. Al abrir la botella el tapón salía disparado por la ventana para caer en la arena de la playa cercana, y sobre la mesa quedaba la botella indefensa a disposición de los reunidos hasta que la agotaran. Era obligado corresponder a su cortesía.

Esa tarde se reunieron en el chiringuito para la partida de mus. Javier y Juliano, de compañeros, perdieron, pero hicieron cabrear a los ganadores. Javier se retiró al terminar la partida, y los demás cenaron en el chiringuito comentando durante la cena los últimos chismes de la ciudad. Pasadas las once Juliano se despidió y fue dando un paseo por la acera inmediata a la playa en dirección a CEISA. Al día siguiente iría a dormir a Río Benito, y al otro día continuaría viaje para estar en Akalayon a las diez de la mañana, con tiempo suficiente para llegar antes de la hora convenida con el patrón de la lancha.

Frente a la suite de CEISA había un pequeño patio rodeado de altos cocoteros cuyos troncos iluminaba una bombilla que permanecía encendida toda la noche sobre la entrada.

Cuando se dirigió a la puerta dispuesto para abrirla, le pareció ver el movimiento de una sombra detrás de uno de los cocoteros. Se detuvo intrigado mirando fijamente hacia donde había observado el movimiento en el instante en que la sombra, con agilidad, corría para esconderse de nuevo detrás de otro tronco de cocotero. No había duda, era una joven cubierta con un «clotes» rojo. Juliano sonrió y quedó esperando con curiosidad. De pronto la muchacha emprendió una carrera veloz para alcanzar el tercer refugio. Entonces saltó con rapidez y en unos segundos atrapó a su presa. La chica reía buscando las sombras de los árboles para que no pudieran verla desde la casa. Juliano la abrazó y la negra se dejó besar, mientras le pedía que apagara la luz para entrar con él sin correr el riesgo de ser vista. Un momento después Juliano y Chanchan vivían el amor en la suite de los consejeros y los invitados de CEISA. Chanchan hablaba y hablaba, pero en voz baja. Era la amiga preferida de Ramoncito «el Pichas». Se veían poco porque Ramoncito le tenía miedo a su mujer, pero se portaba muy bien con ella.

Con las primeras luces del día Chanchan se vistió, recogió su regalo y le prometió volver cuando él regresara de Kogo. Se inició allí una amistad amorosa que duraría hasta que la independencia los separara.

A media mañana, el Fargo, conducido por Mba, salía por la carretera en dirección a Río Benito. La espera en la margen del río fue larga, pero, por fin, llegó la balsa. Mba maniobró con habilidad, y el camión quedó situado y sujeto para cruzar el río.

Pasó la noche en la fonda, y antes del amanecer continuó viaje a Akalayon. A la hora prevista embarcaba en la lancha de la Misión y partía rumbo a la explotación forestal de ASOBLA, S. A., remontando la corriente del río Congüe. Al llegar a la confluencia con el río Pole, la lancha cortó motores y esperó que un pequeño cayuco de la explotación se acercara para recoger al pasajero. Le esperaba un guía para conducirlo al campamento, que estaba situado a unos tres kilómetros del embarcadero. Allí estaban Damián Arroyo y José Armenta, jefe, este último, de la explotación. Habían destinado para Juliano una pequeña habitación en el barracón de empleados. En el extremo del patio estaba situada la casita de Damián sobre pilares, edificada con madera del bosque. Disponía de dos dormitorios, un saloncito y una galería. Frente a la casa habían construido la que ellos llamaban su «casa de la palabra»: un cobertizo con una pared de metro y medio de alto y el resto hasta el techo de tela metálica para protegerse de los insectos. La cubierta era de chapa de cinc. Hacía las veces de comedor de personal europeo, salón de juego y de tertulia.

A media tarde los empleados regresaban del bosque informando a Damián de su trabajo y de los planes de explotación en cada zona. Al anochecer se reunieron todos en la «casa de la palabra» y se organizó el plan de exploración para que Juliano pudiera estudiar los terrenos más convenientes para la puesta en marcha de la plantación de palmeras. Armenta le acompañaría durante los dos días que permaneciera en la concesión. Mientras tanto, los comentarios se limitaban al trabajo, porque nada nuevo ocurría en el campamento, y como no había radio ni otro medio de información que las noticias llegadas en cayuco y las cartas y periódicos que recibían cada mes, el tema de conversación era muy limitado.

La algarabía de los monos que a veces se acercaban al campamento, las culebras, constante peligro para todos, y, en algunas ocasiones, la presencia de manadas de elefantes en las proximidades del patio, alteraban la rutina de la conversación durante las partidas de dominó o de mus de los empleados.

Al día siguiente al amanecer José Armenta y Juliano, acompañados por un «boy» y un guía, salieron en dirección al bosque para recorrer las zonas que, a juicio de Armenta, podrían ser más apropiadas para la plantación en proyecto. Toda la mañana estuvo Juliano tomando notas y haciendo apuntes sobre el plano. Al mediodía hicieron un alto en las proximidades de un riachuelo para reponer fuerzas. El «boy» descargó una pequeña caja que llevaba sobre la cabeza y Armenta sacó unos bocadillos y unas botellas de cerveza mientras buscaban un sitio adecuado para sentarse. Juliano había traído su rifle por si tenía oportunidad de hacer algunos disparos, pero no surgió la ocasión en este primer día de exploración, ni en el segundo. Mientras satisfacían su apetito, hablaban sin fijar la conversación sobre un tema interesante, pero Juliano tenía interés en saber dos cosas: ¿Por qué no estaba Delia en la concesión y quién había plantado el jardincito de tierra removida que había en el ángulo inmediato a la fachada de la casa que ocupaban Armenta y Damián?, porque en estos campamentos provisionales no era frecuente ver un jardín tan cuidado.

Armenta se tomó un respiro antes de contestar. Sonrió con amargura y le explicó la situación, pidiéndole que no tocara el tema ante Damián ni ante los empleados. Seguidamente dijo:

—Hace unos meses Delia fue a Kogo para dar a luz. Todo fue bien, pero, contra la opinión de Damián, se negó a ir a Barcelona después del parto. Delia es una mujer fuerte y consideró que si Damián debía tomarse sus vacaciones dentro de seis meses, ella y el niño viajarían con él, y luego, quizás, prolongaría su permanencia en Barcelona cuando Damián tuviera que regresar. El mismo día que el médico la dio de alta, pidieron la lancha de la Misión para regresar con el recién nacido. El niño parecía fuerte y nada hacía suponer que pudieran surgir complicaciones, pero una tarde, cuando regresamos de la explotación, encontramos a Delia preocupada y nerviosa. El niño no había pasado bien la noche anterior, y desde media mañana no cesaba de llorar y de retorcerse en su cuna.

El cayuco de la explotación estaba en Kogo y debió llegar esa mañana, pero aún, a aquellas horas de la tarde, no había señales de la embarcación. Quizás si hubiera tenido medios, Delia hubiera salido para Kogo con el niño, pero allí estaba esperando sin saber qué hacer. Como la noche se venía encima no había otra solución que esperar a la mañana siguiente, pero el niño murió antes de media noche. Al día siguiente —siguió explicando Armenta— continuaban sin noticias del cayuco, y Damián y él no encontraban medios para trasladar el cadáver del niño al cementerio de Kogo.

—¿Pero, es que no tenéis más que ese cayuco para comunicaros con el poblado? —interrumpió Juliano—. Me parece una falta de previsión imperdonable. En este campamento, por lo que he visto, hay seis blancos. Supongo que los braceros son de poblados cercanos, pero vosotros estáis a merced de esa embarcación.

—Es cierto —contestó Armenta—, pero tienes que comprender que estamos en los comienzos de este trabajo. Puedo asegurarte que jamás olvidaré aquella noche y el día siguiente. Ya sabes que en estas zonas tropicales la descomposición de un cadáver es rápida. Delia estaba desesperada, al borde del histerismo. Lloraba y golpeaba su cama. No había forma de consolarla, pero algo había que hacer.

De acuerdo con Damián, ordené abrir una fosa donde está ese jardincito y allí enterramos al niño esa noche, a la luz de dos lámparas petromax. No hay palabras para narrar la escena, por-

que Delia trataba de impedir que sacaran el cadáver de la habitación. El carpintero había fabricado una pequeña caja, y por fin el niño fue sepultado.

—¡Qué drama! —exclamó Juliano—. ¿Pero, dónde está Delia?

—Estuvo a punto de volverse loca. Se negó a comer y permanecía horas sentada en los escalones de la casa con la vista fija en la tumba. Buscó flores y las plantó ella misma. Por las noches obligaba a Damián y a los empleados a hacer un turno de vigilancia, porque temía que viniesen de los poblados a robar el cadáver de su hijo para celebrar ritos. Así estuvimos casi un mes hasta que la convencimos que debía ir a Bata. Damián la acompañó, y una semana después consiguió que tomara el avión para Barcelona. Me parece que el matrimonio está destruido.

Juliano le confesó a Armenta que algo había notado en la actitud de Damián.

—En mi opinión —dijo Armenta—, Damián debía ir a Barcelona, pero su sentido de responsabilidad le tiene atado a este bosque.

Regresaron al campamento cuando caía la tarde y ya habían trazado el plan de trabajo para el día siguiente.

Juliano tomó un whisky, cenó y se fue a descansar. Estaba anonadado. En la «casa de la palabra» quedaron jugando al dominó Damián, Armenta y los empleados.

Al día siguiente recorrieron otra zona de la concesión hasta que Juliano consideró que tenía elementos suficientes para el informe, y dio por terminado su trabajo. Después de cenar permaneció un rato con los empleados y sobre las diez se fue a su habitación.

Por la mañana le informaron que un pequeño cayuco le había traído una nota de la Misión comunicándole que no podían disponer de la lancha, porque de forma imprevista había tenido que ir a Corisco.

Damián organizó lo necesario para que el cayuco de ASOBLA le llevara hasta Akalayon.

Hacia el mediodía Juliano, acomodado en la popa de la embarcación, emprendió el regreso; pero al salir del patio se detuvo ante la tierra removida cubierta de flores silvestres donde descansaba el hijo de Delia. Dentro de poco tiempo todo esto volvería a ser bosque, porque las instalaciones se trasladan de acuerdo con la conveniencia de la explotación, y el bikoro todo lo invade.

El cayuco avanzó buscando la corriente del río mientras Juliano despedía con el brazo en alto a Damián, que regresaba al campamento. Quizás Delia, allá en Barcelona, habrá superado la enorme tragedia de su vida en Guinea o, quizás, en el fondo de su alma sienta la soledad y la indiferencia de las grandes concentraciones humanas de aquel mundo civilizado.

Más tarde Juliano sabría que Damián había abandonado Guinea para recuperar a Delia, pero al parecer fue un intento vano.

XIII
LAS PERLAS

Juliano ocupó el espacio trasero de la embarcación y se acomodó sobre los cojines colocados como asiento y espaldar, preparándose para la travesía. La corriente arrastraba el cayuco casi sin esfuerzo de los tripulantes mientras Ondó, el jefe de los tres cayuqueros, mantenía la dirección con hábiles movimientos de su remo. El paisaje era monótono: mangles a la derecha y a la izquierda del cauce del río, y, de vez en cuando, algunas bandadas de loros o de garzas se posaban en las ramas de los árboles próximos a las márgenes del Congüe.

El cayuquero Manuel Ondó pertenecía a la tribu bokúe de Evinayong, pero le explicó que había venido a Kogo con su familia siendo niño, cuando el padre Solanilla fundó la iglesia de San José de Evinayong.

—¿Conoce al padre Solanilla? —preguntó Ondó.

Juliano sonrió para contestar:

—¿Quién no conoce al padre Solanilla en Guinea?

—Si massa ve al padre Solanilla en Santa Isabel le dice que Manolo Ondó, de Evinayong, es cayuquero en ASOBLA, que manda recuerdos —dijo el negro.

El padre Solanilla fue pionero en la colonización de Guinea. Claro que lo veía con frecuencia en Santa Isabel, y algunas veces venía al chalet para tomar una cerveza acompañada de sardinas en aceite, que era el manjar predilecto del misionero. Era un hombre alegre al que gustaba comentar los cotilleos del pueblo, pero, aparte de estas conversaciones superficiales, podía hablar de los comienzos de la colonización del territorio fang, a finales de los años veinte. En alguna ocasión le relató su viaje desde Elong, donde había fundado la última reducción. Allí organizó una caravana que recorrería el territorio central de Río Muni, pasando por Ayene hasta Akonibe. Al padre Solanilla le gustaba recordar esta aventura, y varias veces la había escuchado Juliano en sus tertulias con el misionero. Contaba su paso por poblados donde en aquellas fechas no habían visto un hombre blanco. Pasó sus miedos con leopardos misteriosos que sólo existían en la imaginación de aquellas

gentes primitivas. Como le había dicho Ondó, el padre Solanilla fundó la primera iglesia de San José de Evinayong. Ahora era párroco de Rebola en Fernando Poo, y administrador del patrimonio de la Misión. Gordo, con gafas de aros de concha, con su sotana blanca cruzada por la faja negra sobre la barriga y, sobre todo, con una sonrisa permanente que parecía burlona. ¡Cuánto le deben Guinea y España al padre Manuel Solanilla y a la Misión! Si en la colonia se habla nuestro idioma es por el esfuerzo abnegado de estos hombres que fueron en la vanguardia de la colonización, que aprendieron las lenguas vernáculas de las distintas tribus, que fundaron escuelas y vivieron largos y penosos años en los bosques de Guinea.

Desde su embarcación podía contemplar el reflejo verde del bosque sobre las aguas del Congüe. A veces un claro entre las altas raíces de los mangles, muestra un espacio abierto que permite el acceso al bosque. Seguramente un sendero estrecho conduce a algún poblado próximo al río, pero desde hace rato le llaman la atención unos racimos de conchas adheridos a las raíces aéreas de estos árboles. Parecen ostras, pero nunca había oído hablar de la existencia de ostras en estas aguas. La corriente desvió el cayuco a la margen derecha, y entonces fijó su mirada con atención en estas conchas pegadas a los mangles y a las piedras. Hay gran cantidad, y ya no tiene dudas de que son ostras o moluscos muy parecidos. Dio una voz a Ondó para que aproximara el cayuco a la orilla, se agarró a una raíz, y con el cuchillo de monte desprendió varias conchas. Efectivamente, eran ostras. Las depositó en el fondo de la embarcación a la vez que ordenaba a Ondó que continuara la travesía. Sujetó una concha con la mano izquierda, y con la punta del cuchillo presionó en la unión de las valvas hasta que cedieron y pudo ver el cuerpo blando de la ostra. Estaba entretenido con su descubrimiento mientras el cayuco volvía al centro de la corriente. Con cierta torpeza desprendió el marisco. Apretó la pulpa con la parte plana del cuchillo, como si esperase encontrar algo más en su interior, y, a continuación, arrojó la ostra al río. Repitió una y otra vez la operación sin éxito. Entonces llamó a Ondó para preguntarle:

—¿Conoces esto?

—Sí, massa, se llama ostra.

—¿Las coméis?

—Sí, massa, a veces comemos muchas.

Juliano se quedó vacilando, pero, por fin, se decidió por la tercera pregunta:

—¿Y nunca has visto una bolita pequeña en la ostra?

El negro contestó rápidamente:

Sí, massa, muchas. Siempre tiene dos.

Tratando de ocultar la impresión que le había producido la respuesta del cayuquero, abrió una ostra más mientras volvía a preguntar:

—¿Qué hacéis con esas bolitas?

—Tiramos en poblado —dijo.

Los latidos del corazón de Juliano se aceleraron mientras procuraba no despertar la atención de Ondó, y preguntó de nuevo:

—¿Podríamos ir a tu poblado?, me gustaría ver esas bolitas.

—Sí, massa, pero está antes de Akalayón. Podemos dejar el cayuco en la orilla, porque el poblado está a poco tiempo del río. Si quieres vamos a poblado.

Tardaron aún casi media hora en llegar al comienzo del sendero que conducía al poblado de Ondó, pero, por fin, de un experto golpe de remo, colocó el cayuco en un claro embarrado, donde el «potopoto» hacía difícil desembarcar, pero de un salto Juliano atrapó una raíz de mangle y se alzó a pulso hasta alcanzar el comienzo del camino hacia el poblado. Pensó que la bajada no sería tan fácil, pero si lo que decía Ondó era cierto, la cosa merecía la pena. El sendero era firme en esta estación seca, y los dos hombres andaban deprisa. Al doblar un recodo del camino apareció el caserío. El cayuquero se adelantó, señalándole su casa. Había cabras y gallinas. Una perra tumbada amamantaba a sus tres cachorros, pero Juliano no quería perder tiempo, observando detalles, y procuraba, eso sí, no descubrir su verdadero interés. De pronto, Ondó se detuvo señalando un montón de conchas de ostras abiertas. Nuestro hombre se agachó, agarró unas valvas, en su mayoría rotas, para examinarlas; buscó y rebuscó, palpó el suelo, pero no encontraba lo que venía buscando. Ondó, de pie ante él, observaba en silencio y con curiosidad el trabajo del hombre blanco.

Cuando había repasado casi todas las conchas, levantó la cabeza para preguntar al cayuquero:

—¿Dónde están las bolitas?, aquí no hay ninguna.

—Sí, massa, ahí está en tu mano —dijo señalando las conchas que él había recogido del suelo.

El colono replicó extrañado:

—No, esto no es lo que te digo. Te he preguntado por una bolita pequeña, como una piedra, que está dentro de estas dos conchas.

El negro le miró con sorpresa, como si saliera de una duda, y exclamó:

—¡Ah, massa dice perlas! No, perlas no hay —añadió el indígena.

—Juliano no sabía qué hacer. Se sentía humillado. ¿Cómo se le había ocurrido semejante estupidez? Había intentado engañar a aquel hombre primitivo que, con sencillez y con sinceridad, contestaba a todas sus preguntas. Se incorporó tirando las dos conchas de ostras que tenía en sus manos para cruzar el poblado en dirección al camino.

Los dos hombres regresaron al embarcadero en silencio. Al llegar a donde el cayuco permanecía esperándoles, se descolgaron sobre la embarcación, agarrándose a raíces y ramas. El cayuquero soltó la amarra y los tres negros remaron con fuerza para alcanzar la corriente.

Desde su asiento ya distinguía el estuario de Muni. A la izquierda se divisaba el promontorio donde se asienta Kogo. En la parte alta del poblado podía ver al edificio del hospital, la Misión y los cuarteles de la guardia colonial.

La ciudad alineada mostraba las fachadas de las viviendas, comercios y almacenes a lo largo de la calle. En la confluencia del Congüe y el Utamboni, las corrientes de ambos ríos arrastraban troncos y ramas a la vez que numerosos cayucos navegaban en una y otra dirección.

Juliano distinguió Akalayón, donde varios vehículos estaban aparcados mientras su embarcación se aproximaba al punto de desembarque. Durante el resto de la travesía no había cruzado palabra alguna con Ondó, porque estaba avergonzado. De un ágil salto alcanzó la tierra mojada del embarcadero, recogió su maleta y entregó cien pesetas a Ondó y cincuenta a cada uno de los otros dos tripulantes. Prometió a Ondó saludar en su nombre al padre Solanilla, cuando la mano del motoboy Akoga cogía la maleta. Dijo adiós a los cayuqueros que seguidamente continuaron hacia Kogo.

Mba estaba junto al camión esperándole. Caía la tarde y si no se daba prisa llegaría a media noche a Río Benito. Sin perder tiempo emprendieron el viaje de regreso.

Cerca de las diez llegaron a la fonda, despidió a Mba, diciéndole que al amanecer viniera a recogerle para salir en el primer viaje de la balsa. Cenó algo ligero y se acostó, porque estaba cansado del ajetreo de los últimos días.

A primeras horas del siguiente día cruzó el río en la balsa, y continuó viaje a Bata. Llegó casi al mediodía, y fue directamente a CEISA, donde le esperaba Javier «Sonrisa» que tenía un sobre de Romero. Las noticias eran buenas: todo funcionaba con normalidad en Dumandui, por lo que podía continuar su viaje a Santa Isabel. Javier le aconsejó que comiera con él en su casa, porque si iba al Central, ya sabía cómo solían terminar ls comidas de aquel grupo de amigos. Aceptó la invitación, y después de comer bajó a la suite para descansar.

Al levantarse de la siesta dedicó varias horas a redactar su informe sobre la exploración de los bosques de ASOBLA y sus posibilidades para llevar a cabo la plantación de palmeras. Más tarde dio un paseo para regresar de nuevo a la suite. Quizá Chanchan vendría para hacerle compañía aquella noche, pero no fue así.

Al día siguiente tomaba el avión rumbo a Santa Isabel. A lo largo de su vida no podría olvidar estos días que había pasado en Dumandui y en ASOBLA. Tampoco su aventura con las perlas. Era Navidad de 1952. Llegaron puntualmente a la capital de la Guinea Española.

XIV
EL ARTICULO QUINTO

¡Pan, pan! ¡Pan, pan! Joao Buenaventura da Sousa pregonaba su mercancía al pie de su vieja furgoneta a la entrada del poblado de Rebola en Fernando Poo.

Joao Buenaventura da Sousa había nacido en Bragança, fue el tercero de doce hermanos, hijos de un jornalero del campo. A los diecinueve años abandonó su hogar y partió en busca de fortuna a la vez que aliviaba la dura carga que pesaba sobre sus padres. En Lisboa aceptó cualquier trabajo que le ofrecieron sin reparar en salarios ni en las condiciones en que se desarrollara. Su objetivo era emigrar, y Brasil le atraía, pero, por azar, encontró una oferta para trasladarse a Angola, contratado por una empresa constructora. Aceptó sin vacilación, y al cabo de un mes se ocupaba, como capataz de obra, en la construcción de una carretera a pocos kilómetros de Luanda. Cuatro años de trabajo y sacrificio le permitieron ahorrar algunos escudos cuando recibió una oferta para ocuparse de una finca de café en Sao Tomé y allá se fue con sus ilusiones. Trabajó diez años en la isla, y Joao Buenaventura da Sousa se hizo famoso por su afición al trabajo y por su amor a las negras y a las mulatas. Era conocido en la capital de la isla y en las fiestas de Trinidade, pero su espíritu aventurero se encontró con una ocasión para trabajar en la finca de café de un portugués en la isla de Fernando Poo. El propietario necesitaba un agricultor capaz de sustituirle al frente de su plantación durante los meses que pasaría en Lisboa. Y a Fernando Poo se fue con sus bártulos y con su negra. En Fernando Poo se adaptó con facilidad al nuevo trabajo y al medio de vida, pero su pareja regresó pronto a su isla, y Joao Buenaventura da Sousa se buscó otra, y otra. Su compromiso laboral duró exactamente cuatro años de contrato. Al finalizar éste compró una furgoneta vieja para distribuir mercancías por los poblados. Vendía pan por las mañanas y cualquier otro artículo a lo largo del día.

Juliano lo conoció en los primeros meses de su llegada a Santa Isabel. Era pequeño de estatura, gordo y muy poco cuidado en su ropa y en su aspecto. Rozaba entonces los cuarenta años y vivía en una pequeña casita en la calle de Asturias, acompañado por la negra de turno a la que trataba como si fuera su esposa, pero no estaba casado, y eso era peligroso en aquellas fechas.

A Joao Buenaventura da Sousa se le conocía en la isla por el apodo de Panpan, y una mañana, cuando regresó a su casa después de su recorrido por los poblados, se encontró un sobre de

la policía que contenía un escrito que decía más o menos: «... en virtud de las facultades que me otorga el artículo 5.º vengo en decretar la expulsión de ...». En el escrito de la Jefatura de Policía se daba traslado de la orden del Gobernador, que era inapelable. Y Panpan salió expulsado de Guinea por tener una concubina negra. También le hubieran expulsado si la concubina hubiese sido blanca. La orden se comunicaba cuarenta y ocho horas antes de la salida del barco. Panpan vendió como pudo sus bienes, y quién sabe si al final logró llegar a Brasil.

A Juliano le impresionó la expulsión de aquel hombre, y la forma, pero las leyes coloniales eran muy rígidas en aquellos años.

* * *

Mercedes Rovira estaba casada con un comerciante de Santa Isabel llamado Javier Martí. El matrimonio vivía sin apuros, porque la factoría de Javier producía beneficios que le permitían, entonces, pasar algunos meses en Barcelona cada dos o tres años. Había comprado el edificio donde tenía su factoría. La parte alta disponía de una vivienda para ellos, y, adosada a ésta, había otra para los dos empleados europeos.

Mercedes era vistosa, alegre y, sobre todo, coqueta. Se hablaba mucho de infidelidades, pero como en las ciudades pequeñas son frecuentes los chismorreos, Juliano no le daba importancia, y de vez en cuando visitaba a Javier y a Mercedes en su casa, y siempre ocupaba su mesa en las fiestas del casino, pero cuando Javier decidió ampliar su negocio abriendo otra factoría en San Carlos, contrató a un joven de Badalona llamado Vicente Sabater. Vicente quedaría en Santa Isabel y uno de los antiguos pasaría de encargado a la factoría de San Carlos. Vicente había sido deportista, tenía buena figura y mucha afición a la música. Mercedes le clavó los ojos, y el acercamiento entre la joven y Vicente se fue estrechando de tal forma que surgieron las críticas. Una noche, en una fiesta en el casino, Juliano escuchó comentarios insidiosos, mientras Vicente y Mercedes no perdían una sola ocasión para bailar juntos, ya tocaran pasodobles o la maringa, en tanto Javier conversaba con otros y bebía champán.

Y un día llegó lo que tenía que llegar: un sobre de la policía para Javier y otro para Vicente; cuarenta y ocho horas más tarde el matrimonio, desconcertado, y el intruso, asustado, embarcaban en la motonave «Domine» con destino a Barcelona. Javier nombró apoderado a un amigo para que liquidara el comercio y vendiera el edificio. El artículo 5.º era implacable.

* * *

José María Zabala llegó a Santa Isabel recomendado por un consejero de la sociedad «Punta Europa, S. A.». Esta empresa tenía fincas de gran extensión dedicadas principalmente al cultivo de cacao y café. El gerente lo destinó a la finca denominada «Cafetal» para que se impusiera en las labores agrícolas con el fin de que en la segunda campaña pudiera pasar como encargado a una de las plantaciones. José María Zabala era solitario, no le visitaba ninguna indígena, y no mostraba interés por relacionarse con la sociedad de Santa Isabel. Vivía en la finca y rara vez se le veía por la ciudad. El gerente le trataba siempre con la cortesía normal hacia un recomendado de un consejero de la compañía, pero no lograba situar a este joven educado y de nivel más elevado que sus compañeros de trabajo. Habitaba, él solo, una pequeña casita para empleados en el patio central, y allí entretenía sus horas libres con una radio que había comprado a un hausa y con libros que había traído de España. Pero un día llegó un oficio de la policía por el que se le

aplicaba a José María Zabala el artículo 5.º por homosexual. El gerente montó en cólera, puso un telegrama al consejo de administración en Madrid, comunicando que recurriría contra lo que él consideraba una injusticia, porque no podía creer que la acusación fuera cierta.

Llamó a Zabala a Santa Isabel, lo hizo pasar a su despacho y le dijo:

—Considero esto una calumnia y estoy dispuesto a llevar este asunto a donde sea necesario, porque entiendo que usted es un hombre normal, ¿no?

Zabala bajó la cabeza, y sin mirarle respondió:

—Señor gerente, la verdad es que hace mucho tiempo tuve un desliz.

El gerente, indignado, exclamó:

—Vaya a la finca y recoja su equipaje, porque usted sale mañana en el vapor «Plus Ultra», expulsado de la colonia.

José María salió con el salacot en la mano mientras el gerente en voz baja mascullaba:

—¡Maricón!

* * *

El artículo 5.º se aplicó también por incumplimiento de contrato, por alcoholismo, por escándalo, por malos tratos a indígenas, y por cualquier manifestación que pudiera afectar a la buena imagen del colono, porque entre sus obligaciones ante el Gobierno español, además de su lucha diaria, estaba el dar buen ejemplo al colonizado.

Pero a veces había quien se saltaba las leyes.

Juliano recuerda la pregunta de Martín Fierro al Moreno:

«...
Y te quiero preguntar
lo que entendés por la ley.»

y el Moreno responde:

«...
La ley es como la lluvia:
nunca puede ser pareja.
El que la aguanta se queja,
pero el asunto es sencillo:
La Ley es como el cuchillo:
No ofiende a quien lo maneja. [10]
...».

■

[10] José Hernández «Martín Fierro».

Porque José Muro fue jefe de la policía en sustitución del titular, y José Muro tenía un amor tropical, como cualquier otro colono, pero sin correr ningún riesgo, porque, ¿quién le podía aplicar el artículo 5.º al jefe de policía?

Juliano Alba y el empleado de una factoría, llamado Nicolás Navarro, visitaban de vez en cuando el Campo Yaunde para entretenerse con alguna jovencita recién llegada o con alguna bien instalada. Pero Nicolás Navarro tenía varias amigas preferidas, y entre ellas destacaba a María Eve, camerunesa y muy atractiva. Lo que no sabía Nicolás era que María estaba comprometida con el jefe de policía José Muro. Nicolás era un personaje popular en la colonia; buen jugador de mus, buen bailarín y muy apreciado en el círculo social de Santa Isabel. Era, a la vez, buen amigo de Muro, al que solía gastar algunas bromas que el policía aceptaba con deportividad; pero un día ocurrió que Nicolás se fue a casa de María y del vaso de whisky pasaron, como era habitual, a su pequeña alcoba. Cuando, terminado el amor, fumaba un pitillo llamó a la puerta un policía de uniforme. María recogió una nota que le enviaba Muro, y Nicolás se la arrebató de las manos. Decía: «María: te estoy esperando, ven a casa. Firmaba José.»

Nicolás Navarro sonrió, y al respaldo de la nota del policía escribió lo siguiente: «Amigo José: María no puede ir ahora porque está en la cama conmigo. Cuando termine te la mando. Recuerdos, Nicolás.»

Le dio la nota al policía para que la entregara a su jefe.

La indignación de José Muro le duró varias semanas, pero ni él ni Nicolás recibieron el oficio de expulsión, porque la prueba les comprometía a los dos, y porque, además, eran amigos. José Muro se buscó, eso sí, otra «mininga» más fiel que no le hiciera «mala cabeza».

Y así, como dice el moreno de Martín Fierro: «la ley no ofiende a quien la maneja».

Pero esto ya lo sabíamos.

El artículo 5.º del Reglamento de Funcionarios facultaba a los Gobernadores Generales de los territorios españoles del Golfo de Guinea para expulsar de la colonia a aquella persona que le resultara «non grata». Esta facultad se aplicaba, por extensión, a cualquier habitante europeo de la colonia, si se entendía que era merecedor de esta sanción.

Con el correr del tiempo el artículo 5.º fue perdiendo su fuerza y ya, en los años sesenta, no se daba un solo caso de su aplicación. La etapa colonizadora estaba tocando a su fin.

XV
REGRESA EL GOBERNADOR

La ciudad de Santa Isabel está bien trazada. En los últimos años se han mejorado los servicios públicos, y el Consejo de Vecinos, que tiene a su cargo la administración municipal, destina la mayor parte de sus caudales y de su esfuerzo a lograr mejoras en los servicios a su cargo: alcantarillado, suministro eléctrico, abastecimiento de aguas, labor sanitaria, coordinada con el servicio sanitario colonial, etc., van elevando las condiciones de vida de sus habitantes; pero hoy, la ciudad de Santa Isabel se ha despertado radiante y limpia con las fachadas de sus edificios recién pintadas, y los bordillos de las aceras lucen su pintura blanca. Las calles están engalanadas, porque hoy llega, después de pasar unas cortas vacaciones en la península, el gobernador general de los territorios.

Juliano ha asistido en varias ocasiones a estos recibimientos, como hace años asistió a la llegada del primer viaje ministerial al antiguo aeropuerto de Santa Isabel. En aquella ocasión la pequeña sala de espera del terminal estaba abarrotada y los alrededores del campo de aviación concurridos por numerosos indígenas y europeos. Una sección de la guardia colonial había de rendir honores a los ministros, y el gobernador, con las autoridades coloniales, esperaba el aterrizaje del avión del Ejército del Aire que transportaba a tan destacadas personalidades. A Juliano le pareció pobre el recibimiento que se había preparado. En los laterales del edificio había grupos de blancos y de negros curiosos que acudían más interesados por el aterrizaje de un avión distinto del que servía las líneas coloniales, que por la llegada de los ministros. Cerca de Juliano, sentados sobre la barrera que separaba el campo de aviación del aparcamiento, había dos negros que miraban al cielo con insistencia. Por fin, un punto metálico se hizo visible entre las nubes, y el avión fue acercándose, giró en dirección a la bahía, enfiló la pista de hierba y minutos después aparecía junto al terminal. Maniobró lentamente dirigido por las señales del personal técnico de tierra, para aparcar frente a donde se encontraban las autoridades, la banda de música y los militares. La puerta del avión, un DC-3, quedó a la vista del público mientras un negro de uniforme situaba la escalerilla improvisada para el desembarque de los pasajeros. Se abrió la portezuela, y un momento después apareció la cabeza inclinada del ministro mostrando un salacot nuevo; se había inclinado para salir, pero al alcanzar la escalera se alzó la figura corpulenta de la autoridad. Su indumentaria se componía de una camisa blanca deportiva, un pantalón corto de color blanco, medias blancas casi hasta las rodillas y zapatos blancos, además del salacot. Sonaron los compases de la Marcha Real y empezó la pequeña ceremonia de recepción.

Juliano oyó voces a su lado, volvió la cabeza y vio cómo los dos negros se retorcían de risa. Miraban la escena y reían sin cesar, mientras la banda de la guardia colonial lanzaba sus notas solemnes al espacio. Uno de los negros, sin dejar de reír, preguntó a Juliano:

—¿Pero ese blanco es ministro? —a la vez que reía como su compañero. —¿Ministros no tienen ropa en España? —y los dos negros se alejaron riendo, pero defraudados.

El colono comprendió a los dos indígenas. Un ministro, un gran jefe, una máxima autoridad se presentaba sin plumas en la cabeza, sin entorchados, sin sable, sin ningún símbolo de autoridad. Para la población blanca esto era comprensible, pero los indígenas esperaban algo más.

La recepción tuvo lugar en un ambiente frío, y no hubo ningún acto público destacado durante la permanencia de los ministros en la colonia.

Hoy, pasados algunos años de aquella visita, llegaba una vez más el gobernador general, y había un programa ceremonioso y variado. El Dómine atracaría a las diez de la mañana. La máxima autoridad colonial sería recibida cerca de la escala del buque por las autoridades y cuerpo consular, después de pasar revista a las fuerzas de la guardia colonial.

Seguidamente, el gobernador, acompañado por el alcalde, se dirigiría al palacio. Acto seguido, asistiría al Tedeum en la Catedral, y a continuación desfile de las fuerzas de guarnición y de los representantes de los poblados de la isla frente al palacio. Por la tarde recepción en el patio andaluz de la residencia del gobernador.

A lo largo de la semana habría cena en la Cámara y baile en el casino, así como visita al club fernandino.

El gobernador general cuidaba las formas y el fondo de los asuntos de gobierno.

Días más tarde visitaría la zona continental para mantener contacto directo con las autoridades de los distritos de Río Muni.

Y esta anécdota, que gustaba comentar a Juliano, refleja el conocimiento de las características de la población administrada, que quizás no resultara fácil entender fuera del ambiente, pero que el habitante de la colonia sabía apreciar.

Con el correr del tiempo, el Gobierno General se transformó en Comisaría General, y los actos oficiales y las costumbres fueron evolucionando de acuerdo con la nueva era; desapareció la administración colonial, y surgieron nuevas formas y nuevas estructuras, pero en el alma del indígena sigue viva la importancia de la apariencia, sea blanco o negro quien represente el poder o simbolice la autoridad.

Pero, ¿es ésta una peculiaridad exclusiva de los pueblos primitivos?

Si se repara en los actos protocolarios del mundo occidental, y se observan los grandes desfiles, las suntuosas recepciones, los sombreros de los diplomáticos adornados con plumas y las condecoraciones, se comprende que el fausto está presente en todos los pueblos, ya sean de cultura elevada o del tercer mundo, pero lo cierto es que allá en Santa Isabel se recibía al gobernador general en un ambiente de fiesta y de respeto, como homenaje a la nación colonizadora.

XVI
LOS BANANEROS (I)

El paseo matinal le llevó hasta la plaza de España, donde la suve brisa de la mañana agitaba los penachos de las palmeras reales, y algunas bandadas de pájaros se dispersaban sobre la ciudad. El cielo despejado, a pesar de estar ya en la estación de lluvias, anunciaba una mañana calurosa. Se acercó hasta la balaustrada que bordea el escarpe sobre el mar frente al palacio del obispo y fijó su mirada en la bahía. Las gabarras cargadas de racimos de bananas aguardaban la llegada del «Changuinola», un bananero de la ELDERS AND FYFFES, procedente de Tiko, en el Camerún británico. Sobre el muelle, los braceros esperaban la orden de embarcar en las lanchas para iniciar las operaciones de carga. Le llamó la atención el vuelo rasante y majestuoso de un ánguila pescadora sobre las aguas del puerto, buscando seguramente alguna presa; giró sobre los Enríquez y volvió en dirección al muelle, se elevó sobre Punta Fernanda para iniciar de nuevo el mismo recorrido.

Los bananeros llegaban y salían con una puntualidad y exactitud casi molestas. El programa de carga se recibía al final de cada año, y detallaba todos los viajes mensuales para el año siguiente, fijando la fecha y hora de llegada, así como la hora de salida. Los capitanes tenían rigurosas instrucciones en cuanto a horarios, y órdenes de cerrar las escotillas y los portalones a la hora programada y zarpar hacia el puerto de destino, aunque no estuviera a bordo toda la carga de las gabarras. Las operaciones de carga se organizaban con la máxima precisión, y Juliano no había tenido problemas en ningún caso durante los seis años que llevaba dirigiendo este renglón complementario del negocio.

Mientras se hacía la hora de comenzar la faena se entretenía mirando desde lo alto de la ciudad el movimiento de su gente en el puerto. Unos doscientos braceros y tres europeos tenían a su cargo el trabajo, y él los observaba desde arriba mientras su imaginación se transportaba a tiempos pasados.

La bahía de Santa Isabel fue testigo de la llegada de negreros ingleses, franceses y holandeses para hacer aguada en los tiempos de la trata. Por allí entró el capitán inglés Richard Owen para ocupar la isla en nombre de Inglaterra. Quizás, remontándose a tiempos anteriores a la llegada de los descubridores portugueses, por aquí pasarían los fenicios y los cartagineses seiscientos años

a. de C. para comprobar que las aguas hirvientes de estos mares eran sólo fantasía[2]. Con toda seguridad las estepas incendiadas y los montes arrojando fuego, relatados en sus crónicas del viaje, sería el monte Camerún, al que llamaron «el carro de los dioses», o el mismo pico de Santa Isabel en erupción. Aquí desembarcó el capitán de fragata Lerena, en representación de la Reina de España; aquí se apoderaron los ingleses, durante la segunda guerra mundial, del barco italiano «Duquesa de Aosta» una noche oscura, mientras sus cómplices habían organizado una fiesta en el casino para distraer a la población y a las autoridades. En tanto corría su imaginación, asomaba rozando Punta Fernanda, la proa del «Changuinola». Miró hacia el muelle y comprobó que toda su organización se ponía en marcha: los braceros saltaban a los remolcadores y a las barcazas; el práctico se dirigía, en su lancha, hacia las boyas, cuando empezaba ya el remolque de las gabarras.

Santa Isabel se había despertado, y el ruido de camiones y de otros vehículos era el comienzo de un día activo.

La silueta del «Changuinola» se destacaba frente al puerto iniciando la maniobra para fondear, pero él seguía con sus fantasías y con sus recuerdos. Hacía meses que había llegado un barco griego, el «Agamenón», con turistas alemanes. Los cayucos de la comandancia de marina, con doce remeros cada uno, los recibieron entre boyas mientras los cayuqueros cantaban al compás de los golpes de remo. Aquella mañana la ciudad se llenó de turistas que partieron en autobuses de excursión a Moka; hubo fiestas y baleles en el club fernandino y baile en el casino. De madrugada, el «Agamenón» continuó su viaje a Douala. Los tiempos cambian, y estas tierras que fueron, en un pasado no muy lejano, hostiles e inhabitables para el europeo, prometían ahora una nueva riqueza: el turismo. Santa Isabel recibía los fines de semana grupos de visitantes procedentes de Douala, en el Camerún francés, y de Port Harcourt, en Nigeria. Quizás pronto algún tour operador de Europa se interese por este incipiente centro turístico de Africa.

Las gabarras barloadas a la nave mostraban la actividad de un hormiguero. Se colocaban los andamios en los costados del barco, y los braceros nigerianos de pie sobre las tablas iniciaban la carga como una cadena humana. Dentro de un rato iría a bordo a comprobar la estiba y a saludar al capitán. En 1936, al principio de nuestra contienda, el gobernador general, Sánchez Guerra, huyó a Tiko en un bananero para continuar desde allí a la zona republicana vía Bruselas. Seguía recordando historia.

Regresó, dando un paseo, a la oficina para comprobar los datos de carga y se dirigió seguidamente a casa.

Después de desayunar se fue al puerto.

Esta nueva actividad agrícola y de organización de embarques de fruta estaba a su cargo. Directivos de CAISER y los de FYFFES habían firmado un contrato de aprovechamiento de bananas en la isla, utilizando la cabida de sus barcos. Juliano sabía que la explotación regular de plátanos no alcanzaría cifras elevadas y en ningún caso llegaría a representar un renglón vital en la economía de la colonia, pero como actividad secundaria podría producir ingresos complementarios.

■

[2] En opinión de investigadores autorizados, Hannon llegó a las costas de Guinea, y quizá presenció las erupciones de los montes Camerún y Santa Isabel.

Se montó una organización acorde con el volumen de producción, y su Compañía dedicó alguna extensión de sus fincas al cultivo regular de este fruto. Se cultivó la variedad «Gross Michel» que era la que predominaba en Fernando Poo y en los Camerunes, porque la «Cavendish», llamada canaria en estas tierras, no resultaba interesante para el comprador.

Una tarde, después de recorrer la plantación de la finca Santa María, acompañado del superintendente de agricultura de FYFFES en el Camerún, éste le indicó que parara el Land Rover que conducía. Bajaron del vehículo, y el inglés se adelantó entre las plataneras; se detuvo ante una planta, al aparecer enferma, la observó con detenimiento, dio un certero tajo con el machete y a continuación golpeó el tallo que estaba seco en su interior.

Volvieron al Land Rover y cuando el vehículo se puso en marcha dijo el inglés:

—Juliano tiene «mal de Panamá» en esta finca

Juliano le miró para preguntarle:

—¿Tiene mucha importancia?

—Hay que cambiar el cultivo —respondió.

El «mal de Panamá» arrasó las plantaciones de plátanos en Fernando Poo, donde sólo había tres fincas dedicadas a su cultivo regular. El resto de la producción procedía de plantas intercaladas en los cultivos de cacao y café para proteger el suelo con su sombra.

Unas semanas más tarde en las conversaciones telefónicas que sostenía diariamente con el administrador de FYFFES en Lekomba, éste le dijo que le enviaría la lancha de la Compañía para que fuera a comprobar los efectos de esta enfermedad en sus plantaciones y las soluciones que se estaban arbitrando.

La isla de Fernando Poo estaba contaminada de una enfermedad que había devastado las grandes plantaciones de bananas de Jamaica, de otras islas del Caribe y de toda la zona platanera de Centroamérica. Había que poner remedio urgente.

XVII
LOS BANANEROS (II)

La lancha le esperaba atracada al espigón del viejo muelle de Santa Isabel. Era una embarcación deportiva con dos motores potentes y cabina acondicionada con literas para cuatro pasajeros. Estaba equipada con todos los instrumentos necesarios para la navegación por la costa y dentro de los ríos. Había sido asignada al administrador de la Compañía, John Power, para sus desplazamientos a Douala y a Fernando Poo. En la popa, por encima de los escapes de los motores, figuraba su nombre: «Mariposa», en español. Este nombre al parecer quería recordar el servicio que prestó una goleta, con motor acoplado, cuando se iniciaron las exportaciones de plátanos desde Canarias a Inglaterra en los comienzos de las actividades de la Compañía FYFEES en Canarias, que llevaba este nombre. Los dos tripulantes de la lancha eran cameruneses. Inmediatamente que embarcó Juliano se pusieron en marcha los dos motores y la embarcación atravesó las boyas a media potencia. La proa enfiló la ruta hacia el Este, y el piloto abrió gas. El mar tranquilo permitía a Juliano disfrutar de un paseo de su agrado. Victoria, puerto marítimo del Camerún inglés, estaba a cincuenta millas aproximadamente de Fernando Poo.

Al poco rato habían rebasado Punta Hermosa y enfrente se destacaba la impresionante silueta del monte Camerún, mostrando a la derecha del paisaje el pequeño Camerún, hermano menor del volcán.

Habían recorrido media ruta cuando el marinero que estaba en cubierta habló en voz alta, en su lengua, al piloto. Juliano observó que ambos marineros miraban por la proa hacia el lado izquierdo de la embarcación, tratando de distinguir algo. Por fin, el marinero señaló con su mano y el piloto redujo la potencia de los motores. Frente a la lancha, pero a la distancia de uno o dos kilómetros, surgía una mancha oscura para hundirse rápidamente mientras la cola golpeaba el agua: eran ballenas. Había muchas que, asustadas por el ruido de los motores, se sumergían para volver a la superficie lanzando una ducha de agua pulverizada sobre sus cuerpos. La bandada era numerosa. Todos los años en el mes de septiembre solían pasar estos cetáceos siguiendo las corrientes del Norte entre la isla de Fernando Poo y el territorio continental africano. En la isla de Santo Tomé había visitado unos años antes una pequeña factoría noruega, donde descuartizaban piezas que arrastraban los balleneros que pescaban en esta zona, y, aún, más al Sur.

El Gobierno General había prohibido hacía mucho tiempo que los pescadores de la isla de Annobón se dedicaran a la pesca de la ballena, arponeándola desde pequeños cayucos. Este sistema de pesca tradicional de los annoboneses se remontaba a los primeros pobladores de la isla, pero había ocasionado muchas muertes entre los arriesgados pescadores. España no dedicó nunca interés a la pesca de la ballena en estos mares.

El patrón había dirigido la embarcación hacia el Norte para favorecer el paso de la bandada de cetáceos, y Juliano lamentó no haber traído su tomavistas o su cámara fotográfica. Había perdido la oportunidad de un reportaje interesante y poco filmado en estas aguas.

Al cabo de una hora volvieron a su ruta, porque las ballenas ya habían pasado. Alcanzaron Victoria y subieron la corriente del río hasta llegar al embarcadero de Tiko. Allí le esperaba un jeep de la Compañía para llevarle a Lekomba, donde se encontraría con John Power. A Juliano todo le pareció aséptico, muy cuidado y típicamente británico. Ambos gerentes mantenían muy buena amistad, y John y Mary serían sus anfitriones durante los días que estuviera en el Camerún. La casa del administrador era un chalet situado en Buea, en las faldas del monte Camerún, que por esas fechas estaba en actividad, lanzando bocanadas de humo semejantes a los mensajes de los pieles rojas de las películas del Oeste americano.

Durante la dominación alemana del territorio de los camerunes, el gobernador se construyó en Buea una residencia que era la reproducción en miniatura de un castillo del Rhin. Esta residencia fue conservada por la administración inglesa, y Juliano tuvo ocasión de visitarla. Estaba rodeada de vegetación transplantada desde Europa, porque la altitud de esta zona permitía la adaptación de algunas plantas y árboles de clima europeo, especialmente coníferas.

Pero el motivo del viaje era otro: el «mal de Panamá» en las plantaciones de banana en Africa.

John, que había aprendido cuanto sabía sobre el cultivo de plátanos en las grandes plantaciones de Centroamérica y, sobre todo, en la escuela de la gran Compañía UNITED FRUIT en Honduras, aseguraba que Africa no tenía condiciones de suelo para un cultivo de banana rentable, pero, además, el «mal de Panamá» estaba exterminado las plantaciones.

Se importaron nuevas variedades como «Lacatan», «Valery» y «Poyo» que estaban sustituyendo la «Gross Michel», porque la «Cavendish» o canaria, resistente como aquellas otras al «mal de Panamá», no tenía mercado en Europa.

Las técnicas de inundación del suelo o encalado de las tierras en las zonas afectadas, ya estaban descartadas y no había otra solución práctica que llevar otra variedad a Fernando Poo.

Juliano regresó a Santa Isabel en el «Chicanoa», otro frutero de la Compañía, completamente convencido de la urgencia de sustituir las plantaciones actuales por otra variedad que le remitirían desde el Camerún.

Con una interrupción corta las plantaciones de la nueva especie, la «Poyo», sucedieron a la anterior, y las exportaciones bananeras de Fernando Poo continuaron.

El regreso a Fernando Poo en el «Chicanona» fue un paseo agradable, porque los tres barcos de reciente fabricación, el «Changuinola», el «Chicanoa» y el «Chirripo» estaban acondicionados para largas travesías y disponían de una cámara muy confortable para pasajeros.

Mientras el barco rebasaba las dos bahías de Victoria, Juliano recordaba la visita realizada durante su estancia en Buea al misionero católico residente en Tiko. Este era un irlandés simpático, que llevaba muchos años de vida en Africa y que ahora tenía una gran preocupación: la actividad del Monte Camerún, pero no por el peligro que podía entrañar un terremoto o por cualquier otro fenómeno relacionado con esta situación, sino porque entre sus feligreses negros corría el rumor de que para calmar la furia del volcán era necesario sacrificar a un hombre blanco.

Unas semanas más tarde John Power estuvo en Santa Isabel y Juliano le preguntó por los temores del misionero irlandés.

John rió de buena gana y le contó la conversación mantenida con el cura unos días atrás, cuando el volcán cesó en su actividad.

Una mañana, desde la baranda de su casa, pudo comprobar que las bocanadas de humo habían cesado. Después de desayunar se dirigió a su oficina en Lekomba, pero antes de ir a su despacho visitó al misionero en su iglesia, y, con mucha seriedad, le preguntó:

—¿Qué pasa, padre? El volcán ya se ha calmado sin muertes.

El cura le miró muy serio, compungido, para decirle:

—Es muy triste, míster Power, pero ha sucedido algo horrible: Estos herejes han matado a un albino que vivía en un poblado próximo y ha coincidido con la inactividad del monte. ¡Imagínese el problema que se nos plantea ahora! ¿Quién va a convencer a estas gentes que no han tenido influencia los ritos de los brujos?

John, en un alarde de humorismo británico, le contestó sonriendo:

—Es una lástima, padre, porque usted perdió la oportunidad de hacer una rogativa, y esto hubiera neutralizado el éxito de los brujos.

El cura volvió a mirarle con seriedad, pero encajó esa broma de John, aunque sabía que su labor había sufrido un grave revés. La obra de los misioneros en Africa no había terminado entonces, y aún les queda mucho por hacer.

XVIII
EL MACHO MERODEADOR

Que el hombre ha dedicado un gran esfuerzo, mucho tiempo y generosos presupuestos a estudiar el comportamiento social de los animales es de sobra conocido. Existen voluminosas publicaciones tratando sobre el conjunto de la vida animal, y con frecuencia disfrutamos ante el televisor admirando reportajes sobre los pingüinos, sobre las ballenas o sobre cualquier otra especie de la fauna universal.

Guinea encierra una riqueza incalculable de esta fauna, pero sólo ha sido objeto de superficiales estudios, por lo que el desconocimiento popular de esta riqueza nos ofrece, en ocasiones, anécdotas curiosas como la de aquel Director General del Ministerio de Asuntos Exteriores que tenía a su cargo algunos aspectos de la vida del recién nacido país. Al parecer un funcionario de alto nivel y de profundos conocimientos profesionales como asesor de la nueva nación y, sobre todo, del terreno que pisaba, le comentó que durante la exploración y medición de áreas para la adjudicación de una explotación forestal tuvieron que abandonar su trabajo y salir huyendo, porque una manada de elefantes se aproximaba a la zona donde había acampado con su equipo técnico.

El director general en cuestión lanzó una exclamación de sorpresa y casi de incredulidad para decir:

—¡Elefantes!, ¿pero es que hay elefantes en Guinea? —y remachó— ¡lo que me faltaba por saber!

El funcionario, con diplomacia, siguió tratando sobre las calidades de las maderas de los bosques guineanos.

Pero a veces, a lo largo de su vida, afloran en el hombre rasgos o actitudes que le sitúan dentro del comportamiento de estas especies.

Herminio Barreto era descendiente de colonos. Sus padres asturianos llegaron a Bata en los comienzos de la colonización y con ellos vino Herminio, que fue conocido en todo el continente con el nombre familiar de Mino.

Cuando, en 1936, el «Ciudad de Mahón» llegó a Bata para ocupar la colonia, Mino sintió la llamada patriótica de la época y, aunque ya había rebasado la edad militar, decidió marchar voluntario al frente. Sus padres trataron de disuadirle, pero Mino se incorporó al Ejército nacional y terminó la guerra con el grado de sargento. Pidió la baja al finalizar la contienda y regresó a Bata para ayudar a su padre, que acusaba el cansancio de los años de trabajo en el trópico y de las secuelas del paludismo y de la filaria, pero a Mino le había quedado profundamente arraigado el espíritu militar. Su aire marcial, su buena figura y la propaganda que él mismo se hacía le crearon cierta fama de héroe militar que tanto gustaba a las jóvenes de la posguerra. Tuvo varias novias y hasta algún devaneo con alguna señora coqueta, pero Mino no se casó. Se decía que tenía mininga fija y que no sería fácil cazarle, y así fue.

Pero con el correr del tiempo sus amigos empezaron a esquivarle porque su tema de conversación era, invariablemente, la guerra y él su protagonista.

Así, cuando Mino llegaba a Bata procedente de su finca, sus amigos trataban de acompañarle el menor tiempo posible. Mino se fue convirtiendo en un hombre huraño, de mal carácter, solitario y hasta agresivo. Decían sus íntimos que ya no tenía mininga en la finca donde vivía solo desde la muerte de sus padres que estaban enterrados en Niefang. En el Bar Central o en el Chiringuito siempre discutía con los «boys»-camareros y con el dueño el importe de las facturas y la calidad del servicio, pero en una sociedad tan limitada, como la colonial, Mino seguía disfrutando del aprecio y de la amistad de todos, aunque evitaran sus rollos.

Juliano le había conocido en su primera visita a Bata y sentía cierta simpatía hacia él, pero, igual que el resto de sus amigos, se sabía de memoria todas las hazañas de guerra reales o imaginarias, y procuraba evitar nuevas versiones.

En una ocasión se discutía sobre caza mayor, y algunos expertos que emprenderían una cacería en las proximidades de Nsok, instruían a un novato que se había sumado a esta excursión. El joven acompañante desconocía en absoluto todo cuanto pudiera relacionarse con las armas de caza mayor y con los elefantes, pero mostraba gran interés y entusiasmo por la aventura. Asistía, además, como oyente, «el Joselito», un andaluz ingenioso, empleado de la agencia consignataria de los barcos de Transmediterránea, que prestaba gran atención a las explicaciones de los cazadores. Uno de estos dirigiéndose al novato le aconsejó:

—Debes tener siempre especial cuidado con el solitario que los cazadores conocemos con el nombre de «macho merodeador» —y añadió—: éste suele ser un ejemplar temible que en su tiempo fue jefe de la manada, pero que otro macho más joven y poderoso le ha vencido. Entonces el macho viejo, derrotado, abandona la manada y vive solo, merodea cerca de los poblados indígenas para aprovechar el producto de las fincas de yuca y malanga; se convierte en un solitario astuto; no tiene hembras; ataca a todas las especies que se cruzan en su camino, porque se ha transformado en un individuo agresivo, muy peligroso y...

«El Joselito» cortó con ingenio la explicación del veterano y exclamó:

—¡Ozú! y a lo mejó discute la factura con los camareros y ze pelea con er dueño, como er Mino ese de la guerra.

El grupo rio de buena gana la ocurrencia de «el Joselito», y Mino Barreto fue conocido a partir de entonces en todo el continente por el sobrenombre de «el macho merodeador».

Juliano Alba rio como todos la agudeza del andaluz y pensó que, efectivamente, las reacciones del hombre son semejantes, en algunos casos, a las de los animales.

XVII
EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO

Cuando el hombre blanco puso por primera vez sus pies en el Africa virgen se inició el ataque a la fauna de este continente; primero para defenderse, luego para el comercio, y, por último, como deporte. Surge una nueva generación de héroes mitológicos: los cazadores blancos.

El cine y las novelas de aventuras popularizaron a este nuevo personaje elevándolo sobre otros héroes de su tiempo. Hombres de negocios y deportistas de Europa y de América venían a Africa sólo para llevar a sus casas la cabeza disecada de un león de melena negra, unos colmillos de elefante, una piel de leopardo o una cornamenta del búfalo rojo de El Cabo. Venían en viajes organizados que garantizaban el éxito de la aventura sin riesgo para su vida, porque contaban con la protección del cazador blanco. Disponían de tiendas acondicionadas, mesitas de campaña, ducha portátil y todo el confort para que la cacería resultara un éxito, casi sin molestias. A veces les acompañaban sus esposas o amigas, ansiosas también de otro tipo de aventura, incluyendo al cazador blanco como compañero.

La caza en Guinea tenía otras características, y ofrecía el atractivo de la lucha en la selva primitiva. Ramón Tatay la describe con humor y realismo en su divertido relato que tituló «La caza en Guinea».

Otto Krohnerth, Tatay, Olaechea, Durall, Barea, Vives y otros muchos disfrutaron de esta aventura única en nuestro siglo, en las densas selvas de nuestra Guinea.

Pero a veces este juego con las fieras y las bestias tuvo algún desenlace fatal. Un cazador que comerciaba con animales vivos para suministrar distintas especies a parques zoológicos de la península, llamado Lassaleta, se movía entre el Camerún y Guinea. Una tarde de domingo, para que unos amigos curiosos filmaran la escena, extrajo de su jaula una serpiente cerastes, conocida también como víbora del Gabón, cuyo veneno es de los más activos entre estos reptiles. Mientras jugaba con el ofidio acercándolo a su cara, unas aves de corral próximas agitaron las alas, asustando a la serpiente que lanzó su cabeza como movida por un resorte, y mordió al cazador en el cuello. A pesar de la diligencia que se dieron sus amigos, Lassaleta murió al llegar al hospital de Bata.

Sobre estas aventuras y desenlaces de la caza en Guinea mucho había oído hablar Juliano, pero el acontecimiento más importante relacionado con la caza mayor en Africa fue sin duda protagonizado por un cazador negro llamado Mba Ndo.

Un ministro del Gobierno de Macías relató este hecho para sus contertulios, entre los que se encontraba Juliano Alba, en una reunión en la casa de un mecánico español en Moganda, y ahora lo transcribo tal como me lo explicó Juliano, porque el hecho merece la pena sacarlo a la luz:

Amanece un día cualquiera del año 1966 en Ebibeyin. En el poblado de Malen un hombre que ha dedicado su vida a la caza, como sus antepasados lo dedicaron a cazar y a luchar con los pueblos enemigos, se prepara para salir al bosque. El poblado de Malen, un hombre de la tribu Omvang, está próximo al bosque de Nduk, zona donde habitualmente caza Mba Ndo. Pero este día que empieza a despuntar entre las ramas de los árboles del bosque, va a ofrecer un acontecimiento que tendrá repercusión, no solamente para este cazador ancestral, sino también para los científicos del mundo y para las gentes que tienen interés por la vida y por el origen de todas las especies zoológicas.

Mba Ndo prepara sus armas como hijo y nieto de guerreros, y como hijo y nieto de cazadores cuida con esmero los elementos que le ayudan a vivir. No emplea ya la ballesta rudimentaria ni la lanza primitiva. Una escopeta del calibre 12, fabricada en Guipúzcoa, y un machete además del cuchillo de monte constituyen el armamento necesario para obtener el fruto de su lucha por la subsistencia.

La senda es estrecha, y los ruidos del bosque al amanecer no son nuevos a su oídos. Sólo un objetivo impulsa a este hombre, que se adentra en la selva confiado en su instinto y en sus conocimientos de la zona que pisa: la caza.

Todos sus sentidos están pendientes de lo que ocurre a su alrededor; las aves, los monos, y el suave pisar de cualquier animal lo percibe sin ninguna dificultad.

Avanzada la mañana un ruido peculiar le hace prevenirse de cualquier ataque inmediato. Con la cautela propia del cazador instintivo queda paralizado observando la maleza. Crujen los arbustos y una mole oscura destrozando ramas aparece ante sus ojos. Es un gorila. Colgando de sus hombros una mancha blanca se destaca sobre la pelambre negra y sobre el follaje verde del escenario que le rodea. Mba Ndo se prepara para la defensa. Su escopeta del calibre 12 está cargada; no hace más movimiento que el necesario para aprestarse al disparo, pero su curiosidad no tiene límites, la hembra de gorila es negra, pero el cachorro es completamente blanco, y una idea fija le contiene. Necesita matar porque está descubierto, pero no quiere herir a un animal no adulto. La ley del cazador fang no le permite ejecutar a una cría. Tampoco puede matar a la madre si no es en su propia defensa. Mba Ndo está a pocos metros de la bestia; ambos han de luchar, una por defender su hijo y el otro por defender su vida. El momento es decisivo; la hembra se desprende de su cría en un movimiento instintivo para atacar al instruso, éste apunta a la cabeza y dispara su escopeta del calibre 12 en dos tiros simultáneos. Inmediatamente el cazador se lanza sobre la cría, la sujeta y la separa de la madre muerta.

Mba Ndo tiene en sus brazos un ejemplar único en la historia zoológica del mundo: un gorila blanco. Con ese instinto de protección propio de los sentimientos del cazador, Mba Ndo recoge al pequeño gorila y lo lleva a Malen, de Malen a Bata y de Bata, donde causa asombro a cuantos lo ven, pasa al Zoológico de Barcelona, y allí le bautizan con el nombre de «Copito de Nieve».

«Copito de Nieve» es uno de los casos de albinismo que como rareza se da entre los animales. Ha sido visitado y estudiado por innumerables científicos, publicándose multitud de estudios sobre su origen y sobre la posibilidad de que se logre engendrar un segundo albino de esta familia de antropoides.

Han pasado muchos años y «Copito de Nieve» hace las delicias de los visitantes del Zoo de Barcelona, pero allá en Ebibeyin en el poblado de Malen de la tribu Omvang existe una leyenda: en el bosque de Nduk hay una familia de gorilas blancos. Los cazadores temen su presencia y muchos rehúyen entrar en las zonas donde las sombras de los gorilas blancos amenazan a aquél que intente de nuevo penetrar en el misterio de su manada.

Nadie puede asegurar si existe o no la manada de gorilas blancos. Nadie tiene evidencia de que estos antepasados de «Copito de Nive» existan, pero nadie puede negar que en el bosque de Nduk, cerca del poblado de Malen en Ebibeyin, un cazador negro llamado Mba Ndo, ofreció al mundo de la ciencia un extraño ejemplar llamado «Copito de Nive», que es hasta hoy el único gorila blanco que el mundo ha conocido.

Si alguien siente la curiosidad de comprobar si existe o no una manada de gorilas blancos en las selvas africanas, sólo tiene un camino: adentrarse en el bosque de Nduk en el distrito de Ebibeyin en la República de Guinea Ecuatorial.

Y ésta es la historia del encuentro de «Copito de Nive» con Mba Ndo, tal como la relató un ministro de Macías, natural de Ebibeyin, una tarde de marzo de 1976 en Mongada, ante unos vasos de topé y de malamba [12].

[2] El topé es una bebida corriente en Guinea. Se obtiene de la palmera de aceite. La malamba, otra bebida corriente en Guinea, se extrae de la caña de azúcar.

XX
LOS POLITICOS

La terraza del Hotel Bahía es una muestra de la dispersión humana que se está produciendo en Guinea. Vientos de independencia soplan desde los cuatro puntos cardinales, pero desde Madrid llegan turbulencias que amenazan con la destrucción total de cualquier estructura lógica, y comisiones de funcionarios metidos a políticos y de nativos inmaduros, vienen y van, llenando los despachos ministeriales de informes contradictorios. Se dice que Presidencia y Exteriores mantienen criterios distintos sobre este pequeño y desprotegido pedazo de tierra española.

Desde la terraza del Hotel Bahía, mirando entre los troncos de los altos cocoteros que adornan el borde del escarpe, se domina la bahía de Venus y, a lo lejos, las luces de Punta Europa brillan con intensidad mientras los reflejos de la luna sobre las quietas aguas de este mar tranquilo ponen una nota romántica en el ambiente.

Un grupo de colonos ocupa la mesa más apartada cerca de la piscina. Casi todos han enviado sus familias a la península o Canarias y organizan ranchos o acuden a restaurantes de Santa Isabel. El Hotel Bahía es el punto de reunión más concurrido y más variado de la ciudad. Las conversaciones de los colonos tratan invariablemente sobre la actualidad. Cualquier noticia llegada de Madrid o filtrada a través de la Comisaría, que ha sustituido al Gobierno General, llena de preocupación o tranquiliza momentáneamente a estos hombres que tienen su único hogar en este rincón de España que es Guinea.

Agricultores, gerentes de empresas, comerciantes y empleados, forman ahora un grupo compacto, porque el instinto de conservación los ha unido en defensa del interés común: la supervivencia.

Algunos han sido alcaldes, presidentes o vocales de la Cámara, miembros de la Comisión del Puerto, vocales de instituciones como Sesogui, etc. Han representado algo en la vida de esta colonia convertida en provincias y en Estado autónomo en un espacio de tiempo que no llega a los dos lustros, siguiendo una evolución política acelerada. Ellos han intervenido en la firma de convenios laborales con países vecinos y en la formación de nuevos renglones de negocios. Representan, pues, la figura creadora. El colono español se distinguió en Africa como en América por su capacidad de adaptación, por su afán de lucha y por su instinto para improvisar. Gallegos, catala-

nes, andaluces, castellanos, canarios y todas las regiones de España están presentes en Guinea. Son hombres del pueblo que llegaron hace décadas a estas tierras entonces prometedoras.

Venían cargados de ilusiones y de esperanzas. Formaron aquí su hogar; nacieron aquí sus hijos y aquí lograron lo que en su patria chica no podían conseguir por el azote de las dos guerras de los años 36 y 39.

El espíritu del emigrante yace latente en el alma de cualquier hispano, pero el colono de Guinea no podía suponer que era un ser distinto: un emigrante en su propia patria.

Juliano Alba ocupa un lugar destacado en la vida de la colonia. Tiene ingenio y buen humor. Alfredo, José María, Ramón, Fernando y Juliano son colonos con más de veinte años en Guinea y el más joven rebasa los 45 de existencia.

Desde su pequeño baluarte dominan las dos entradas de la terraza que hace de comedor nocturno del Hotel. Ruidos de coches nuevos anuncian la llegada de las primeras personalidades. Un grupo de negros todos con trajes de paño oscuro, y algunos luciendo chaleco, irrumpe con solemnidad en la terraza. Van seguidos por una corte de personajillos, y, su porte altivo y forzado, además de los rasgos raciales delatan al fang.

Se saben superiores en número y confían gobernar el país cuando España, por fin, se vaya. Son de Ebibeyin, Mikomeseng, de Niefang, de Mongomo y de otros puntos del territorio fang. Están seguros de que Bonifacio, okak de Evinayong, nada podrá hacer si ellos se unen.

Son altaneros y sienten total desprecio por los «boys» calabares, pero allí está Carreño, el encargado del Hotel, que no es ni servil ni respetuoso con esta generación de políticos fabricados con urgencia para resolver problemas y complacer a los políticos maduros de Europa y la ONU.

Entran algunos bubis y fernandinos acompañados de sus mujeres. Sus modales son más abiertos y se expresan en voz alta. Van ocupando mesas, pero en el lado opuesto a donde se encuentran los colonos, cerca de los cañones del siglo XVIII, pintados de negro y rojo con bandas de purpurina dorada, como una burla a su pasado colonial y a la fiereza de su misión defensora de la plaza, hay una mesa reservada.

De pronto la terraza se inunda de un paternalismo protector. Un grupo de hombres blancos con ropa blanca de corte deportivo o colonial que acaba de descender de coches Mercedes negros aparece con tal aire de superioridad que los colonos sienten malestar. Vienen alegres, satisfechos de su propia personalidad adquirida al incluírseles en esta comisión política que está estudiando los problemas que podrá presentar la descolonización.

Juliano, irónico, contó la disertación que había oído del jefe de la comisión en el salón de actos de la Cámara, donde coincidieron por casualidad:

El jefe de la expedición estaba contando a varios agricultores y funcionarios de la entidad que su misión tendría una gran trascendencia para todos los que viven en Guinea (blancos y negros), porque Pepe (Pepe era el nombre de su ministro allá en Madrid), había tomado muy en serio este asunto. Para el primer Consejo de Ministros, Pepe ya tendría un informe completísimo de los problemas de la isla y del Continente, porque él mismo había pensado la fórmula ideal para

que la transición fuera un ejemplo en estos tiempos de independencia en Africa, y sobre esto había trabajado intensamente los casi veinte días que llevaba en Guinea.

Juliano decía que el jefe de la comisión hablaba con tanta firmeza y seguridad que sintió deseos de ir corriendo a casa, preparar la maleta y salir huyendo.

Ahora, muchos años después, recordando lo ocurrido, a la distancia de miles de kilómetros, Juliano se pregunta: ¿Qué informe habrá recibido Pepe de aquel ignorante? ¡Cómo le gustaría a Juliano leer lo que escribió este funcionario arrogante!... ¡A lo mejor le hicieron caso!

Pero en la terraza del Hotel Bahía la comedia no había terminado. Los «políticos» blancos acudían a las mesas para saludar, con aire entre paternal y servil, a los futuros políticos africanos. Cuando el grupo salvador se acercó a la mesa ocupada por los fang, la recepción de éstos fue fría y casi despreciativa. Ante la presencia de los comisionados blancos, los fang continuaban hablando en su lengua y contestando lacónicos, sin mirarles, a los intentos de conversación de aquellos. Para los colonos que observaban la escena, la situación no podía ser más humillante. Los bubis y los fernandinos los atendieron con frialdad, pero dentro de la cortesía normal.

La comisión acompañada de funcionarios de la Comisaría ocupa la mesa reservada sin dirigirse, ni saludar siquiera al grupo de colonos.

La conversación de éstos se basa en lo que pueda ocurrir; José María, el más optimista, opina que no pasará nada. Todo seguirá igual. José María y sus hermanos son propietarios de los edificios donde tienen sus negocios comerciales, tanto en Santa Isabel como en Bata. Llegaron a Guinea sin haber cumplido los veinte años. Forman una unidad familiar que es un ejemplo. Su padre, creador del negocio, falleció hace años y está enterrado en el cementerio de Bata. Pase lo que pase se aferrarán a esta tierra, que es su verdadera patria.

Enrique, gerente de una firma agrícola, no lo ve tan claro. Entre sus empleados hay intranquilidad y si no cuenta con encargados agrícolas ¿cómo va a mantener la producción? Por otra parte, si se van los braceros calabares será la ruina para la agricultura. Si Madrid no nos garantiza la seguridad personal y el respeto de la propiedad, esto será un desastre. Alfredo es administrativo de una firma de las más antiguas. Está llamado a ser el gerente. Para él la cosa es grave. Los pamues no podrán dirigir el país y la riqueza actual se convertirá en miseria. Ramón opina que la situación es igual a la que padecieron en Nigeria, Camerún y Gabón. Además se sabe que el país tiene petróleo. La Gulf, la Mobil y la Chevron están haciendo prospecciones en el mar y en tierra. ¿Cómo vamos a suponer que los americanos abandonarán esta riqueza? Se dice que ya se ha firmado en Madrid un acuerdo para una base militar en Fernando Poo. Podéis pensar lo que queráis, pero yo me voy a casa, porque me está esperando Teresita. Ramón tiene una finca de cacao en las proximidades de Timbabé y ha acudido, hace algún tiempo, a una subasta de terrenos para ampliar sus propiedades, pero, a pesar de su optimismo, hace meses que ha mandado su familia a Barcelona.

Carreño interrumpe la conversación, mordaz como siempre, para explicar que los únicos que pagarán la cena son ellos, los colonos. Los pamues cargan todo al Gobierno autónomo, igual que los bubis y fernandinos, pues todos ocupan cargos, aunque secundarios, en este Gobierno de transición. Los comisionados, que se han «hinchado», le han dicho a Carreño que el cargo a Comisaría. Unos libaneses y otros residentes españoles pagarán también sus consumiciones.

Carreño circula con autoridad por la terraza ordenando todo para que no haya quejas, pero trata igual a los políticos que a los «boys».

Este valenciano pertenece a la generación de los colonos antiguos, llegó como marinero de un barco de pasaje, aportó la documentación exigida y se quedó en Santa Isabel, donde montó un restaurante. Más tarde pasó a dirigir el Hotel Bahía. Con toda seguridad será uno de los últimos de Guinea.

La conversación continúa sobre el mismo tema mientras los comensales políticos inician un movimiento. El más destacado de la mesa fang da una orden a un «boy» sin mirarle. Inmediatamente entra un chófer de uniforme, se planta frente a la mesa de estos personajes, da un ruidoso taconazo y queda en primera posición del saludo militar. El jefe y su comitiva se ponen en pie y se dirigen lentamente y con solemnidad a la puerta. Seguidamente se oye el ruido de los motores nuevos, y una comitiva que se aleja. Los comisionados españoles, respetuosos, han despedido de pie a los aspirantes a ministros. Más tarde salen los bubis y los fernandinos. El Hotel Bahía se va quedando desierto. Carreño dice que mientras pague España todo seguirá bien, pero cuando la administración caiga en manos de éstos habrá que emigrar.

Juliano arranca su Land-Rover, enfila hacia la Cámara, gira a la derecha en Correos y por la carretera de San Carlos se dirige a su chalet.

Tom, el fiel Tom, le espera a la puerta dormitando. Ramona y Nicolás se han marchado. Al entrar Juliano se pone de pie, entra detrás y comienza a cerrar ventanas. Juliano, con buen humor, le pregunta qué opina de la independencia, de que tanto se habla ahora. La respuesta es concisa y clara: «Massa, moreno no sabí manda». Tom es calabar y cualquier día volverá a su tierra. Poco favorable será para ellos un gobierno fang. Tom cierra la puerta y sale por el jardín en su bicicleta.

Juliano está intranquilo. La presencia de esta comisión, la tercera o la cuarta en lo que va de año; la actitud cada vez más arrogante de los pamues; la indiferencia de la administración española y el ambiente de incertidumbre que domina a todos los sectores de la sociedad española residente en Guinea, sumado a la presencia de comisiones de la ONU, le hacen pensar seriamente en su futuro.

Le conviene saber qué aires se respiran en Bata y comprobar la situación en Dumanduí. Cuando se acuesta ya ha decidido su viaje al Continente.

La mañana siguiente no trae ninguna novedad que indique variaciones en la vida de la ciudad. En la oficina todo parece normal. Los camiones de la compañía van y vienen a las fincas, y nada refleja anormalidad en la rutina de los trabajos, pero Juliano intuye que algo está cambiando. Es la sensación que se tiene cuando se acerca el tornado. Una calma pesada y una tranquilidad que gravita sobre el ambiente preceden siempre a estas tormentas tropicales, y Juliano no logra desprenderse de esta inquietud.

En el almacén se están descargando sacos de cacao, todo el personal cumple con diligencia, pero los empleados parecen intranquilos. Entre los calabares de las fincas ha notado también este ambiente de incertidumbre. La sombra de los pamues está presente en la isla mientras en Madrid se hacen informes y más informes y se reciben visitas de comisiones y más comisiones. Juliano sabe que los comisionados negros son recibidos en el aeropuerto de Barajas para llevarles seguida-

mente a El Corte Inglés con el fin de dotarles de todo lo necesario: trajes, camisas, corbatas, ropa interior, zapatos, etc., para que puedan acudir a las reuniones ministeriales y a los restaurantes. Se les provee de fondos y se les presenta a la prensa. Esta comedia puede terminar en drama no sólo para los españoles, sino para los componentes de las etnias minoritarias. En opinión de Juliano se está rozando la imprudencia temeraria. En los despachos ministeriales nadie se ha preocupado de la identidad de estos representantes de un país que ya se está prefabricando en Madrid.

La estructura es defectuosa y la base no está bien calculada. El edificio se está construyendo sin los planos y sin las medidas necesarias. Fang (ntumus y okaks), kombes, bengas, bujebas, bubis, fernandinos y annoboneses vienen mezclados, atraídos por el deseo de cambio, pero entre ellos no existe unidad.

Sería necesario estudiar las raíces de los distintos grupos raciales, porque el triunfo de una mayoría étnica puede representar la situación de un colonialismo sangriento de nuevo cuño. Africa nos ha ofrecido muchos ejemplos, pero nuestros políticos no aceptan observaciones, porque ellos ya han decidido, desde sus ministerios, el futuro de estas provincias españolas.

Mañana Juliano viajará a Bata.

XXI
ULTIMO VIAJE A DUMANDUI

El aeropuerto de Santa Isabel es un hervidero humano. Consejeros del Gobierno Autónomo, directores generales, militares, mujeres de personajes de la política y algunos blancos esperan la salida del Convair Metropolitan, que cubre el servicio entre la capital y Bata. Los pasajeros tienen ya su tarjeta de embarque y esperan la orden de salida que debe anunciarse por el altavoz del barracón, que hace las veces de terminal.

Juliano, apoyado en el mostrador del bar, observa el movimiento de la gente. En el aparcamiento, frente al pequeño edificio, hay numerosos coches oficiales, algunos Mercedes negros con banderín y gran variedad de vehículos de todas clases, incluso un microbús de la agencia de viajes. Desde hace algún tiempo los vuelos son demorados, porque un consejero, un director general, un teniente o la mujer de cualquier personalidad se ha retrasado, y dejar en tierra a estos protagonistas de la historia puede dificultar las buenas relaciones entre el nuevo país en embrión y la «potencia administradora», como ahora se llama a España, aunque cuando conviene dicen: la madre patria.

Hay pocos blancos en la sala de espera y en todos se manifiesta la inquietud. Nadie sabe cómo va a terminar este carnaval político que se ha organizado en Madrid y en la ONU. A veces circulan por Santa Isabel o por Bata funcionarios llegados de Nueva York: son suecos, austríacos, italianos, holandeses, americanos del Norte y del Sur, indios, africanos y de cualquier país del mundo. Son individuos pintorescos que tienen el encargo de informar sobre el comportamiento de la potencia administradora, y de comprobar que el nacimiento de la nueva nación se está gestando de acuerdo con las resoluciones aprobadas por el comité de los veinticuatro de las Naciones Unidas. Viajan de un lado a otro y hablan con todo el mundo, a veces sin saber muy bien con quien lo hacen.

Juliano recuerda una anécdota que le relató un representante de la compañía de bananas más poderosa del mundo, radicada en Boston:

Uno de los hombres fuertes de la compañía se encontraba incómodo en esta ciudad, porque, como judío, se sentía en cierto modo discriminado, y, a pesar de su fortuna, no tenía entrada en los círculos sociales ni en los culturales de la ciudad de los puritanos. Le humillaba la margina-

ción, por lo que decidió trasladarse a Centroamérica, a Honduras concretamente, donde instaló su residencia. De vez en cuando acudía a los consejos de la compañía, pero rápidamente regresaba a su nueva vivienda en el trópico, donde dirigía y controlaba los negocios de la gran empresa bananera.

Un día recibió un abultado sobre, lo abrió, y leyó con mucha atención su contenido, que venía a ser el conjunto de los acuerdos tomados en la última reunión del consejo de administración al que nuestro hombre no había asistido. Eran órdenes para su cumplimiento, y se referían a la ampliación de cultivos en Golfito; la construcción de un nuevo ferrocarril en las plantaciones de bananas; la sustitución de grúas para la carga; cambios de personal en las divisiones a su cargo en los distintos países de la zona, etc.

El personaje en cuestión era un hombre corpulento, frío, conocedor del terreno que pisaba y, sobre todo, se apoyaba en su gran poder de decisión en la compañía, porque era poseedor de un voluminosos paquete de acciones. Su asistente comentaría que vio cómo dejaba sobre la mesa, bajo un pisapapeles, la correspondencia recibida y se dirigía a la baranda que rodeaba la casa donde estaban instaladas las oficinas; contempló largo rato las grandes extensiones de plataneras, que se perdían en el horizonte, y, después de un corto reposo, volvió a su despacho, llamó a su secretario y le dictó un telegrama que venía a decir más o menos lo siguiente:

«De Dirección General de la Compañía en Centroamérica a Consejo de Administración en Boston.

Referencia: Acuerdos Consejo.

Texto: Ustedes están ahí y nosotros estamos aquí.»

Quizás la respuesta vendría al pelo en estos momentos históricos que estaban viviéndose en esos días en Guinea; ¿pero quién tenía en estos territorios el poder suficiente para repetirla? Las soluciones se estaban tomando allá, pero las consecuencias se producirían aquí.

Sonó una voz cascada en el altavoz y los pasajeros se pusieron en marcha. El Convair, completo, despegó y puso rumbo a Bata.

El aeropuerto continental ofrecía el mismo aspecto bullicioso que el de Santa Isabel. Allí esperaban otras autoridades para viajar a la isla. Juliano se dirigió al bar una vez retirada su maleta, para encontrarse con Manolo Alvarez, que, como siempre, había venido a recogerle; algunos amigos blancos se acercaron a saludarle mientras los viajeros negros salían en dirección a sus coches. Alvarez había venido en la «pick-up» Dodge, porque no tenía carga para traer ni para llevar a la finca. Se despidieron de los amigos y salieron en dirección a la ciudad. Las noticias eran desoladoras, porque la situación se había deteriorado en los últimos meses hasta tal punto que las familias que habitaban en las demarcaciones del interior habían marchado a la Península y algunos comerciantes habían cerrado sus negocios y abandonaron el país. La alarma tiene su fundamento en la incertidumbre y, sobre todo, en la indiferencia que presta el Gobierno Central a los asuntos de Guinea. El período electoral que se avecina no es tranquilizador, porque toda la preocupación de nuestros gobernantes va dirigida a la población indígena, y no se presta la menor atención al futuro de los españoles que viven en esta llamada región ecuatorial española.

Alvarez le informa que los braceros calabares no renuevan contratos; sin excepción, abandonan el país los que terminan su compromiso laboral, y en los últimos meses no ha llegado ni un solo trabajador para Río Muni en las expediciones mensuales procedentes de Nigeria. En Dumandui sólo quedan setenta y cinco braceros para todas las labores de una plantilla de trescientos, y al terminar este año la finca quedará abandonada por falta de mano de obra. Por su parte, he decidido marchar a España en el «Ciudad de Toledo», que saldrá en estos días con destino a Barcelona, vía Canarias y Cádiz.

—La situación, don Juliano, es dramática —dijo Alvarez—, no sé qué pensarán en Madrid. Nadie podrá vivir en las fincas si no se garantiza el respeto a las personas. Todas las mujeres y niños de Ngandum, Ayantang, Nfulakon y otras fincas de esta zona, ya se han marchado. Usted no sabe la arrogancia de estas gentes. Le aseguro que habrá problemas cuando la administración española traspase los poderes.

Pedrero me dice que se quedará hasta el final. Le he instruido de los trabajos para que la finca siga su rutina de labores, porque ha decidido abandonar definitivamente la Guinea.

Para Juliano esto era el fin, porque si el cafetal permanecía abandonado uno o dos años, no sería fácil recuperarlo. Esta variedad de café es muy delicada y requiere cada labor a su tiempo.

La conversación de los dos hombres se desarrollaba a la sombra de los egombe-gombes del Central. El bar estaba lleno de blancos y negros, pero Juliano quiso comprobar el estado de ánimo de la población y, mientras Alvarez hacía gestiones para el visado de su pasaporte, se dirigió al Club de Tenis, centro de reunión de sus amigos de Bata.

El bar estaba abarrotado. Había muchos fangs conocidos y amigos, también algunos gerentes de empresas y funcionarios que hablaban invariablemente de las elecciones y del futuro, pero lo hacían sin convicción, tratando de aparentar serenidad. Ramontico «el Pichas» se había marchado definitivamente; Manolito Lucas consiguió un trabajo en Zaragoza y allá se fue con su familia, pero Antonio Contreras no podía marcharse, porque todo su patrimonio estaba aquí.

—Saldrá elegido Macías —dijo—, y las cosas irán mal, pero no me queda otra solución que jugar esta carta, ¿qué puedo hacer en España?; he mandado mi familia a Santander, pero yo no abandono si no me echan.

Los negros, fang en su mayoría, bebían, y hablaban en alta voz. Ya se repartían los cargos, pero de momento disfrutaban los coches oficiales y los privilegios que les ofrecía el Gobierno de transición.

Cuando Juliano abandonó el Club de Tenis, ya tenía formada su opinión del futuro y hasta del presente: Guinea estaba perdida. Era inútil cualquier esfuerzo para salvar Dumandui. Negarse a ver la realidad sería una actitud torpe. La realidad estaba allí, ante sus ojos, se palpaba en la calle, en las conversaciones y, sobre todo, en la posición indiferente y ausente de nuestro Gobierno. Comprendió la decisión de Manolo Alvarez, que, a pesar de su edad, quizás podría encontrar algún trabajo para mantener a su familia en su pueblo. José Luis Pedrero era joven y estaba viviendo una aventura; pero para él mismo, para Juliano, Dumandui había terminado. Era imposible salvarla. Esta tarde iría a la plantación con Alvarez, pero estaba seguro que éste sería su último viaje a la finca. Pasó por CEISA y encontró a Javier «Sonrisa» ocupado con sus problemas. Hablaron

largo rato sobre el curso de los acontecimientos. Javier, como la mayor parte de los residentes en Bata, había enviado su familia a la península, y en este momento no había decidido aún sobre su futuro. La compañía le había pedido que se mantuviera allí hasta que España hiciera la entrega del territorio, el doce de octubre, pero que seguidamente fuera a Barcelona para estudiar la situación y tomar decisiones sobre la continuidad de la empresa en el nuevo país. Así, pues, de momento quedaría en Bata y, a la vista de lo que sucediera tomaría la determinación que aconsejaran las circunstancias.

—No me gusta nada este cambio, Juliano, en pocos meses esto ha dado un giro espectacular. Nada bueno saldrá de todo este movimiento. Cumpliré con mi obligación, atendiendo lo que me piden, pero creo que cuando vaya a Barcelona a informar habrá hecho mi último viaje. Un sistema distinto, primitivo, destruirá nuestra labor.

Juliano comprendió la postura de Javier. En las pocas horas que habían pasado desde su llegada a Bata había captado el deterioro de la situación, aunque había, ¿cómo no? algunos optimistas.

Alvarez le recogió y fueron a comer al Central. Descansaron después de la comida, y a la caída de la tarde emprendieron viaje a Dumandui. Manolo Alvarez regresaría al día siguiente para embarcar en el «Ciudad de Toledo», pero Juliano permanecería unos días en la finca para orientar a Pedrero, que se haría cargo de la plantación.

Durante el viaje, Alvarez se disculparía repetidamente, pero su decisión, aunque dolorosa, era firme.

—Guinea ha terminado para mí, don Juliano, y creo que para todos —dijo cuando la pick-up entraba en el patio.

La noche fue larga.

Sonó la tumba del capataz Esono y se oyeron voces en el patio. Mirando entre los espacios de las persianas comprobó, a la luz de las lámparas de petróleo, que los braceros llegaban para alinearse como de costumbre. Pedrero, que vivía en la casita del beneficio de café, junto al río, había venido al patio para asistir a la forma por primera vez como encargado de la gran plantación. Juliano sabía que Pedrero no sería un buen encargado de finca, pero, quizás, jugaría bien su papel en la liquidación de actividades de la compañía en el continente. De cualquier manera, él mismo había elegido su destino, porque había sido advertido de los riesgos que, por otra parte, conocía de sobra, porque estaba viviendo sobre el terreno la evolución del país.

Al mediodía Manolo Alvarez cargó su maleta en la pick-up, se despidió de Pedrero, echó un vistazo al patio, y, durante unos minutos contempló su casa, su hogar de tantos años. Dio la mano a su jefe indicándole que pasaría por la oficina central en Santa Isabel. A Juliano le pareció ver lágrimas en sus ojos cuando subió al vehículo; arrancó el motor y salió en dirección a Bata. Un viejo colono se iba. Atrás quedaban los recuerdos y los años de trabajo. Africa se está vaciando, pensó Juliano.

Jerónimo Semba, el auxiliar administrativo, es kombe. Pertenece a la plantilla de Dumandui desde hace más de diez años. Vive aquí con su mujer, kombe también, y sus hijos. Es un buen auxiliar, pero no es fang. No ha encajado bien la marcha de Manolo Alvarez, además, no se le

escapa que una etapa de la historia de Guinea llega a su fin. Ellos también tendrán problemas, aunque algunos kombes forman parte de la élite de políticos. Las siglas de los partidos que se han creado, con la colaboración de las autoridades españolas, no representan nada en la realidad. Para Jerónimo no hay otros partidos que las razas que pueblan la zona continental española; las de las islas no cuentan para nada, porque su número es insignificante. Son los fang los llamados a gobernar, y Dumandui es fang. Para él, como para Alvarez, lo mejor es acercarse a su tierra. Mañana se lo dirá al gerente. El y su familia se irán a Bata o a Punta Mbonda. Aquí sólo vivirán los fangs.

Durante los cinco días que permaneció Juliano Alba en la finca comprobó, en toda su dimensión, el desastre que se avecinaba. Algunas máquinas del beneficio del café necesitaban reparación urgente para tratar la cosecha próxima; había que reparar algunos puentes; repasar las carreteras, pero no contaba con mano de obra. Las noches fueron pesadas. Aceptaba la soledad, pero no soportaba la incertidumbre, la pasividad del Gobierno de Madrid, su ignorancia, sus comisiones compuestas de individuos que visitaban Africa por primera vez para resolver problemas humanos de transcendencia histórica. Con el correr de los días su serenidad se iba alterando. Solo, en el jardín de la casa, bebía whisky a la luz de una lámpara petromax, mientras en el bosque cercano la algarabía de la fauna nocturna le acompañaba en su soledad. Le venían recuerdos de tiempos felices, cuando le pareció distinguir una luz entre las ruinas del poblado esamangón de Akomba Nve. Se incorporó y se dirigió por el paseo, cubierto por la buganvilla, hasta la puerta del jardín. Se detuvo, y contempló el movimiento de unas sombras que se proyectaban contra los muros y los techos de nipa de las casas. Cruzó la carretera para escalar el desnivel que daba acceso al poblado. Por un momento quedó paralizado: las viviendas estaban en pie, tal como las había visto la primera noche que pasó en Dumandui, hace ya tantos años. Una mano separó la arpillera de la puerta de la casa principal y la luz que viera desde el jardín iluminó una figura alargada, grotesca que se contorsionaba mientras se dirigía hacia donde él se encontraba. A pocos metros de Juliano, la figura quedó inmovilizada. La luz se proyectó sobre el rostro de la aparición, y entonces vio cómo abría su boca desdentada para soltar una risa escalofriante mientras miraba fijamente a Juliano. De pronto sonó una carcajada hueca, y gritó:

—¡Tonto! ¡Juliano Alba, colono español, estúpido! ¿Por qué has venido al territorio de los ntumus? ¡Huye, vete. Vuelve al otro lado del mar! ¿Quién te vendió mis tierras? ¿Qué haces en nuestros dominios? ¡Vete con los blancos. Vete a tu tierra! ¡Te engañaron. Huye pronto de la venganza de los fangs!

Juliano estaba absorto, sentía terror. Allí estaba Akomba Nve. No había duda que tenía enfrente al gran jefe esamangón.

A su espalda, desde la carretera, sonó la voz de Okon, el «boy» calabar:

—¡Massa, vuelve a casa! Ese sitio no está bien. Están más serpientes. Baja a carretera. Señorita ha venido y está esperando.

Juliano volvió la cabeza y vio a Okon, con la lámpara petromax en la mano, que le llamaba desde la entrada del jardín. Al mirar de nuevo hacia donde se encontraba Akomba Nve, sólo vio las siluetas del poblado derruido y las hierbas y enredaderas que cubrían el solar. El «boy» le había sacado de su abstracción, había vuelto a la realidad. Permaneció un rato contemplando el espacio donde un día habitaran los restos de una tribu de los fangs. Ya no estaban allí, porque ellos, los

blancos, los habían sometido sin razón alguna, ni siquiera en beneficio propio. Destruyeron su cultura y ahora querían restituirla, como si les hicieran un favor. Dio la vuelta y descendió por la rampa que terminaba en la carretera. Estaba anonadado, sentía malestar. El choque que había recibido en estos días le había trastornado hasta ver fantasmas. Avanzó lentamente mientras Okon iluminaba el camino con la lámpara.

Acurrucada en un sillón del comedor estaba Chanchan, que acababa de llegar a la casa; vestía el clotes rojo que dejaba al descubierto sus hombros de piel fina y brillante. Juliano miró a la joven y sonrió. Pensó que quizás seguía viendo fantasmas. Se dirigió a la nevera para servirse un whisky. Chanchan, sin moverse le miraba interrogante. Se acercó, la besó y la chica pasó seguidamente a la habitación.

Chanchan era dulce, tenía la piel suave y necesitaba el calor de su amante. La había traído un blanco de Mikomeseng, porque ella quería verle. Tenía la ingenuidad primitiva que encantaba a Juliano.

El amor tranquilizó al hombre que mañana regresaría a Santa Isabel. Quizás nunca volvería a ver a Chanchan, pero ahora la tenía a su lado. Su cuerpo cálido se pegaba a su pareja mientras Juliano acariciaba sus hombros; y Chanchan le preguntaba:

—¿Yuliano, qué es el amor, Yuliano?

Chanchan siempre le llamaba Yuliano.

La calma y el silencio de la noche tropical era cortada de vez en cuando por el aullido de alguna fiera o por el graznido de las aves nocturnas, y Juliano buscaba una respuesta:

—El amor, Chanchan, es creer que el otro es bueno.

Se hizo de nuevo el silencio mientras besaba suavemente las mejillas de la joven, que permanecía inmóvil junto a su amante. Su voz sonó con dulzura, casi ingenua, para hacerle otra pregunta:

—¿Y tú, Yuliano, eres bueno, Yuliano?

Juliano acercó los labios al oído de la chica y respondió como un susurro:

—Duerme, Chanchan, duerme, que pronto sonará la primera tumba.

Pasó un rató, y la respiración acompasada de la joven negra delató su sueño.

Y sonó la tumba antes del amanecer. El ritmo salvaje de la música que arrancaba el capataz Esono al tronco vacío con sus palos del árbol de papel, llamaba al trabajo; pero Juliano veía cómo las notas volaban sobre las copas de los árboles para anunciar a sus enemigos que la poderosa tribu fang estaba allí, y se estrellaban contra el cristal oscuro de la noche para quebrarlo y permitir la entrada de la luz del día. Chanchan permanecía dormida a su lado. Se levantó, procurando no despertarla y, ya en la ducha, sonó la segunda tumba.

Desde la ventana de la casa contempló la figura del capataz, iluminada por la luz de una lámpara de petróleo, que proyectaba su sombra sobre la pared de calabó del cobertizo.

Salió al salón y tomó un café caliente que había preparado Okon. En el patio se alineaban los braceros para que Jerónimo pasara la lista y Pedrero distribuyera los trabajos. La tercera tumba coincidió con la salida de las cuadrillas para empezar la jornada. Juliano comprobó que todo funcionaba con normalidad, sin alteración, aunque no podía esperar resultados favorables con la plantilla actual.

Cuando se alejaron las cuadrillas, llamó a Pedrero para darle las últimas instrucciones.

—La situación —le dijo—, si no grave en este momento, puede serlo cuando España traspase los poderes a estas gentes. Si las circunstancias así lo aconsejaran, deberá trasladar todos los braceros calabares a Bata, entregándolos en el campamento de la Cámara. A su vez deberá ponerme un telegrama para dar cuenta al cónsul de Nigeria.

Los dos rifles y las escopetas deberá depositarlos antes de la independencia en la Administración de Niefang.

Por lo que a usted respecta podrá tomar las decisiones que estime oportunas en cada momento. Esto es todo. Le deseo mucha suerte.

El motoboy Akoga recogió la maleta, y Juliano subió a la cabina del camión después de estrechar la mano de Pedrero y despedirse de los «boys».

Chanchan, desde el jardín, le decía adiós con la mano. Se hundió en su asiento y ordenó a Mba que arrancara. Cuando reaccionó y fijó la vista en la carretera pasaban frente a Nkimi. Habían transcurrido más de veinte años desde su primera visita a la finca y se iba derrotado.

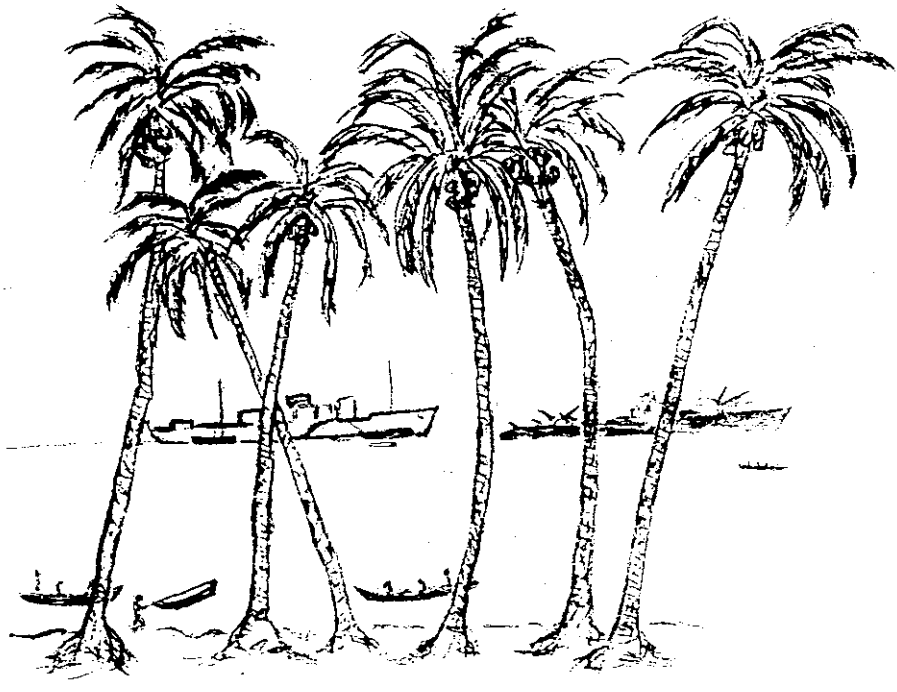
Paró en el control de Niefang, y mientras extendían la guía de transporte, vio pasar al doctor Vela, con su salacot y su chaqueta blanca, que se dirigía al dispensario para pasar consulta. Cuarenta años llevaba el médico en Guinea. Pronto sería expulsado.

El camión cruzó frente al edificio de la misión de Niefang y aceleró para llegar temprano a Bata. Quizás hoy mismo tomaría el avión para Santa Isabel.

Faltaban dos meses para que España cediera sus derechos a los fangs y surgiera una nueva nación africana.

Tercera Parte

EL EXODO Y LA NOSTALGIA



I

LOS KOMBES

Cuenta la historia, quizá la leyenda, porque la historia y la leyenda siempre han ido juntas y nunca se sabe dónde termina una y dónde empieza la otra, que en tiempos remotos una flotilla de cayucos navegaba rumbo sur, bordeando la costa del África ecuatorial. Eran los kombes que huían del acoso de otras tribus más poderosas: los temibles fang, los pamues. Atravesaron la desembocadura de un río, el Utonde, y divisaron a lo lejos la desembocadura de otro río, el Ekuku.

El jefe de la expedición, de pie sobre su cayuco, contempla con detenimiento la zona comprendida entre ambos ríos. El terreno parece llano, los cocoteros crecen en la misma orilla del mar y las extensas praderas prometen caza abundante. Ordena a sus hombres que se dirijan hacia la costa; varan sus embarcaciones y saltan sobre la arena.

El jefe toma todas las precauciones para evitar sorpresas y después de elegir un pequeño grupo de guerreros para que le acompañe en la primera exploración, encomienda a otros guerreros la protección de sus familiares y pertenencias.

Con su grupo se adentra en el bosque próximo a la playa, llega hasta las praderas y comprueba que, efectivamente, el terreno es llano y que hay manantiales, por lo que entiende que este sitio es apropiado para la instalación de su tribu. Entonces se vuelve hacia sus hombres y les pregunta:

—¿Inmanera ebatandi? (os gusta este sitio).

Sus hombres contestaron:

—¡Eabata! (está muy bien nos gusta). Y así nació lo que después sería la ciudad de Bata)[13].

■

[13] Tomás L. Pujadas, CMF «La iglesia en la Guinea Ecuatorial».

Se construyeron pequeñas casitas, iguales a las que hoy pueden verse en los poblados kombes que se extienden a lo largo de la playa de Bata, entre el Utonde y el Ekuku.

En las noches claras cuando los reflejos de la luna penetran entre las hojas de las palmeras, los pueblecitos kombes de la playa de Bata destacan su rústica belleza y es fácil distinguir las siluetas de los pescadores preparando sus artes de pesca para la faena del día siguiente. Pero cuando a lo lejos, casi imperceptible, suena el tan-tan de los ntumus, todo oscurece en los poblados kombes. El enemigo, los temibles pamues están allí. Los bujebas traen noticias de ataques sangrientos. El sonido del tan-tan viene de muy lejos, pero anuncia que una orgía de sangre y de muerte se está celebrando en un claro del bosque lejano.

Entonces los kombes miran al mar. Su única defensa es emigrar, volver a sus embarcaciones y partir, buscando quizás una isla imaginaria allá lejos, detrás del horizonte, donde los pamues nunca podrán llegar, porque desconocen la navegación. Para las tribus fang el bosque no tiene secretos, pero nada saben del agua de la sal.

Desde las puertas de sus casitas los kombes fueron testigos de las correrías de los exploradores alemanes que a veces aparecían por la playa buscando nuevos territorios para añadir al Camerún. La penetración de los alemanes más allá de la cinta de la playa era hostigada por una tribu fang de valerosos guerreros: la esamangon. Pero mientras esto ocurría en las zonas cercanas a los bosques, ocupadas esporádicamente por los pámues, los kombes seguían pescando ajenos a estas ambiciones territoriales de los unos y de los otros.

Desde sus casitas primitivas presenciaron el asentamiento temporal de los franceses y, posteriormente, la llegada de los colonizadores españoles.

Contemplaron, desde tiempos remotos, la llegada de grandes barcos blancos que, con las velas desplegadas, fondeaban frente a Bata, donde una ceiba centenaria servía de guía a los navegantes, para descargar hombres extraños, mercancías también extrañas, y para llevar productos espontáneos de estas fértiles tierras tropicales; pero mientras todo esto sucedía los kombes seguían pescando.

Con el correr del tiempo llegaron barcos con grandes chimeneas negras que lanzaban humo. Observaron la descarga de máquinas desconocidas. Desembarcaban hombres que iban y venían por el interior del bosque. Sabían que estos hombres habían contenido el avance de los fang, e incluso veían cómo individuos de esta tribu llegaban a Bata y compartían pacíficos la vida de la ciudad con los bujebas, con los bengas, y con ellos asistían a las mismas escuelas y compartían los mismos trabajos.

Llegaron extraños aparatos por el aire; se llenaron las carreteras de artefactos estrepitosos y el pequeño poblado de la Bata kombe veía crecer vistosos edificios de cemento que albergaban comercios y algunas industrias.

Un día la ciudad se llenó de carteles. Pasaban raudos coches con hombres blancos y negros ceremoniosos, todos vestidos con oscuros trajes de paño: eran los políticos.

Los kombes, desde las puertas de sus casas, observaban temerosos este desfile, y escuchaban la algarabía de promesas y de glorias para el futuro. Algunos abandonaron sus casas primitivas y

su pesca tradicional. Se unieron a la comparsa buscando posiciones más cómodas, prometedoras de ventajosos resultados.

Antonio Ekoka tiene 22 años. Antonio Ekoka, kombe, estudió en la escuela de la Misión. El padre Juan siempre sintió gran debilidad por este chico inteligente y alegre. Quiso captarlo para la Iglesia, pero Antonio Ekoka era pescador como lo había sido su padre, sus abuelos y todos sus antepasados.

Una mañana Antonio prepara sus artes rudimentarias de pesca, pero cuando empuja su cayuco hacia el mar, distingue a lo lejos una gran multitud de personas sobre la playa. Frente a la costa están fondeados varios barcos españoles.

Por la carretera pasan veloces jeeps y camiones cargados de soldados y oficiales negros con caras de circunstancias. Todo el mundo está serio. Predominan los uniformes y las metralletas.

Antonio empuja su cayuco y con la habilidad del hombre de mar salta sobre la embarcación y empieza a remar hasta alcanzar la corriente que viene desde lejos, de la desembocadura del Utonde. Inicia su pesca y va obteniendo como fruto peces medianos de distintas especies. Una bandada de palometas chapotea con las colas para dispersar a otra bandada de pequeñas sardinas que huyen despavoridas. Entretenido con su trabajo, la corriente ha ido arrastrándole hacia donde permanecen fondeados los barcos.

Antonio se pone de pie sobre el cayuco y contempla como las lanchas vienen cargadas de colonos, militares, funcionarios, mujeres y toda clase de bártulos para trepar por las escalas de los buques. Se aleja un poco, gira su embarcación y se dirige al más próximo de los barcos. En un costado figura el nombre: «Castilla», el siguiente es el «Aragón» y un poco más allá, la fragata «Pizarro».

El sol cae a plomo sobre las embarcaciones; Antonio recuerda las clases de historia que le daba el padre Juan cuando le hablaba de América: Castilla, Aragón, Pizarro, nombres gloriosos de la colonización de América. Aquí están para repatriar a los colonos españoles en Africa.

Antonio se aleja de los barcos y continúa su pesca. A través de las transparentes aguas del mar tranquilo ve pasar una bandada de palometas que huyen asustadas. El pescador busca en la profundidad del mar al causante de la dispersión de estos peces, como antes contemplara la huida de las sardinas perseguidas por las palometas. Allí, en el fondo, sobre la arena, esta el «chato». El tiburón de esta zona de Africa es feo, corto de longitud y carece de la armonía y de la línea estilizada del tiburón del Caribe, pero es voraz y cobarde. Antonio observa sus movimientos pausados, ve cómo agita su cola y rápidamente busca la posición de ataque para lanzarse sobre su presa. El hombre sonríe, y cuando la aleta aparece sobre la superficie golpea el agua con la parte plana de su remo. El escualo se sumerge asustado y escapa hacia el fondo del mar. Antonio, sin saberlo, ha roto el equilibrio biológico. Las sardinas se agrupan asustadas; las palometas buscan refugio en las rocas próximas a la costa y el temible «chato», el tiburón, se pierde en las profundidades huyendo de un peligro inexistente. El pescador kombe rema rápidamente y se dirige a su casita de la playa. Cuando salta sobre la arena mira hacia lo lejos y no ve movimiento de barcazas. Los buques están izando sus botes. No hay gente sobre la arena de la playa de Bata. La operación de rescate ha terminado.

Cuando ha colocado su cayuco cerca de la pared de su casa se le acercan dos soldados pamues. Le miran amenazadores, escrutan el fondo de la embarcación y uno de ellos agarra la bolsa de plástico donde Antonio ha guardado el producto de la pesca. El soldado, con su metralleta al hombro, le increpa con severidad:

—¿Qué es esto? —pregunta.

Antonio responde:

—Pesca.

—¿Tienes permiso?

—No.

El soldado retira la bolsa de plástico con la pesca y dice:

—No se puede pescar ni salir en cayuco sin permiso.

Los dos soldados dan media vuelta y se dirigen a la carretera llevándose la bolsa.

Antonio contiene su rabia mientras les ve alejarse con las metralletas colgadas de sus hombros. Aprieta los puños, se deja caer sobre la arena y golpea con furia el suelo.

Antonio Ekoka, kombe, ha sido víctima de la primera expropiación arbitraria. Su mujer, Antonina, escondida en la casa, ha contemplado la escena por la ventana.

Sale asustada y pregunta, refiriéndose a los soldados:

—Antonio, ¿se han ido ya?

Antonio con la mirada fija en las siluetas de los barcos que se alejan de la costa, contesta con un sollozo:

—Sí, Antonina, ya se han ido... —y rompe a llorar.

II

LA FUGA DE RAIMUNDO COLET

Se llamaba Raimundo Colet Douglas, y era descendiente de una de las familias fernandinas de rancio abolengo de Fernando Poo. Sus antepasados llegaron probablemente de Sierra Leona durante la dominación inglesa, pero él había nacido en Barcelona y hablaba catalán. Su niñez y su juventud las pasó entre la Ciudad Condal y Santa Isabel hasta que, terminado el bachillerato, su padre lo envió a Las Palmas con la intención de que estudiara peritaje industrial, pero Raimundo se encontraba muy cómodo entre la sociedad canaria, se inscribió en uno de los primeros equipos de baloncesto de España cuando este deporte apenas era conocido en la Península, y descuidó sus estudios para alternar sus aficiones deportivas con las fiestas; pero un día, por indicación de su tío Armando Douglas, su familia le obligó a regresar a Fernando Poo. A trompicones fue de un empleo a otro hasta que ingresó como funcionario de la Cámara Agrícola, primero y como auxiliar administrativo en el campamento de recluta de braceros de Calabar, después. Casó con Leonor Brown, también fernandina, muy cultivada y quizás la chica más vistosa del momento.

Raimundo rondaba uno noventa de estatura, tenía la complexión física de un deportista, carácter alegre y un tanto abandonado en sus obligaciones, pero era un excelente muchacho y estaba integrado en la sociedad blanca de la colonia como un miembro más. Participó activamente en la creación y desarrollo del deporte en la isla, destacándose en los equipos de fútbol y baloncesto. Juliano fue buen amigo de este africano medio fernandino medio catalán, porque se habían conocido en Las Palmas cuando ambos estudiaban antes de nuestra guerra civil.

Mediados los años sesenta, Raimundo envió a Leonor y los niños a Barcelona y aceptó un buen empleo en una firma comercial y agrícola que, además, tenía negocios en España.

Las empresas coloniales, a la vista del giro que están tomando las iniciativas políticas, van seleccionando entre su personal indígena al más destacado para que sirva de pantalla, si llega a concederse la independencia a esta región española. Se crea un nuevo cargo: el adjunto a la gerencia, para colaborar en las relaciones políticas cuando llegue el caso. Esta iniciativa, adoptada por la mayoría de las grandes firmas, no dio resultado, porque al llegar la independencia lo que importaba era el grupo racial a que pertenecía cada uno y no su competencia profesional ni el hecho de ser africano; y como el pamue, dominante, no había alcanzado madurez suficiente y el número

de individuos cualificados era muy escaso, los que eligieron bubis, fernandinos o ndowes se encontraron casi en peor situación que si hubieran tenido un blanco dirigiendo su negocio.

Poco a poco, a la vista de la actitud del nuevo Gobierno, la población blanca perseguida inicia el abandono temporal del país con la esperanza de regresar cuando las circunstancias cambien. Los dos vuelos semanales a Madrid carecen de capacidad para la demanda de plazas. Cada día se produce un nuevo incidente y los habitantes españoles se encuentran desamparados. La representación diplomática trata de evitar roces con las autoridades del nuevo Estado, aconsejando reiteradamente prudencia y hasta paciencia a los colonos, pero esto no significa solución. Los primeros meses son de tanteo, y las empresas se van quedando sin dirección capacitada por abandono de los antiguos administradores, sucediéndoles al frente de los negocios el segundo gerente indígena o uno improvisado. La economía sigue funcionando por inercia, pero Juliano sabe que al acabar el impulso el volante retrocederá, y no cree que esto pueda evitarse. Son los primeros momentos de un cambio brusco, y tanto los colonos como los auctóctonos de la isla están atemorizados. Algunos bubis y fernandinos están ya en la cárcel, y algunos blancos apaleados se suman a los que ya han salido con destino a la ex metrópoli.

Una mañana Juliano abrió las puertas de la oficina para iniciar la jornada casi en solitario, porque los europeos de la plantilla administrativa se han marchado y sólo cuenta con auxiliares indígenas poco preparados para sustituir a los que se fueron. Desde la puerta, ve pasar jeeps con militares mostrando su armamento a la vez que su arrogancia. Una fila de presos viene desde los barracones de la policía, custodiada por agentes de uniforme con metralletas y porras, en dirección a la carretera de San Carlos. Juliano se retiró prudentemente de la puerta, pero desde dentro de la oficina vio cómo pasaban unos cincuenta hombres algunos de los cuales iban esposados. Su sorpresa fue mayúscula cuando distinguió la figura de Raimundo, porque no sabía que estuviera detenido. Inmediatamente fue a la Embajada de España para informarles del hecho, porque Raimundo Colet era español de origen, nacido en Barcelona y con pasaporte y documento nacional de identidad españoles. Los funcionarios escucharon la petición de Juliano, pero le indicaron que nada podían hacer, porque Colet era africano de raza negra, y las autoridades de Guinea no entenderían la intervención española. Por otra parte, eran tan numerosas las peticiones de ayuda diplomática para casos similares contra españoles blancos, que lo más aconsejable era no salir de casa y evitar problemas con las autoridades del nuevo país. Era necesario adaptarse a la situación, y le aconsejaron, además, que si alguien se encontraba incómodo lo mejor sería que marchara a España.

Juliano no tenía forma de comunicarse con Raimundo, pero se plantó en la Dirección de Seguridad, como se denominaba ahora el servicio de la Policía Colonial. El secretario era un bubi conocido de él, que al verle en el pasillo se levantó y vino a saludarle. En voz baja, y con toda la prudencia del caso, le explicó el motivo de la visita. El bubi le señaló la puerta y, también en voz baja, le aconsejó que saliera de la oficina y que no se le ocurriera interceder, porque el asunto estaba «caliente». El secretario le volvió la espalda y se reincorporó a su trabajo. No le quedó más remedio que seguir el consejo del bubi. Salió de la Comisaría con sensación de impotencia, porque el momento era muy delicado y no sabía a quién recurrir. De todas formas, trataría de acercarse al Ministro del Interior, aunque tenía que reconocer que el asunto se había puesto feo para Raimundo. La población española que quedaba en Santa Isabel evitaba destacarse, y los comentarios y consultas de Juliano con amigos comunes recibían idéntica respuesta, que reflejaba, más o menos, el temor de encontrarse cuando menos lo esperaran en la misma situación que Raimundo.

Dos semanas más tarde, cuando acababa de llegar al aeropuerto para despedir a unos amigos que salían con destino a Madrid, le pareció ver en las proximidades del pequeño barracón de comunicaciones una sombra detrás de unos arbustos. Fijó su mirada y comprobó que, efectivamente, alguien le hacía señas para que se le acercara. No había duda, era Raimundo. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse que la pareja de militares que acababa de pasar había entrado en el terminal, y entonces hizo una seña con el brazo para que supiera que le había entendido. Se dirigió resueltamente a la oficina de comunicaciones, pero al llegar a las proximidades de la pared lateral se encaminó con decisión hacia los arbustos donde estaba agazapado Raimundo. Este estaba nervioso, tenía la ropa medio destrozada y parecía muy cansado y, sobre todo, asustado. Le suplicó a Juliano que hablara con el comandante del DC-8 para que lo admitiera a bordo, porque si permanecía en la isla no tardarían en asesinarle. La respuesta fue que se sentara detrás de los arbolillos y que no se moviera hasta que él regresara.

Con la mayor serenidad posible se dirigió lentamente al terminal y continuó hacia el pequeño salón que servía de oficina de la Compañía Iberia, pero al pasar frente al mostrador le indicó al funcionario de facturación que tenía que hablar con él urgentemente. El funcionario le siguió y, cuando le explicó el asunto éste se encaminó hacia el avión, llevando unos documentos en la mano para simular que trataba de consultar algo a la tripulación que estaba al pie de la escalera. Por la ventana del saloncito vio cómo hablaba con el comandante y que regresaba con los mismos papeles que había llevado. En la explanada del aparcamiento de aviones había, como cada día a la llegada y salida de vuelos, numerosas parejas de soldados con armas que vigilaban todo el movimiento de personas y carga. De vez en cuando algunos subían por la escalera como si fueran a inspeccionar el interior del avión.

El funcionario de Iberia entró en el saloncito donde esperaba Juliano y le dijo:

Explícale a Raimundo que dentro de un rato me acercaré a donde está. Iré conduciendo la furgoneta cargada de equipaje, y cuando se lo indique, no antes, deberá entrar en la cabina por la puerta derecha y tumbarse como pueda en el fondo. Que no hable ni se mueva. Situaré la camioneta junto a la puerta trasera del avión, y cuando se lo diga, deberá subir por la escalera, procurando no llamar la atención. Una azafata lo esconderá en el servicio de aseo y la puerta quedará bloqueada. Allí deberá permanecer hasta que el avión esté en el aire, ¿comprendido?

—Perfectamente —contestó Juliano, y salió sin prisa deteniéndose de vez en cuando para hablar con algún amigo.

En la sala destinada a autoridades había movimiento, como siempre, de personajes destacados del Gobierno. Algunos le saludaron, y él abandonó el barracón que hacía las veces de terminal; se entretuvo intencionadamente ante la puerta, y cuando comprobó que no corría riesgo se acercó a los arbustos donde Raimundo permanecía escondido. Le transmitió el mensaje y se lo hizo repetir. Entonces regresó, se situó en las proximidades de la explanada, y esperó.

Al cabo de un rato las dos furgonetas cargadas, conducidas por dos blancos, se dirigieron al barracón de comunicaciones, giraron en las proximidades de los arbustos y se detuvieron cubriendo con sus carrocerías la entrada de Raimundo en la cabina sin que pudieran verle desde el terminal. A continución las dos furgonetas se situaron junto a la puerta trasera del avión, y el plan se cumplió como estaba previsto.

Unos minutos después Raimundo Colet se sentaba sobre la tapa del water. Estaba destrozado, no tenía fuerzas para levantarse. Apoyó la cabeza sobre el lavabo y esperó.

Desde su escondite oía ruidos y voces. Un soldado intentó abrir la puerta, pero la azafata le dijo que estaba bloqueada y que la repararían en Lagos.

Pasado algún tiempo, comentando la odisea, diría que los minutos pueden parecer años.

Se encendieron las luces de precaución, rugieron los motores, se puso en movimiento el avión y emprendió su carrera por la pista; sintió un golpe brusco de recogida del tren de aterrizaje y la sensación de encontrarse flotando en el aire. Entonces Raimundo rompió a llorar, y así estaba cuando una azafata abrió la portezuela para que pudiera pasar a la cabina de pasajeros. Estaba vivo y era libre. Miró por una ventanilla y sólo vio el mar plomizo del Golfo de Guinea. Fernando Poo había quedado atrás.

La patria de sus antepasados, la suya, que ahora el azar había puesto en manos de otros invasores que la arrebataron sin lucha a la Madre Patria y a los colonos blancos, entraba en la historia artificial de los países del Africa negra.

La historia de Fernando Poo es una sucesión de ocupaciones y de invasión de razas. ¿Quién sustituirá a los fangs?

Esa pregunta, ese misterio, sólo podrán resolverlo cualquier día los políticos de allí o de cualquier otra parte del mundo, que son, en definitiva, los sucesores de los guerreros y de los brujos.

Se sentó sobre la moqueta del pasillo, porque el avión iba completo, cuando la azafata le sirvió una cerveza. Tenía sed, tenía hambre, tenía sueño. Se daba cuenta de que había vuelto a la vida. Necesitaba descansar, pensar. ¿Cómo estarían Leonor y los niños allá en Barcelona? ¡qué sorpresa se iban a llevar! no tenía ni un duro en el bolsillo, pero estaba vivo, lo demás se arreglaría, y mientras pensaba y trataba de ordenar sus ideas se dio cuenta que estaban aterrizando en Lagos. La escala en Lagos significaba retraso en la programación del vuelo. El tráfico congestionado, quizás por falta de personal técnico, podía representar una o dos horas de demora. Esto añadido a la prolongada espera en Santa Isabel, supondría llegar a Madrid sobre las diez de la noche, pero eran molestias sin importancia para Raimundo. Por fin, a las cinco y media de la tarde la torre de control autorizó el despegue. Cuando se apagaron las luces de precaución salió de nuevo del servicio de aseo, pero aunque le ofrecieron un asiento de la tripulación prefirió sentarse en el suelo cerca de la puerta trasera.

Una bandeja con la comida de a bordo le pareció el mejor obsequio que había recibido en su vida, porque hacía seis semanas que sólo engullía la bazofia de la cárcel. Aceptó otra cerveza y una taza de café al terminar la comida.

El ruido monótono de las turbinas y la serenidad del vuelo le iban adormeciendo hasta que quedó profundamente dormido. Cuando se despertó volaban sobre el desierto; había dormido dos horas. Se incorporó, estiró las piernas, y vio, de pie en el centro de la cabina, a Celso Méndez, finquero de Batanga y buen amigo suyo. Se adelantó y fue a saludarlo. Celso le correspondió con la mayor simpatía diciendo Raimundo que no pensaba volver, aunque todo cambiara. Su regreso a Fernando Poo estaba condicionado a que los fang abandonaran la isla y limitaran su gobierno

al territorio de Río Muni, porque volver mientras ellos gobernaran la isla sería una decisión suicida. Celso, sin embargo, pensaba volver cuando se calmaran los ánimos, porque allí estaba todo su patrimonio y no le quedaba más remedio que arriesgarse para conservalo. Raimundo le explicó que su problema inmediato era que no tenía un duro para llegar a Barcelona.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó Celso.

—Creo que el billete cuesta dos mil aproximadamente —respondió Raimundo—, te lo enviaré en cuanto llegue a casa.

—No es eso, es que llevo poco dinero encima, pero trataré con otros conocidos. Ahora vete a tu rincón y espera.

Raimundo volvió a su sitio y se sentó de nuevo en el suelo, cerró los ojos y repasó las tribulaciones padecidas durante las últimas semanas:

* * *

Se preparaba para salir hacia su oficina cuando aparecieron en la puerta de su casa dos soldados pamues con las metralletas en la mano. Sin mediar palabra se avalanzaron sobre él irrumpiendo en el salón de su casa, le sujetaron, aunque no hacía ademán de defenderse y uno le agarró los dos brazos por la espalda y los ató con una cuerda a la altura de los codos, como hacían los guerreros de sus tribus cuando atrapaban a algún enemigo. Apretó bien la cuerda hasta que Colet hizo una mueca de dolor; entonces, de un empujón lo hicieron salir de su casa mientras el «boy» nigeriano les miraba temblando de miedo. Siguieron en dirección a la avenida de Beecroft y doblaron al llegar a la calle del General Franco, dirigiéndose a la Comisaría de Policía. De vez en cuando recibía un gomazo de la porra de uno de los dos guardianes, y así fue dando traspies y soportando golpes hasta llegar a la entrada de los barracones de la Policía. De un fuerte empujón lo situaron frente a la mesa donde un cabo rellenaba las fichas de los detenidos. El cabo, de la etnia fang, ordenó:

—Quítale la cuerda a este cabrón.

El agente obedeció desatando la cuerda que le torturaba los brazos mientras el cabo anotaba su filiación.

—Ahora llévalo al palacio —dijo con una mueca que quería ser una sonrisa.

Dos empujones más y Raimundo Colet ingresó en el infierno. En el patio había algunos presos tumbados en el suelo y otros sentados contra la pared de los barracones. Los hermanos Balachá, bubis, estaban allí; uno había perdido un ojo de una paliza y el otro cojeaba. Le reconocieron, pero no se atrevieron a saludarle. Dos días después pasaron a Black Beach y allí terminaron su vida, según le informarían más tarde.

* * *

Sentado en el avión, cerraba los ojos tratando de olvidar, pero las imágenes volvían a su mente.

* * *

Recibió toda clase de insultos y palizas que resistió gracias a su fortaleza física. Tan desesperado estaba que en alguna ocasión llegó a desear la muerte, pero ayer al salir con la cuerda de presos ocurrió algo increíble, algo que sólo puede ocurrir en estos países africanos. El cabo lo separó de los demás, lo llevó a la oficina y le dijo:

—Puedes ir a tu casa, cabrón, pero mañana vendrás, porque vas a Black Beach a descansar. ¡Si no estás aquí a las doce iré a buscarte!, ¿me has oído, cabrón?

—Sí, señor —contestó Raimundo sin salir de su asombro—. Vendré a las doce.

Se encontraba en la puerta de la calle y no entendía qué había ocurrido para que aquel sanguinario le dejara en libertad, aunque sólo fuera por unas horas, y se dirigió con rapidez a su casa.

Estaba confundido y pensaba que todo esto era una trampa; seguro que esta noche vendrían a buscarle y le matarían, alegando que se había fugado. Entró en su casa, se cambió de ropa, sustituyendo la que llevaba puesta hacía seis semanas por un pantalón oscuro, una camisa caqui y unas chirucas. Algo tenía que hacer, porque no podía quedarse allí. Sería un disparate. Tomó una decisión, la única que le ofrecía una remota posibilidad de escapar. Se dirigió al río Cónsul y siguió en dirección al Campo Yaunde, continuó hacia el Servicio Agronómico, siempre andando deprisa, pero tratando de no despertar sospechas. Serían las tres de la tarde cuando cruzó la carretera de San Carlos pasando entre dos chalets de colonos españoles. Tenía enfrente los depósitos de gasolina de ALADA, y de dos zancadas cruzó la autopista del aeropuerto y se escondió en un cañaveral que invadía el viejo campo de aviación de Santa Isabel. Siguió una senda que atravesaba una finca vieja de cacao y, por fin, ya oscurecido, llegó al río Timbabé. Se agazapó tras unos matorrales junto a la carretera, esperando un momento favorable para pasar el puente e internarse en el lado derecho de la autopista; allí buscaría un refugio para pasar la noche y al día siguiente tendría que llegar al aeropuerto, porque su única salvación era el avión de Iberia, que había establecido un puente aéreo para evacuar a los españoles en una operación denominada «emergencia». Era un esfuerzo desesperado, pero no podía quedarse esperando a que lo atraparan. Sentado en el suelo no podía conciliar el sueño. Su pantalón estaba roto a la altura de la rodilla derecha y la camisa estaba desgarrada. Le brotaba sangre de las piernas y de los brazos producida por zarzas y ramas secas, pero no sentía molestias. Al amanecer se puso en camino, bajó una pendiente para atravesar un riachuelo, cruzó cañaverales, plantaciones de cacao abandonadas, y, ya sobre las nueve, oyó el ruido del avión que tomaba tierra en Santa Isabel. Tenía que darse prisa. Al fin lo había logrado, allí estaba a la vista, el barraconcito de comunicaciones del aeropuerto. El aparcamiento frente al terminal estaba lleno de coches, pero no había nadie. Ya iba a saltar cuando dos militares salieron del barracón en dirección al terminal. Cuando pasaron, dio un salto y se situó tras unos arbolitos, entonces vio que alguien bajaba de un coche que acababa de aparcar. Era Juliano Alba que se cruzaba con los dos militares. Raimundo se incorporó haciéndole señas con la mano. Vio cómo Juliano le devolvía la seña, y se escondió de nuevo.

* * *

Ahora estaba llegando a Madrid. Parecía imposible. Celsó le sacó de su meditación y le entregó un fajo de billetes de veinticinco, de cincuenta y de cien, y hasta uno de mil. Contó tres mil pesetas. Miró a Celso y los ojos se le llanaron de lágrimas. Volvió la cabeza hacia la pared y guardó el dinero en el bolsillo.

Un rato después chirriaron las ruedas del avión que seguidamente rodó por la pista hasta que giró y quedó inmovilizado.

Al poco rato entraba en el terminal. Tenía frío esta noche de abril que no olvidaría durante el resto de su vida. En el control de pasaportes explicó su situación y el agente le obligó a rellenar su ficha mientras le decía que al llegar a Barcelona se presentara en la Comisaría de su distrito para regularizar su situación. Por la mañana continuaría el viaje, y ahora intentaría dormir en la sala de espera.

Un matrimonio con niños, todos con muestras de cansancio, entró en la misma sala. Aparecieron otros mal trajeados, sin afeitar, cargando con bolsas y paquetes: eran sus compañeros de viaje que dormirían también donde encontraran sitio para continuar al día siguiente hacía su destino.

Cerca de Raimundo había dos señores bien vestidos que hacían comentarios:

—Son colonialistas expulsados de Guinea —dijo uno.

—Ya era hora que los negros se tomaran la revancha. Seguro que tienen lo que se merecen. Fueron a explotarlos y ahora les toca aguantarse.

Raimundo se levantó, los miró y los desconocidos lo miraron con respeto y con aire de simpatía, pero Raimundo Colet buscaba otro sillón para reposar mientras pensaba cuánta audacia y cuánto atrevimiento produce la ignorancia.

Raimundo y Juliano se encontraron casualmente en las Ramblas unos años después, se dieron un abrazo y tomaron unas cañas, mientras allá en el Golfo de Guinea, la isla de Fernando Poo con el resurgir de sus enfermedades, con su paludismo, con la disentería y con la proliferación de la mosca tse-tse, se defiende del nuevo invasor.

Raimundo nunca regresó a su isla; está enterrado en Barcelona, pero Juliano no podía renunciar al amor de su vida, y de vez en cuando volvía a visitarla, aunque la viera degradarse, porque tenía la esperanza de que algún milagro le devolvería su esplendor, su belleza y su hermosura.

III
INTEGRACION

Había nacido en la vieja Castilla. La guerra civil le sorprendió cuando, como mecánico, ayudaba a su padre en los trabajos de un pequeño taller de reparaciones en Cuatro Caminos. Pronto sería llamado a filas, porque estaba próximo a la edad militar, pero los acontecimientos iban a cambiar el curso de su vida.

Una mañana calurosa del mes de julio de 1936 sonaron las trompetas y el centro de la capital de España era un hervidero de gentes exaltadas, que recorrían sus principales calles. El fervor patriótico, avivado como las llamas de una hoguera por oradores que anunciaban la hora del pueblo y la revolución social, animaba a jóvenes y adultos que se lanzaban a las calles dispuestos a todo. Con un brazalete republicano, una escopeta vieja o un fusil en las manos iban a la caza de su enemigo. Milicianos en camionetas mostraban su arrogancia mientras muchachas con gorros militares les acompañaban con iguales muestras de agresividad. Es curioso —pensó el muchacho— que las masas humanas muestren el mismo entusiasmo cuando empiezan que cuando terminan las guerras. El ambiente, caldeado por el deseo de sangre, le producía malestar; sentía necesidad de correr, huir de aquella jauría embravecida por el afán de aniquilar cuanto encontrara a su paso; incendiar, destruir, matar era la consigna. Los errores, las confusiones habría que cargarlos a la urgente necesidad de un cambio político. Acabar con los empresarios explotadores y con las curas, quemar los conventos y exterminar a los militares reaccionarios. No espero más, atravesó las callejuelas del viejo Madrid y con dos amigos salieron por la carretera de Extremadura en el coche destartalado de uno de ellos, que cubrieron con una bandera republicana, mientras lanzaban gritos patrióticos. Después de muchas peripecias recalaron en Badajoz andando por parajes desconocidos, y agotados por el calor y por el hambre. El coche, medio desvencijado, lo abandonaron en una cuneta a poco de salir de la capital.

Tomás Ayuso, sentado a la puerta de su taller en San Carlos, en la isla de Fernando Poo, pasa revista a su pasado treinta y dos años después de aquellos acontecimientos que marcaron un hito en la historia de esta nación llena de contradicciones.

El taller de Tomás es un pequeño edificio de chapas de cinc, con la maquinaria que se necesita para reparar automóviles y motores diesel de las industrias transformadoras de cacao y café de

la zona. Está acreditado profesionalmente, porque, además de buen técnico, es hombre de recursos insospechados. Su clientela es numerosa y todo el mundo le aprecia. Tiene dos mecánicos indígenas, bubis, que han alcanzado un buen nivel de profesionalidad y que contribuyen con eficacia al buen hacer de esta pequeña industria, tan necesaria en la zona Suroeste de la isla.

Tomás es un hombre original. Ha arraigado en Guinea y considera esta isla africana como su propia patria. España, la metrópoli, está lejos; sus padres fallecieron hace años y su único hermano emigró a Argentina al terminar la guerra. Sus amigos están aquí y aquí está su futuro.

Su afición a la pesca y a la caza representan su expansión en la rutina de su trabajo, pero Tomás dista mucho de ser un hombre disciplinado. Cumple sus compromisos, lleva una administración desordenada y disfruta la vida de un colono bohemio. Tiene una pequeña lancha con motor fuera borda, y cuando le apetece dejar el taller a cargo de sus dos oficiales bubis y emprende su jornada de pesca al amanecer, y, en ocasiones excepcionales, organiza una cacería de elefantes en Río Muni acompañado de Tobías, que es el segundo jefe del poblado esamangón de Ayamiken. A veces se queda en casa leyendo y cuelga en la puerta un letrero original que corresponde a una frase de un poeta hindú que se le quedó grabada, y que concuerda con su carácter: «No turbéis mi nada hacer cuando nada quiero hacer». La frase en sí recoge la personalidad independiente de este colono español que aportó parte de la cultura de un pueblo colonizador, pero que asimiló también la del pueblo colonizado.

Ndeme era su «mininga». Es kombe nacida en Bata. Le ha contado que su familia desciende de los primeros kombes que llegaron a aquella zona, y que fundaron la que hoy es capital de Río Muni. Ella dice que sus tribus tuvieron que huir ante la amenaza de otras tribus más poderosas que asaltaron su antiguo asentamiento en tierras lejanas. Los kombes son gentes de mar, pescadores. Es un pueblo noble que arraigó en la costa continental de Africa que colonizaron los españoles. Ndeme no acepta de buen grado a los fangs. Considera a este pueblo como gentes primitivas que no reparan en nada, porque es un pueblo invasor. Le ha dicho a Tomás que el fang no es amigo, tiene un fondo agresivo y su carácter es cerrado. Ella dice que nadie sabe lo que piensa un fang y que nadie debe creer lo que dice un fang. Forman un grupo aislado dentro del conjunto de los habitantes de la Guinea española.

Ndeme es un ama de casa perfecta y cuida a Tomás con cariño y hasta con sumisión, y es, además, una buena cocinera. Han tenido un hijo al que llaman Tomi. El mulato es vivo, travieso, pero respeta mucho a Tomás. Tiene ahora siete años y acude diariamente al colegio de la misión. Cuando cumpla la edad necesaria lo enviarán a Las Palmas para que alcance estudios superiores o alguna carrera de nivel medio. Tomás quiere que sea perito industrial, pero aún ha de pasar tiempo, porque acaba de cumplir los siete años.

Las cosas están cambiando en Guinea y, aunque no tiene ningún interés por las noticias políticas, sabe que en Madrid se está fraguando algún cambio y que este cambio no será bueno para nadie, pero considera inútil preocuparse por ello, porque él nada puede hacer para evitar cualquier transformación que decidan en España, pero, como la mayor parte de los colonos, vive momentos de incertidumbre.

Hoy se ha quedado en casa tumbado en su cama mientras Ndeme ha ido al mercado. Le vienen recuerdos de la última cacería en el Norte de Río Muni. La manada era numerosa y el macho que la dirigía tenía colmillos de calidad. Tomás vendía o regalaba sus trofeos, pero conservaba algu-

nas piezas de valor y guardaba unos «nvots» que había conseguido en Mikomeseng. Su espíritu bohemio tendía más a dar lo suyo que a recibir lo de otros. Así era su carácter, y así vivió hasta el final de sus días.

Durante toda la jornada no salió de su casa entretenido con la lectura y con sus pensamientos seguro de que en el taller todo funcionaba con normalidad. Al atardecer dio un paseo por las proximidades del mar y se entretuvo contemplando el paisaje del Pico de Santa Isabel que se ofrecía con sus tonalidades azuladas mientras la fresca brisa del mar movía las hojas de los egombegombes y de los cocoteros que bordean el camino de la Barcelonesa. Se sentó sobre unos tablones amontonados en el espigón entretenido con el movimiento de varios pescadores indígenas que lanzaban sus aparejos, y que a veces los recuperaban con algún pececillo coleteando inútilmente mientras los reflejos rojizos del sol brillan sobre sus escamas. La paz de la ciudad de San Carlos sólo es interrumpida de vez en cuando por el ruido de un camión que pasa en dirección a las fincas próximas o hacia Batete o Bokoko. A lo lejos, cerca de Aleñá, algunos cayucos de pescadores se dirigen a la playa o regresan a San Carlos con sus capturas. La noche caía lentamente y en las casas próximas al puerto se encendían las luces, y las sombras de sus habitantes se destacaban en las terrazas. La tranquilidad del atardecer le embargaba y a veces pensaba que si existe un paraíso en la tierra no puede estar en otro sitio que en este rincón de la isla africana.

Regresó a casa para cenar, y mientras Ndeme le servía la cena le comentaba las noticias que circulaban entre la población indígena. Los bubis estaban alarmados con el trajín político que se había desatado en los últimos tiempos, a la vez que los fernandinos y los kombes confiaban en que la presencia de España en la ex colonia, convertida en provincias y en estado autónomo, sirviera de moderador para que cualquier cambio fuera pacífico hacia un futuro en orden, aunque en el fondo todos temían la superioridad numérica de los fang.

No prestó gran atención Tomás a los comentarios de Ndeme, y después de cenar volvió a su lectura.

Los días transcurrían sin que ningún acontecimiento importante alterara la calma y la tranquilidad de la población, y sus habitantes, blancos y negros, convivían en paz mientras las actividades comerciales y agrícolas se desarrollaban con toda normalidad. De vez en cuando se anunciaba la visita de comisiones políticas llegadas de Madrid, que en algunas ocasiones se acercaban a San Carlos en coches oficiales que paraban en las inmediaciones del puerto para tomar fotografías y para pasear cerca del mar. Vestían ropa deportiva y andaban con lentitud mostrando cierto aire de superioridad. Tomás, desde la puerta de su taller, los observaba con recelo, porque su instinto le decía que nada bueno traerían estos personajes a estas tierras lejanas. A veces pensaba que la población de la isla debería rechazarles, evitar su intromisión en los asuntos de esta región que, por otra parte, estos señoritos desconocían en absoluto y, lo que es más, poco o nada les interesaba su futuro. En algunas ocasiones los visitantes eran extranjeros, seguramente funcionarios o políticos de la ONU, que últimamente se dispersaban sobre las naciones del tercer mundo, como suelen llamar a estas tierras felices, para arreglarlo todo o para destruirlo todo. Ndeme tampoco aceptaba de buen grado la presencia de estos visitantes, y decía a Tomás que no comprendía bien lo que hacía España. ¿Para qué cambiar? Aquí todo el mundo tiene trabajo hasta el punto de traer miles de trabajadores de Nigeria para atender las fincas. La gente vive bien. No hay guerras entre las tribus, porque terminaron en Río Muni cuando llegaron los españoles. Hay comida para todos, medicinas, ropas y los que quieren tienen casa de cemento y algunos tienen coche. Hay colegios y hospitales gratis. ¿Qué quieren?

Tomás, cuando la oía despotricar, pensaba que Ndeme sabía perfectamente lo que querían todos, en especial la clase elevada: el poder, el mando; gobernar, dirigir a los demás; vengarse de su enemigo; apoderarse de cuanto se le antoje; administrar el nuevo país, los bienes de todos. Pero esta ambición no es una peculiaridad más de este pueblo, es un defecto universal. Y Tomás no quería preocuparse ahora por lo que pudiera suceder en el futuro. Lo único que deseaba era continuar el resto de su vida en San Carlos, en su pequeño paraíso. A veces pensaba que si no fuera por las molestias que tiene en su pierna derecha quizás nunca volvería a España, pero el médico ya le había dicho que tenía que cuidarse y llevar un régimen adecuado, porque su problema era vascular. De todas formas, en los últimos meses no había sentido malestar alguno.

Pasaron días, semanas y meses, y las actividades políticas tomaban fuerza. Aparecían siglas de partidos creados por los grupos destacados de jóvenes que habían estudiado en España y de personajes sin estudios, pero de gran influencia en las distintas tribus. Los fang destacaban por su fuerza numérica, y los bubis, con los fernandinos y los annoboneses, trataban de convencer a las autoridades españolas para crear una federación que separa a los pueblos isleños de la población continental.

Ndeme le traía diariamente noticias del movimiento político, porque conocía a toda la población indígena de San Carlos y tenía amigos en la Administración Territorial; conocía, incluso, a muchos fang de la guardia territorial. La opinión extendida era que España propondría la creación de una nueva nación que integraría a todos los habitantes y territorios, sin separaciones, y ésta era también la intención de la ONU, allá en tierras de América. Para Ndeme esto sería malo, porque como la mayoría de la población es fang, estos gobernarían la nueva nación y los otros grupos raciales quedarían sometidos, a menos que España mantuviera su presencia en el país y continuara largo tiempo su condición de aglutinante. De lo contrario el futuro se presentaba incierto y poco halagüeño para las tribus minoritarias. Los españoles estaban intranquilos, pero confiaban en la permanencia de las fuerzas españolas y de asesores que tuvieran facultades resolutivas frente a las nuevas autoridades, sobre todo en materias de orden público, justicia y economía; pero dominaba la incertidumbre, porque tanto en los departamentos ministeriales de Madrid como en las autoridades encargadas de la descolonización destacaba la indiferencia y la intención abandonista. Tenían prisa en acabar con la incómoda situación cuanto antes; evitar a toda costa problemas con la ONU, que presionaba para que España concediera la independencia a unos territorios que consideraba colonias, a pesar del maquillaje político que se le había aplicado para hacerlas aparecer como provincias o como estado autónomo.

Y se organizó una especie de carnaval político que finalizó con la entrega de poderes un 12 de octubre, día de la raza y de la hispanidad.

Francisco Macías Nguema, fang nacido en Nzangayon, fue elegido en las urnas como presidente constitucional, y surgieron los primeros problemas a los pocos días de la independencia.

En San Carlos casi no se notaba el cambio. Todo permanecía tranquilo, pero las noticias que se recibían cada día llenaban de preocupación a los habitantes de la ciudad y de las fincas. Los colonos españoles enviaban sus familias a España, y quedaban en la isla a la espera de acontecimientos con la esperanza de que las autoridades españolas ejercerían la protección a las personas y el respeto a las propiedades. Pero diariamente seguían llegando noticias alarmantes. Una horda de jovencitos traídos de Río Muni inició las agresiones a la población blanca. Eran las «juventudes

en marcha con Macías». Cada día surgía un nuevo incidente y la intranquilidad aumentaba. Y se inició el éxodo.

Desde su taller, Tomás sintió gritos y hasta un disparo en la parte alta de la ciudad, cerca de los cuarteles de la Guardia Nacional. Serían las dos de la tarde cuando Ndeme apareció en la puerta del taller y le hizo una seña a Tomás para que saliera. Boheri, uno de sus mecánicos, no había acudido al trabajo esa mañana y Eribé, el otro mecánico, le informó que su compañero le había dejado recado que marchaba a su pueblo, a Batete, zona apartada donde todavía no se habían producido incidentes. El, Eribé, era de Baho, en el Este de la isla por lo que no podía escapar, porque en el cruce de la carretera general con la de Moka había un control de la guardia nacional, servido en su totalidad por fangs. Tomás salió y Ndeme, muy nerviosa, le dijo que tenía que huir sin pérdida de tiempo. Debía coger la lancha y dirigirse a Santa Isabel. Allí había dos barcos de guerra españoles y el Villa de Bilbao. Le habían dicho que a Cardona, que tenía una modesta empresa de transportes, le habían quitado el camión y le habían propinado una paliza y que lo habían tenido que ingresar en el hospital con una costilla rota y contusiones en todo el cuerpo. La rapiña, que ellos llamaban requisa, se había iniciado en Santa Isabel y se extendía por toda la isla. Las autoridades españolas tenían órdenes de no intervenir para evitar problemas con el gobierno del nuevo país. Al parecer en Bata se habían producido incidentes graves y las agresiones se sucedían con el desconcierto de la población española, que no comprendía porqué no se tomaban decisiones definitivas, empleando, incluso, la fuerza, puesto que la brigada de la Guardia Civil era más que suficiente para establecer el orden y hacer cumplir los pactos firmados entre las dos naciones. Pero en Madrid las cosas se tomaban con tranquilidad y resignación hasta que los incidentes obligaron a ordenar la evacuación de la nueva República por todos los españoles. Una mañana de febrero de 1969 se lanzó la orden mientras la Armada española destacaba unidades de desembarco para proteger la salida de todos los españoles establecidos en la ex colonia.

Tomás recibió el consejo de Ndeme con serenidad, pero comprendía que algo tendría que hacer, porque permanecer en San Carlos representaba un riesgo para él e, incluso, para Eribé. Se dirigió a su casa para planear con calma la huida. No había otra solución que la lancha, pero tendría que hacerlo sin despertar sospechas. Llamó a Eribé y le dijo:

—Continúa en el taller trabajando con normalidad. No muestres intranquilidad ante nadie. Si se presentan soldados o las «juventudes de Macías», les dices que yo soy el dueño por si quieren hablar conmigo. Debes llenar la lata de repuesto de gasolina para la lancha, y ahora atiende bien: mañana, al amanecer, te acercas al puerto y compruebas cómo están las cosas en el muelle, y si no se han llevado la lancha, si todo está en orden, permanecerás frente a la embarcación. Si a las seis no has venido a casa entenderé que todo marcha con normalidad, y en ese caso iré a reunirme contigo. Llevaré el aparejo de pesca, la lata de gasolina y algo de comida. Mi intención es llegar a Santa Isabel por la noche para alcanzar el Villa de Bilbao. Después tú podrás continuar solo hasta Baho. ¡Ojalá tengamos suerte!

La tarde fue larga y la noche más, pero no se produjeron incidentes.

Al amanecer, Tomás se vistió con una camisa, un pantalón y unas playeras. Otra indumentaria podría despertar sospechas ante los guardias pamues que vigilaban la pequeña ciudad. Ndeme había pasado la noche llorando y Tomi dormía ajeno al drama.

A las seis echó a andar como si fuera a una de sus excursiones de pesca confiado en que

no podía llamar la atención, porque todo el mundo en San Carlos conocía su afición a la pesca y estaban acostumbrados a estas salidas, mitad deportivas, mitad prácticas, pero antes de llegar al muelle tropezó con una pareja de la Guardia Nacional que le dio el alto. Sin mostrar sorpresa se detuvo dirigiéndose al jefe de la pareja:

—Supongo que puedo pescar —dijo—, ya sabes que el día tiene buen aspecto para la pesca y a lo mejor consigo un colorado. Si la cosa va bien, esta tarde os podré suministrar algunos peces, ¿hace?

El negro río, moviendo la cabeza:

—Usted no va a cambiar nunca, señor Ayuso —y preguntó:

—¿Quién va a trabajar hoy, porque Eribé está en el muelle, seguro que esperándole?

Tomás rio con el negro y respondió:

—Hoy es el día de Santo Tomás o de cualquier otro santo y lo vamos a celebrar.

El negro volvió a reír y echó a andar mientras hablaba en fang con su compañero de pareja, que también reía.

Un momento después, cuando Eribé trataba de poner en marcha el motor, apareció Ndeme con un bulto sobre la cabeza, que rápidamente arrojó sobre la lancha. Era un traje de Tomás. Tomi, medio dormido, se agarró a las piernas de su padre y murmuró algo que el hombre no entendió. Tomás puso su mano sobre la cabeza del niño, se agachó y lo besó.

Ndeme se tragaba las lágrimas, porque temía que nunca volvería a verle. Tomás saltó sobre la lancha, y el ruido del fuera borda, fue apagándose mientras la embarcación se alejaba hacia la isla de Los Loros.

Tomás palpó el bolsillo de su pantalón, donde había puesto un paquete conteniendo cien mil pesetas, resguardado por una funda de plástico. Era todo su capital para esta aventura. A Ndeme le había dejado una cantidad igual. Tenía la esperanza de que en uno o dos meses estaría de regreso. El viaje, obligado, le vendría bien, porque lo aprovecharía para visitar a algún médico en Canarias o en la Península. Lo que más le preocupaba era qué hacer mientras permaneciera en la metrópoli. Ndeme le había dicho que ella permanecería en San Carlos durante algunos días, pero que pensaba salir en cuanto pudiera con destino a Bata para reunirse con su familia. Un sargento de la Guardia Nacional, amigo suyo, le ayudaría para que pudiera hacer el viaje sin problemas. Cuando regresara Tomás, tenía que avisar a Bata y podría hacerlo a través de Ekonga, funcionario de la compañía Iberia, que pertenece al mismo grupo racial que ella.

La lancha rebasó la isla de Los Loros y siguió bordeando la costa oeste de la isla en dirección a Santa Isabel. No quería perder tiempo. Trataría de alcanzar Punta Europa a últimas horas de la tarde para entrar remando en la bahía de la capital, después de la media noche. Había preparado un garfio para trepar por el costado del barco si era necesario. La pierna le molestaba, pero aguantaría y alcanzaría su objetivo. Una vez a bordo se consideraría momentáneamente a salvo. Y todo sucedió como había previsto. La lancha se deslizaba suavemente sobre las tranquilas aguas de la bahía,

y tanto en el muelle nuevo como en el antiguo no se veía movimiento alguno. La oscuridad de la noche les protegía de la vigilancia de los guardias destacados en los muelles, mientras en silencio habían alcanzado el costado de estribor de la nave. El silencio era absoluto, y Tomás tenía la impresión de encontrarse al lado de un barco fantasma. Desenrolló la cuerda y con habilidad lanzó el garfio que se enganchó en la barandilla metálica de cubierta. Tiró con fuerza y comprobó que la cuerda se tensaba, ofreciendo seguridad para la escalada. Se volvió hacia Eribé y antes de despedirse le aconsejó que se dirigiera a los Enríquez, y desde allí debería emprender la travesía hacia Punta Hermosa para alcanzar Bakake al mediodía. Si todo salía bien, Eribé podía llegar a su poblado aquella misma tarde. La suerte decidiría.

—Si todo se normaliza —dijo Tomás— regresaré el próximo mes y quizás entonces podamos reanudar nuestro trabajo en San Carlos. Te deseo mucha suerte.

Tomás se ató el bulto que le había traído Ndeme, lo sujetó a su espalda y escaló la borda del Villa de Bilbao. Una vez en cubierta saludó con la mano a Eribé, que empezaba a remar en dirección a los islotes Enríquez. Una voz bronca le hizo reaccionar:

—¿Quién es usted?

—Un desamparado —contestó Tomás—, que busca refugio para escapar de este infierno. ¿Puedo esperar buena acogida o debo tirarme al mar?

El marinero no estaba para bromas y ordenó:

—Sígame. El sobrecargo le contestará.

Tomás, con su bulto atado a la espalda, entró en la sala, y el marinero le condujo hasta una mesa donde varios oficiales hablaban mientras tomaban café.

—Estaba en cubierta —dijo el marinero dirigiéndose al sobrecargo y señalando a Tomás—. Parece que escaló desde una lancha.

El sobrecargo le miró, examinándole de arriba abajo y exclamó:

—Uno más. Alójalo en un camarote de segunda, y dirigiéndose a Tomás preguntó:

—¿Trae equipaje?

—Lo puesto y este bulto. No tenía oportunidad. De pronto, si me admiten ya es bastante.

—Bien, siga al marinero. Ha tenido mucha suerte, porque azarparemos al amanecer, gracias a Dios. Mañana me dará su filiación.

—Gracias —respondió Tomás, y echó a andar detrás del marinero, pero de pronto oyó gritos en el muelle. Hablaban en pamue y seguidamente sonó un disparo. Tomás se imaginó lo peor y se asomó a la cubierta que daba al muelle. Varios soldados corrían con los fusiles en la mano dispuestos a disparar. Se oyó una voz desde la bahía. Era la voz de Eribé, que había sido sorprendido. Mientras los soldados apuntaban, Eribé suplicaba en español que no dispararan, que él se entregaría.

Tomás sintió vergüenza, rabia, impotencia, porque nada podía hacer, pero le parecía que inhibirse no era digno. Eribé iría a la cárcel y, tal como estaban las cosas, quién sabe lo que podía pasar esa noche.

—No se acerque a la borda —dijo el marinero— es cosa de negros; pero Tomás pensó que era cosa de blancos.

—Sígame a su camarote —y echó a andar por el pasillo interior del barco. Tomás le siguió arrastrando su pierna derecha que seguía molestándole.

Una litera estaba ocupada por un hombre que dormía tendido sobre las sábanas. Se desprendió del bulto que contenía el traje y un par de zapatos negros. Cansado, se tumbó sobre la cama que le señalaba el marinero. Le dio las gracias y se dispuso a descansar, pero no podía apartar de su mente la imagen de Eribé. Mucho temía que lo iba a pasar mal aquella noche. El cansancio le vencía poco a poco hasta que se abandonó a su sueño. Antes del amanecer le despertó el ruido de las máquinas y el movimiento del barco. Se levantó y salió a cubierta. Las estrellas brillaban en el firmamento y la ciudad apagada parecía desierta, abandonada, pero Tomás pensaba que en las casas de los blancos y de los bubis el fantasma del miedo se apoderaba de todos los que no eran fangs. Allí quedaban a merced de las decisiones que tomaran unos hombres que conservaban odios tribales y deseos de venganza en una tierra que no era suya y que habían invadido gracias a una injusticia política que tendrá que juzgar la historia. La jauría embravecida que le hizo huir un día de julio de 1936 de la capital de España, anidaba también y se escondía en el alma de este pueblo africano, dominante e invasor, que hoy dirigía los destinos de este recién creado país del Africa ecuatorial, y se desataba de día en día buscando enemigos para descargar su furia contenida durante años. Es el odio lo que hace difícil la convivencia entre los hombres, lo que destruye, porque el odio nunca puede ser constructivo, y en la transformación política de Guinea se fomentó el odio, quizás por ignorancia en el planteamiento descolonizador. No se pensó en el enfrentamiento histórico de las tribus; no se pensó en una mediación para que el cambio tuviera resultados pacíficos y constructivos. Imprudentemente se fomentó el odio, y el odio —volvía a reflexionar Tomás— no es constructivo.

El faro de Punta Europa lanzaba sus destellos mientras la motonave se deslizaba hacia la oscuridad de la noche. Por la claraboya adivinó las sombras de la costa que había recorrido esa misma mañana huyendo de nada, de la barbarie, de la incomprensión de un pueblo que sustituía a España en la colonización de otros pueblos que iban a padecer el más cruel colonialismo que puede imaginarse: el de la tribu dominante, y Tomás pensó que los señoritos de las comisiones ministeriales y de la ONU habían desaparecido, dejando sin protección a las tribus sometidas. Nadie volverá para comprobar la arbitrariedad cometida desde los tranquilos despachos ministeriales de Europa, de la ONU y de América, sometiendo a una de ellas todas las demás, cuando antes de su intervención todas vivían en paz. Pero ahí está la historia para recoger las glorias, los desastres y los errores irreparables.

La historia del Africa moderna es la consecuencia de acuerdos, de decisiones y de intereses que se debatieron en los suntuosos despachos de gobiernos lejanos que en ningún caso pensaron en las conveniencias de los pobladores del continente negro y, aunque resulte incomprensible, actuaron con idéntica ignorancia en la distribución, en la ocupación y en el abandono de las parcelas que, en acuerdos internacionales se distribuyeron los poderosos y los débiles. Una nueva era aca-

baba de iniciarse en Africa a mediados del siglo XX y queda la esperanza que la resuelvan los africanos, pero no les será fácil desprenderse de la influencia y de los intereses de la presión occidental.

Tomás seguía en cubierta con sus pensamientos, contemplando el amanecer, pero de una cosa estaba seguro: que volvería porque atrás quedaba todo cuanto tenía y cuanto amaba en este mundo. Mientras la motonave avanzaba se consolaba pensando que pronto estaría de vuelta.

Había amanecido cuando su compañero de camarote se levantó. Se llamaba Indalecio Moragas y había nacido en La Rioja. Tenía tres factorías en el bosque: una en Niefang, otra, en Evinayong y otra en Mikomeseng. Su negocio marchaba bien hasta el desastre de la descolonización. Ante los acontecimientos y la orden de evacuación comunicada por la Embajada de España, había escapado de Niefang gracias a su amistad con un teniente fang que le llevó a Bata. De la situación en Bata se resistía a hablar, pero, poco a poco, iba explicando a Tomás los incidentes. Las fuerzas españolas siguen acuarteladas para ser evacuadas. Las agresiones a la población blanca son diarias; los insultos a España, constantes, y allá en Madrid se ha reaccionado sin dignidad, enviando una flota para rescatar por la playa de Bata a los españoles, porque ni siquiera se les permite embarcar por el muelle. Mujeres en estado de gestación, viejos, jóvenes, religiosas, toda la población española es evacuada de la zona continental de forma humillante. En unos días todos los colonos españoles habrán abandonado el país y seguirá un período de miseria para ellos, menos para los gobernantes y cuatro arribistas extranjeros que están aprovechando el momento. Gracias a Dios, puse a salvo a mi familia con tiempo suficiente y he situado fondos en Logroño para emprender algo que me permita seguir viviendo, porque Guinea se acabó para nosotros. Mi negocio estaba en territorio fang y allí no prosperará nadie.

Tomás recibía las noticias con tristeza, pero pensaba que en la isla, y, sobre todo, en San Carlos las cosas podrían volver a su cauce. A él no podían desanimarle, porque, además, ¿qué podía hacer en España? El regresaría, estaba seguro.

La travesía hasta Las Palmas fue monótona y triste. Cada uno contaba su odisea. Había algunos que, como Moragas, consiguieron salir en avión hacia Santa Isabel, pero no obtuvieron plaza en el puente aéreo establecido para la evacuación. La conversación durante todo el viaje se limitó a acusar al Gobierno español por el abandono en que dejó a unos ciudadanos que sufrieron toda clase de vejaciones hasta lograr pasaje de regreso a la ex metrópoli. Algunos, como Tomás, confiaban en el retorno, pero la mayoría había perdido las esperanzas. Con los pamues será imposible un acuerdo.

El médico de a bordo le había dicho a Tomás que debía desembarcar en Las Palmas y acudir a un especialista sin pérdida de tiempo, porque el estado de su pierna resultaba preocupante. Las molestias habían aumentado de día en día.

Por fin, las costas de Gran Canaria mostraban el perfil de sus montañas y el Puerto de la Luz se divisaba al pie de los montes de la isla. Al atardecer el Villa de Bilbao soltó el ancla, y desde proa y desde popa se lanzaron las amarras para que pequeños botes iniciaran la maniobra de atraque. El espacio de muelle destinado a la motonave había sido acotado para evitar la entrada de público. Sólo se permitía pasar a quienes esperaban familiares o a funcionarios del servicio de inmigración, pero Tomás reconoció a algunos colonos entre los grupos que, alejados de la zona, esperaban a algún amigo o venían para recoger noticias, porque la censura no permitía saber la situación actual de la población y todo eran especulaciones y bulos sobre incidentes.

Desde la cubierta reconoció a Juliano Alba, gerente de Caiser, cliente de su taller de San Carlos y buen amigo suyo. Se situó en las inmediaciones de la escala y con el brazo en alto trataba de llamar su atención, hasta que éste le reconoció. De momento, ya tenía alguien que le sirviera de apoyo, porque Juliano era canario y, sin duda, le ayudaría para conseguir alojamiento y médico.

Ya oscurecido bajó la escala vestido con el traje que le llevara Ndeme a la lancha, y con un pequeño bulto que contenía la ropa que llevaba puesta al escapar de San Carlos. Atravesó la barrera que acotaba la zona y se encontró con Juliano, que había llegado en avión esa semana. Se dieron un abrazo y fueron directamente a una residencia para turistas en la zona inmediata a la playa. Ambos coincidían en la necesidad de regresar en cuanto las cosas se normalizaran, porque no podían admitir que la Guinea se perdiera para siempre.

Al día siguiente Juliano le recogió en la residencia y le acompañó a la consulta de un especialista para un reconocimiento detenido, porque las molestias persistían y los dolores eran cada día más agudos.

Después de un examen minucioso, que se prolongó más de dos horas, el médico indicó la conveniencia de internarle en una clínica, porque, según dijo a Juliano en un aparte, había indicios claros de gangrena.

Al día siguiente se llevó a cabo la amputación de la pierna derecha y el diagnóstico que el médico transmitió a Juliano no podía ser más pesimista. Sólo un milagro podría salvarle la otra pierna, pero el médico no daba muchas esperanzas y temía por su vida.

Diez días más tarde, Tomás Ayuso Barona fallecía en la soledad de una clínica de Las Palmas. Juliano Alba fue su único acompañante y se hizo cargo de que tuviera un entierro digno en el nuevo cementerio de la ciudad, y encargó una modesta lápida con la siguiente inscripción:

Tomás Ayuso Barona
colono español
falleció en Las Palmas
el 23 de mayo de 1969

* * *

Han pasado tres meses y la ciudad de Bata vive una situación tensa. Los colonos españoles han sido evacuados; sólo quedan unos pocos que se resisten a perder lo suyo. Al atardecer, algunas mujeres se dirigen de Moganda a la ciudad. Los cocoteros de la playa y los egombegombes que bordean la costa proyectan sus sombras sobre los edificios próximos a la carretera y la gigantesca ceiba, que simboliza la ciudad de Bata, extiende sus ramas como brazos que ofrecen hospitalidad al caminante. El sol rojizo se pierde en la lejanía del mar, mientras las mujeres siguen su camino ausentes a la belleza del paisaje.

Una mujer anda con paso ligero transportando sobre su cabeza una palangana que contiene algunos peces. Va calzada con unas zapatillas de lona blanca y viste un clotes verde con alegres motivos tropicales. Le sigue un niño mulato que de vez en cuando recoge piedrecillas de la carretera para arrojarlas con fuerza a la playa. Ndeme regresó a Bata hace un mes. El dinero que le dejó Tomás le permitió pagar su pasaje y el de Tomi y sirvió, además, para atender al sargento

y sobornar a los policías del puerto de Santa Isabel y a los de Bata, al llegar. Ahora está organizando su vida en la ciudad donde nació, y mantiene la ilusión de que cualquier día llegue la noticia del regreso de Tomás a San Carlos.

La noche va cayendo sobre Bata y la oscuridad se convierte en compañera de Ndeme, mientras Tomi corretea a su alrededor.

Se aproxima ya la estación de las grandes lluvias, y los primeros tornados han pasado sobre la ciudad de Bata, pero quizás mañana vuelva a brillar la luz del sol. Para Ndeme sólo hay oscuridad.

IV
LA INFORMACION Y LAS COMUNICACIONES

A su llegada a Santa Isabel, Juliano Alba se dio cuenta de su aislamiento. Un barco de la compañía Trasmediterránea hacía un servicio mensual entre la península y la colonia. Por aquellos años era fácil disponer de una radio, y los medios de información se limitaban a un periódico, «El Ebano», y una revista, editada por la Misión Católica, titulada «La Guinea Española», esta última bien documentada y dirigida principalmente a informar sobre las actividades de la Iglesia, de la enseñanza, y, sobre todo, de las relaciones con los pueblos que componen nuestra colonia. Es uno de los documentos valiosos para cualquier estudio e investigación sobre el paso de España por esta zona de Africa. Colaboraban misioneros, nativos y algunos colonos. Su lectura, sencilla, es atractiva para cualquier persona interesada en la etapa histórica de nuestra nación en la Guinea. En los archivos de la Misión en Santa Isabel se conservan los ejemplares editados a lo largo de la presencia de los Padres Claretianos en Guinea.

El periódico era otra cosa. Los directores y redactores se improvisaban sobre la marcha, y podían leerse artículos y noticias que producían la risa y la diversión de los lectores.

Un director hubo, que al recoger en las «crónicas de sociedad» el bautizo de su hijo, y habiéndose omitido su nombre, exigió corregir a mano la noticia tan importante para él, que obligó a la plantilla de redactores y administrativos a trabajar toda la noche para añadir su nombre entre líneas.

A veces lo dirigieron profesionales de la información, y en los últimos años de la colonización «El Ebano» era un periódico decentito; pero, a modo de ejemplo, puede citarse una noticia aparecida un día cualquiera, a finales de los años cuarenta: las crónicas de sociedad eran una buena fuente para cazar gazapos, y Juliano guardaba algunos recortes amarillentos, entre los que seleccionó uno para sus apuntes. Como en una sociedad pequeña no ocurren a diario noticias que puedan destacarse, se publicaba en cada ejemplar el nombre de los pasajeros que iban o llegaban de Bata. A la llegada del barco de la Península aparecían siempre en primer lugar los nombres de las personalidades que, a juicio del director, tenían mayor relevancia en la vida social o profesional de la ciudad que regresaban a la colonia. El nacimiento de un niño, en el Hospital de Santa Isabel o de Bata, una enfermedad, el fallecimiento de algún colono, o de algún familiar en la Península, eran

noticias para aquel grupo de españoles que tenían su segunda patria en aquella colonia. Y un día apareció la siguiente nota:

> «Crónicas de sociedad.
> En el avión de la Compañía Iberia salió ayer con destino a Bata don Antonio Contreras, gerente de Explotaciones Forestales Akonibe, S. A.
> En el Hospital de Santa Isabel ha dado a luz un hermoso niño doña Margarita de la Peña, esposa del gerente de la Cía. de Aceites y Maderas de Fernando Poo, tanto el recién nacido como su madre se encuentran en perfecto estado de salud. Reciban nuestra felicitación los amigos José y Margarita. Y continuaba:
> Por la misma vía regresó a Bata el ingeniero señor Escolapio.»

El pobre director estuvo varios días sin aparecer por el casino, pero recibió numerosas visitas, y aún al final de la colonización, veinte años más tarde, algunos seguían dándole bromas sobre el más atractivo gazapo de la prensa guineana.

Se estableció el servicio telefónico para la ciudad, que se amplió, años más tarde, a Bata. Vino la era del avión y aparecieron los Bristol de Aviaco que hacían el recorrido por la costa africana partiendo desde Madrid, con paradas fijas y eventuales en Sevilla, Las Palmas, Villascisneros, Dakar, Monrovia, Abidjan, Lagos y Bata. Muchas veces las escalas se alteraban, pero la comunicación aérea había acercado la colonia y prometía incremento de negocios comerciales, porque los planteamientos y las transacciones eran más rápidos y los contactos personales más frecuentes y eficaces. Vinieron los DC-4, los Superconstelación y, por fin, los jet: El DC-8. Se mejoró el aeropuerto de Bata y se construyó uno nuevo en Punta Europa a ocho kilómetros de Santa Isabel.

Juliano recordaba que en su primer viaje en el «Poeta Arolas», el año 1945, mientras el viejo vapor esperaba en el puerto de Santa Cruz de Tenerife la autorización para continuar su ruta, conoció en el bar de proa a un vasco, gerente de una explotación forestal de Río Benito, que regresaba a Guinea después de sus vacaciones, y a lo largo de la conversación se le ocurrió comentar:

—La colonia mejorará mucho cuando se establezca un servicio aéreo, porque con estos barcos y sin otros medios de comunicación, la economía permanecerá estancada.

Leopoldo Ostolaza, que así se llamaba el vasco, pegó un salto y dejó los papeles que tenía en sus manos, para exclamar, como si le hubieran ofendido:

—Ni se le ocurra suponer semejante barbaridad! Africa es así como la estamos viviendo ahora; será próspera para los negros y para nosotros. Cuando se cambie el sistema esto se vendrá abajo. Llegarán los arribistas, los sabios y se lo cargarán todo. No lo olvide, jovencito. Llevo veinticinco años en Africa y estoy identificado con sus pobladores. Son felices y lo serán mientras se mantengan sus costumbres, ¿qué le podemos ofrecer a estas gentes: técnica? no la necesitan. Si evolucionan solos avanzando dentro de su propia cultura, quizás, pero sin perder su identidad, sus propias raíces.

Cuando lleguen los aviones vendrán gentes superiores que impondrán cambios y ¡adiós felicidad!

Preocúpese usted de adaptarse a esa nueva vida, porque Africa es sólo para los que se identifiquen con ella. Si lo logra podrá quedarse, pero si no, lo mejor que puede hacer es largarse lo más pronto posible. La otra vida, la europea, no encaja en este continente. ¡Aviones, comunicaciones, técnica. Eso no sirve! Aquí sólo sirve el factor humano: el hombre, sea blanco o negro.

Juliano sonrió al ver la pasión que ponía Ostolaza, pero el correr del tiempo le hizo reflexionar sobre las observaciones del maderero, y más tarde llegó a compartir su opinión; pero en aquellas fechas no podía comprenderlo. A su entender la colonia necesitaba proximidad, impulso, comodidad; lo demás eran fantasías, romanticismos, o, quizás, renuncia a la vida moderna. Ostolaza tenía más de cincuenta años y la mitad vivida en la Guinea española, y, para Juliano, esto era una carga.

Pero, ¿quién podía parar el empujón de la cultura occidental? La técnica, tan temida por Ostolaza, lo arrollaría todo sin reparar en las consecuencias. Las nuevas generaciones europeas arrastrarían a las africanas, y, al final, se enfrentarían en una lucha disparatada, negativa. Una lucha que destruiría cuanto se había construido, material y espiritualmente: las viejas culturas, el nuevo sistema de vida implantado, la obra colonial, los antiguos principios espirituales. Aquellas gentes primitivas se quedarían en su hábitat de siempre, mientras los nuevos jefes de tribus, de clanes o de regiones buscarían el apoyo europeo en beneficio propio. Y viajarían por el mundo fácil de Europa o de América sin un objetivo útil para la comunidad.

Paradójicamente el avance que debía producir la llegada de las nuevas técnicas se convertiría en pobreza, en miseria, y los poderosos de allá, de Europa y de América, estarían contentos de haber contribuido a la obra de liberación de Africa, pero Juliano se preguntaba: ¿en qué ha consistido la liberación? Y los nuevos países, que en el pasado vendieron sus hombres para poblar otro continente, que vendieron el marfil y el oro a comerciantes de telas y baratijas, hoy compran armas, material de guerra, que en la mayoría de los casos no les sirven para nada. Sus gobernantes visten uniformes de opereta y se pasean en lujosos automóviles oficiales por las calles de Londres, París, Nueva York, en viajes tan inútiles como costosos. Pero occidente les vende artículos inservibles que difícilmente puede cobrar, mientras las organizaciones de caridad recaudan fondos para paliar el hambre de los africanos, y las poderosas naciones industrializadas habilitan créditos especiales para cubrir los déficits presupuestarios de las nuevas naciones de este llamado tercer mundo.

El Africa de Ostolaza y de Juliano ya no existe, otro mundo distinto la ha sustituido.

Y Juliano Alba, sentado en un banco del Retiro, en Madrid, contempla, esta tarde de septiembre, la caída del sol mientras unos niños corretean a su alrededor y dos pordioseros se le acercan con la mano extendida. Deja de soñar y echa a andar por el paseo. Tomará el 29 para regresar a su casa..., a su casa de Europa.

V

EL PETROLEO

Un día aparecieron. Llegaban en avionetas privadas a Santa Isabel procedentes de Port Harcourt, Douala o Libreville. Eran técnicos: ingenieros, geólogos, físicos, químicos, y especialistas en sondeos y exploraciones. Era la punta de lanza de las multinacionales del petróleo. Recibían instrucciones de Houston, de San Francisco o de Nueva York. Hablaban español y se adaptaban a cualquier ambiente, pero venían con dinero. Comerciantes, agricultores, profesionales, industriales y toda la población esperaba que la llegada de estos mecenas repercutiera de alguna forma en su hacienda particular, porque estos nómadas de las finanzas olfateaban el negocio, se establecían, pero no hacían inversiones fijas. Alquilaban coches, viviendas, almacenes, lanchas, aviones y todo cuanto necesitaran, pero no invertían. Eran generosos en su trato comercial, pero preferían no tener obligaciones comerciales ni laborales. Todo lo contrataban con alguna empresa o con alguna persona. Estudiaban a fondo la situación del país para evitar que los salarios que ofrecían desequilibraran las normas establecidas, porque no querían perjudicar la marcha normal de los negocios instalados. Evitaban la competencia de precios poniendo especial atención en los sueldos de la población indígena. Firmaban convenios con médicos, abogados, etc., para que se encargaran de los asuntos profesionales.

Llegaron también los representantes de compañías auxiliares de perforación, suministro de víveres, helicópteros, etc., que trabajaban por contratas.

Las negociaciones con el Gobierno autónomo fueron fáciles, porque el Consejo de Gobierno Autónomo contaba con asesores técnicos procedentes del cuerpo de funcionarios del Gobierno de Madrid.

Y empezó la actividad. Se levantaron mapas; se hicieron investigaciones geofísicas en el mar; se establecieron las cuadrículas en las zonas marítimas de la isla y de Río Muni para, seguidamente, adjudicar estas cuadrículas mediante concurso.

Juliano Alba conocía a los directores de las compañías destacadas en Santa Isabel y en Bata y conocía también a Pedro Sobral, comerciante de Santa Isabel, activo, serio y con negocios en Canarias. Para las compañías petroleras y para las auxiliares, Pedro representaba un magnífico apoyo,

porque, además, estaba en muy buenas relaciones con todos los miembros del Gobierno indígena, y en el futuro, cuando el país accediera a la independencia, podría representar un buen enlace para las relaciones de estas compañías ante las nuevas autoridades, y Pedro Sobral se hizo cargo de contratar personal en Canarias, suministrar víveres, medicamentos y cuanto se necesitara en las plataformas de perforación que pronto iniciarían los trabajos en la zona continental y en la isla. Sobral significaba la mejor ayuda, porque, además, tenía relaciones en Madrid y Mallorca para la contratación de los aviones charter que semanalmente unirían Canarias con Guinea o con otras ciudades de países vecinos.

Juliano sabía, y se lo habían confirmado los técnicos de las compañías, que, de la misma forma que llegaban, podrían desaparecer, porque la continuidad de trabajos estaba en función de la rentabilidad de los pozos por lo que no era prudente basar su negocio en la presencia de estas multinacionales. El período de prospecciones podía ser rentable, pero pasado éste no se podía prever decisiones, porque si las investigaciones eran positivas las compañías establecerían sus bases propias, prescindiendo de las que les habían servido de apoyo durante el período de exploración. Si, por el contrario, los resultados eran negativos, levantarían el vuelo de la noche a la mañana y buscarían un nuevo asentamiento para iniciar nuevas prospecciones. Su paso no deja nada tras de sí, porque nada han comprado. Quizás una nevera, una radio, un aparato de aire acondicionado, pero nada más. Efectivamente, son nómadas, aunque nómadas ricos.

Biafra se había sublevado y la guerra ocasionaba grandes perjuicios a los petroleros, pero, a pesar de esto, los trabajos continuaban en las zonas petrolíferas del Sur de Nigeria. Alguna multinacional llegó a estudiar la posibilidad de emplazar refinerías en la isla de Fernando Poo, porque su aislamiento y su escasa superficie podrían controlarse con facilidad ante cualquier sublevación, hechos, por otra parte, muy frecuentes en este continente en ebullición. Pero vino la independencia de Guinea, y surgieron los problemas. El nuevo Gobierno atacó a los españoles, siguió con los portugueses, suprimió la entrada de periódicos y revistas, y en los aviones de Iberia tenían que retirar toda la prensa antes de salir de Lagos con destino a Santa Isabel. Llevar un periódico era motivo de expulsión del país o de encarcelamiento.

Y ocurrió que a la llegada de un grupo de trabajadores de plataforma para relevar a los que cumplían su tiempo de trabajo, uno de los trabajadores traía en su equipaje un par de zapatos envueltos en papel de periódico. Intervino la policía se detuvo a todo el grupo interrumpiendo el trámite de relevo y trastornando la precisión de los trabajos. Poco después las petroleras, cansadas de entorpecimientos y coacciones, desaparecieron del país y, al parecer, alguna prohibió a sus técnicos el paso por la nueva nación, aunque sólo fuera en tránsito por el aeropuerto. En sus informes privados aparecía una anotación sobre Guinea que venía a decir: «Es un país diferente. No existe otro igual en el mundo».

El aprovechamiento del subsuelo se paralizó hasta que se establecieron acuerdos con España, que aún están en vigor, pero sin resultados positivos.

Sobral aprovechó su tiempo y abandonó Guinea como todos los colonos. Vive en Canarias y a veces contempla desde la playa de Las Canteras la puesta de sol en las tardes cálidas de esta región subtropical de España. La silueta del Teide resalta con los reflejos de la luz solar mientras los recuerdos le transportan a las tardes frescas de Punta Fernanda, cuando bajo las acacias esperaba la llegada de la noche.

Pedro Sobral vivió treinta años de su vida en Guinea, y allí quedó enterrado su único hijo. De vez en cuando siente la nostalgia del colono, pero las noticias que llegan de aquellas tierras no resultan atractivas para nadie.

VI
LA INHIBICION HISTORICA

Mañana Madrid se quedará vacío. Hoy es el último día de julio de 1986, y el sol destaca la silueta azulada de la sierra próxima. En el Pinar de Chamartín, un hombre que vivió parte de su vida en Guinea, contempla el paisaje del Norte de la capital. Nuestro hombre ha envejecido, han pasado largos años desde que un día de julio de 1945 llegara por primera vez a Santa Isabel a bordo del vapor Poeta Arolas. No ha perdido el contacto con la tierra que fue su segunda patria, pero cada vez le parece más lejana, casi inalcanzable. Desde la terraza de su piso se divisa un paisaje claro, transparente, con el cielo limpio de nubes que anuncia un día caluroso de este verano madrileño.

Juliano Alba es pensionista, se siente viejo en esta metrópoli monstruosa donde las gentes se miran con agresividad, donde cada uno va a los suyo y donde la amistad hay que buscarla en pequeños rincones. En los últimos meses se ha transformado en un solitario. Se refugia en las galerías de arte, alguna conferencia o busca la naturaleza artificial de los parques.

El autobús le lleva al centro de la ciudad. Se acerca a un quiosco y compra la prensa de la mañana. En un banco del Retiro, a la sombra que proyectan los frondosos castaños, hojea el diario «ABC», y allí encuentra algo que le devuelve a su vida. Es un artículo que se titula: Memorias de Africa. Guinea. Sí; ha visto la película, pero el Africa británica del Este no es igual que la suya; sin embargo, los paisajes y el ambiente le atraen. Se cala las gafas y empieza a leer:

«¡Yo tenía una granja en africa!... ¡Yo tenía una granja en Africa!... Con cálida voz cargada de nostalgia, la baronesa de la historia o la leyenda repetía una y otra vez la frase que para ella encerraba el recuerdo de los tiempos vividos en la Kenya británica de principios de siglo.

La baronesa protagonista de la historia expresaba con esta frase toda la tristeza que para ella contenía el repaso de los años vividos en su granja africana. Le recordaba los maravillosos paisajes de las praderas, de los bosques tropicales, de las manadas de animales salvajes que componen la rica fauna del Continente africano y, sobre todo, de esas puestas de sol que solamente pueden admirarse en Africa.

Nosotros teníamos una granja en Africa... Podía ser una finca de cacao, una gestoría, un cafetal, un comercio o una «factoría» en el bosque, pero todos teníamos nuestro hogar en Africa.

Todo empezó en los suntuosos salones de la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, allá en París, en el año 1900. Bajo un decorado solemne, presidido por cuadros representativos de los hombres ilustres franceses, ante una mesa de madera noble, se sientan los delegados españoles para tratar con los representantes de Francia sobre el futuro de una pequeña parcela de Africa. Allí se firman documentos históricos, en los que la Delegación española acepta la mutilación del Tratado de El Pardo de 1778, y firma, obligada por las circunstancias, la limitación de los extensos territorios que este Tratado concedía a España en Africa, reconociéndosele derechos solamente sobre el pequeño territorio de Río Muni, las islas de Fernando Poo, Annobón y otras menores.

El 20 de julio de 1901, sobre las blancas arenas de la playa de Bata, dos grupos de hombres ceremoniosos se aprestan a cumplir los acuerdos del Tratado de París. La Delegación española y la francesa forman, con la prestancia que requiere el acto, frente al mástil donde la bandera tricolor flamea agitada por la fresca brisa de la playa en espera de ser arriada por última vez en el territorio. Forman a la derecha del mástil, frente a los delegados, una escuadra de marineros franceses; a la izquierda, otra escuadra de marineros españoles.

A los compases del himno nacional francés, la bandera es arriada con todos los honores. Un oficial pliega la insignia francesa y con respeto la transporta a la lancha que ha de llevarles de nuevo a bordo del cañonero «Aleyon», de la escuadra gala, que les espera frente a la costa. Mientras tanto, la Delegación española se hace cargo del edificio de madera, de estilo colonial, que ha sido, hasta la celebración de este acto, la sede de la representación francesa en lo que a partir de este momento se denominará Guinea Española.

A la sombra de los cocoteros y de los «egombe-gombes», unos grupos de pescadores de la etnia ndowe: kombes y bengas, contemplan la ceremonia con curiosidad, y quizás más allá, agazapados entre los matorrales de las praderas inmediatas a la playa, unos guerreros pamues, descendientes de Ntumu Afiri, con sus atuendos de guerra, observan, sin ser vistos, y sin comprenderlo, el acto que se está desarrollando ante sus ojos. Seguidamente emprenderían la huida, deslizándose como una manada de felinos entre las altas hierbas de las praderas en dirección a los territorios de su tribu.

Al día siguiente, a primeras horas de la mañana, forman de nuevo frente al mástil vacío las Delegaciones de España y Francia. A la derecha del mástil, una escuadra de marineros españoles, y a la izquierda, otra escuadra de marineros franceses. A los acordes de la Marcha Real española es izada con toda solemnidad la bandera roja y gualda. El territorio africano queda bajo la tutela de España. Se intercambian documentos, se saludan los delegados y la Comisión francesa se dirige a su lancha para emprender a bordo del cañonero su viaje de regreso a Francia. La Delegación española embarca más tarde en el cañonero «Magallanes», de la Armada española, que la llevará a la isla de Fernando Poo. La Delegación continúa después su viaje de regreso a la Península en el «V. Rabat».

En los pasillos y en los históricos salones del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid resuena una frase prometedora: «¡España ya tiene una granja en Africa!».

Lo que ocurrió después es poco conocido. Hombres que podían compararse al legendario conde Savorgnan de Brazza se aprestan para la colonización de los restos del Tratado de El Pardo. Buiza, Bengoa, Ayala, otros anónimos y, sobre todo, los misioneros claretianos penetran en el territorio Fang, pero de esto ya ha pasado mucho tiempo.

Las arenas de la playa de Bata han sido el mejor testigo de la evolución del país; por allí llegaron y salieron los colonos españoles, de la misma estirpe que los que colonizaron la América hispana.

La Guinea española fue el más claro exponente de una colonización ordenada, que llegó a alcanzar el segundo lugar en cuanto a renta per cápita entre los países africanos.

Pero un día de marzo de 1969, sobre las arenas blancas de la playa de Bata, los colonos se arremolinan, cargando con lo poco que pueden de su ajuar de casa. Hombres y mujeres, mezclados con las Fuerzas españolas que han recibido la orden de regresar a la Madre Patria, esperan la llegada de las barcazas para dirigirse a los buques de la Armada española y a otros transportes que les llevarán al éxodo definitivo. Les aguarda un viaje sin retorno. Ellos también tenían una granja en Africa.

Sobre el pantalán de Bata las sombras oscuras de los bisoños militares guineanos anuncian que los evacuados no podrán embarcar por el muelle. La salida se hace atropelladamente, saltando a las barcazas desde la arena.

En 1901, en el «V. Rabat», que transportaba a la Delegación del Gobierno que había tomado posesión de los territorios asignados a España en virtud del Tratado de París, el jefe de la Delegación se sentía humillado. Daba muestras de fatiga cuando ya, navegando sobre aguas próximas al archipiélago canario, decidió acabar con su vida de un pistoletazo. Su cuerpo fue sepultado en las azules aguas del Atlántico como si se pretendiera ocultar para siempre lo que para él había sido una vergüenza.

El «V. Rabat» arribó al puerto de Cádiz con un pasajero menos, pero la historia no se detiene en estos hechos insignificantes.

En 1969, en la motonave «Ciudad de Pamplona», con la cubierta abarrotada de expatriados, corrió la voz de que en la enfermería había nacido una niña. Los llantos de tristeza de los que huían dejando todo lo que habían conseguido en largos años de trabajo se apagaban con el alegre llanto de la niña que acababa de nacer: María del Mar. Tres días más tarde la motonave «Ciudad de Pamplona» atracaba al muelle de Tenerife con un pasajero más.

Hombres y mujeres expulsados de Guinea volvían derrotados buscando refugio en sus familias y tratando de adaptarse a una vida que se les presentaba muy poco favorable. Algunos resuelven los problemas inmediatos, otros recurren a la caridad, y allí, en la sala de Beneficiencia de una ciudad cualquiera, algunos languidecen esperando el final de su existencia.

Fidel Azaceta tenía una granja en Africa. Fidel Azaceta, desde la baranda de su casa colonial, contempló a lo largo de su vida las maravillosas puestas de sol que sólo pueden admirarse en Africa, pero Fidel Azaceta murió con sus dos piernas amputadas en una sala de Beneficiencia, sin tener una sola moneda de su propiedad sobre su mesilla de noche. Fidel Azaceta sólo tenía una granja en Africa.

Para otros su máxima aspiración podría ser una licencia de taxi para atender sus necesidades perentorias.

Señor presidente, señores del Gobierno, yo tenía una granja en Africa... Nosotros teníamos una granja en Africa.»

El artículo le transporta al pasado. Fidel Azaceta, Francisco Azaceta, agricultores de Fernando Poo, simbolizan una generación y una etapa de la historia colonial española. Son dos hermanos que llegaron a las tierras del Africa hispana en plena juventud y que allí agotaron sus energías. Fidel murió solitario, con sus piernas amputadas, como dice el artículo, en un rincón de una sala de beneficiencia. Francisco, propietario de una finca de cacao en Botonos, terminó sus días como portero de una finca urbana en Madrid. Allá, en Fernando Poo, quedó el patrimonio de ambos convertido en bosque y en ruina.

Son sólo un símbolo. ¿Cuántos colonos deambulan por las tierras de España, arrastrando su tristeza y soportando su pobreza? Son hombres de cualquier región de la Madre Patria que, llevan oculta su esperanza, mientras los responsables del infortunio se vuelven de espaldas a la historia, porque los intereses políticos se anteponen a los humanos.

Le apetece una cerveza fría. Se dirige al lago donde los jóvenes reman en sus lanchas y alborotan el ambiente tranquilo del parque. Se sienta en una silla plegable ante una mesita de hierro oxidado y llama al camarero. Aún su pensión le permite ciertos lujos, pero Juliano Alba, el colono español de Guinea, el luchador, el creador, el hombre de Africa, como diría Leopoldo Ostolaza, murió hace tiempo. Sólo quedan su sombra y sus recuerdos.

EPILOGO

EPILOGO

Cuando estaba terminando la clasificación de estos apuntes, he recibido la noticia del fallecimiento de Juliano Alba. Murió en la tarde de ayer en una clínina de Madrid, víctima de un ataque de paludismo cerebral. Decía Jaime que todos los hombres mueren a manos de su querida, y el amor clandestino de Juliano fue aquel pedazo de tierra española en Africa.

Su pasión por Guinea le mantuvo unido al nuevo país que visitaba de cuando en cuando. Allí quedó el esfuerzo de su vida activa y allí estaban también muchos de sus recuerdos sentimentales. Día a día había vivido la evolución de un pueblo primitivo que, en solitario, pretendía transformar su antigua cultura, adaptándola a la que domina en los pueblos modernos de Europa y de América. Era como hacer piruetas sobre el vacío sin una red protectora.

Hace una semana vino a verme. Estaba indignado, porque un intelectual, un político español destacado en este empeño democrático que atraviesa nuestro país, había manifestado que «la verdad histórica de lo ocurrido en la Guinea que fue española no podía conocerse ahora por falta de perspectiva. Que sería cosa de esperar decenios, o, quizás, un siglo para saber con certeza lo que allí pasó».

—¡Qué atrocidad!, ¿cómo es posible que todo un profesor se permita tal aseveración? —Iba y venía a través de mi despacho dando zancadas. —¡Fíjate! —exclamaba mostrando el periódico que llevaba en sus manos—, ¡parece imposible!

—La historia sólo la conocen sus protagonistas —decía— y la historia moderna de Guinea la conocemos los que la vivimos día a día desde que comenzó la evolución política. El desconocimiento de las características de sus pobladores por parte de los responsables de organizarla, dio como resultado una independencia precipitada y suicida. Lo que quería decir este político lo había dicho antes, pero con mayor crudeza, un escritor de gran talla como fue don Pío:

—«El conde creía que la historia verdadera no llegaría nunca al pueblo, a quien había que dar mitos y fábulas. ¿Qué importa la realidad? —preguntó el conde.» [14]

■

[14] Pío Baroja, «El humano enigma».

Y esto es lo cierto. A ningún político español le ha preocupado la verdad histórica de Guinea. Es más, sólo le ha preocupado, y sigue preocupándole, su olvido.

—«Para los políticos —sigue diciendo el genial escritor— no hay argumentos que sirvan para el pueblo, esa es la verdad, los argumentos sólo sirven para ti o para mí que somos dos hombres racionales, un viejo y un muchacho; ¿pero para el pueblo reunido? los argumentos no sirven. Son necesarias frases, imágenes, jactancias, fanfarronerías.» [15]

Y surgió el poder mesiánico de un líder negro: Macías; y nuestros políticos se quedaron con sus palabras y con sus imágenes que fueron difuminándose hasta desaparecer gracias a un decreto declarando «materia reservada» todo cuanto se relacionara con Guinea, que pretendió cerrar el interruptor de la historia. Cuando, con el paso del tiempo, se abrió de nuevo el interruptor, apareció la imagen dañada, desfigurada, señalada y vilipendiada del colono. Cayeron sobre él los medios de información; y los políticos responsables de la precipitación se inhibieron. ¿A quién interesaba la verdad? Sólo a ese personaje indefenso, que se agotó pidiendo justicia; y por eso he venido clasificando los recuerdos de Juliano Alba, y por eso los he publicado para que el pueblo, al menos en esta ocasión, sepa la verdad histórica de cómo se promulgaron las leyes, de cómo y por quién se hicieron cumplir, de cómo discurrió la vida, cómo fueron sus momentos felices, sus tristezas, y muchas veces su soledad y su muerte en aquellas tierras lejanas, pero entrañablemente españolas; porque los legajos y los archivos contienen documentos que explican por qué y cómo fue España a Guinea, pero Juliano anotaba día tras día sus experiencias vividas desde que llegó a la colonia hasta la independencia, y siguió haciéndolo hasta ayer, que entregó su alma al Creador. En mi poder están centenares de cuartillas y cuadernos escritos por él, que quizás clasifique y les dé publicidad, porque contienen episodios de la vida de Guinea desde el abandono de España hasta su muerte.

Las anécdotas en este caso son diferentes a las que se relatan en los episodios que contiene este libro que está en manos del lector, porque las que se recogen en este borrador, aún sin clasificar, están marcadas por la traición, por la violencia, por la tragedia, y, también, por la descomposición de lo que pretendió ser la unión de un pueblo que parece homogéneo, pero que no lo es, y que se dispersa cuando cree logrado su objetivo: la independencia.

Las principales tribus de Guinea se enfrentaron por el egoísmo del poder, como ha pasado en otros pueblos de culturas más elevadas. Odios ancestrales, luchas tribales y un poder legalizado por la simple razón de existir una etnia más numerosa que todas las otras juntas, hundió en el crimen, en la injusticia y en la miseria a un pueblo que heredó la más rica de cuántas colonias había en Africa. Todo esto ocurría ante los ojos de los representantes del mundo industrializado, que actuaban de árbitros y de consejeros.

Quizás, en honor a la memoria de Juliano, transcriba este triste episodio de nuestra historia, porque España no puede volver la espalda a una nación que colonizó, ni a los habitantes que la poblaron, ya sean negros o blancos, porque su historia colonizadora se distinguió principalmente por su protección al aborigen y al colono, pero la Guinea española ha sido hasta hoy, desgraciadamente, una triste excepción histórica.

■

[15] Pío Baroja, «El humano enigma».

CENSO DE PERSONAJES

CENSO DE PERSONAJES

A

ABOGADO VALENCIANO
Amigo de Armando Douglas y de Juliano. Asistía a todas las fiestas de Armando.
«LA FIESTA».

ABREU DOMINGO
* Canario, marinero del «Santiago», falleció en la aventura y fue sepultado en la mar. 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

ACOSTA, JUAN B.
* Canario, marinero del «Santiago», falleció en la aventura de este navío y está sepultado en Fernando Poo. 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

AGENTES DE POLICIA
* Encontraron la cabeza de un nigeriano asesinado para celebrar ritos de sectas de brujos.
«EL MBOETI Y LOS BRUJOS».

AGUA IZE, BARON DE
* Portugués. Inició las plantaciones de cacao en gran escala en la isla de Santo Tomé.
«LOS PORTUGUESES».

AGUILAR, JUAN DE
* Capitán de goleta. Primer delegado español en la isla de Annobon.
«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

AKOGA NSUE
Motoboy de la finca de Dumandui, esamangón.
«DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON», «RELEVO EN DUMANDUI», «SOLEDAD EN EL BOSQUE», «LAS PERLAS» Y «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

AKOMBA NVE

Jefe de la tribu esamangón de Dumandui. Su tribu se disolvió después de su muerte. Hasta entonces le acompañaron sus mujeres y sus hijos pequeños. Está enterrado en el bosque de Dumandui, frente a la casa del encargado de la explotación de café del mismo nombre. Tanto la plantación como el patio aparecen hoy invadidos por el bikoro. El gran jefe nunca pudo entender que él, jefe de los ntumus, pudiera ser vencido por los blancos.
«DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON», «RELEVO EN DUMANDUI» Y «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

ALBA

Apellido de arraigo en Canarias. Tiene su origen en Castilla, y desciende de un caballero alemán, Mosé Pedro Albaney o Albanes, que se convertiría en Alba. Se extendió por Castilla, Vizcaya, Cataluña, Canarias y América hispana. Un Juan de Alba figuró en la conquista de Gran Canaria y Francisco Alba tomó parte en la ocupación de Tenerife. (Datos publicados en «Canarias 7» por Carlos Platero Fernández en «Apellidos en Canarias»).

ALBA, JULIANO

Principal protagonista y relator de los episodios y anécdotas que contiene este libro.
APARECE EN CASI TODOS LOS CAPITULOS DEL LIBRO.

ALMEIDA, LUIS DE

* Portugués. Adquirió de Jorge de Mello los derechos de propiedad de la isla de Annobon.
«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

ALVAREZ, MANUEL

Gallego. Encargado de la finca de Dumandui durante muchos años. Fue un colono eficiente que contribuyó con su trabajo a la creación y ampliación de la finca. Abandonó Guinea en el momento oportuno.
«DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON» «RELEVO EN DUMANDUI» Y «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

AMARAL, FRANCISCO

Portugués residente en Fernando Poo, fue finquero en Bakake. Excéntrico, muy conocido en Guinea. En Madrid sus amigos y amigas le llamaban «el coreano». Fue perseguido y despojado de sus bienes. Falleció en Madrid.
«LOS PORTUGUESES».

ARBOLAYA, JULIA

Viuda de Manuel Morales; vivió largos años en la colonia. Al morir su marido, su hijo Luis abandonó los estudios para hacerse cargo de la finca. Ambos huyeron de la isla cuando la persecución del gobierno de Macías a los españoles. Allí quedó la finca de Batanga, que hoy está abandonada e invadida por el bosque.
«UN COLONO HA MUERTO».

ARGELEJO, CONDE DE

* Ver SANTOS TORO, FELIPE.

El condado tiene su origen en el reinado de Felipe V, cuando el rey concede a Sevilla, a cambio de 400 caballos para su ejército, un título de nobleza de Castilla que la ciudad otorgó

a su vez a D. Cristóbal Santos Argueta (Primer conde de Argelejo). Es de destacar que el título fue concedido por la ciudad de Sevilla al primer conde, habiendo éste elegido la denominación de «conde de Argelejo», ofreciendo respaldo de prestigio y medios económicos para llevar con dignidad el título. D. Felipe de Santos Toro fue el último titular del condado [1].

ARMAS, ADELA
Hermana de Eli.
«LA VUELTA A CASA».

ARMAS, LUCIA
Hermana de Eli.
«LA VUELTA A CASA».

ARMENTA, JOSE
Encargado de la explotación forestal Asobla en Río Muni. Era natural de Haro.
«SOLEDAD EN EL BOSQUE».

ARROYO, DAMIAN
Gerente de la explotación forestal Asobla. Abandonó Guinea después de morir su hijo recién nacido. Su mujer, Delia Cortés, sufrió un trastorno psíquico que ocasionó la ruptura del matrimonio.
«SOLEDAD EN EL BOSQUE».

ARTURO
Hermano de Juliano Alba; falleció en Las Palmas en los años 40.
«LA VUELTA A CASA».

AURELIA
Novia de Juliano Alba, que falleció víctima de la tuberculosis en Las Palmas.
«EL HOGAR« y «LA VUELTA A CASA».

AUTORIDAD DE MARINA
Capitán de corbeta en los años 40. Amigo de Juliano y asistente a las fiestas de Armando Douglas.
«LA FIESTA».

AVENDAÑO, TEODOMIRO
* Agricultor instalado en la zona de Bokoko al Suroeste de la isla de Fernando Poo. Hombre de elevada cultura, muy sociable y relacionado en las altas esferas de la capital de España. Actuó con rapidez y serenidad cuando la tripulación del «Méndez Núñez» destituyó a toda la oficialidad. Los oficiales se alojaron en su finca hasta que se normalizó la situación. Avendaño falleció en Madrid años más tarde; dejó un imborrable recuerdo en la isla, tanto entre la población europea como en la indígena.
«PERIODO 1936-1939».

■

[1] Cencillo de Pineda «El brigadier conde de Argelejo y su expedición a Fernando Poo 1778.»

AVILA, RAFAEL

Médico que ejercía en Santa Isabel. Mantenía igualas con algunas empresas.
«LA VUELTA A CASA».

AYALA

* Capitán del Ejército español. Contribuyó a terminar con las guerras tribales en el territorio fang. Su nombre adquirió gran prestigio entre los pobladores de Guinea, actuó con energía y con justicia en su difícil misión.
«LA INHIBICION HISTORICA».

AYUSO BARONA, TOMAS

Mecánico español establecido en San Carlos en la isla de Fernando Poo. Se vio obligado a abandonar Guinea al producirse las agresiones a los ciudadanos españoles residentes en la isla. Falleció en Las Palmas.
«INTEGRACION».

AYUSO MARTIN, ANDRES

Padre de Tomás, mecánico instalado en Madrid en los años 30.
«INTEGRACION».

AZACETA, FIDEL

* Agricultor propietario de una finca de cacao en Fernando Poo. Con su hermano abandonó su propiedad. Murió en una sala de beneficencia en Madrid, con sus dos piernas amputadas.
«LA INHIBICION HISTORICA».

AZACETA, FRANCISCO

* Agricultor de cacao en Fernando Poo. Llegó a la isla en los comienzos de la colonización. Casó con la hija de un médico y con ella sacaron adelante su explotación. Tuvo que abandonar sus bienes por la persecución de Macías a los españoles.
Terminó su vida en Madrid, donde logró un empleo de portero de finca urbana.
«LA INHIBICION HISTORICA».

AZAFATA DE LA COMPAÑIA IBERIA

* Ocultó a Raimundo Colet en el cuarto de aseo del avión y le protegió de su captura por los soldados de Macías.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

B

BALACHA, HERMANOS

Bubis. Encarcelados y asesinados en «Black beach» a raíz de la independencia.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

BALEN, FERNANDO

* Capitán de corbeta. Comandante del «Ciudad de Mahón», que transportó a los voluntarios de Canarias que ocuparían los territorios españoles del Golfo de Guinea.
«PERIODO 1936-1939».

BLANCO, PEDRO

* Negrero español nacido en Málaga. Fue famoso en toda la costa de Africa y en las Antillas.
  «GUINEA Y SU RELACION CON AMERICA».

BAREA, JOAQUIN

* Gerente y socio de una gran empresa agrícola ganadera. Entusiasta de la caza mayor. Vivió largos años en Guinea.
  «EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

BARRETO, HERMINIO (MINO)

Fue conocido por el apodo de «El macho merodeador», gracias al ingenio de «El Joselito».
«EL MACHO MERODEADOR».

BEAWER

* Capitán inglés, intentó el asentamiento de 300 trabajadores británicos en Fernando Poo, pero sólo sobrevivieron dos: él y uno de sus hombres. Fue durante la ocupación inglesa.
  «PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

BEECROFT, JOHN

* Comerciante inglés nombrado gobernador de Fernando Poo por el capitán de fragata Juan José de Lerena el 27 de febrero de 1843.
  «ERI, FORMOSA, FERNANDO POO, MACIAS NGUEMA, BIOKO...», «LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

BENGOA, PEDRO DE

* Gerente de Trasatlántica y personaje relevante en la penetración española en el territorio fang.
  «LA INHIBICION HISTORICA».

BOHERI

Mecánico bubi, de Batete. Escapó con tiempo a su poblado. Fue empleado de Tomás Ayuso.
«INTEGRACION».

BONELLI, JUAN M.ª

* Capitán de fragata. Gobernador desde el 12 de febrero de 1944 hasta el 12 de abril de 1949, fecha en que fue relevado.
  «GUINEA Y LA MANO DE OBRA I».

BORREGO, ANTONIO

* Cabo, natural de Lucena. Participó en la sublevación del sargento Jerónimo Martín. Fue juzgado y absuelto en Montevideo, al regreso de la expedición.
  «PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

BOY NIGERIANO

Presenció, atemorizado, la detención de Raimundo Colet.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

BRACEROS (PAMUE Y CALABAR)

Protagonizaron un intento de linchamiento de Ramírez, abortado por la serenidad de Juliano.
«RELEVO EN DUMANDUI».

BROWN, LEONOR

Joven fernandina casada con Raimundo Colet. Vive en Barcelona con sus hijos.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

BROWN, THOMAS

Cónsul inglés residente durante varios años en Santa Isabel, en el período colonial.
«EL CONSUL».

BUENAVENTURA DA SOUSA, JOAO

Portugués. Vivió algunos años en Fernando Poo, pero fue expulsado por convivir con una indígena. Era conocido por el sobrenombre de Panpan.
«EL ARTICULO QUINTO».

BUENDIA, TOMAS

Abogado que intentó instalarse en Santa Isabel, pero fue expulsado de la colonia por su comportamiento con sus clientes indígenas. El gobernador le aplicó el artículo quinto.
«EL MBOETI Y LOS BRUJOS».

BUIZA, TOMAS

* Capitán del Ejército español. Penetró en el territorio fang para someter a las tribus y terminar con las guerras internas entre las distintas etnias continentales, siguiendo el plan trazado por el Almirante Angel Barrera Luyando, gobernador de los territorios de Guinea.
«LA INHIBICION HISTORICA».

BARRERA LUYANDO, ANGEL

* Almirante. Gobernador de Guinea. Primer período 15-11-1910. Teniente de navío. Ocupó el Gobierno a lo largo de 14 años. Terminó su mandato el 15-5-1925. Inició la penetración en el territorio fang y su labor fue próspera para la obra colonizadora de España en Guinea.
«LA EKUELA Y LA PESETA».

C

CABO DE LA POLICIA

Tenía a su cargo el registro y control de los presos en los primeros momentos de la independencia.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

CAÑADAS

* Cabo. Participó en la sublevación del sargento Jerónimo Martín. Fue juzgado y absuelto en Montevideo.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

CAPATAZ ESONO

* De la tribu esamangón. Mandaba una cuadrilla de braceros en Dumandui. Tocaba la «tumba» para llamar a los trabajadores a la forma. Arrancaba notas melodiosas al tronco vacío, empleando dos palos del árbol de papel para batir la «tumba». Manolo Alvarez le tenía en gran estima.

«DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON», «RELEVO EN DUMANDUI» Y «EL ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

CAPITAN DEL «POETA AROLAS»

* Indalecio Llamas, natural de Alcalá de Henares. Fue amigo de Juliano Alba desde el primer viaje de éste a Guinea.
«EL NUEVO COLONO».

CARBALLO, ESTEBAN

* Canario, marinero del «Santiago», falleció en la aventura y está sepultado en Santo Tomé, 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

CARBONER, GUILLERMO

* Teniente de fragata al mando de la zumaca «Nuestra Señora de la Concepción». Llevó a cabo el reconocimiento de la isla de Fernando Poo y desembarcó en la bahía que bautizó con el nombre de la embarcación. En todos los planos de la isla figura el nombre de Bahía de la Concepción hasta la independencia del país.
Su informe sirvió para llevar a cabo el primer asentamiento español en la isla.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

CARDONA, AGUSTIN

Riojano asentado en Fernando Poo. Tenía una modesta empresa de transportes. Fue apaleado por las «Juventudes de Macías» y repatriado por orden de la Embajada de España.
«INTEGRACION».

CARLOS III

* Rey de España. Firmó con María I de Portugal el Tratado de El Pardo de 1778 y envió una flota a Fernando Poo para ocupar la isla.
«ACLARACION, DEDICATORIA Y MOTIVO», «PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778» y «CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

CARREÑO, MANUEL

* Llegó a Guinea en los años 50. Montó un restaurante que atendió con su mujer. Fue muy popular en la isla, donde permaneció hasta después de la independencia. Le despojaron de sus bienes y hoy vive en Valencia, añorando el Hotel Bahía.
«LOS POLITICOS»

CARRERO BLANCO, LUIS

* Almirante de la Armada española, ministro de los gobiernos de Franco. Desde la Presidencia del Gobierno dirigió la política y la economía de Guinea hasta la independencia. No intervino en la descolonización.
Se le achacan negocios agrícolas y forestales en Guinea, pero nadie ha podido mostrar documentos que respalden estos rumores. Se ha pensado en personas o sociedades interpuestas, pero tampoco hay evidencia de ello. Sin embargo, fue precisamente Carrero Blanco quien rechazó las peticiones de indemnización formuladas por los propietarios evacuados de Guinea, que aún siguen esperando soluciones del Estado español, y esta postura del ministro Carrero contrasta con las acusaciones que se le han hecho. Los españoles despojados de sus bienes en Guinea resultaron perjudicados por la decisión del ministro.
«ACLARACION, DEDICATORIA Y MOTIVO».

CASTILLA, RESTITUTO

* Sargento de la Guardia Civil agregado a la Guardia Nacional. Fue destinado a la isla de Annobon como delegado del Gobierno.
  Degolló con su navaja al gobernador Sostoa. Fue juzgado en Las Palmas.
  «ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

CASTRO, VICENTE

Se decía aristócrata y desempeñaba un cargo de importancia en la Presidencia del Gobierno en los años 40. Participó con Juliano en la gestión encaminada a contratar braceros para Guinea en la República de Haití, con el fin de evitar la dependencia exclusiva de mano de obra nigeriana, entonces colonia inglesa. La gestión no tuvo éxito, y Guinea siguió abasteciéndose hasta la descolonización de la mano de obra nigeriana. Cuando Nigeria a mediados de los años 70 retiró sus trabajadores de Guinea Ecuatorial la economía agrícola terminó de derrumbarse. Juliano sabe que para recuperar la riqueza agrícola de este país es necesario importar mano de obra extranjera.

CAYUQUEROS DE ASOBLA

Con Manuel Ondo llevaron a Juliano hasta Akalayon.
«LAS PERLAS».

CHRISTOPHE, ENRIQUE

* Procedía de la isla caribeña de San Cristóbal. Fue uno de los artífices de la victoria contra los franceses. A la caída de Dessalines fue nombrado rey de Haití.
  «GUINEA Y LA MANO DE OBRA II».

COLET, RAIMUNDO

Fernandino nacido en Barcelona. Amigo de Juliano y hombre muy popular en Santa Isabel y en Las Palmas. Fue encarcelado en los primeros momentos de la independencia de Guinea y pudo huir gracias a unos hechos rocambolescos en los que tuvo participación muy importante Juliano Alba. Murió en Barcelona.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

COMANDANTE DE IBERIA

* Autorizó que ocultaran en el lavabo a Raimundo Colet y que bloquearan la puerta de servicio. Contribuyó a salvar la vida de Raimundo.
  «LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

COMISIONADOS POLITICOS

Son representantes o delegados de distintos ministerios. El jefe de esta comisión era un individuo altanero, petulante y vanidoso. Pretendía demostrar a cuantos le escuchaban su privilegiada situación en su ministerio y lo fácil que para él resultaba el cambio político.
No fue éste el único. En el período anterior a la independencia fueron muchas las comisiones que visitaron Guinea, pero Juliano no olvidaría nunca a este jefe de comisión.
«LOS POLITICOS».

CONTABLE, EL

Era catalán, muy parlanchín y presumía de sus conocimientos de Guinea. Había llegado por primera vez en 1918, y solía contar como habían muerto, al poco tiempo de llegar, los otros

tres empleados que vinieron con él. Esta fue su última campaña, porque estaba enfermo y quería retirarse a Badalona, donde había nacido.
«EL NUEVO COLONO».

CONTRERAS, ANTONIO (hijo)
Comerciante establecido en Bata. Tenía factorías en la capital, en Niefang, en Evinayong y en Mongomo. Fue encarcelado y expulsado del país después de la independencia. Espera que el estado español le compense de sus pérdidas. Vive con su familia en Huesca.
«RELEVO EN DUMANDUI» y «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

CONTRERAS, ANTONIO (padre)
Gerente de Explotaciones Forestales Akonibe, S. A. Llegó a la colonia en 1919 y vivió toda su vida en Río Muni. Su hijo Antonio fue un próspero comerciante colonial. Falleció en Bata en 1965.
«LA INFORMACION Y LAS COMUNICACIONES».

COOPER, DICK
Cónsul inglés residente en Santa Isabel durante el período colonial.
«EL CONSUL».

COPITO DE NIEVE
* Unico gorila blanco que se ha conocido en el mundo zoológico. Fue capturado en la Guinea española y está en el Zoo de Barcelona.
«EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

CORTES, DELIA
Esposa de Damián Arroyo. No superó el terrible drama del fallecimiento y sepultura de su hijo en la soledad del bosque allá en la concesión de Asobla en Río Muni. El matrimonio se separó. Juliano no volvió a saber de ellos.
«SOLEDAD EN EL BOSQUE».'

COUTO, AGUSTIN
* Capellán de la expedición del conde de Argelejo a Fernando Poo. Se le señala como el instigador del levantamiento protagonizado por el sargento Jerónimo Martín en «Punta Cañones». Fue juzgado en Montevideo al regreso de los supervivientes de la expedición.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

CH

CHANCHAN
Muchacha fang de la tribu yemban de Evinayong. Fue, durante algunos años, amiga íntima de Juliano Alba. Después de la independencia huyó a Gabón. Nunca volvió a tener noticias de ella.
«SOLEDAD EN EL BOSQUE», «LAS PERLAS» Y «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

CHACON MICHELENA, CARLOS
* Capitán de fragata. Primer gobernador español de los territorios de Guinea. Su mandato comenzó el 27-5-1858 y terminó el 1-9-1859.
«ERI, FORMOSA, FERNANDO POO, MACIAS NGUEMA, BIOKO...».

D

D'ARTAGNAN, PADRE

Misionero católico que llegó a Santa Isabel en los años 50. Su vocación no era muy firme, y su actuación un tanto frívola dio lugar a que las autoridades religiosas lo trasladaron a otra casa de la congregación en la Península. Al parecer colgó los hábitos y se unió a una secta de las tantas que abundan hoy en España.
«EL HOGAR».

DA SILVA

Socio del Sr. Pereira en los negocios agrícolas de éste en Fernando Poo.
«LOS PORTUGUESES».

DE LA PEÑA, MARGARITA

Esposa de José Antonio, gerente de la Cía. de Aceites y Maderas de Fernando Poo.
«LA INFORMACION Y LAS COMUNICACIONES».

DE LUCAS, MIGUEL

* Intendente de la expedición de Argelejo a Guinea. Regresó con los supervivientes del asentamiento en Fernando Poo en 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

DEL CASTILLO, MATIAS

* Cirujano médico de a bordo del navío «Santiago». Era natural de Las Palmas. Falleció en la aventura de este barco y está sepultado en Fernando Poo. 1780. «CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

DEL PINO, JOSE

* Canario. Marinero del «Santiago», falleció en la aventura y está sepultado en Fernando Poo. 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

DESSALINES, JUAN JACOBO

* Caudillo del Ejército haitiano sublevado contra Francia. Sus huestes fueron implacables con los colonos y con el Ejército de Napoleón, al que derrotó. Se coronó emperador, pero poco después sería asesinado por sus propios generales.
«GUINEA Y LA MANO DE OBRA II».

DIEPA, VICENTE

* Canario. Marinero del «Santiago», falleció en la aventura y fue sepultado en la mar. 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

DIRECTOR DEL DIARIO «EBANO».

Procedía del cuerpo de funcionarios de Sanidad.
«LA INFORMACION Y LAS COMUNICACIONES».

DOUGLAS, ARMANDO

Abogado fernandino, descendiente de las familias asentadas en Fernando Poo durante la do-

minación inglesa. Fue muy popular entre los colonos y famoso por sus fiestas. Falleció poco antes de la independencia, después de amputarle una pierna. Juliano conservó un inolvidable recuerdo de este amigo africano.
«LA FIESTA» y «LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

DURALL, JUAN

* Propietario de la empresa de transportes. Fue un destacado cazador.
«EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

E

EFIONG

Auxiliar de oficina de CAISER para la contratación y liquidación de braceros en la Delegación de Trabajo. Tenía a su cargo el fichero y el control de personal. Ayudaba al pago de nóminas y a resolver «palabras». Procedía de Calabar y mantenía buenas relaciones con el consulado inglés.
«GUINEA Y LA MANO DE OBRA I».

EKOKA, ANTONIO

Kombe. Presenció desde la playa de Bata y desde su cayuco, la expulsión de los colonos españoles que eran rescatados por la marina de guerra. Padeció las consecuencias de la marcha de los españoles.
«LOS KOMBES».

EKONGA, JOSE

Funcionario de Iberia, amigo de Ndeme.
«INTEGRACION».

ELI ARMAS

Amiga de Juliano como sus hermanos Adela y Lucía.
«LA VUELTA A CASA».

«EL JOSELITO»

Empleado de la compañía consignataria de barcos en Bata. Célebre por su ingenio y por su gracia.
«EL MACHO MERODEADOR».

EL PADRE JUAN

Misionero claretiano. Maestro de Antonio Ekoka. Permaneció en Guinea y sufrió la persecución del Gobierno de Macías.
«LOS KOMBES».

EMPLEADOS DE ASOBLA

Vivieron en el campamento durante el comienzo de la explotación forestal y fueron testigos del drama de Damián y Delia Arroyo.
«SOLEDAD EN EL BOSQUE».

ERIBE

Mecánico bubi empleado de Tomás Ayuso. Le acompañó en su huida. Cuando intentaba conti-

nuar su viaje hacia su poblado fue detenido y encarcelado.
«INTEGRACION».

ESCOBAR, PEDRO DE
* Navegante portugués. Con Juan de Santarén descubrió la isla de Annobon el 1 de enero de 1471.
«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

ESCOLAPIO, JOSE LUIS
Ingeniero del servicio forestal.
«LA INFORMACION Y LAS COMUNICACIONES».

EVE, MARIA
Joven camerunesa amiga de José Muro, jefe de Policía, y de Nicolás Navarro.
«EL ARTICULO QUINTO».

EWORO, ANTONINA
Mujer de Antonio Ekoka.
«LOS KOMBES».

F

FALCON BETANCOR, JOSE
* Canario. Marinero del «Santiago». Falleció en la aventura y fue sepultado en la mar, 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION EN GUINEA, 1778».

FELIPE II
* Rey de España.
«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

FERNAN DO PO, O DO POVO
* Navegante portugués descubridor de la isla Formosa, que por disposición del rey de Portugal llevó el nombre de su descubridor, Fernando Poo.

FERNANDEZ
* Practicante del servicio sanitario colonial. Presenció el asesinato del gobernador Sostoa en Annobon.
«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

FERNANDEZ GONZALEZ, MARIA DEL MAR
* Hija y nieta de colonos. Nació a bordo de la m/n Ciudad de Pamplona cuando los españoles se vieron obligados a abandonar Guinea en una operación organizada por el Estado español, denominada «operación emergencia».
«ACLARACION, DEDICATORIA Y MOTIVO», «LA INHIBICION HISTORICA».

FERREIRA (Coronel)
* Militar portugués que transportó cantidades de importancia de granos de cacao de Brasil a

la isla de Príncipe en 1822. (Cacao, café, té, de Jaime Nosti. Editorial Labor).
«LOS PORTUGUESES».

FLETCHER LUMIS, CHARLES
* Historiador americano.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL DE GUINEA».

FRANCO BAHAMONDE, FRANCISCO
* Jefe del Estado español.
«LA FIESTA» «LA FUGA DE RAIMUNDO COLET», «DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON».

FREY DON LUIS CAYETANO DE CASTRO
* Comisario regio de S. M. la Reina fidelísima María I de Portugal, para entregar las islas de Annobon y Fernando Poo a España en cumplimiento del Tratado del Pardo de 1778.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

FUNCIONARIO DE IBERIA
ADOLFO CARRERAS. Fue funcionario de Iberia durante muchos años en Guinea. Intervino eficazmente y con valor en la huida de Raimundo Colet, arriesgando su libertad y su integridad física. Más tarde fue destinado a la delegación de la compañía en Tenerife.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

G

GERENTE
Fue jefe de Juliano Alba, cuando éste llegó a la colonia en 1945. Conocía bien su trabajo, pero era violento y sus decisiones habían de cumplirse, tuviera o no la razón.
«EL NUEVO COLONO» «EL MBOETI Y LOS BRUJOS», «UN COLONO HA MUERTO».

GERENTE
Aparece en la nueva empresa agrícola que contrató a Juliano.
«DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON» Y «LA VUELTA A CASA».

GIL, FRANCISCO
* Natural de Tenerife, marinero del «Santiago», muerto en el asalto de la Marina inglesa en Santo Tomé. 1781.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

GOBERNADOR DE LA ISLA DE SANTO TOME
* Militar portugués. Ordenó la expulsión de las tres fragatas que intentaron secuestrar el navío canario «Santiago» en aquella bahía.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

GONZALEZ GALLARZA, EDUARDO
* Ministro del Aire español. Visitó Guinea en enero de 1948.
«REGRESA EL GOBERNADOR».

GONZALEZ RAMOS, MANUEL

* Capellán del navío del comercio «Santiago». Formó parte de la expedición que salió de Tenerife para apoyar el asentamiento español en Fernando Poo. Presenció la sublevación del sargento Jerónimo Martín y participó activamente en la defensa del barco ante el ataque de la Marina inglesa en la bahía de Santo Tomé.
Sobre las vicisitudes padecidas en el asentamiento de Punta Cañones y en la de Santo Tomé, dejó un documento histórico, manuscrito, que se conserva en el Museo Canario de Las Palmas.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

GUERRA ALEMAN, EMILIO

Oficial del barco intercolonial que operaba en Guinea.
«EL CONSUL».

GUIA DE LA EXPLOTACION FORESTAL ASOBLA

De la etnia benga. Acompañó a Juliano desde el embarcadero hasta el campamento de la explotación.
«SOLEDAD EN EL BOSQUE».

GUIA, FRANCISCO

* Mallorquín, segundo de a bordo del navío del comercio «Santiago» de Santa Cruz de Tenerife. Participó en la operación logística que se organizó para abastecer el asentamiento español en Fernando Poo. Fue sepultado en la mar, 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

GUZMAN, FERNANDO

Agricultor de cacao en Fernando Poo. Perdió sus propiedades y fue expulsado de Guinea.
«LOS POLITICOS».

H

HERNANDEZ, RAMON

Agricultor de cacao. Su finca está en Timbabé. Salió de Guinea en la operación «emergencia» organizada por el Gobierno español.
«LOS POLITICOS».

HERRERA, ALFREDO

Administrativo de una finca de tradición colonial. Abandonó Guinea en la operación «emergencia» organizada por el Gobierno español.
«LOS POLITICOS».

HULOT, JOEL

Joven francesa, hija de los dueños del Hotel de Mer, donde se alojaban Castro y Juliano en Puerto Príncipe. Estaba comprometida con el capitán ayudante del general haitiano Macgloire, un mulato de porte distinguido, pero tuvo un romance con Juliano.
«GUINEA Y LA MANO DE OBRA II».

I

ISABEL II

* Reina de España. Durante su reinado el capitán de fragata Juan J. de Lerena tomó posesión de la isla de Fernando Poo, hasta entonces ocupada por los ingleses.
«ERI, FORMOSA, FERNANDO POO, MACIAS NGUEMA, BIOKO...», «LOS PORTUGUESES».

ITURBE, JOSE MARIA

Vasco residente en Kogo. Dirigía una explotación forestal. Tenía un elevado concepto de él mismo. A veces se ponía pesado con sus bromas y su personalismo.
«RELEVO EN DUMANDU».

J

JAIME RAMIREZ TOGORES

* Jefe de Policía durante largos años en Guinea.
«EPILOGO».

JEFE DE LA TRIBU KOMBE

* Instaló el primer poblado en la playa donde se asienta la ciudad de Bata. Llegó, con su tribu, huyendo de otras más poderosas. No existen referencias exactas de la fecha de este asentamiento.
«LOS KOMBES».

JOSEFINA, kombe de Punta Mbonda

Amiga de Armando Douglas y de Juliano.
«LA FIESTA».

JOVER Y TOVAR, PEDRO

* Comisario regio delegado para tratar con la representación francesa los límites del territorio asignado a España en el Tratado de París de 1900. Tomó posesión de la zona asignada a nuestra nación en una ceremonia celebrada en Bata.
A su regreso a España a bordo del vapor «Rabat» se quitó la vida de un pistoletazo.
«LA INHIBICION HISTORICA».

K

KRONHERTH, OTTO

* De origen alemán, llegó a Guinea procedente de Sudáfrica. Puso en explotación una finca de palmeras de aceite, pero su afición a la caza mayor le hizo popular en Río Muni. Dejó numerosa descendencia.
«EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

L

LASSALETA

* Cazador y comerciante de animales vivos para suministrar parques zoológicos en España. Falleció en Bata a consecuencia de la mordedura de una serpiente.
«EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

LECLERC

* General francés, casado con Paulina Bonaparte. Fue enviado a Haití por el emperador a principios del siglo XIX, para someter a los esclavos sublevados. Falleció de fiebres tropicales, y su Ejército fue diezmado por las enfermedades, por el clima y por el Ejército haitiano. El Ejército francés, derrotado, tuvo que regresar a Francia sin lograr su objetivo. Inglaterra y EE.UU. contribuyeron a su derrota.
«GUINEA Y LA MANO DE OBRA II».

LERENA, JUAN JOSE DE

* Capitán de fragata que tomó posesión de la isla de Fernando Poo en nombre de la Reina Isabel II en 1843. Llegó a la isla al mando del bergantín Nervión.
«ERI, FORMOSA, FERNANDO POO, MACIAS NGUEMA, BIOKO...», «LOS BANANEROS (I)».

LOLITA

Amiga de Armando Douglas y de Juliano.
«LA FIESTA».

LUCAS, MANOLITO

Aparejador. Vivió en Bata hasta la independencia.
«RELEVO EN DUMANDUI».

M

MACIAS, FRANCISCO

* Llamado también Masie Nguema Biyoyo Negue Ndong.
Nació en Nzangayong, en el distrito de Mongomo. Paradójicamente la traducción de Nzangayong es «unión de los pueblos». Antes de la independencia le diagnosticaron paranoia. Sufría grandes depresiones, que le arrastraban a sentirse perseguido. Tenía delirios de grandeza y, en su mundo desquiciado, llegó a creerse sobrenatural. Gobernó el nuevo país a su capricho, influido por las supersticiones de su tribu. Penetrando en su cultura tribal, quizás los crímenes que se le achacan, y que, indudablemente cometió, podrían atenuarse, porque obedecían a un estado psíquico desequilibrado y, sobre todo, por la influencia que ejercieron en él las supersticiones y también los ritos atávicos de su grupo racial.
Fue amigo de Juliano Alba, a quien apreciaba con ese afecto de su estado, y le profesó su simpatía a lo largo de su mandato. Juliano había vivido anécdotas curiosas durante la etapa de gobierno de este personaje de la historia.
Fue capturado en la demarcación de Mongomo, sentenciado por un tribunal formado por bubis y fernandinos, siendo su defensor un fang, y ejecutado en la prisión de «Black beach» en Santa Isabel.

Juliano consideró que en este caso, como en otros aspectos de la evolución de Africa, las representaciones oficiales de los países desarrollados se inhibieron, permitiendo que los hechos siguiera el curso de la violencia. Siempre manifestó que Francisco Macías, como enfermo mental, debió ser recluido en un sanatorio, pero no fusilado.
Pertenecía a la tribu esangui.
Su actuación como gobernante presenta hechos similares a los que protagonizó Enrique Christophe, rey de Haití, a principios del siglo XIX. Sus biografías tienen aspectos comunes.
«GUINEA Y LA MANO DE OBRA II», «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI», «EPILOGO».

MACGLOIRE

* General haitiano de gran influencia política en su país al final de los años 40.
«GUINEA Y LA MANO DE OBRA II».

MAYMO ROIG, ANTONIO

* Capitán de navío, gobernador desde el 18-7-1869 hasta el 21-8-1869, que falleció víctima de la fiebre amarilla. Ordenó el traslado a Tenerife de todos los deportados de raza blanca procedentes de Cuba y de Andalucía.
«GUINEA Y SU RELACION CON AMERICA»

MAGDALENA

Amiga de Armando Douglas.
«LA FIESTA».

MARIA I DE PORTUGAL

* La reina fidelísima. Firmó con Carlos III de España el Tratado del Pardo por el que se cedieron a la corona española las islas y extensos territorios en la costa de Africa a cambio de la isla de Santa Catalina en Brasil y la colonia de Sacramento.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

MARINERO VILLA BILBAO

Sorprendió a Tomás cuando había logrado escalar a la cubierta del barco. Le acompañó para instalarse en el camarote.
«INTEGRACION».

MARTI, JAVIER

Comerciante catalán. Le aplicaron el artículo V por adulterio de su mujer. Ambos fueron expulsados de la colonia.
«EL ARTICULO QUINTO».

MARTIN, JERONIMO

* Sargento de la expedición del conde de Argelejo a Fernando Poo. Planeó y dirigió el levantamiento contra el teniente coronel Primo de Rivera obligándole a abandonar el asentamiento de Punta Cañones. Fue juzgado y absuelto en Montevideo, el tribunal valoró la situación de abandono que padecía la tropa.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778», «CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

MARTIN DE SAS, JOSE

* Natural de Tenerife. Resultó herido en la defensa del navío canario «Santiago» en la bahía de Santo Tomé. Regresó con la expedición a Bahía de Todos los Santos.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

MARTINEZ

* Ministro del Gobierno de Macías. Relató el accidente de Lassaleta con una serpiente ceraste en Bata y la captura del gorila blanco.
«EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

MARTINEZ, ROSA

Esposa de Ramírez. Asistió al incidente de Dumandui.
«RELEVO EN DUMANDUI».

MBA NDO

* Cazador de la tribu omvang de los fang. Capturó el único gorila blanco que se ha conocido en el mundo. Vivió en el poblado de Malen en Ebibeyin. Lo relató un ministro de Macías.
«EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

MBA NGONO

Jefe de la tribu esamangón. Se sometió a la soberanía española, cuando, desde Niefang, intentaba continuar su avance hacia la costa.
«LA EKUELA Y LA PESETA».

MBA OBAMA

Chófer de la finca Dumandui, esamangón.
«DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON», «RELEVO DE DUMANDUI», «SOLEDAD EN EL BOSQUE».
«LAS PERLAS» Y «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

MEDICO DEL CAÑONERO

Amigo de Armando Douglas y asistente a sus fiestas.
«LA FIESTA».

MELLO, JORGE DE

* Portugués. Primer propietario de la isla de Annobon, cedió sus derechos a Luis de Almeida.
«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

MENDEZ, CELSO

Gallego. Finquero de Batanga en Fernando Poo. Fue despojado de sus bienes y repatriado en la operación «emergencia». Vive en un pueblo de Orense esperando que el Estado español le indemnice de los bienes perdidos en Guinea.
«UN COLONO HA MUERTO», «LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

MENDIVIL, MANUEL DE

* Capitán de navío. Gobernador de Guinea desde el 1 de enero de 1937 hasta el 15 de diciembre del mismo año, fecha en que presentó la dimisión.
«PERIODO 1936-1939».

MERCEDES

Amiga de Armando Douglas.
«LA FIESTA».

MILLAN, BARTOLOME

* Natural de Cuéllar de Baeza. Participó en la sublevación del sargento Jerónimo Martín. Fue juzgado y absuelto en Montevideo en 1781.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA».

MILLARES, JUAN, FERNANDO Y NICOLAS

* Hermanos nacidos en Las Palmas. Marineros del «Santiago», fallecieron en la aventura y están enterrados en Fernando Poo. 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

MISIONERO CATOLICO EN TIKO

Irlandés. Sufrió un revés para la religión cuando el Monte Camerún, volcán de 4.700 metros de altitud, cesó en su actividad. Los brujos resultaron favorecidos por la suerte.
«LOS BANANEROS II».

MISIONERO JOVEN

Se extrañó de que todos sus feligreses de Sácriba se acusaran de comer «timoteo».
«EL MBOETI Y LOS BRUJOS».

MISIONERO VIEJO

Descubrió la causa de las acusaciones de los feligreses de Sácriba.
«EL MBOETI Y LOS BRUJOS».

MOHR

* Misionero alemán. Llevó granos de cacao, procedentes de Fernando Poo, al Camerún para hacer los primeros cultivos de este fruto que, desde allí, se extendió hacia otros territorios al Sur de esta colonia alemana.
«LOS PORTUGUESES».

MONTES DE OCA, JOSE

* Gobernador de Fernando Poo y sus dependencias. Su actuación tuvo gran importancia en el comienzo de la colonización española en aquellos territorios. Fue nombrado gobernador el 20 de junio de 1879 y cesó por enfermedad el 1 de octubre de 1887 que regresó definitivamente a España.
«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

MORAGAS, INDALECIO

Colono español, comerciante en Río Muni. Tenía factorías en distintos poblados en el interior. Regresó a España en el Villa de Bilbao. Perdió todos sus bienes en Guinea.
«INTEGRACION».

MORALES, ALFONSO

Hijo de Manuel y de Julia Arbolaya. Terminó su carrera de derecho en La Laguna y sacó plaza de secretario de Ayuntamiento. Vive en Asturias.
«UN COLONO HA MUERTO».

MORALES, JOSE

* Canario. Marinero del «Santiago». Falleció en la aventura y está sepultado en Fernando Poo. 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

MORALES, JUAN NEPOMUCENO

Capitán de la polacra «Santa Engracia». Dio protección al navío canario «Santiago» en su viaje de Tenerife a Guinea. Cuando regresaba a España, la polacra fue apresada por la marina inglesa.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

MORALES, LUIS

Hermano de Alfonso. Tuvo que abandonar su carrera de perito agrícola por fallecimiento de su padre. Fue finquero en Batanga hasta que se vio obligado a huir con su madre, abandonando todo cuanto tenía en Guinea. Con ella espera que el Estado español le indemnice de sus pérdidas. Se gana la vida como taxista en Gijón.
«UN COLONO HA MUERTO».

MORALES, MANUEL

Llegó a Guinea a principios de los años 20. Trabajó primero como empleado, hasta que sus ahorros le permitieron acudir a una subasta de 99 hectáreas que le fueron adjudicadas. Creó una plantación de cacao en Batanga, y vivía en la finca con su mujer y sus hijos Alfonso y Luis. Falleció de paludismo cuando acababa de cumplir los 50 años.
«UN COLONO HA MUERTO».

MURO, JOSE

Jefe accidental de la Policía Colonial.
«EL ARTICULO QUINTO».

N

NAPOLEON

* Emperador francés. Su ejército fue derrotado en Haití.
«GUINEA Y LA MANO DE OBRA II».

NAVARRO, NICOLAS

De carácter abierto y alegre. Amigo del jefe de Policía José Muro al que solía dar algunas bromas pesadas.
«EL ARTICULO QUINTO».

NDEME

De la etnia kombe.
Amiga de Tomás Ayuso, de quien tuvo un hijo. Aconsejó y ayudó a Tomás en su huida. Regresó a Bata después de que Tomás abandonara el país.
«INTEGRACION».

NGUE NKOGO

Chófer de la compañía agrícola donde trabajó Juliano Alba al llegar a Fernando Poo. Fue ejecutado por participar en ceremonias caníbales.

«EL MBOETI Y LOS BRUJOS».

NICOLAS

«Boy» nigeriano de Juliano Alba.

«LOS POLITICOS».

NUÑEZ DE PRADO, MIGUEL

* General del Ejército.

Gobernador de Guinea desde el 8 de febrero de 1926 hasta el 20 de abril de 1931. Durante su mandato se activó la penetración española en el territorio fang.

«LA EKUELA Y LA PESETA».

NUÑEZ, CEFERINO

Soldado del Ejército que llevó el conde de Argelejo a Guinea para la ocupación de las islas de Fernando Poo y Annobon. Fue uno de los pocos supervivientes de la aventura.

«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

O

OKON

«Boy» nigeriano de la etnia ibo. Perteneció a la plantilla de Dumandui. Regresó a Nigeria después de la independencia.

«DUMANDUI Y EL JEFE ESMANGON», «RELEVO EN DUMANDUI» Y «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

OLAECHEA, BASILIO

* Vasco. Capitán administrador territorial de Ebibeyin durante varios años. Aficionado a la caza mayor. Murió en la península de una penosa enfermedad.

«EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

ONDO EDU, BONIFACIO

* Natural de Evinayong. Fang okak de la etnia pura descendiente de Okak Afiri, que fue el segundo hijo de Afiri Kara y Nangongo. Catequista, devoto y fiel creyente de la religión católica. Fue presidente del gobierno autónomo y partidario de acuerdos firmes con España en caso de triunfar su candidatura como presidente de la nueva república. Las autoridades españolas patrocinaron, con manifiesta torpeza, su candidatura a la presidencia, por lo que fue derrotado por Macías, que estuvo mejor asesorado.

Después de su derrota huyó a Gabón, pero el Gobierno del nuevo país pidió la extradición y se la concedieron. Fue encarcelado en Santa Isabel, y falleció en prisión.

«LOS POLITICOS».

ONDO, MANUEL

De la tribu bocué de Evinayong. Cayuquero de la explotación forestal Asobla. Llevó a Juliano hasta Akalayón.

«LAS PERLAS».

OSTOLAZA, LEOPOLDO

Vasco, encargado de una explotación forestal en la demarcación de Kogo. Pionero de la colonización. Enemigo de la precipitación en el cambio de cultura. Juliano conserva buen recuerdo de este colono que no aprobaba los avances que se intentaban llevar a Africa.
«LA INFORMACION Y LAS COMUNICACIONES».

OWEN, RICHARD

* Capitán inglés que ocupó la isla de Fernando Poo declarándola colonia inglesa en 1829. Intentó un asentamiento con artesanos traídos de Inglaterra, pero fueron víctimas de las enfermedades.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA», «ERI, FORMOSA, FERNANDO POO, MACIAS NGUEMA, BIOKO...», «LOS BANANEROS (I)».

P

PADILLA, ANTONIO

* Canario. Marinero del «Santiago» falleció en la aventura y está sepultado en Santo Tomé. 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

PADRON, ANTONIO

* Canario. Marinero del «Santiago». Falleció en la aventura y está sepultado en Fernando Poo. 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

PEDRERO, JOSE LUIS

Empleado de la finca de Dumandui. Tuvo el valor de continuar al frente de la finca hasta después de la independencia, pero un día salió con destino a Bata, entregó los braceros en el campamento de la Cámara y preparó su regreso a España. Al día siguiente de llegar a Bata le dieron una paliza y le quitaron la «pick-up» Dogde. Regresó con lo puesto.
«ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

PEREIRA, EUGENIO DE

Portugués famoso en la isla de Fernando Poo. Llegó procedente de Santo Tomé.
«LOS PORTUGUESES».

PERIPIÑA GRAU, ROMAN

* Prestigioso economista español. Realizó un incomparable estudio sobre Guinea en 1942, titulado «De colonización y economía en la Guinea española», que es uno de los documentos más interesantes sobre la aportación española al desarrollo de la colonia.
«LA EKUELA Y LA PESETA».

PIO BAROJA

* Escritor vasco. Juliano fue un entusiasta de su obra y se hace eco de sus reflexiones en «Humano enigma», que cita en este libro.
«EPILOGO».

POO, FERNANDO

* Ver Fernan do Po o do Povo.

POWER, JOHN

Gerente de las plantaciones E y F en el Camerún británico. Técnico en el cultivo de bananas. Posteriormente alcanzaría cargos de importancia en Londres y en Boston como director de la compañía. Juliano y John han conservado una buena amistad.
«LOS BANANEROS II».

POWER, MARY

Esposa de John. Adaptada al trópico ha sido una buena compañera para John.
«LOS BANANEROS II».

PRIMO DE RIVERA ORBANEJA, MIGUEL

* General español célebre por su pronunciamiento militar. Murió en París.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

PRIMO DE RIVERA ORDINA, JOAQUIN

* Teniente coronel de artillería. Bisabuelo de Miguel Primo de Rivera Orbaneja. Sustituyó al conde de Argelejo al fallecer éste. Su actitud en el intento de ocupación de Annobon, no tuvo buena acogida en Madrid. Ocupó la isla de Fernando Poo estableciendo su campamento en la bahía de Concepción. La guarnición se sublevaría a las órdenes del sargento Jerónimo Martín. Abandonaron el asentamiento a bordo del navío canario «Santiago». Fue repuesto en el cargo a su llegada a Santo Tomé.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778», «LOS PORTUGUESES», «CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

R

RAMIREZ, IGNACIO

Encargado accidental de la finca de Dumandui. Dio lugar a un incidente grave con el personal de la finca. Se decía descendiente de Pizarro. Fue despedido por Juliano Alba.
«RELEVO EN DUMANDUI».

RAMONA ESAPE

* Cocinera de Juliano Alba. Era bubi.
«LOS POLITICOS».

REIN SEGURA, CARLOS

* Ministro de Agricultura del Gobierno español en 1948. Visitó Guinea en el viaje ministerial que ese año llegó a la colonia para estudiar la situación de aquellos territorios. Acompañaba, con González Gallarza, a Juan Antonio Suanzes, Ministro de Industria y Comercio.
«REGRESA EL GOBERNADOR».

ROA

* Jefe bubi. Condujo su tribu a través de Africa, cruzó el Golfo de Biafra, y se asentó con su gente en la zona Este de la isla de Fernando Poo. Fue el primer rey bubi, gobernó a los primeros habitantes de la isla.
«ERI, FORMOSA, FERNANDO POO, MACIAS NGUEMA, BIOKO...».

ROBLES, PEPE

Comerciante de Bata. Su hija revolucionó a la juventud de la colonia.
«RELEVO EN DUMANDUI».

ROBLES, VICTORIA

Hija de Pepe Robles, conocida por miss Tetuán por su pechuga muy desarrollada. Casó joven y vive en La Coruña.
«RELEVO EN DUMANDUI».

ROCA

* Lugarteniente de Roa.
«ERI, FORMOSA, FERNANDO POO, MACIAS NGUEMA, BIOKO...».

RODRIGUEZ GARCIA, ABELARDO

Agricultor. Se vio obligado a abandonar sus bienes en la operación «emergencia».
«UN COLONO HA MUERTO».

RODRIGUEZ MARTIN, FERNANDO

Relató a Juliano Alba la aventura del navío del comercio «Santiago».
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

ROIG, JOSE M.ª

Comerciante con establecimientos en Santa Isabel y Bata. José M.ª continuó los negocios de su padre, que está enterrado en Bata. Con él viven sus hermanos en Barcelona, porque sus bienes fueron intervenidos.
«LOS POLITICOS».

ROMERO, CRISTOBAL

Conocido por «Bigbelé». Mecánico y buen empleado de finca. Sustituyó a Ramírez después del incidente. Regresó a España antes de la independencia. Falleció en Teruel poco después de su regreso.
«RELEVO EN DUMANDUI» Y «LAS PERLAS».

ROVIRA, MERCEDES

Esposa del comerciante de Fernando Poo, Javier Martí. Fue expulsada de la colonia por adulterio. Con ella fueron expulsados también su esposo y el supuesto amante de Mercedes.
«EL ARTICULO QUINTO».

RUBIROSA, PORFIRIO

* Diplomático dominicano, conocido play boy, a quien gustaba imitar Francisco Amaral.
«LOS PORTUGUESES».

RUIZ GONZALEZ, FAUSTINO

* Almirante de la Armada española. Gobernador General de Guinea desde el 19-4-1949 hasta el 19-2-1962. Impulsó el desarrollo de la economía de Guinea. Su etapa de gobierno fue la más próspera de la historia de aquellos territorios españoles.
«ACLARACION, DEDICACION Y MOTIVO», «REGRESA EL GOBERNADOR».

S

SABATER, VICENTE

Empleado de la factoría de Javier Martí. Fue expulsado de la colonia por sus relaciones con Mercedes Rovira, esposa de Javier Martí.

«EL ARTICULO QUINTO».

SANCHEZ GUERRA, LUIS

* Ingeniero de Caminos. Fue Gobernador General de Guinea desde el 10-12-1935 hasta el 25-9-1936 fecha en que abandonó la isla de Fernando Poo a bordo de un bananero para regresar a España vía Tiko.

«LOS BANANEROS I».

SANCHEZ, RAMON

Conocido en Bata por Ramoncito «el Pichas». Tenía obsesión sexual. Presumía, al parecer con razón, de semental, pero Mercedes, su mujer, logró frenar sus impulsos.

«RELEVO EN DUMANDUI», «SOLEDAD EN EL BOSQUE», «ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

SANTANDERINO

Un colono de Santander atendía el «chiringuito» de Bata, centro de reunión de la población de la ciudad y de los visitantes. Fue famoso en todo el continente.

«DUMANDUI Y EL JEFE ESAMANGON».

SANTAREM, JUAN DE

* Navegante portugués. Con Pedro de Escobar, descubrió la isla de Annobon el 1 de enero de 1471.

«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

SANTOS TORO, FELIPE

* Conde de Argelejo. El bando que publicó en la isla del Príncipe, en 1778, redactado en Montevideo, lo encabeza así:

Don Felipe José Santos Toro Villalón, Santaella y Beltrán, Freyre, González de Andrade, Altamirano y Amandeau de Felaries, conde de Argelejo, etc.

Comisario regio de S.M. el Rey Carlos III para tomar posesión en nombre del Rey de España, de los territorios y las islas cedidas por Portugal.

Nacido en Tarragona de ilustre familia de militares falleció a bordo de la fragata «Santa Catalina» en la travesía de Santo Tomé a Annobon. Fue sepultado en la mar.

«ACLARACION, DEDICATORIA Y MOTIVO», «PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778», «CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

SANZ

* Cabo de la Guardia Nacional. Relevó al sargento Castilla como delegado del Gobierno en Annobon. Presenció el asesinato del gobernador Sostoa.

«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

SARGENTO DE LA GUARDIA NACIONAL

Fang de la tribu omvang de Ebibeyin, amigo de Ndeme. Ayudó a ésta para que pudiera regresar a Bata.
«INTEGRACION».

SAVORGNAN DE BRAZZA, CONDE

* Alférez de navío de la Armada francesa. Compitió con Stanley en la conquista de los territorios del Africa Ecuatorial. Casi sin medios, consiguió que los reyezuelos de la margen derecha del río Congo se acogieran a la protección de la bandera de Francia. En noviembre de 1880 se encontraron ambos exploradores en el corazón de Africa: John Rowlands, galés nacionalizado americano y adoptado por Mr. Henry Stanley, ahora al servicio del rey Leopoldo de Bélgica, y Pietro de Brazza Cergneu Savorgnan, hijo de Udine, descendiente del emperador Severo y de los duces de Venecia, como oficial de Marina al servicio de Francia. El lugar del histórico encuentro está próximo a Leopoldville en el Congo Belga, frente a Brazzaville situada en la otra margen del río, en el Congo Francés.
«LA INHIBICION HISTORICA».

SECRETARIO DE LA POLICIA NACIONAL

Hermenegildo Balopá, bubi, se negó a intervenir en el caso Colet y aconsejó a Juliano que se alejara del asunto, porque podía ocasionarle graves problemas. Más tarde sería destituido y confinado en Río Muni.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

SECRETARIO GENERAL

* Se le suponía miembro del Opus Dei y sentía gran preocupación por la cuestión moral. Aplicó el artículo quinto en algunas ocasiones, pero su labor fue favorable para el desarrollo de Guinea.
«LA FIESTA».

SEGUNDO DE LA AUTORIDAD DE MARINA

Famoso por su afición a las negras. Asistía a cualquier fiesta o balele.
«LA FIESTA».

SEMBA, JERONIMO

Kombe. Auxiliar administrativo de Dumandui. Abandonó la finca una semana después de que Alvarez marchara a España. Fue directamente a Punta Mbonda con su familia.
«ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

SEÑORES BIEN VESTIDOS

Comentaban en el aeropuerto de Barajas, con manifiesta ignorancia, la situación de los evacuados de Guinea en la operación «emergencia».
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

SERRANO, LUIS

* Jefe de guardia colonial. Sustituyó a Sánchez Guerra, como Gobernador de Guinea al dimitir éste y abandonar la colonia.
«PERIODO 1936-1939».

SICART, CARLOS

* Francés. Capitán del navío «Santiago». Permaneció en Guinea durante toda la aventura y participó de forma indirecta en la sublevación del sargento Jerónimo Martín. Regresó a Montevideo en el navío después del abandono del asentamiento de «Punta Cañones». Fue encarcelado en Montevideo.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

SOBRAL, PEDRO

Comerciante de Santa Isabel que intervino como agente de las compañías petrolíferas que trabajaron en las aguas de Guinea. Las compañías retiraron su personal y las prospecciones se paralizaron durante algún tiempo. Sobral marchó a Canarias ante la imposibilidad de continuar en Guinea. Allí quedaron sus bienes en manos de algún ministro o personalidad del país.
«EL PETROLEO».

SOBRECARGO VILLA BILBAO

Ordenó que se alojara a Tomás Ayuso en un camarote de segunda.
«INTEGRACION».

SOLANILLA, MANUEL

* Aragonés. Misionero claretiano. Organizó la expedición que partió de Kogo para rehacer las rancherías de Asobla y Elong. Levantó las dos últimas reducciones destrozadas por un tornado. Salió desde Elong y llegó a Akurenam para seguir por Akonibe hasta Evinayong, donde fundó la iglesia de San José en 1930. Muy amigo de Juliano. Falleció después de la independencia cuando fue repatriado a España. Se ocupaba de la administración de los bienes de la Misión en Guinea y de la parroquia de Rebola en Fernando Poo.
«LAS PERLAS».

SOLDADOS PAMUES

Detuvieron a Raimundo Colet y lo llevaron a la Dirección de Seguridad, donde fue encarcelado a principios de la independencia.
«LA FUGA DE RAIMUNDO COLET».

SOLDADOS PAMUES

Despojaron a Antonio Ekoka del producto de la pesca el mismo día que los colonos españoles salían expulsados por la playa de Bata.
«LOS KOMBES».

SOLDADOS PAMUES

Interceptaron a Tomás cuando se dirigía a la lancha para escapar de San Carlos, pero le autorizaron para que saliera a la mar a pescar.
«INTEGRACION».

SONRISA, JAVIER

Gerente de CEISA Se mantuvo hasta después de la independencia, pero los acontecimientos de violencia y el abandono por parte de la representación española, le obligaron a abandonar el país. Los almacenes fueron saqueados y allí están abandonados los edificios y la maquinaria.
«ULTIMO VIAJE A DUMANDUI», «RELEVO EN DUMANDUI» Y «LAS PERLAS».

SOSTOA Y STAMER, GUSTAVO DE

* Diplomático español de prestigiosa carrera. Fue nombrado gobernador de los territorios españoles de Guinea el 4 de agosto de 1931 y degollado en la isla de Annobon el 14 de noviembre de 1932 por el sargento de la Guardia Nacional Restituto Castilla.
«ANNOBON Y EL GOBERNADOR SOSTOA».

SQUISS BANEGO

* Trabajador nigeriano que llevó las primeras semillas de cacao de Fernando Poo a Nigeria.
«LOS PORTUGUESES».

SUANZES Y FERNANDEZ, JUAN ANTONIO

* Ministro de Industria y Comercio. Visitó Guinea en enero de 1948 acompañado de Eduardo González Gallarza y Carlos Rein Segura, Ministros del Aire y Agricultura, respectivamente.
«REGRESA EL GOBERNADOR».

T

TATAY, RAMON

* Ingeniero aeronáutico. Dirigió las obras del aeropuerto de Bata.
Cazador apasionado. Escribió sobre la caza en Guinea.
«EL GORILA BLANCO Y EL CAZADOR NEGRO».

TEJADA, JAIME

Señorito de la sociedad canaria. Novio de Eli y finalmente su marido.
«LA VUELTA A CASA».

TENIENTE FANG

De la tribu yebekon de niefang. Ayudó a huir a Bata a Indalecio Moragas.
«INTEGRACION».

TIMOTEO

* Joven subnormal de la tribu fang de Sácriba Pamue. Murió en extrañas circunstancias y su cadáver, mutilado, apareció atado a unos troncos en un riachuelo próximo al poblado.
«EL MBOETI Y LOS BRUJOS».

TIMOTEO ZARAGOZI

* Pescador alicantino. Abastecía de pescado la isla de Fernando Poo. Fue un hombre popular. Su nombre sirvió para designar a una especie de pez poco o nada conocido hasta entonces. Se hicieron famosos los «timoteos».
«EL MBOETI Y LOS BRUJOS».

TOBIAS MAKOGA

* Segundo jefe de la tribu esamangón de Ayamiken. Pistero y cazador profesional, acompañó a Tomás en las expediciones de caza en Río Muni. Pertenecía al grupo ntumu de los fang.
«INTEGRACION».

TOM

Boy calabar largos años al servicio de Juliano. Viajó a Nigeria poco después de la independencia.
«LOS POLITICOS».

TOMI

Hijo de Tomás Ayuso y de Ndeme.
«INTEGRACION».

TOUSAINT L'OVERTURE

* Haitiano descendiente de esclavos, inteligente y hábil. Fue uno de los artífices de la independencia de su país. Las autoridades francesas lo deportaron a Francia, donde murió en una prisión.
«GUINEA Y LA MANO DE OBRA II».

TRIPULANTES LANCHA «MARIPOSA»

Llevaron a Juliano Alba a Victoria, en el Camerún británico.
«LOS BANANEROS II».

TRUJILLO, ANTONIO

* Canario. Marinero del «Santiago». Falleció en la aventura y está sepultado en Santo Tomé, 1780.
«CANARIAS EN LA COLONIZACION DE GUINEA».

V

VARELA ULLOA, JOSE

* Gallego. Comandante de mar de la expedición Argelejo.
«PRIMER ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN GUINEA, 1778».

VEGA, ENRIQUE

Gerente de una empresa agrícola. Salió de Guinea en la operación «emergencia» organizada por el Gobierno español.
«LOS POLITICOS».

VELA, AGUSTIN

Médico colonial. Perteneció al servicio sanitario de Guinea durante 40 años. Fue expulsado cuando el país accedió a la independencia. Murió en Madrid dos años después de su regreso.
«ULTIMO VIAJE A DUMANDUI».

VIVES, PEDRO

* Catalán. Comerciante y agricultor. Tenía una finca de palmeras de aceite en Río Campo, pero su verdadera afición fue, y sigue siendo, la caza mayor.

W

WATTERS, ROBERT

Inglés. Superintendente de agricultura en las plantaciones de bananas de Lekomba en el Ca-

merún británico. Descubrió los primeros brotes de la enfermedad de Panamá en los cultivos de bananas de Fernando Poo. Pretendía hacer un chiste detrás de otro en su conversación, pero no tenía maldita gracia.
Abandonó Africa cuando el Camerún, como unidad, accedió a la independencia en 1960.
«LOS BANANEROS I».

Z

ZABALA, JOSE MARIA
Empleado de la firma «Punta Europa, S. A.», en la explotación «El Cafetal». Fue expulsado de la colonia por homosexual.
«EL ARTICULO QUINTO».

ZORRILLA
Joven contratado por una firma comercial española, amigo del cónsul inglés. Se le suponía relacionado con el secuestro del barco «Duquesa de Aosta».
«EL CONSUL».

* Históricos y reales	119
Imaginarios	129
Total personajes	248

* Personajes históricos y reales.

PALABRAS DE USO CORRIENTE EN GUINEA

PALABRAS DE USO CORRIENTE EN GUINEA

BALELE: Baile.

BIKORO: Conjunto de arbustos, hierbas y plantas, casi siempre gramíneas, que invaden las fincas abandonadas produciendo la degradación del suelo.

BIKUELA: Plural de ekuelá.

BOO BEE: Grito de llamada en las tribus bubis.

BOY: Del inglés. Sirve para designar a la servidumbre.

CASA DE LA PALABRA: Choza cubierta de nipa, con paredes hasta la mitad de la altura. Es el centro de reunión de los hombres fangs. Transmiten, de forma oral, en estas casas su historia, y allí se resuelven sus asuntos de acuerdo con sus leyes.

CAYUCO: Embarcación construida de un tronco de árbol, generalmente de madera liviana.

CLOTES: Del inglés. Tela estampada que usan las indígenas, casi siempre enrollada al cuerpo.

EKUELA: Signo monetario de los fangs.

FORMA: Fila de trabajadores para pasar lista y distribuir los trabajos. La disposición es similar a la lista que se pasa en los cuarteles.

FRITAMBO: Antílope enano muy abundante en todo el territorio.

MALA CABEZA: Expresión para designar la infidelidad de la mujer. Fulana hace «mala cabeza».

MASSA: Viene del inglés «master». Se usaba en señal de respeto para designar al colono blanco y a algún negro distinguido. «Big massa»: gran señor, el jefe.

M'BOETI: Rito religioso procedente de las tribus de Gabón. Sus raíces son muy antiguas. Se han escrito documentos que confunden la ibanga con el mboeti, e incluso con otras ceremonias que se practicaban, y quizás se siguen practicando, en la que fue nuestra colonia africana. Ninguno de estos documentos ofrece garantía histórica. Lo que se conoce de estos ritos son solamente aspectos folclóricos.

M'NINGA: (Mininga) Mujer en fang. El colono español la aplicaba a la concubina indígena.

MOTOBOY: Auxiliar del chófer de camión.

NIPA: Hojas de palmera que se utilizan para cubrir las edificaciones indígenas, y en algunos casos, las de europeos con pocos medios económicos.

NKUE: Cesta grande que usan las mujeres fangs para transportar el producto de sus fincas. Para su fabricación se emplea fibra vegetal parecida al mimbre llamada «melongo». Las mujeres transportan estas cestas sujetándolas a su espalda mediante cuerdas que ajustan a sus hombros.

PALABRA: Problema, discusión, juicio.

POTOTOPO: Fango, barro.

TUMBA: Instrumento musical que consiste en un tronco vacío, con una ranura longitudinal. Se emplea en las tribus para comunicarse entre sí. En las fincas se usaba para llamar a la forma.

TOPONIMIA DE LA GUINEA ESPAÑOLA

AFANGUI: Bosque de gorilas. Nombre de un poblado.

AKALAYONG: El poblado que está en primer o último lugar en una línea. Después o antes no existe ninguno.

AKOGA: Arbol de madera muy dura. Es conocido por los colonos con el nombre de «palo de hierro».

AKURENAM: Poblado con muy pocos habitantes que fue creciendo porque muchos vinieron de otras zonas.

AÑINSOK o AÑISOK: Sitio por donde pasan las manadas de elefantes.

ASOBLA: Poblado donde el camino de acceso tiene obstáculos y los que quieren visitarlo tienen que agacharse para salvarlos.

AYANTANG: Sitio de parada de los colonos blancos durante la colonización española.

AYENE: Poblado situado sobre algún montecillo para dominar la mayor extensión posible y evitar sorpresas por ataques de otras tribus.

BATA: De origen kombe, porque al establecerse el primer asentamiento de esta tribu todos contestaron a la pregunta del jefe diciendo: EABATA (nos gusta este sitio).

BATANGA: Por una zona continental del Camerún.

BENITO: Nombre español del poblado de Mbini. Se dio este nombre al río Wolo o guolo de los fangs.

BENGA: Espina del puerco espín. Nombre de una tribu del grupo ndowe.

BIYABIYANG: Sitio donde se relevaban y hacían sus partes escritos los administradores o sus delegados.

BLABIS: Del inglés «black beach» (playa negra) por la playa inmediata al campamento, célebre prisión cerca de Punta Fernanda. En tiempo de la colonia era el campamento de la guardia colonial.

CALABRES: Nombre para designar a los braceros que venían de Nigeria a trabajar en la colonia española, porque embarcaban en el puerto nigeriano de Calabar, donde había un campamento de recluta español controlado primero por las autoridades inglesas y después por el Gobierno nigeriano.

CLARENCE CITY: Nombre de Santa Isabel durante la ocupación inglesa. Se dio este nombre en honor al Duque de Clarence.

CONGÜE: Nombre de un pez. Por la abundancia de estos peces se dio su nombre al río.

CORISCO: Los portugueses dieron este nombre a la isla, porque al descubrirla se desató un tornado con rayos y truenos.

CONCEPCION: El comandante de la zumaca «Ntra. Sra. de la Concepción» Guillermo Carboner dio el nombre de su barco a la bahía que lleva su nombre, cuando hizo el primer reconocimiento de la zona en 1779.

DUMANDUI: Sitio donde las águilas hacían sus nidos sobre las ceibas.

EBIBEYIN: Sitio donde se atrapa a los extranjeros. Al parecer por algunos pantanos próximos donde en tiempos pasados perecieron enemigos que intentaron atacar este poblado.

EKUKU: Por la abundancia de árboles de este nombre en las fuentes del río.

EVINAYONG: El pueblo más fuerte el que domina.

KOGO: Deformación del nombre de un asentamiento alemán en la zona próxima al actual poblado.

KOMBE: Nombre de una planta. Es el nombre de una tribu del grupo ndowe.

MACHINDA: Debe su nombre a un pez que abunda en ese río.

MBA: Brazo de un río que se bufirca.

MOGANDA: Poblado de valientes que no temen a nadie, porque allí se instalaron al comienzo de la colonización individuos llegados del interior.

MIKOMESENG: Sitio donde hay muchos troncos del árbol llamado «Palomero».

MONGOMO: Sitio donde abunda la yuca. En este poblado se vendía este tubérculo para alimentar a los braceros y a la tropa durante las exploraciones de la zona continental por los colonizadores.

MUNI: Muy grande. Se dio este nombre al estuario por su amplitud donde desembocan los ríos Congüe y Utamboni.

NDOWE: Grupo racial asentado en la costa de Río Muni.

NFULAKON: Próximo a un gran árbol hueco.

NGANDUN: Donde el sonido del agua del río es agradable.

NIEFANG: Límite del territorio fang. Punto donde fue contenida esta tribu en su avance hacia la costa.

NSOK: Elefante.

NTEM: Por la abundancia de poblados en sus márgenes. Se le dio el nombre de río Campo.

UTAMBONI: El río que recibe la fresca brisa del mar. Se llama también Mitemele.

UTONDE: El río de las aguas tranquilas.

WOLO o GUOLO: El de los grandes torrentes que todo lo arrastra. En los comienzos de la colonización se le llamó San Benito y más tarde Río Benito.

SACRIBA: Poblado pamue en las proximidades de Santa Isabel. Del inglés «shark river» (río tiburones).

TIMBABE: Río próximo a Santa Isabel. Del inglés «timber beach» (el río que arrastra la madera hacia la playa).

RIMPO RE CHIBA: Monte de los espíritus o monte de Dios en lengua bubi.

CONTINENTE: Durante la colonización española se denominaba EL CONTINENTE a la zona continental española y LA ISLA a Fernando Poo.

FECHAS DE INTERES EN LA COLONIZACION DEL AFRICA OCCIDENTAL Y DE GUINEA

FECHAS DE INTERES EN LA COLONIZACION DEL AFRICA OCCIDENTAL Y DE GUINEA

1446 Los portugueses llegan a Senegal.

1450 Los portugueses llevan 200 negros a Portugal.

1471/80 Los portugueses descubren y exploran la costa de Africa, desde Costa de Oro hasta Gabón.

1472 Los navegantes portugueses Fernan do Po y Santarem y Escobar descubren Fernando Poo, Annobón y otras islas.

1482/86 Diego Cao descubre y explora el Congo.

1487 Bartolomé Dias descubre el Cabo de Buena Esperanza.

1497 Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza y descubre Natal.

1503 Antonio Saldanha desembarca en el Cabo.

1517 Fray Bartolomé de las Casas pide al Emperador que envíe negros a América para los trabajos rudos, en sustitución de los indios.

1531 Los portugueses inician la colonización de Brasil.

1562 John Hawkins transporta a las Antillas el primer cargamento de esclavos pirateados.

1595 Los holandeses envían una expedición al Sur de Africa.

1618 Los ingleses se asientan en Gambia.

1619 Los ingleses llevan los primeros esclavos a Virginia.

1625 Los franceses se apoderan de Haití.

1645 Los suecos construyen un fuerte en Costa de Oro para facilitar la trata.

1652 Los holandeses ocupan el Cabo de Buena Esperanza.

1715 Se establece en La Habana la primera factoría para el comercio de esclavos.

1778 España y Portugal firman el Tratado de El Pardo. Fallece el Condejo Argelejo.

1780 España abandona el asentamiento en Fernando Poo al sublevarse el sargento Jerónimo Martín.

1781 Los ingleses intentan apoderarse de un barco mercante español en Santo Tomé, sin conseguirlo.

1795 Inglaterra toma el Cabo de Buena Esperanza.

1804 Haití se independiza de Francia.

1808 Se suprime la esclavitud en Estados Unidos y en territorios británicos.

1827 Inglaterra ocupa Fernando Poo.

1829 Richard Owen declara la isla de Fernando Poo colonia británica.

1843 La Reina Isabel II envía al capitán de fragata Juan J. Lerena para tomar posesión de Fernando Poo. Se nombra primer gobernador a John Beecroft.

1847 Todas las factorías negreras españolas de la costa son destruidas.

1858 Toma posesión del cargo de gobernador de Guinea el capitán de fragata Carlos Chacón.

1880 Se crea el Consejo de Vecinos de Santa Isabel.

1883 Llegan los misioneros claretianos a Fernando Poo.

1885 Llegan las misioneras concepcionistas a Fernando Poo. Se firma el Tratado de Berlín.

1900 Se firma el Tratado de París.

1901 El comisario regio Jover y Tobar toma posesión de los territorios españoles en Africa, de acuerdo con el Tratado de París. Se suicida a bordo del «V. Rabat» el comisario regio.

1927 Se introduce la moneda en el territorio fang en sustitución del signo monetario primitivo: la ekuelá.

1938 Se regulan las funciones de los administradores territoriales.

1959 Se crean las provincias de Fernando Poo y Río Muni.

1960 Cesan los Consejos de Vecinos y se crean los Ayuntamientos. La región ecuatorial designa procuradores en las Cortes españolas.

1964 Se concede la autonomía a la región ecuatorial.

1968 El 12 de octubre se concede la independencia a la República de Guinea Ecuatorial.

1969 Se expulsa a la mayor parte de la población española y se intervienen las propiedades de éstos. La población es evacuada por aire y por mar, en una operación denominada Emergencia. Nace a bordo de la motonave «Ciudad de Pamplona» María del Mar Fernández González, en el viaje de los evacuados de Guinea.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

BARTOLOME SOLER: «La selva humillada». Hispano Americana de Ediciones, S. A., 1951.

IÑIGO DE ARANZADI: «La adivinanza en la zona de los ntumu». Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

JAIME NOSTI NAVA: «Cacao, café y té». Salvat Editores, S. A., 1953.

JOSE CERVERA PERY: «La Marina española en Guinea Ecuatorial». Editada en 1968. Imprenta del Ministerio de Marina.

JOSE DE FIGUEIREDO: «Apontamentos sobre historia de Angola». Livraria Lello y Cía. Lda., 1964. Luanda.

JOSE HERNANDEZ: «Martín Fierro». Círculo de Lectores, 1967.

JOSEPH KI-ZERBO: «Historia del Africa negra». I tomo: De los orígenes al siglo XIX. II tomo: Del siglo XIX a la época actual. Título original: «Histoire de l'Afrique noire». Alianza Editorial, 1972.

LINO NOVAS CALVO: «Pedro Blanco, el Negrero». Colección Austral, 1940, 41, 42, 44, 46, 56. Espasa Calpe, S. A.

LUIS MARIA ANSON: «La negritud». Ediciones de la Revista de Occidente, 1971.

MANUEL CENCILLO DE PINEDA: «El brigadier conde de Argelejo y su expedición militar a Fernando Poo en 1778». Instituto de Estudios Africanos», 1948.

PETER BOURNE: «Los tambores del destino». Título original: «Drums of destiny». Editorial Planeta, 1950.

PIO BAROJA: «Humano enigma» (memorias de un hombre de acción». Editorial Planeta, 1969.

RAMON GARCIA DOMINGUEZ: «Guinea. Macías la ley del silencio». Plaza y Janés, S. A., 1977.

RAMON TATAY: «La caza en Guinea». Espasa-Calpe, 1955.

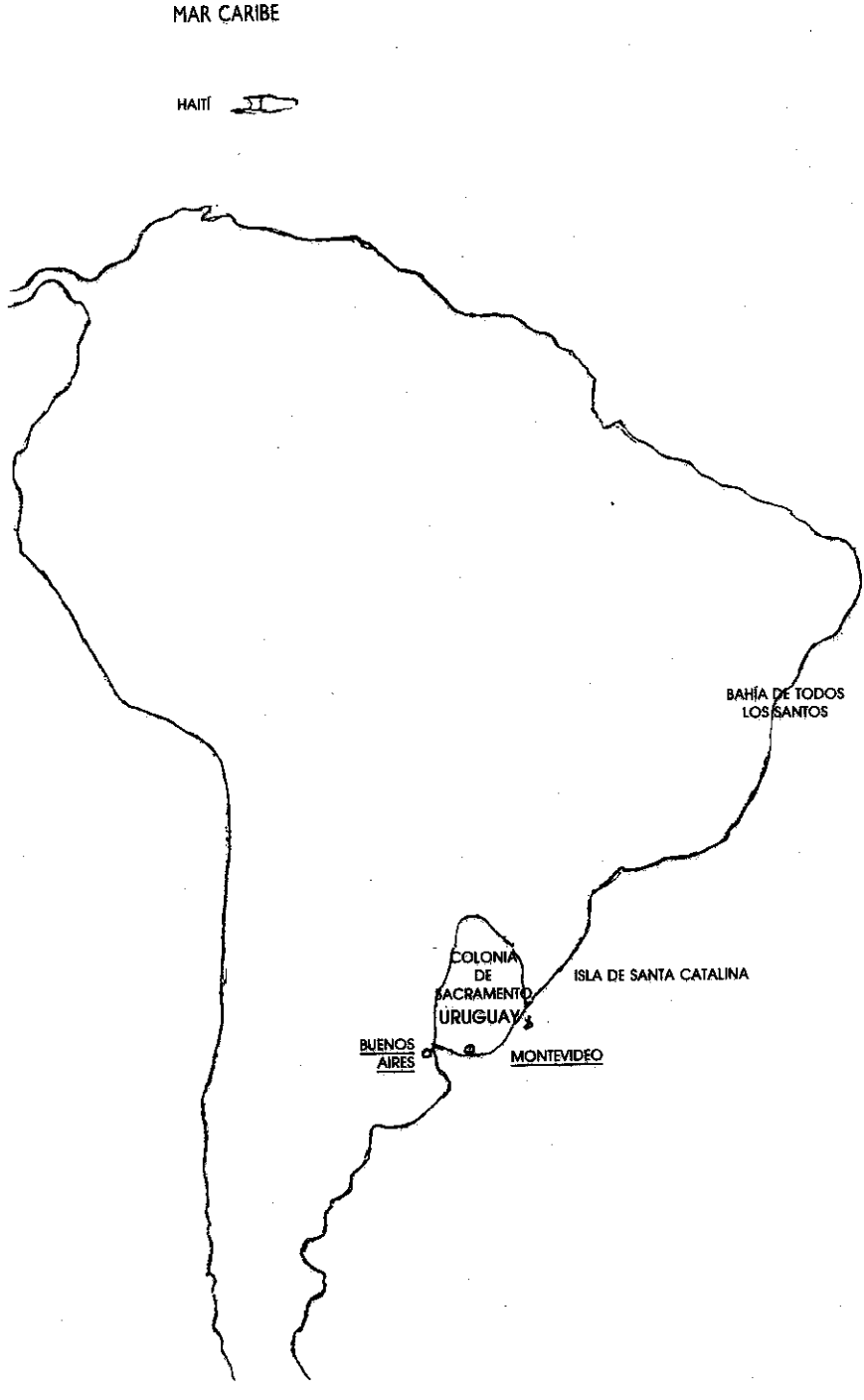
ROLAND DORGELES: «Bajo el casco blanco». Titulo original: «Sous le casque blanc». Los libros de nuestro tiempo. José Janes, editor, 1946.

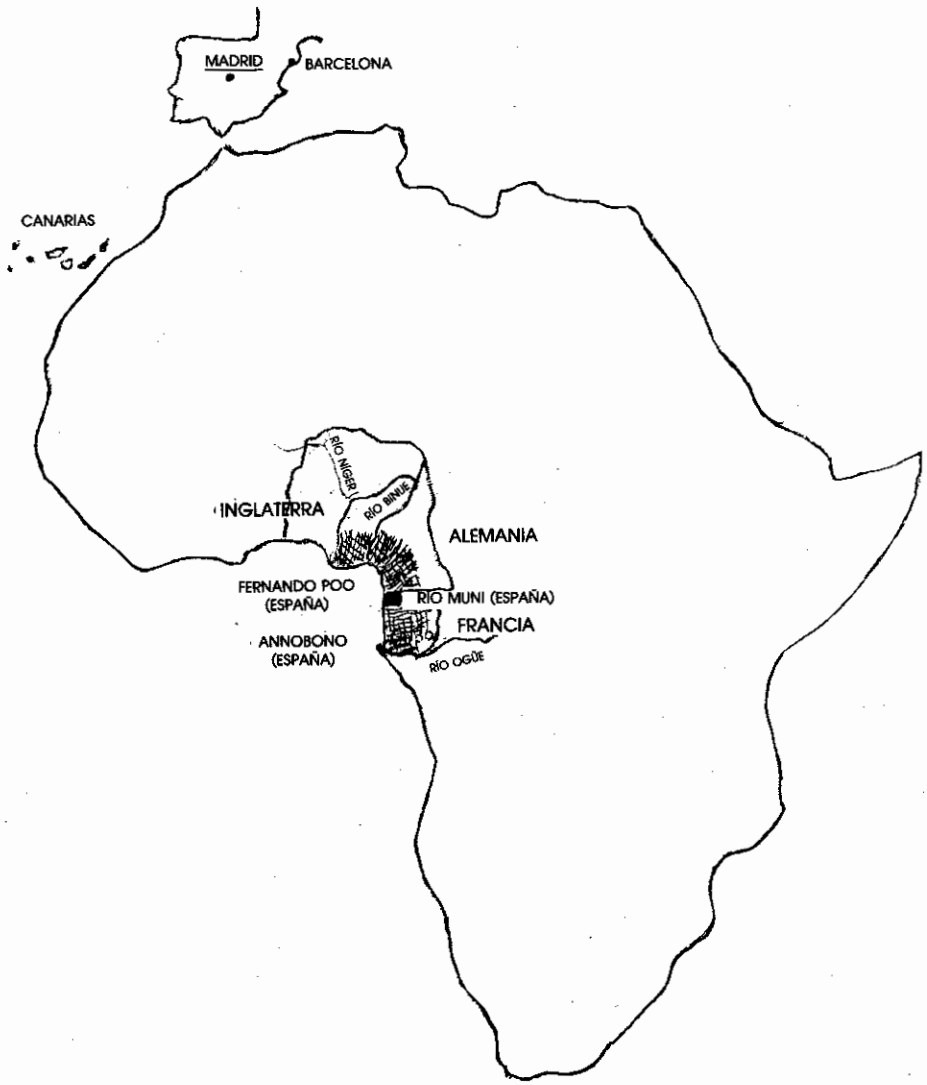
ROMAN PERPIÑA GRAU: «De colonización y economía en la Guinea española». Editorial Labor, 1945.

TOMAS L. PUJADAS, CMF: «La Iglesia en la Guinea Ecuatorial». Primer tomo: Fernando Poo. Segundo tomo: Río Muni. Editorial Claret, 1983.

WILHEM TREUE: «La conquista de la tierra». Tras las huellas de los grandes descubridores. Titulo original: «Die eroberung der erde». Editorial Labor, 1943, 1948, 1952.

MAPAS DE AREAS Y LUGARES DONDE TIENEN ORIGEN Y SUCEDEN ESTOS EPISODIOS DE LA VIDA COLONIAL ESPAÑOLA EN GUINEA

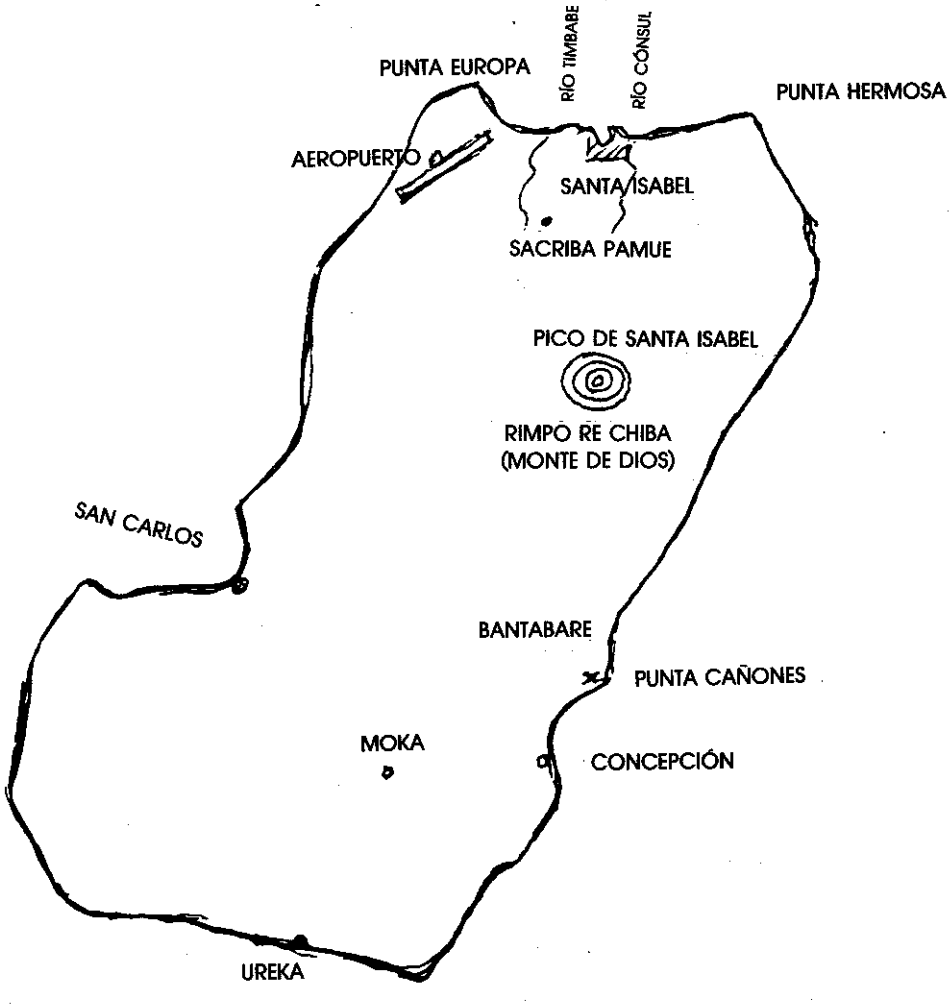

MAR CARIBE
HAITÍ
BAHÍA DE TODOS LOS SANTOS
COLONIA DE SACRAMENTO
ISLA DE SANTA CATALINA
URUGUAY
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO



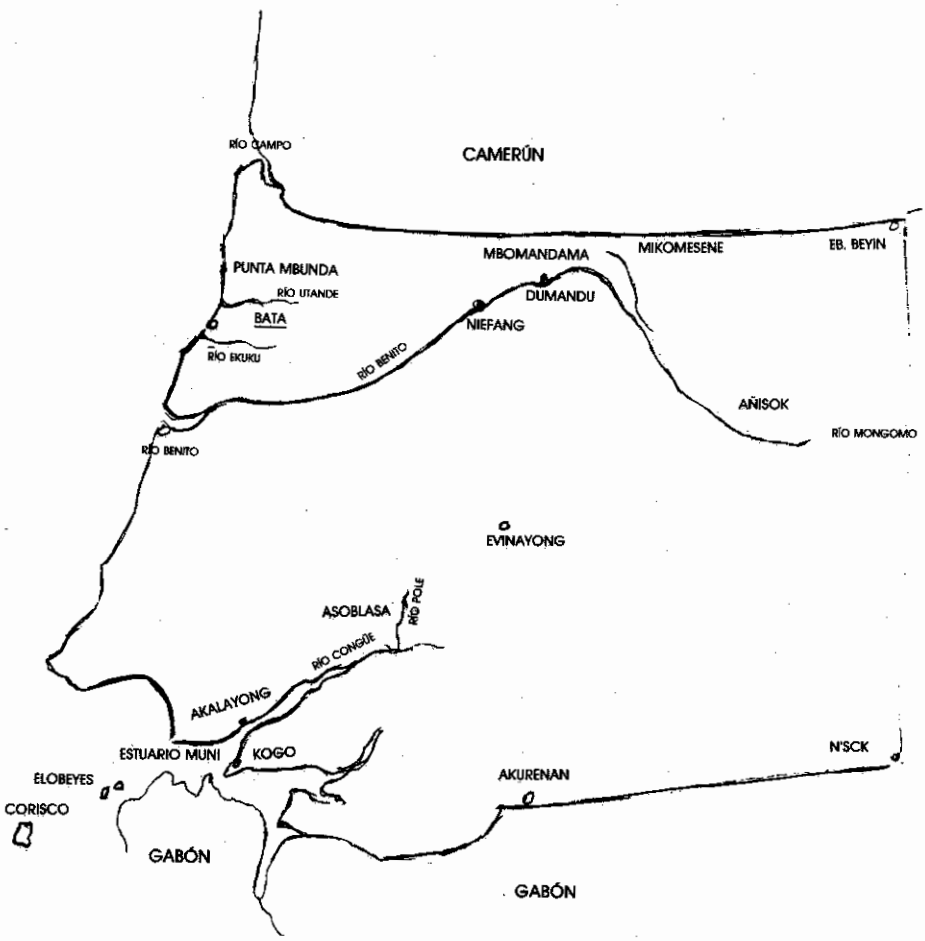
TERRITORIOS CEDIDOS A ESPAÑA POR EL TRATADO DE EL PARDO DE 1778

TERRITORIOS RECONOCIDOS A ESPAÑA DESPUES DE LAS CONFERENCIAS DE BERLIN 1885 Y PARIS 1900

GOLFO DE GUINEA



ISLA ERI, DE LOS BOOBES (BUBIS) A. C. (d)
ISLA HERMOSA, DE LOS PORTUGUESES
ISLA DE FERNANDO POO, ETAPA COLONIAL
ISLA DE MACIAS NGUEMA, DE LOS FANGS
ISLA DE BIOKO, EN 1979



MAPA DE RÍO MUNI

Este libro se empezó a escribir en la casa roja del bananar, en la finca de Bantabaré de la isla de Fernando Poo, hace muchos años. Se continuó a la luz de una lámpara de petróleo en la finca de Dumandui, en el territorio fang de la tribu esamangon, y se terminó en la soledad de esta gran metrópoli que es Madrid el 20 de junio de 1987.

El autor

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACION INTERNACIONAL